

A woman with blonde hair styled in an 18th-century fashion, wearing a white dress with ruffles, is seated in a garden at night. The background is a dark blue night sky with a large, bright full moon and stars. The woman is looking towards the camera with a slight smile.

Jardines de la Luna

NOVELA
DESEO, EROTISMO,
PASIÓN Y VENGANZA
AL FINAL DE
SIGLO XVIII

LÍDIA CRAVEIRO

Jardines de la Luna

NOVELA DE ÉPOCA

LÍDIA CRAVEIRO

JARDINES DE LA LUNA

Copyright © 2014 Lúdia Craveiro

All rights reserved.

1ª Edición Noviembre de 2014

Novela

Sopa de Letras Edições

Traducido en Enero de 2018

Traducción - Zoom Mind Artes Digitais

Agradecimientos

Agradezco a mis lectoras del Wattpad y en especial a mis amigas Illana Lessa y Raquel Tavares por los comentarios sinceros. A mi amiga Adelaide Serôdio por las fieles lecturas, comentarios e incentivos y a “Zoomind Artes Digitais” por la elaboración de la tapa e traducción. A la Dra. Ruth Sardinha - por quien nutro un gran afecto - joven científica que trabaja en la investigación del cáncer, descendiente de esclavos brasileños traídos para el Alentejo y que me ha despertado la curiosidad sobre el asunto del mestizaje, llevándome a construir algunos de los personajes secundarios con esas características. Como ella dice con gracia, es *mixed*, con orgullo.

Esta novela es una obra de ficción, cualquier semejanza con personas o hechos de la vida real es mera coincidencia.

“Las más lindas palabras de amor son dichas en el silencio de una mirada.”

Leonardo da Vinci

Capítulo 1

Bajar al jardín y sentarse al lado de la fuente italiana, en la que se refresca y descansa de las tareas del día de trabajo antes de dormir, funciona como un bálsamo para su belleza y se ha tornado un hábito noche tras noche desde que ha venido al solar. Si pudiera, si el acto no fuera una osadía por parte de una chica de familia, se sacaría el corsé de barbas de ballena, el vestido, las enaguas y andaría por ahí sólo con los calzones interiores y el corpiño de batista.

Ha descubierto en los últimos meses que la indumentaria femenina es el equivalente a una mazmorra para su cuerpo. Durante el tiempo de permanencia en el convento no usó ropa apretada y dió gracias a Dios por eso. Detestaba corsés y muy raramente los usaba, pero aquí, en el solar del hombre más poderoso de la región, sería una ignominia tal acto.

El denso follaje de los arbustos y los árboles de porte alto que cubren parte del enorme jardín francés, que se extiende a lo largo de toda la casa al fondo, proporcionan un ambiente fresco durante el día. Isabel aprovecha las largas sombras, instalándose con la niña Teresa en los canapés de mimbre donde hacen las lecciones de la mañana.

Luna llena de Agosto. El canto de las cigarras resuena por toda la llanura, acunando el sueño de quien vive en los cerros del enorme condado. El calor abrasador, que durante el día asola la tierra alentejana en esta época, ha secado todo a su alrededor y el paisaje es predominantemente amarillo pálido, salpicado de verde seco por alcornoques y encinas haciendo recordar a las tierras de África, tal como las describen los exploradores portugueses en los libros que escribieron sobre sus viajes. Como me gustaría partir a la aventura un día. Se sentía presa en una condición dictada por la moral de una sociedad que reconocía como hipócrita a cada día que pasaba.

El sol se puso y se levantó una brisa suave – un fresquito como decía la cocinera Genoveva- pero que era más caliente que el calor del cocina a leña cuando se acercaba a ella. El tal fresquito invitaba siempre a un paseo

nocturno al cual Isabel sólo faltaba si las condiciones atmosféricas no lo permitieran, o sea, si llovieran hachas, lo que hasta hoy nunca había sucedido. Noche tras noche, allá estaba ella marcando su presencia con todos los atributos que una mujer deslumbrante posee a los ojos de un hombre.

Hace dos meses, cuando la madre superiora la llamó a su presencia, para comunicarle que los votos temporales habían terminado – después de cinco años de noviciado – y, que para continuar en el convento debería profesar votos perpetuos, casi se desmayó de miedo; no consideraba su consciencia religiosa preparada para ese importante paso en su vida, y sobre todo que tuviera vocación, lo que no era totalmente su caso. Peor que ir al convento obligada por su padre, era quedarse para siempre en aquel lugar, lejos de la vida y del mundo. Isabel era un espíritu libre desde que aprendió a decir las primeras palabras y siempre conseguía escapar de las órdenes de las criadas y de su madre. Cuando niña le encantaba el trabajo del campo - las siembras, conducir los inmensos rebaños de ovejas y cabras, recoger la leche y hacer los quesos, todo lo que era prohibido a una niña de su posición. Ser hija de un Señor de Mayorazgo, hacía de ella una señorita de Mayorazgo y debía comportarse como esperaban que lo hiciera. Durante unos años su padre la dejaba acompañarlos – a ella y a su hermano - en esas tareas. Ir para el campo con su padre y su hermano era una fiesta mejor que cualquier baile de la sociedad, pero considerado impropio para una niña de bien.

En esa época se sentía feliz y con muchas ganas de descubrir lo que existía más allá de las tierras del dominio de su padre. Alimentó sueños de conocer otros parajes lejanos y ser exploradora, los libros de la tía Elvira con descripciones sobre África, le agudizaron la curiosidad. Isabel era sagaz e intuitiva y desde niña notó, más o menos a los seis años, que el primogénito, su hermano Pedro, era el preferido su padre y el heredero de todo. Un día - debería tener unos nueve años - su padre recibía visitas en un almuerzo de negocios y cortesía con nobles de la región, oyó hablar de las herencias de los hijos mayores y sin papas en la lengua, con la ingenuidad e ignorancia de una niña sobre las consecuencias de tal atrevimiento, preguntó:

- ¿Cuál es mi parte en las tierras padre?

Los invitados levantaron la cabeza de los platos en los que se deliciaban con un asado de cabrito y mostraron horror ante el atrevimiento de Isabel al padre y al hermano. Fue retirada de la salón de prisa, con las disculpas de la madre al Señor su marido y colocada de castigo en una habitación durante un día entero. Más tarde, después de que las visitas se habían retirado, el Señor

de Mayorazgo quiso saber cuál había sido el castigo aplicado por la insolencia de su hija. Fue informado de que la niña Isabel había sido azotada por su madre en virtud de tan grave desobediencia. Su padre no pegaba, mandaba pegar. Y no fueron pocas las veces en que se le daba esa tarea al capataz, hombre bruto y deshumano que azotaba sobre todo a los muchachos del establo, si notaba que un caballo tenía una herradura floja. Siempre detestó esa barbaridad que descubrió después que le vinieron las reglas.

Nunca Doña Elvira le haría tal cosa a su hija: pegarle. Le tenía pavor al marido, desde que su padre la entregara a él con el respectivo dote y, aunque nunca le hubiera pegado, sólo su voz de trueno la asustaba. Felizmente le dió un hijo hombre ya en el primer embarazo. Había sido amenazada de que si generara una hija sería devuelta a su padre. Tal vez su marido no cumpliera la promesa, pero cuando sintió al bebé saliendo de su cuerpo, levantó el tronco de inmediato para verificar si podía respirar de alivio o quedarse seriamente preocupada.

Isabel soltó los largos cabellos rubios, casi de oro, dejándolos caer en cascada sobre los hombros y también en el enorme escote que le realzaba los grandes senos. Sacudió la cabeza para que el aire fresco penetrara en la inmensa cabellera y se sintió más liviana. La sensación de libertad – sin prendedores ni hebillas que le lastimaran el cuero cabelludo – le hizo largar un suspiro profundo que fue oído en el piso superior del jardín por la figura que se dejaba ver sólo por la silueta oscura. Una ráfaga de viento caliente le levantó el cabello y el vestido de cretona azul cielo, obligándola a levantarse para recomponerse. El aroma a tabaco le llegó a las narinas y los sentidos quedaron alertas. Disimuladamente – como ya había aprendido a hacer para no ser notada - miró alrededor y lo encontró. Allí estaba él. Sentado en el muro del piso superior del jardín, junto al pasillo del salón.

El brillo de plata de la luna iluminaba la camisa blanca haciendo realzar la bella silueta de hombre, que tenía el placer de admirar todas las noches a la sombra de la luna. Sólo así se atrevía a tan depravado acto. Manuel Alfonso de Barbosa era un hombre de pocas palabras pero tenía un semblante muy agradable, hasta tierno; nunca le había dado la oportunidad a Isabel para hablar sobre otros asuntos más allá de la educación de la sobrina y de la administración de la casa - la cual entregaba enteramente en las manos del fiel mayordomo – pero, había alguna cosa en su mirada que la dejaba intrigada y muy, pero muy curiosa.

Cuando se cruzaban durante el día por las habitaciones del Solar de

Santa María, bajaba la cabeza y hacía una leve reverencia no atreviéndose a mirarlo a los ojos, sin embargo... sabía que eran verdes. Manuel Alfonso era un hombre alto, moreno de cabello negro y muy viril, pero - al contrario de los hombres que había conocido en la casa de su padre - era gentil y educado y nunca lo vió tratar a los criados con rudeza o crueldad.

Agarró las melenas de cabello revuelto y lo colocó atrás de las pequeñas orejas. Retiró el exceso de tejido del vestido hacia el costado y volvió a sentarse. Al mirar hacia el muro de la escalera lo encontró mirando en su dirección y a pesar de ser de noche y poder ver con nitidez se sentía observada. Hacía por lo menos una semana que su Señoría la seguía hasta el jardín y se quedaba allí, sentado, todas las noches como si estuviera meditando sobre algo que ella desconocía. Isabel llegó a pensar que le iría a decir algo menos propio, pero, hasta ahora se mantenía alejado y en un mutismo que sólo quebraba cuando era necesario. Lo veía muchas veces, de reojo, allá encima junto a la entrada de la casa y a pesar de que Teresa lo llamaba, no bajaba de su pedestal de Señor de las tierras. Parecía fascinado por ella cuando la veía, pero, al mismo tiempo huía de estar a solas siempre que la ocasión aparecía.

La pipa de rosa silvestre continuaba encendida y la prueba de eso eran las largas bocanadas de humo que Isabel veía salir de la boca del Conde que se elevaban en el aire, formando ovillos blancos que se deshacían tan rápido como aparecían. Era imposible sacarle los ojos de encima. Por suerte era de noche, en caso contrario podría ser mal interpretada y el Conde la tomaría como su amante por considerarla ofrecida. ¿Y si eso sucediera? Empezaba a tener miedo de sus pensamientos. Sería más fácil de contener el deseo si el Conde fuera viejo, jorobado y lleno de verarrugas en la nariz. ¿Deseo? Tal pensamiento le arrancó una sonrisa. Era el hombre más viril y gentil que conocía. Los hombros anchos, brazos y muslos fuertes le daban la apariencia de un salteador con estilo. Sólo las ropas de buena calidad dejaban adivinar su condición noble.

A la noche en la cama, sola, imaginaba como sería ser amada por un hombre. Ser amada por Manuel Alfonso. El deseo hasta entonces desconocido invadía todo su cuerpo a punto de doler.

El Conde se levantó y se dirigió a los escalones de la escalera. Asustada, Isabel se levantó saliendo de la introspección en que estaba sumida y se preparó para recogerse a sus aposentos. No quería cruzarse con él. Bastaba rodear la fuente por el lado derecho y subir las escaleras laterales para

evitarlo. Lugares de fuga no faltaban en el jardín. Las espuelas de las botas sonaban en el marmol de los escalones, haciendo un ruido pesado – prueba de que todavía no se había sacado las botas de montar - y los zapatos de ella hacían un sonido suave a medida que subían. Los pasos se alejaban.

Seguramente, cuando llegara a la puerta de atrás, ya saldría de su campo de visión y no tendría que encontrar aquellos ojos verdes penetrantes que la desnudaban hasta tener el pecho y la cara del color de un tomate. Rodear los enormes canteros de dalias, para llegar a la cima de las escaleras laterales, llevaba más tiempo que bajar hasta la fuente y por hoy el hombre iría a desaparecer y dejar de atormentarla. Fue con alivio que lo oyó alejarse de la entrada de la casa en el piso superior del jardín.

Levantando la frente del vestido con las dos manos para no tropezar, subió los escalones a los saltitos. Estaba ansiosa para llegar a su habitación y quedarse desnuda entre las sábanas de algodón que olían a lavanda. Aquel calor insoportable de las noches de verano la mataba. Jadeante, llegó a la cima de la escalera y en cuanto puso los pies en el último escalón y los ojos en la puerta ventana, que daba acceso al interior de la casa, tuvo un choque y el corazón se aceleró. Sus sentidos la habían engañado. Él había subido en vez de bajar y estaba clavado en su frente casi en el medio del pasillo. Era imposible entrar en la casa sin pedirle permiso para pasar o sin pasar por él. Parecía una estatua clavada al suelo. No se movía. ¿Será que lo hizo a propósito o ella estaba imaginando cosas y él estaba allí por mero acaso? Empezaba a pensar que el Conde andaba jugando al gato y al ratón con ella. ¿Quién sería cazado? Un suspiro profundo le llenó el corpiño del vestido, frente a la visión de aquel hombre másculo que llenaba cualquier espacio con su presencia. La lujuria la invadió y deseó que él la hiciera mujer allí mismo, en el suelo fresco y suave de la hierba de los canteros. Manuel no se movió y fijó los ojos verdes en ella. Una sonrisa burlona en la comisura de los labios y la pipa en la mano, le daban un aire sensual y depravado. El hombre era un enigma. Le debía respeto y obediencia por su condición noble, pero siendo uno se comportaba como cualquier otro hombre que deseaba a una mujer. No es que tuviera experiencia, pero, lo que había oído a lo largo de cinco años de las monjas, la llevaba a pensar que el comportamiento masculino era igual en todos ellos, siempre que el asunto eran las mujeres. Tenía que saludarlo, no podía fingir que no lo había visto. Pareciendo adivinar el su miedo se

anticipó.

- Buenas noches señorita Isabel.

Isabel se estremeció. Un escalofrío le recorrió la espina hasta la nuca dejándole los pelos erizados en aquella región.

- Vuestra Señoría. – Lo saludó con una reverencia, bajando la cabeza levemente.

- Está una linda noche de luna, ¿no le parece?

Y miró descaradamente para el escote del vestido con un sonrisa misteriosa en los labios.

Isabel mantenía los ojos bajos para evitar enrubecer. Pero, una curiosidad que casi le daba un picazón en el cerebro la invadió y no le importaba si fuera considerada insolente u ofrecida. Levantó el rostro levemente y lo encaró. La tenue luz de los candelabros de aceite venidos del interior, en conjunto con la luz de la luna le daban una visión perturbadora. Al encontrar los ojos verdes se perdió en ellos. Dió un paso al frente para iniciar la marcha y entrar a la casa pero el pico del zapato se metió en el dobladillo del vestido descosido de tanto uso. Se oyó - un estallido de tejido al rasgarse y en ese instante con la mitad del zapato prendido en el vestido, Isabel se desequilibró en dirección a la tierra. Manuel Alfonso abrió los brazos e Isabel cayó enteramente en ellos. Brazos fuertes y calientes la acogieron antes de llegar al suelo.

- ¡Oh! Que vergüenza. Perdón Vuestra Señoría.

Enrubeció de tal forma que pensó que la cara le iría a explotar de vergüenza y bochorno.

Manuel Alfonso dió una carcajada y se apresuró a colocarla de pie y derecha.

- No era mi intención... – se justificó muy serio. – Perdón señorita. – Pero fue agradable abrazarla.

Una más vez su mirada apuntó directamente al escote largo su vestido, con blancos senos llenándolo. se lo bró de sus brazos, visiblemente perturbada y entró a la casa rápidamente sin responderle a la provocación. Al entrar en el amplio pasillo que daba acceso al salón de fiestas y al primer piso donde se sitúan las habitaciones, se cruzó con Angelina – una de las criadas - al subir las escaleras y le dijo:

- Su Señoría está en el jardín. Cuando él entre puedes apagar todos los candelabros, me parece que el Señor Miguel ya se recogió. El pobre hombre está muy mayor y su Señoría dió órdenes para que lo libremos de sus obligaciones.

Sin esperar por una respuesta de la criada, continuó adelante y subió las escaleras de dos en dos escalones hasta el primer piso entrando estrepitosamente en la habitación, enrojecida por el calor de los brazos de él y por los pensamientos pecaminosos que no conseguía evitar. Primero el vestido; después el corsé; después el corpiño y los calzones y finalmente las medias. Estaba lista para un baño de luna.

Manuel Alfonso volvió a encender la pipa y lentamente bajó las escaleras hasta la fuente junto al banco donde ella había estado sentada hacía apenas algunos minutos. Se sentó e inspiró profundamente para conseguir captar el perfume de lavanda: el perfume que ella exhalaba al pasar. Ya nada allí, denunciaba su presencia, a no ser el deseo que lo consumía. La muchacha era muy competente, educada, ni parecía una plebeya según le había informado la madre superiora, pero estaba por hacerle perder el juicio. No podía envolverse con una criada, aunque fuera culta y maestra en el arte de enseñar a leer y escribir. Allá encima, en el primer piso, una luz se encendió y las puertas de la habitación que daban al balcón de frente para el jardín se abrieron. Se escondió en la sombra debajo del árbol y se preparó para asistir al que consideraba su momento de deleite nocturno. Un espectáculo al que sólo él tenía el derecho de asistir como Señor de la casa. Le restaba saber si ella sabía que estaba siendo observada. Todo llevaba a creer que no. La joven había vivido en un aislamiento total durante tiempo suficiente para no saber comportarse como una señora de la sociedad lo debe hacer. A su entender podía continuar con el descuido frente a los ojos de los otros. El beneficiado era él y seguramente no habría quien se quejara de inmoralidad. Se preparó para asistir al momento más esperado del verano. En cualquier momento ella surgiría tal como vino al mundo.

Descubrió hace varios días, cuando paseaba por el jardín pensando en qué hacer de la vida, que la maestra tenía un ritual nocturno secreto. A esta altura ya debía estar en Brasil, pero quería dejar a Teresa bien entregada y por otro lado, ya no le apetecía partir con tanta urgencia. Brasil podía esperar, su padre no precisaba de él y Leonor se tornó una hacendada exitosa y respetada después de la muerte del marido negro.

Allá estaba ella. Un sueño de mujer. Un sueño que no soñaba hacía muchos años. La luz del candelabro se apagó y la luz de la luna con un brillo de plata intenso, iluminó la piel blanca y los cabellos rubios. Desnuda, en la ventana, y con los brazos en el aire parecía una adoradora de la luna. Que visión de los cielos. Una noche más en la que tendría que utilizar sus propias

herramientas para aliviarse. Aquella muchacha se transformaba en una hechicera cuando había luz de luna y lo dejaba rendido a su hechizo.

En la cima de la escalera, cubierto por la sombra nocturna de la hera que tapa la pared sur, la criada permanecía escondida vigilando al Conde. Nada que su Señor hiciera le pasaba desapercibido. Hacía tantos años que no lo veía y las ganas eran inmensas. Un hombre como aquel nunca había conocido.

Capítulo 2

- ¡Dormilona! ¡Abre los ojos! – Llamaba a la niña que insistía en no despertar, sacudiéndola dulcemente mientras le besaba las mejillas. Un juego casi diario desde que vino al Solar de Santa María.

- No quiero Isabel. Un poquito más. – Y se metió de nuevo debajo de la sábana de lino.

- Vamos. El pequeño almuerzo va a ser servido y el Señor su tío, va a enfadarse si lo hacemos esperar.

Inentaba asustarla con la autoridad del Señor de la casa, sabiendo que el Conde no era un hombre que hiciera un escándalo por pequeñeces.

Le preocupaba la tristeza de la niña. Siendo una niña curiosa y muy viva, dejaba entrever destellos de melancolía, que no conseguía poner en palabras y empezaba a dar señales de extrañar a su madre. La poca edad todavía no le permitía pensar sobre el motivo de su tristeza. El cuidado con la niña y la relación afectuosa que Manuel Alfonso devotaba a su sobrina más parecían las de un padre y se sorprendía a sí misma en los últimos días admirando los juegos de los dos y pensando que buen padre sería. Físicamente no había semejanzas y según había oído Genoveva, Teresa había heredado el físico de su padre estatura baja y delgada. En los primeros días de trabajo en aquella casa pensó que la niña fuera su hija, al contrario de lo que él le dijo.

Consta – dicho por Genoveva, la criada más antigua de la casa - que Miguel Mortágua era malo como las serpientes que, activas por el calor en el tiempo de la cosecha, mordían a las mujeres y hombres que cosechaban el pan, en el caluroso mes de julio.

El hombre, pequeño y enclenque, no se inhibía por tomar un látigo y golpear a un criado del establo hasta hacerlo sangrar. Tornarse negrero fue apenas una consecuencia de la ambición y de la maldad de carácter. Miguel fue a hacer fortuna con los pioneros y se transformó en uno de los hombres

más ricos de Brasil y de Portugal encima del oro y de la esclavitud.

Además de los criados – una cocinera, tres ayudantes, dos criadas del trabajo interno, un cochero, dos muchachos de establo y el mayordomo Miguel Silva – sólo ella, el Conde y la sobrina vivían en el Solar de Santa María residencia de campo de la familia Barbosa hace varias generaciones.

El viejo Conde había partido para Brasil hacía más de doce años, a consejo de su majestad, para preservar los terrenos conquistados por su padre ya fallecido y por allá se quedó, visitando las propiedades del continente sólo una a dos veces por año. Con el casamiento de Leonor y su partida con el marido, doña Joaquina Barbosa se empecinó y fue atrás del viejo Conde.

Manuel Alfonso, por quien su padre había abdicado del título todavía en vida, descubrió que uno de los intereses que lo mantenían en aquella tierra bendita, era la piel suave de las negras, con quien se acostaba por placer sin que precisara respetarlas, o pedir su consentimiento. La llegada de la esposa terminó con el deleite del padre y aumentó su mal humor.

La hermana menor, Leonor, se casó con un hombre asqueroso y rico y viajaron a Brasil en cuanto la ceremonia terminó. Miguel Xavier de Mortágua pidió a Leonor en casamiento sin dote, pues se decía enamorado de ella. En realidad el hombre ya había pasado de los cuarenta años y estaba desesperado por dejar herederos y Leonor no tenía todavía marido prometido, dada su juventud. Amigo de Don Alfonso Barbosa - Conde de Évora-Monte y padre de Manuel Alfonso - manifestó su intención de casarse con la joven, esa decisión fue bien acogida por su padre, pero no por la joven Leonor que esperaba un marido más joven y gentil. Dueño de una fortuna inmensa hecha con el comercio de esclavos poseía también una hacienda cerca de Escobas - a camino de Rio de Janeiro – que era vecina de la hacienda del Conde Alfonso Barbosa. Las dos haciendas se separaban sólo por los extremos y un día serían una enorme propiedad. El negocio principal de Don Alfonso era la minería del oro y habiendo obtenido permiso real para establecerse en aquella zona servía también a la corona fiscalizando posibles fugas de la parte que le correspondía a la corona. Escobas, es una región que facilita el acceso al puerto de Rio de Janeiro, donde el oro embarca hacia Portugal. En el fondo se trataba de tomar de los nativos aquello que era suyo por derecho. Nació en cuna de oro, pero pensaba que el sol cuando salía era para todos, pensamiento, que le podía valer una acusación de traición y prisión para el resto de la vida. Manuel Alfonso guardaba para sí los pensamientos insurrectos que solía tener, no fuera que el diablo tejiera su tela y alguien lo

acusara frente a su majestad de traición a la reina.

El cuñado - fallecido gracias a Dios como solía pensar - era un hombre odiado por los esclavos y hasta por algunos blancos por la crueldad demostrada y no duró mucho tiempo vivo después de casarse. Ciego por la juventud de Leonor y lleno de deseo por carne fresca, blanca, pasó las primeras semanas de casamiento de viaje en el navío y en la cama con la joven esposa. Leonor quedó embarazada durante la travesía del Atlántico y cuando le anunció al marido que estaba encinta, éste fue a conmemorar con los amigos negreros, en una casa de reputación dudosa allá por los lados de la villa, frecuentada por condenados venidos del continente. Apareció muerto al borde de la ruta de la hacienda en el otro día. Consta – él nunca lo vió - que le cortaron el coso y se lo metieron en un sitio donde sólo la comida debe entrar. El reinado de terror de Xavier Mortágua había terminado para el deleite de todos los que nutrían un odio visceral por su persona.

Leonor, viuda a los dieciocho años, embarazada y dueña de la fortuna del marido llamó al hermano para ayudarla a administrar la hacienda. Se sentía demasiado joven para tomar para sí tamaña responsabilidad. Manuel Alfonso respondió al pedido de la hermana, se encariñó por la sobrina y tomó el lugar que el padre dejó vacío en la vida de la niña. La niña se tornó tan cercana al tío que difícilmente lo perdía de vista.

A pedido de su padre, Manuel Alfonso trajo a la sobrina para el continente para ser educada en la lectura y en la escritura por una maestra versada en esas asignaturas y nada mejor que una monja para hacerlo. Tenía órdenes de su padre para buscar el convento en la ciudad de Évora y una cierta madre superiora. Aceptó a Isabel porque la monja le garantizó que ella era culta, paciente y que estaba sola en el mundo. Sólo no le dijo que era también una tentación del diablo.

- Buen día tío. – Dijo la niña alegremente, largando la mano de Isabel y saltándole al cuello.

- Estaba esperando ese abrazo, mi angel. – Y abrió los brazos para recibir a la niña al mismo tiempo en que comía a la maestra con los ojos.

Isabel miraba con ternura a los dos y estaba tan absorta que se dejó atrapar por él. Manuel Alfonso clavó los ojos verdes en ella y sonrió. Una sonrisa que Isabel no conocía: no era de simpatía, ni de complacencia, ni de ... era de lujuria – algo que Isabel nunca había sentido. Su mirada golosa la asustaba.

- Señorita Isabel. – La saludó.

- Vuestra Señoría. – Retribuyó.

Le hizo una señal a la criada para servir el pequeño almuerzo y desvió la atención de él dando recomendaciones a Teresa para que se sentara recta.

- Teresa va a pasar a tener clases de piano diarias. – Informó. – El profesor llega todos los días a las diez horas y la clase dura dos horas. Quiero aprovechar al máximo la estadía de ella en el continente para instruirla. Durante este tiempo puede aprovechar para hacer otras cosas se así le parece.

- Pero Vuestra Señoría vamos a convenir que dos horas seguidas es mucho para una niña de la edad de Teresa. No es mi intención contradecirlo pero...

- Ya lo está haciendo. – Dijo sin, no obstante, parecer ríspido. – Sé que la maestra es usted, pero la decisión es mía. – No dejando margen para dudas sobre quien mandaba.

- Quiera perdonarme el atrevimiento, pero aunque su decisión esté equivocada ¿prefiere que así sea? – Lo cuestionó abiertamente desafiándolo.

Isabel estaba jugando con fuego. Manuel Alfonso podía despedirla a cualquier momento y no tenía para donde ir. Aún así, creyó que él no lo haría. La irreverencia que la acompaña desde tierna edad no había desaparecido.

Manuel Alfonso estaba divirtiéndose mucho con su osadía, aunque hiciera de todo para esconderlo. Era bueno tener a alguien que lo contradijera y que parecía no tenerle miedo. Estaba harto de actos de vasallaje y ella no mostraba señales de sumisión.

- Realmente es muy osada. Será que es solamente osada en la mesa o también... - y no completó la frase manteniendo el aire serio mientras le lanzaba una mirada pícara. Lo que él quería preguntar es si ella sería osada en otros sitios también.

- ¿Puede explicar mejor lo que quiere decir con eso, Vuestra Señoría? – Se hizo la desentendida.

Al final el juego ya estaba sucediendo. Le encantaba provocarlo y ayer, cuando se desnudó y fue a refrescarse en la ventana le pareció haber visto una nube de humo allá abajo en el jardín. Tal vez fue el deseo de que él la admirara lo que la llevó a pensar haberlo visto. Seguramente él estaría en la biblioteca hacía mucho tiempo y no se diera cuenta de su presencia en la ventana. Por eso se desnudó a la luz de la luna en la noche anterior, por estar segura de que no era observada.

- Los baños de luna son un gran atrevimiento señorita Isabel. Tal vez

podamos discutir ese asunto después.

Isabel quedó del color del vestido carmín que usaba y que le realzaba la piel blanca y el cabello dorado.

Ajena al mundo de los adultos la niña se preguntó qué es lo que pasaba entre los dos, y no se contuvo. Preguntó:

- Tío... ¿estás enfadado con Isabel? Mira que ella es muy amiga mía. No la eches. – Le advirtió al tío con la inocencia de sus siete años.

Manuel Alfonso miró a Isabel en silencio y dejó pasar una risa escondida.

- No mi querida. No estoy enfadado. Son conversaciones de adultos.

- Los adultos son muy complicados. ¿Puedo ir a jugar con mis muñecas hasta la hora de las clases? – Y miró a Isabel.

- Puedes ir mi amor, pero no te ensucies. – Le respondió Isabel. Era supuesto que Manuel Alfonso le respondiera pero ella se adelantó. Manuel Alfonso la miró y fingió que no notó el desafío.

¡Que mujer! Todo en ella le agradaba: el cuerpo, la piel, el rostro ovalado, la capacidad y la osadía en desafiarlo y sobre todo, algo que ya había notado que ella tenía - un fuego inmenso que apagar.

Tenía que encontrarle defectos cuanto antes. No podía casarse con una plebeya – su padre moriría de un ataque de apoplejia – pero también no quería deshonrarla al tomarla como su amante. Ella merecía algo mejor. Temía que no pudiera alejarse de ella mucho más tiempo y así decidió que lo mejor era pasar a evitarla.

- Voy a salir a caballo. Quiero verificar unas tierras al noroeste. Parece que unos gitanos se han instalado allá sin permiso. El gitano de Morel anda por los alrededores y no quiero robos por aquí. Con su permiso. – Dijo al salir de la mesa.

Isabel hizo una leve reverencia con la cabeza y permaneció sentada mientras él salía del comedor. Debería tener cerca de un metro ochenta – algo raro en los hombres alentejanos - y tenía el porte atlético de un caballero experimentado. Los pantalones castaños justos en las piernas, metidas en las botas de montar y la chaqueta verde oscura con botones dorados, le realzaban el color de los ojos. No siendo propiamente un hombre bonito era muy másculo. Sin embargo, lo que más sorprendía a Isabel era la forma como este hombre poseedor de un título de nobleza trataba a sus criados. Todos los criados lo querían, aunque todos dijeran que no lo querían ver enfurecido. Ya había notado que debían confundirlo con el viejo Conde su padre, ese sí, era

un ser humano irascible, según la cocinera le había contado. No obstante, pensando mejor, ya había visto una sombra en sus ojos que no podía identificar. Era mejor no desafiarlo más.

Hacía mucho tiempo que no montaba. Cuando vivía en la casa de su padre tenía una yegua sólo para ella. ¡Cómo extrañaba sentir el viento en la cara y en el cabello cuando galopaba en la llanura! Subió las escaleras y buscó en el viejo baúl la ropa de montar. La falta de conocimiento sobre el convento era tal que imaginó que allá, podría continuar haciendo las actividades habituales, por eso había colocado en el baúl, casi toda la ropa que poseía.

Se vistió rápidamente y se dirigió hacia el establo. Era en estos momentos que se sentía libre. La ropa que usaba era mucho más comfortable que las crinolinas y los corsés y después no había nada que le agradara más que estar sobre una montura.

Con cautela entró en el edificio oscuro que olía a caballo. Ignacio, uno de los muchachos del establo apareció en la puerta cuando oyó el sonido de las botas en la piedra del suelo. Se sacó el sombrero para mostrar respeto y dijo:

- Señorita Isabel ¿en que puedo servirla? – sus ojos reían siempre que la veían.

Ignacio tenía sueños mojados con Isabel desde que ella fue a vivir al Solar de Santa María.

- ¿Hay algún caballo que pueda montar? No lo hago hace mucho años y me gustaría hacerlo de nuevo, pero uno que sea manso. – Confesó.

- ¡Caramba señorita! Los caballos del Conde son todos ariscos. - Dijo para provocarle miedo y hacerse el valiente.

– Mire que soy un buen caballero y ya me tiraron al suelo algunas veces. – Se vanaglorió -.

- ¿Qué tal el “Arisco”? – Dijo una voz grave y levemente ronca atrás de ella.

Manuel Alfonso había notado su presencia en cuanto entró a la cavalleriza. Cada vez estaba más intrigado. ¿Quién era esta muchacha? La madre superiora no le contó toda su historia seguramente. Por educación no quería preguntar, pero algo le decía que había un secreto. Ignacio hizo una reverencia con el sombrero de piel de vaca curtida y quedó mudo y estupefacto al admirar la belleza de la muchacha.

- Te estaba diciendo que le puedes preparar el Arisco. Parece que la señorita Isabel me va a acompañar hoy.

Quedó perpleja y sin saber qué decir. No quería ir con él. Quería ir sola y andar libremente por el campo.

- Perdón... no era mi intención... sólo quería probar... si todavía sé montar. – Dijo sobresaltada y muy roja. – No quiero molestar a Vuestra Señoría.

- Nada mejor que mi compañía para probar sus habilidades. En caso de falla estaré allá para ayudarla. No sería la primera vez.

Comenzó a reconocer el sentido de humor mordaz en alusión a sus caídas.

Cuanto más serio decía las cosas, más interesante se ponía. Todo en él transpiraba hombre - Ropa, olor, gestos, y sobre todo la voz muy masculina. Le conocía la voz a distancia. Era inconfundible.

Tenía la respuesta en la punta de la lengua pero se frenó. No era adecuado responderle en la presencia de otras personas. No quería ofenderlo, pero el Conde estaba empezando a jugar un juego peligroso para una mujer virgen y sin experiencia. Le estaba encantando el juego, pero sentía que en cualquier momento podía perder su inocencia. ¿O estaría engañada y el hombre era mordaz?

Ignacio apareció con los dos caballos arreados por la mano y los entregó en las manos del Conde por las riendas. Manuel Alfonso llevó uno de los caballos hacia ella - el blanco con un porte majestuoso – y la ayudó a subir a la montura. Para su espanto Isabel puso el pie en el estribo y saltó en la montura como los hombres. Su falda se abría al medio como si fueran pantalones cuando montaba. Muy ingenioso. Nunca había visto una cosa semejante. Todas las mujeres que conocía montaban sentadas de lado. No quería perder ese espectáculo por nada.

La miró con admiración, pero no hizo comentarios. Esa centella de espanto que le pasó por la mirada no le escapó a Isabel.

Puso el pie en el estribo, saltó con agilidad sobre el caballo castaño y le dijo:

- ¿Lista para una cavalgata? – Quiso atormentarla. En realidad era en otra cavalgata en que pensaba. Desde que la vió desnuda a la luz de la luna, no pensaba en otra cosa, sino en...

Ella hizo una cara de duda y dijo:

- No me parece. Hoy quiero ir con más suavidad. – Y ni notó el doble sentido que la frase contenía.

Con un sonrisa irónica en los labios carnudos él le respondió.

- Como quiera. Vamos entonces. Será siempre a su ritmo.

El doble sentido de la frase no se le escapó. El juego de seducción era real, no era fruto de su imaginación.

Paso a paso, los caballos siguieron por la ruta de tierra en dirección al noroeste, el camino de la Azinhaga. Isabel se sintió en otro mundo. El mundo que ella había imaginado en el que podría vivir algún día. Aunque fuera por momentos tenía que probar vivir la libertad que tanto deseaba y que le habían sacado hacía cinco años. Si la felicidad era algo parecido con lo que estaba viviendo, entonces se sentía feliz. La única sombra que acechaba por allí era la de la partida del Conde, como le habían dicho cuando fue al Solar de Santa María. Isabel se quedaría con Teresa y Leonor vendría al continente algún tiempo después para juntarse a su hija y en ese momento el joven Conde regresaría a Brasil para administrar la hacienda de la hermana. Hasta allá estaría a prueba. Si mostrase aptitud se quedaría, si no, sería despedida.

CAPÍTULO 3

A pesar de ser verano, el cielo presentaba nubes oscuras en el creúsculo e Isabel comenzó a preocuparse con la posibilidad de ser alcanzados por la lluvia. El cielo estaba cubierto. Los pájaros volaban en círculos altos y a menudo se oía un trueno a lo lejos, poca cosa, todavía. El viento daba un aire de gracia de vez en cuando y agitaba las hojas de las encinas en ondas leves, para enseguida quedarse todo en una calma enorme.

Pasaba un poco de las nueve de la mañana y el calor se hacía sentir con intensidad. A lo lejos, campesinos pertenecientes al condado limpiaban la tierra de la maleza crecida durante la primavera. Otros recogían tomate dentro de cestas y lo cargaban para una carroza tirada por una mula fuerte.

Los hombres se sacaban el sombrero cuando pasaban, como muestra de respeto al Conde y las mujeres hacían una reverencia bajando levemente la cabeza. Manuel Alfonso los saludaba con un gesto mientras iba viendo lo que pasaba en sus tierras. Junto al río, un hombre pequeño, vestido con ropa andrajosa y descalzo, guarda un rebaño de ovejas que buscan el fresco de aquella zona poblada por álamos altos, que protegen a los animales del calor. Isabel observaba todo y viajaba hacia su infancia. Solía - ya hacía muchos años - por la mañana, recorrer las tierras con su padre haciendo exactamente lo mismo.

Uno de los arrendatarios le hizo un gesto a Manuel Alfonso para que parara, quería decirle algo y el Conde apresuró al caballo para acercarse al hombre. Isabel quedó esperando en el camino. El hombre, vestido de forma diferente de los restantes campesinos susurró alguna cosa y Manuel Alfonso asintió con la cabeza. Giró el caballo y en pocos segundos volvió al trote juntándose a ella.

- Quería avisarme que el bando de Morel está en la Azinhaga junto a la ribera y que son más de treinta. – Le informó. – ¿Todavía quiere acompañarme señorita Isabel? – Intentó asustarla.

- No veo porque no ir, Vuestra Señoría. – Respondió Isabel. – Por acaso tiene miedo de los gitanos. – Lo provocó.

- ¿Es esa la opinión que usted tiene de mí? – Preguntó con una sonrisa franca en los labios, pero con aire burlón.

Isabel no respondió pero quedó irritada. Porque se quedó con la impresión que él se estaba burlando de ella. No era una mujer que se callara.

- Si Vuestra Señoría cree eso. Sabrá si es hombre para enfrentar a treinta gitanos o no.

- Tengo la impresión de que si me viera en apuros, usted lucharía a mi lado. – Dijo sonriendo con aquel aire burlesco, que Isabel reconoció como siendo una característica.

- Sin duda. – Respondió distraída sin notar que estaba siendo testeada. Pero la distracción duró poco. Notó el error y se corrigió - enseguida.

- Quiere decir. No le podría valer gran cosa... soy una mujer.

- Más temeraria que ciertos hombres que conozco. – Dejó escapar. – A propósito, para quien tenía tanto miedo de no aguantarse encima del caballo, está yendo muy bien. ¿Dónde aprendió a montar? no debe haber sido en el convento. – Y de esta vez fue realmente sarcástico.

- En realidad sí... - Se calló. Lo encaró y respondió.

- Vuestra Señoría ni imagina lo que se aprende en un convento. – Si él la provocaba, ella doblaba la apuesta.

- Puedo imaginarlo...- respondió pareciendo distraído.

Manuel Alfonso iba a continuar la conversación picante pero vió el campamento. Algunas tiendas de paño blanco manchado por el tiempo, montadas en círculo al lado de las carrozas. Cada tienda correspondía a una familia. Más adelante, cerca de la ribera, los caballos pastaban las pocas hierbas verdes que todavía conseguían comer después del tórrido verano. Unos diez niños de tez muy oscura corrían por allí jugando; sucios, mocosos y casi desnudos, pero aparentando felicidad. Un muchacho mayor, seguramente entrenado para ser el sentinela dió la alarma y gritó alguna cosa en un dialecto extraño.

Manuel Alfonso miró a Isabel y le dijo:

- Tal vez sea más prudente que se mantenga lejos. No suelo tener divergencias con los gitanos, pero esta vez Morel está acá y es un hueso duro de roer, dicen. Él solía tratar de asuntos de caballos con mi padre.

- Voy donde vuestra Señoría vaya. – Dijo perentoria en caso de que él pensara dejarla para atrás.

Muchas veces vió a su padre expulsar a los gitanos de sus tierras y no sintió miedo. Estaba hasta muy curiosa con ese Morel. De tanto oír hablar de él en los últimos días, lo imaginó un príncipe.

- Isabel.- La llamó. La primera vez que la llamó por el nombre. – Quédese atrás de mí y no desmonte del caballo. – Ordenó.

Y esta vez obedeció. Era irreverente pero no estaba loca al punto de

ponerse en peligro.

Puso el mosquete como para ser usado - atravesado encima de las piernas y acercó el cuchillo más cerca de la mano.

Los gitanos adultos – hombres y mujeres - fueron saliendo de dentro de las tiendas. Dos hombres adultos, vestidos de negro, con barbas cayéndoles hasta el medio del pecho se acercaron. Hacía poco tiempo debería haber habido muertes en el bando. El negro era señal de luto. Las mujeres vestidas con faldas hasta los pies, cabello atado se mantenían al borde de los enormes paños blancos que servían de tiendas. Los niños corrieron a esconderse debajo de las carrozas y los perros ladraban. La presencia de extraños causó murmullo.

El Conde se acercó y cuando estaba a unos cinco pasos de distancia de los dos hombres tiró de las riendas del caballo y lo immobilizó. Isabel se mantenía en la retaguardia obedeciendo la señal que le hizo en ese sentido.

- ¿Quién es el rey por aquí? – Preguntó con una voz fuerte demostrando una autoridad que Isabel desconocía.

Sólo conocía al Conde misterioso, mordaz y observador, muy reservado, pero gentil con todos. La voz gruesa de autoridad fue una sorpresa total.

Los dos ancianos murmuraron alguna cosa entre ellos, en una lengua desconocida y miraron hacia una tienda mayor con un formato diferente. Un hombre alto, moreno y que usaba ropa colorida – pantalones anchos rojos y una camisa azul fuerte – salió del interior de la tienda. Su presencia era intimidante. Isabel quedó impresionada con la apariencia del hombre. Los rasgos finos – bonitos – le daban un aire de príncipe, pero al final era un rey. El largo cabello negro atado en un cola de caballo por un pañuelo rojo escarlata que realzaba el color de la piel morena, hacía recordar a un pirata de los mares, de las historias que oía en las reuniones en la casa de su padre, cuando era niña. Sereno y con las manos desnudas – demostrando seguridad - se acercó al caballo de Manuel Alfonso. Paró a dos pasos y dijo:

- Soy yo Señor Conde. No estamos haciendo mal a nadie. – Añadió con firmeza y una sonrisa en los labios bien delineados. – ¿El Señor Conde también nos va a expulsar de sus tierras?

El desafío era evidente en la voz del gitano.

Manuel Alfonso miró al hombre y calmamente preguntó, antes de responder:

- ¿Y quien es usted? ¿No le parece conveniente presentarse? Está en mis tierras y si sabe quien soy, me gustaría saber con quien trato.

Sabía muy bien con quien estaba hablando, pero no era un hombre que se intimidara con un simple gitano.

Estaba diferente de cuando era niño. Lo había visto sólo algunas veces en las inmediaciones del Solar de Santa María, rondando.

- El Señor Conde debe saber que mi fama me precede. Soy Juan de Morel, rey de los gitanos. Estamos de pasaje y solamente queremos hacer negocios con nuestros caballos. Vendemos caballos. – Aclaró, como si el otro no supiera de lo que se trataba su negocio. No se podía decir que no tenía sentido del humor. Hasta allí no le pareció nada asustador. Parecía más un conquistador, por la forma como la miraba incluso delante del Conde.

Manuel Alfonso sabía que los caballos que vendían eran robados en otros lados.

- Muy bien. ¿Cuánto tiempo está pensando quedarse por aquí?

- Dos semanas Vuestra Señoría. – Y se quedó esperando la sentencia.

- Desde que no haya robos, pueden quedarse las dos semanas. Pase con una carroza por el Solar de Santa María para que traigan comida para los niños. Queda avisado Señor Morel, si hay robos llamo a la policía y serán arrestados. Mañana vuelvo para ver los animales que tienen para vender. – Y giró el caballo para regresar a casa.

El cielo estaba cada vez más oscuro y los truenos ya se oían con mayor fuerza. La lluvia iba a caer dentro de poco y quería evitar que quedaran empapados. Le hizo un gesto a Isabel para girar el caballo y cuando iban a partir el gitano le preguntó:

- ¿Señor Conde?

Manuel Alfonso torció el cuerpo para atrás y miró al hombre.

- ¿Quién es la belleza? No es su hermana. La conozco de otros tiempos, en los que... su padre, todavía estaba por aquí. Linda muchacha, si me permite el elogio. – Y clavó los ojos verdes en Isabel que enrubeció aún no queriendo.

Manuel Alfonso dió una carcajada en respuesta y dijo:

- No le interesa. Pero la señora agradece el elogio.

– Vamos Isabel.

El tono de voz, ríspido y de posesión, no dejaban dudas de quien mandaba allí. Hasta ella se sintió su propiedad. Al final, el hombre era duro.

Montó y esperó que ella emparejara el caballo con el de él. Isabel se colocó a su lado y le hizo un gesto para que partieran la trote.

El verde de los ojos del gitano la dejó intrigada. Que mezcla más exótica.

Le parecía extraño que el Conde no hubiera hecho referencia al hecho.

- Está casi por llover. Si no nos cubrimos vamos a terminar empapados. –
Constató.

- Hay una encina grande a una milla. Sígame.

Clavó las espuelas en el caballo y el animal disparó al galope.

Miró hacia atrás y ella lo seguía firme en la montura. Se sintió orgulloso de ser seguido por tan valiente amazona. Si fuera de la nobleza no pensaría dos veces y la pediría en casamiento. Pero así tenía que resistir. No quería hacer lo mismo que su padre hacía con las esclavas que tenía en la senzala y aunque la maestra fuera blanca y libre, no quería más complicaciones en la vida, ya le alcanzaban las que había dejado para atrás, en tierras de Brasil. Habían pasado muchos años pero la herida todavía dolía. Las traiciones duelen siempre. Su padre y él no estaban hechos de la misma masa.

El viento ya soplaba con intensidad y las primeras gotas le cayeron en el rostro, frías y gruesas. Lluvia de truenos era siempre fuerte. Vió el frondoso árbol centenario y se calmó un poco. Podían protegerse allí. Manuel Alfonso entró debajo del árbol antes que ella y saltó al suelo, atando el caballo a una rama. Isabel entró finalmente en la copa del árbol y Manuel Alfonso agarró las riendas del “Arisco” ayudándola a bajar. Y cuando Isabel se preparaba para saltar al suelo lleno de hojas secas volando por el viento, él le extendió los brazos y ella ni pensó en lo que sucedería a seguir. Le colocó las manos en los hombros musculosos y duros y él la agarró por la cintura, dejándola deslizar pero siempre rozando en su cuerpo. Qué tranquilidad sintió en aquel momento. Aquel hombre era un puerto seguro, pero también era un mar de excitación y cuando deslizaba por su pecho, sintió a la altura de la cintura, una protuberancia erecta que identificó perfectamente. Él estaba excitado al punto de no conseguir disimular el bulto en el medio de los pantalones justos.

¡Cómo la deseaba! Quedó pegado a ella más de lo que sería necesario y en una guerra consigo mismo, la largó finalmente diciendo:

- Voy a atar al “Arisco” al lado del “Trueno”. – Y le sacó las riendas de la mano con brusquedad, como si estuviera enfadado.

Llenó una mano de habas - que sacó del bolsillo de la chaqueta - y se las dió a los animales que masticaban con ruido.

Isabel no sabía qué pensar de él. Amable, seductor y caballero en un momento y una bestia en el otro. Tal vez era un hombre peleado con la vida, al final nada sabía sobre él. Ya había pasado de los treinta años y todavía estaba soltero.

- Esta encina tiene más de trecientos años.

Manuel miró para arriba para evaluar la capacidad del árbol de protegerlos de la lluvia.

- Venga, vamos hacia el tronco del árbol. Nos sentamos allí. – Y apuntó para una raíz gruesa saliente de la tierra que podía servir de banco.

Retiró una manta de la alforja que había prendido a la montura y la extendió en el suelo encima de la vieja raíz.

- Venga siéntese. – Y la tomó de la mano para acercarla. Aquel contacto con la mano de él fue la mayor osadía que había cometido con un hombre. Isabel era muy osada en la lengua pero virgen en todo el resto.

Se sentó a su lado, consciente de que era la primera vez que estaban solos y en circunstancias muy extrañas. Una ráfaga de viento trajo finalmente la carga de agua mayor y el cielo parecía caer de una sóla vez en la tierra y ahora era de verdad: lluvia, viento y frío.

Siendo verano Isabel tenía los hombros y el pecho destapados y empezaba a sentir escalofríos. La copa del árbol dejaba pasar algunas gotas frías que caían directamente encima de las cabezas y deslizaban por el cuero cabelludo, dibujando hilos de agua por sus rostros. El clima le enfrió el cuerpo repentinamente y Manuel Alfonso se dió cuenta de esto. Se levantó, sacó otra manta que estaba atada a la montura y la colocó por encima de los dos protegiéndolos de las gotas de agua.

- ¿Isabel?

- Sí Vuestra Señoría. – Respondió.

- ¿Por qué fue para el convento? ¿No había pretendientes a su mano?

- No tuve tiempo para notar eso, Señor Conde.

- Manuel Alfonso.

- ¿Disculpe?

- Manuel Alfonso... puede tratarme por el nombre. – y se acercó más a ella.

- Discúlpeme, pero mi atrevimiento no llega a tanto.

- Aquel gitano tiene buen gusto. – La provocó. – Si él se queda por aquí va a haber problemas. Dicen que es atrevido. – Pero volviendo al asunto que estábamos hablando. ¿Qué es lo que sucedió?

- Es una larga historia. Y si me permite no me gustaría hablar de eso ahora. – Se defendió.

Todavía dolía mucho. En cinco años nadie apareció para visitarla y hasta hoy no había tenido noticias de casa. No sabía si su madre estaba viva o

muerta. A su padre no lo echaba de menos, con el pasar de los años comenzó a nutrir una rabia que había aumentado en los últimos tiempos, se sentía completamente abandonada. Era un héroe para ella y de un momento para el otro se transformó en un villano. Su hermano, no era más que una copia de su padre. Dos codiciosos sin respeto por las mujeres, que la decartaron para siempre sus vidas.

- Un día me gustaría saber. No quiero partir para Brasil sin saber su historia. Va a tener que apresurarse, tengo prisa.

- ¿De qué Señor Conde? ¿De oír mi historia o de ir para Brasil?

- Todavía no decidí Isabel. Pero no me puedo demorar por aquí. – Y se acercó más a ella pasándole el brazo por los hombros.

Hundió la nariz en el cuello blanco y se deleitó con el olor a lavanda. Que piel suave. Que cuerpo delicado y que senos voluptuosos. Sintió un bulto en los pantalones de nuevo y aquel no era el mejor lugar para que eso sucediera. Debajo de la manta el ambiente se calentaba. Isabel sentía unas ganas enormes de probar un beso. Besar y ser besada. Pero no podía. Pensaría mal de ella. Seguramente tendría una novia prometida en Brasil, o alguna negra para servirse. Ya había oído a su padre, que decía con rabia, que los portugueses se acostaban con las negras en detrimento de las esposas. Hoy piensa que su padre sólo no sigue el mismo rumbo porque no tiene suficiente dinero, pero sobre todo por que tiene mucho miedo. Toda aquella rabia contra quien se aventuró en tierras brasileñas lo avergonzaba por no tener cojones para hacerlo.

- ¿Vuestra Señoría tiene quien le espere en Brasil? – Se atrevió a preguntar.

- ¿Por qué pregunta Isabel?

- Por nada, Señor Conde. Como está siempre repitiendo que tiene que partir... debe extrañar a su novia. – Lanzó el señuelo para saber más.

- Mi prisa es otra Isabel. Es la prisa de un hombre que no quiere cometer un pecado. – Y la miró profundamente. – Si me quedo aquí mucho tiempo haré una estupidez. Usted es una tentación del diablo. ¿Tiene noción de cuánto vuelve loco a un hombre?

No entendió lo que él quería decir con aquello. Pero sentía el pecho palpitar y una leve humedad en las partes íntimas. Nunca había estado tan cerca de un hombre y desconocía todo acerca de ellos. Aquel era un momento de debilidad y sabía que estaba a merced de lo que él le quisiera hacer.

- Vuestra Señoría me va a disculpar, pero también sabe poner a una

mujer en las mismas circunstancias. ¿O nunca le dijeron eso?. Manuel destapó una enorme carcajada, casi tan sonora como el trueno que había acabado de reventar en los cielos. Le encantaba aquel sentido del humor. El único defecto que le encontraba era el ser plebeya. Y en realidad no era exactamente un defecto, era más bien una condición. Y también no era por eso que no la llevaba en serio, era por miedo. Miedo del rechazo. El pájaro herido se aleja del lugar donde se quebró el ala.

- No, nunca me lo dijeron. Tiene esa primacía.

- Mire, me pone muy feliz.

CAPÍTULO 4

¿Con quién no quería cometer un pecado? ¿Quién sería la mujer de quien estaba huyendo? ¿Sería de ella? No tendría seguramente interés suficiente para llevar a un Conde a huir de ella. ¿O lo tendría? y después, ¿por qué no podía tomarla, como hacía seguramente con las otras? ¿Sería tan detestable?

Una niebla densa le tomó el pensamiento y la rabia apareció sin que la consiguiera controlar y peor que no conseguir controlarse era desconocer su procedencia. ¿Quizá tendría pretensiones de ser amada por un hombre de su posición? Un noble jamás miraría a una muchacha que imagina de la plebe, aunque que sea versada en la escritura y en la lectura y que tenga más cultura que él. Sí, era mucho más culta. En realidad casi todos los nobles eran unos campesinos ignorantes. Se vestían con ropas de terciopelo y se empolvaban las caras y los cabellos imitando a los franceses, pero la ignorancia era visible. Tal vez él no fuera así, pero la rabia que le tenía a los hombres estaba por ser canalizada hacia la persona del Conde de Évora Monte.

Se alejó de su cuerpo con brusquedad dejándolo boquiabierto y pensando en lo que habría hecho ahora. Se levantó acomodando la falda de montar y, con el rostro rojo de indignación lo encaró profundamente, extendió el dedo indicador peligrosamente en la dirección de Manuel Alfonso – hábito que le valió muchos castigos de niña - y dijo:

- Tenga muy buen viaje Vuestra Señoría y ojalá no lo agarren tempestades como las que causa. Que la pase bien. No se moleste en volver algún día y... - continuaba con el dedo extendido.

- No le tengo ningún aprecio, ¿oyó? es una persona detestable.

El cielo continuaba oscuro y los truenos no cedían. Salir en el medio de tamaña borrasca era una tontería y peligroso. Con una agilidad que las señoras no suelen tener, desató las riendas del caballo, colocó el pie izquierdo en el estribo y saltó a la montura, incó las espuela en el animal que reaccionó de inmediato y largó al galope dentro de la lluvia.

Manuel Alfonso se quedó sin reacción. Esperaba todo menos furia de parte de ella. Se quedó viéndola galopar por la lluvia en dirección al Solar de Santa María con los cabellos sueltos agitándose al viento. Una imagen bella a pesar de trágica. Que mujer decidida y de carácter. A aquella, nadie le pasaría por encima. Sintió aumentarle el apetito de domarla. Tomarla como suya y poseerla era lo que más deseaba aunque no quería deshonrar a una virgen.

Estaba seguro de que estaba frente a una mujer virgen de hombre y tenía la certeza de que ella quería decir precisamente lo contrario de aquello que dejó salir. Aquella mujer lo quería. Le gustaría mucho creer en ella, pero no podía arriesgar.

La lluvia había minguado pocos minutos después de la partida de Isabel y los truenos dieron lugar a un sol de mediodía avergonzado. Tenía hambre pero no estaba en condiciones de sentarse a la mesa delante de ella sin que tuviera una erección de aquellas que sólo cedían después de algún tiempo. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y hasta el olor lo excitaba. Por la noche, a la luz de la luna, podía fantasear con las más variadas escenas eróticas, las señales exteriores de su excitación no eran visibles, pero durante el día era recomendable alejarse de aquella tentación.

La monja se dirigió al patio refunfuñando con la creatura que estaba destruyendo la puerta de madera secular. Abrió la puertita y espió. Un hombre de estatura mediana, ojos envejecidos debajo de un sombrero de cuero y, con un bigote retorcido, estaba en la puerta acompañado de un criado descalzo y vestido con andrajos.

- ¿Qué desea señor? – Preguntó la novicia.

- Quiero hablar con la madre superiora, soy el Señor del Mayorazgo de S. Gens. – Vociferó. – ¡Cuánto antes! – Escupió con acritud.

La novicia abrió la pesada puerta dándole pasaje y le hizo un gesto para seguirla a través del patio. El hombre la siguió arrastrando las pesadas botas y refunfuñando a medida que pasaba por los claustros del convento. Abrió la puerta del salón de visitas y le indicó una silla para que se sentara.

- Voy a avisarle a la madre que usted está aquí. Con su permiso. – Hizo una reverencia y se retiró.

Retorcía las manos con impaciencia y se rascaba el cabello corto y graso. Hacía dos meses que había pasado la fecha de los votos definitivos y la madre superiora estaba en falta con la promesa que le había hecho. Isabel no podía salir del convento, no podía retirar la herencia del hijo Henrique, heredero del Mayorazgo y su sucesor, ni un centavo siquiera y por más que Elvira llorara y pidiera que le diera un dote y la casara con un buen hombre, no iría a ceder. Las mujeres eran inservibles, sólo servían para cuidar de la casa y generar gastos. Débiles y emotivas, pasaban la vida quejándose. No se había arrepentido ni un momento de haber colocado a su hija para servir a Dios.

La puerta que daba acceso al interior del convento se abrió y una monja mayor vistiendo un hábito negro y blanco, entró en la sala.

- Madre. – Se apresuró a saludarla.

- Señor de Mayorazgo. ¿Qué lo trae por aquí? – Preguntó en un tono neutro. No simpatizaba con el hombre. Le parecía mezquino, avaro y siempre lamentó la suerte de la muchacha.

- Madre, mi hija ya debería haber hecho los votos definitivos y usted quedó de avisarme. Todos allá en casa queremos asistir a la ceremonia. – Dijo cínico y con ansiedad. Retorcía las manos y doblaba las abas del sombrero continuamente.

- Su hija no se encuentra más aquí, Señor de Mayorazgo. Acabó el tiempo de los votos temporales y ella no quiso continuar. Y como sabe yo no puedo mantener aquí a las jóvenes que no se entregan a Dios.

- ¡No quiso continuar! – Gritó. - Pero no existe no querer. – ¿Dónde está? ¿Se atrevió a desobedecerme? – Gritaba poseído intentando engrosar más todavía la voz finita.

La madre miraba al hombre transtornado sin saber qué decirle. Ojalá Isabel tuviera mejor suerte donde estaba.

- Está en la casa del Conde de Évora-Monte como maestra de la sobrina de Su Señoría. – Respondió serena y se regozijó con la noticia que le dió. Aquel hombre no merecía consideración. Quería librarse de la hija por ganancia.

- No le puedo dar más informaciones, porque tampoco las tengo.

Mentía. Que Dios la perdonara. Había recibido una carta de Isabel hacía un mes traída por un mensajero dando noticias suyas. Estaba bien y se había adaptado al trabajo. Cuando la envió para el Solar de Santa María tenía la esperanza de que ella consiguiera ablandar el corazón empedernido del joven Conde y se casara con él.

- ¡Pero ese Conde debería indemnizarme! Está sirviéndose de mi hija sin ningún pago por eso. – Continuaba vociferando.

- Dios sabe que no puedo hacer más. Él no quiere como siervas a personas que no tienen fe. Y me va a disculpar pero su hija es una muchacha casadera, y no tiene vocación para esposa de Cristo – respondió. – Que la pase bien Señor de Mayorazgo. La hermana Catarina lo acompañará a la puerta. – Y salió penetrando en el interior del convento riéndose. Maldito hombre.

- La cena está lista y servida mi señora. – Avisó la criada Angelina.

Un escalofrío le subió por la espina. No tenía como evitarlo, la hora de la comida era sagrada y no podía dar malos ejemplos a la niña. Después de la cavalgata loca llegó al Solar de Santa María helada y goteando agua y tuvo que tomar un baño caliente de inmediato para sentir algún confort. Durante lo que restó del día, con todos los quehaceres que tuvo, poco pensó en el Conde. Teresa le ocupaba la mente en su totalidad. Niña viva y curiosa aprendía con rapidez y hacía inmensas preguntas para las cuales Isabel tenía dificultad en encontrar respuestas. Por lo menos respuestas adecuadas a la niña. Miraba a la niña y se veía en ella. Por ser curiosa es que aprendió a leer aprovechando las lecciones del hermano. Furtivamente, se escondía del padre y se metía en el salón donde Pedro Henrique Rebelo, su hermano, tenía clases con una vieja tía que sabía leer y escribir.

- Vamos querida. – Le dijo a la niña que jugaba con las muñecas de paño en un rincón de la habitación. – Su Señoría su tío nos espera para la cena.

La niña largó las muñecas y le dió la mano. A medida que bajaban las escaleras hasta la planta baja sus piernas vacilaron varias veces. No se reconocía más. Nunca había sentido nada como eso. ¿Qué efecto tenía este hombre sobre ella? ¿Sería esto lo que sentía una mujer enamorada? En verdad nunca había conocido a un hombre en estas circunstancias. El único hombre de quien había estado cerca fue del padre Antonio, en el confesionario, pero sospechaba que él dormía la mayor parte del tiempo y no era exactamente un hombre que despertara pasiones. Tal vez ni en su juventud, lo que lo debe haber llevado a la vida monástica.

Lo que sabía sobre las relaciones entre un hombre y una mujer lo había oído de la otra novicia a la hora del recreo. Frases murmuradas en voz baja para que las monjas no oyeran. Judite, novicia como ella, hija de familias nobles de Lisboa, se enamoró de un primo, fue desflorada por él y cuando su padre lo descubrió fue obligada a ir al convento. Ningún hombre iría a querer desposarla no siendo virgen. Pero, lo que reunía a las novicias a su alrededor durante el intervalo en el patio eran las descripciones que ella hacía del miembro masculino. Era la única que lo había visto y que ya lo había sentido en todo su cuerpo. Quedaban maravilladas con las descripciones; como era en reposo, como crecía cuando lo manipulaba y lo que sentía cuando él... Judite no ahorraba pormenores y arrancaba muchas exclamaciones erizadas de deseo recalcado en las novicias.

Por la noche después de recoger la montura exploraba su cuerpo con los dedos e imaginaba que un día sentiría lo mismo. No quería casarse con Cristo. Si se casara con Cristo le restaba poco más que intentar agarrar a uno de los curas que frecuentaban el convento, tal como hacían algunas de las monjas y contentarse con él o saciarse por sí misma sin nunca sentir un cuerpo junto al suyo. No era ese el destino que quería para ella. Casarse con un hombre que amara y tener un puñado de hijos, eran sus pretenciones. Claro que sin un dote, sólo un hombre muy tonto y perdido de amores por ella lo haría.

Abrió la puerta y entró al salón con la niña tomada de la mano. Manuel Alfonso estaba en la ventana de espaldas a la puerta. Le admiró las espaldas anchas y el trasero firme. Que bello hombre.

Las miradas se cruzaron en cuanto él se dio vuelta en la dirección de ellas. Las piernas le temblaron otra vez. Asintió con la cabeza en señal de saludo – no se atrevía a abrir la boca – y largó a la niña que corrió hacia los brazos del tío de inmediato.

- ¿Dónde estuvo mi tío? No lo vi durante todo el día. – Se quejó la niña abrazada a su cuello.

- ¿Mi pequeña hechó de menos a su tío? – Le preguntó mirando a Isabel. – Buena niña. No todas las personas sienten mi falta. Se arrepintió en el momento en que lo dijo pero ya había dejado salir la frase. De hecho quería afectarla, pero reconoció que la estrategia no era adecuada. Isabel, nada sabía sobre sus inseguridades y difícilmente iría a saber.

La maestra tenía un efecto en él que nunca ninguna mujer había tenido.

Encaró unos enormes ojos azules y se rascó la cabeza en la coronilla. Señal de estupidez hecha. Para remediar la situación se dirigió a ella y le acomodó la silla para que se sentara a la mesa. Sin proferir ninguna palabra Isabel se sentó arreglando el vestido; uno de los que trajo de la casa de su padre y que demostraba su condición más privilegiada. Un observador más atento habría notado que aquel tejido y aquel modelo no eran de una plebeya. Pero Isabel no pensó que el vestido pudiera traicionarla. Al sentarse rozó el brazo en el de él y la sensación de embriaguez le invadió de nuevo el cuerpo. El toque de piel era maravilloso. No se sorprendía ahora que Judite hubiera hecho tantas locuras con su primo. La piel caliente de un hombre incendiaba a una mujer de la cabeza a los pies.

Manuel Alfonso sintió aquel olor a lavanda que lo volvía loco. Dió la vuelta a la enorme mesa, le acomodó la silla a la sobrina y ordenó a la criada

que sirviera los platos. En un pasado no muy lejano hubieron allí muchos banquetes y reuniones. Su Majestad llegó a ser presencia en las cenas del viejo conde, su padre. La partida para Brasil acabó con la vida social del Solar de Santa María. Tal vez no fuera mala idea dar una cena.

Manuel Alfonso estaba sentado en el extremo de la mesa e Isabel a su derecha. Las rodillas casi se tocaban y el vestido de ella le rozaba las piernas. Le bastaba moverse un poco y estaría junto a las piernas de ella.

El aire severo que presentaba después de la salida matinal la dejó temerosa de que la despidiera. Y si su presencia le desagradaba no la tenía que invitar a la mesa, al final era sólo una criada como los otros. Con la lengua picándole por no hablar - era una parlanchina - Y acabó por decir:

- Señor Conde... - dijo en tono bajo.

- Perdón, Vuestra Señoría... no precisa invitarme para tomar las comidas aquí. Puedo comer con las criadas en la cocina si eso le molesta.

Manuel Alfonso sopló y casi la mató con la mirada.

- Señorita sería mejor que no me tentara con esa indumentaria. – Dijo con aspereza.

- Pero ¿qué es lo que tiene mi ropa? ¿mi vestido? - preguntó sin entender adonde quería llegar.

- Pues bien... ¿le parece que esa ropa es apropiada para una maestra?

El escote del vestido rojo oscuro dejaba desbordar los grandes senos casi hasta el mamilo. Notó adonde él quería llegar. No era estúpida.

- ¿Vuestra Señoría quería que yo me tapara hasta el cuello? Pues, sepa que no lo haré. Moriría sofocada. – E hizo cara de enojada.

Hasta golpeó el pie debajo de la mesa, acertando en el callo de él. El maldito callo que las botas de montar le habían hecho hacía años.

Manuel Alfonso dijo «aiii» y Teresa comenzó a reír. Isabel la miró y comenzaron a reír las dos a carcajadas. Manuel Alfonso se enfadó un poco pero después solamente no rió para no dar el brazo a torcer. Quería mantenerse serio.

- ¡Niña Teresa! – Riñó con la sobrina que comía una pata de gallina con la mano.

- ¡Listo tío! Voy a comer con los cubiertos. – Y tomó el tenedor y el cuchillo con rapidez.

- No es por eso que la reprendí. Es feo reírse de las desgracias de los otros. ¿No sabe que me duele mucho este maldito callo? – Se lamentó.

- Si Vuestra Señoría quiere puedo tratarle el callo. – Se ofreció sin

pensar. – Quiere decir... disculpe la osadía. - Dijo avergonzada.

Estaba haciendo un esfuerzo para mantenerse serio desde que la sobrina había empezado a reír pero ya no se contenía. El ambiente era de risa.

- ¡Ose, señorita, ose! – Dijo provocador. – ¿Y cuando podemos marcar esa cura milagrosa a mi callo preferido? – Continuó provocando.

Sorprendida, intentó balbucear una respuesta, pero sólo le salió un gemido tonto. Se atragantó. No pensar en lo que decía daba malos resultados. Él aprovechaba todo para estar cerca de ella y no le sacaba los ojos del escote. Una mancha de rubor le subió por el cuello y fue hasta los pómulos del rostro. Atento a sus reacciones dijo:

– ¿Por acaso está pensando en llevar ese vestido? – Y le miró directamente los senos. Sintió los pantalones levantarse y desvió los ojos. Isabel enrubeció otra vez, hasta las orejas y si hubiera un agujero, se habría metido dentro. El hombre estaba realmente provocándola. Pero, fue ella quien había dado el primer paso. ¡Qué rabia!

Aguanta Isabel. ¡Te has metido en la boca del lobo!

- Coma señorita Isabel. El pollo huele divinamente y va a ingerirlo frío si no se apura. – Ordenó como si ella fuera una niña.

Estaba molestándola deliberadamente. La agresividad que demostraba era para mantenerla lejos, pero conseguía ser desconcertante. En el momento a seguir la desafiaba y poco después casi la rechazaba.

Casi metió la nariz en el plato y se concentró en la comida para no responderle a la altura, como le apetecía. Era la primera vez que la reprendía de esta forma dejándola avergonzada. Si no fuera la inocencia de Teresa – allí presente - él no se reiría tanto.

Escondida, la criada Angelina escuchaba todo del lado de fuera de la puerta sólo arrimada. Pegó un salto cuando Manuel Alfonso tocó la campanita para llamarla y se apresuró a entrar en el salón.

Isabel pidió permiso y se levantó.

- Voy a acompañar a la niña Teresa a su habitación. Buenas noches Vuestra Señoría.

- Buen baño de luna señorita Isabel. – Dijo de forma jocosa.

Tuvo la seguridad de que ya la había visto desnuda desde la ventana.

Se sacó la chaqueta y quedó en mangas de camisa. El blanco realzaba su piel morena e Isabel no pudo dejar de mirar el rostro cuadrado con aire duro y cuando cruzó la mirada con él antes de cerrar la puerta, estaba segura - él la deseaba. Triunfante tomó de la mano a la niña y se dirigió a la salida. Hoy no

había luz de luna. Él debería saber lo que perdía.

Aquellos ojos azules eran su desgracia. No sabía como actuar. Se encontraba teniendo conversaciones y actitudes bobas. Caminó lentamente hacia la sala pequeña, su refugio en las horas de incertezas y de grandes decisiones y tocó la campanita.

Angelina, la voluptuosa Angelina, que ya estaría en su cama hace mucho si él se lo permitiera, apareció. Las miradas que ella le lanzaba levantaban a un muerto del ataúd si fuera el caso. Toda ella era sensualidad y aire de burla. Pero no la quería más. Su tiempo había llegado al fin hacía mucho.

- ¿Vuestra Señoría llamó? – Dijo con aire meloso.

Angelina no era linda pero, para compensar era una mujer llena de carnes. Gran trasero en una cintura de avispa y senos grandes. Ya la había visto con Ignacio varias veces en el establo, de faldas en la cabeza y en grandes ahogos. Pero, ¿por qué estaba ahora pensando en eso? Isabel con su aire de virgen intocada y llena de deseo lo tentaba todos los días desde que había vuelto de Brasil y las dos no eran comparables. La falta de una mujer lo estaba volviendo loco.

- Taigame un aguardiente de higo de aquellas bien ásperas, de las que Genoveva hace. – Y le dió la espalda para mirar por la ventana.

Angelina admiró la pose de aquel hombre. Si él la quisiera sería suya. Bastaba un gesto.

- ¿Vuestra Señoría quiere ahogar alguna cosa? Mire que el brebaje de Genoveva derriba caballos.- Avisó. – Precisa de una mujer de verdad. – Se atrevió. – ¿Ya se olvidó de su Angelina?

- ¡No seas insolente mujer! ¡Vete! – Le gritó. – ¡Ah! Y traeme una palangana con agua bien caliente para poner los pies. Y de camino, llama a la señorita Isabel.

Angelina volvió rápidamente con una botella de vidrio tapada con un corcho. El aguardiente de higos de Genoveva. Lo dejó encima de la mesa de apoyo junto al sillón y salió sin más atrevimientos.

Hacía algún tiempo que no estaba con una mujer y estaba harto de rameras que apenas querían unas monedas. Pero la tentación de Isabel ya se había transformado en una obsesión, sobre todo desde que la había visto desnuda desde la ventana. Se rascó la cabeza y se sacó la camisa de dentro de los pantalones justos. Tomó su pipa, colocó un poco de tabaco en el interior. Lo encendió, dió una bocanada y se relajó. Llenó el vaso con el líquido

metonímico y lo bebió de un sólo trago, sintiendo quemar la garganta y el sabor a higos maduros. Sólo faltaba un bello pedazo de mujer. El deseo contenido estaba arruinándole los nervios.

La puerta crujió un poco e Isabel entró de cabeza levantada.

- ¿Vuestra Señoría llamó?

- Claro. Quien promete cumple. – Y sonrió .

Una sonrisa misteriosa, jocosa y repleta de deseo.

- No estoy entendiendo – dijo.

Angelina entró en el salón con la palangana humeando y una toalla de lino. La puso a los pies del Conde y se retiró cerrando la puerta a la señal de Manuel Alfonso.

Continuaba parada a la espera de que se explicara. ¿Por acaso el hombre también quería que lo lavara?

- Acérquese. No muerdo. – Y extendió un pie para que ella le retirara las botas. Isabel le sacó la bota y él extendió el otro pie. Le sacó una media y la otra y quedó de rodillas frente a la palangana donde él colocó los pies.

- ¡No dijo que me trataba el callo? El maldito me atormenta hace años. – Y levantó el pie de la palangana mostrándole el dedo pequeño con un enorme callo rojizo.

Isabel miró y vió que no tenía salida. Tenía que hacerlo. Había sido ella quien se había colocado en esa situación. Para la próxima se mordería la lengua antes de hablar. Siempre fue una lenguaraz.

- Claro Vuestra Señoría. – Aceptó resignada.

Manuel Alfonso le alcanzó una tijera con puntas afiladas y una espátula fina de madera que servía para extraer uñas encarnadas. Cosas que su madre dejaba en el cajón de la mesa ovalada que servía de aparador. Se sentó en el posa pies enfrente a él y colocó la toalla encima de los rodillas. Ni se atrevía a mirarlo. El hombre tenía el diablo en los ojos.

Lo provocaba hasta cierto punto, pero cuando la proximidad era demasiada se retraía. Colocó la mano dentro de la palangana y le tocó el pie derecho con los dedos trémulos. Le lavó los dedos uno a uno dejando deslizar los suyos entre los de él. El agua exhalaba un perfume agradable a rosas y tocarlo era algo que nunca pensó. Sentir su piel... era algo indescriptible. Tomó el pie con ambas manos, lo masajeó lentamente mientras él daba pequeños gemidos con los ojos cerrados, recostado en la silla. Lo colocó encima de la rodilla y miró un poco más arriba. Las piernas cubiertas de pelos cortos mostraban músculos fuertes y voluminosos. Su mirada fue hasta un

poco más arriba y vió que en el medio de las piernas tenía un volumen considerable de tejido levantado. Bajó los ojos de repente, avergonzada, pues notó que él tenía aquello erecto.

De reojo Manuel Alfonso iba observando sus reacciones y adivinó - Por la mirada dirigida a un cierto sitio - que ya debería estar muy entumecida de deseo, cosa que no pasó ajena a la muchacha.

Tomó el otro pie – el del callo - y comenzó a raspar la callosidad ablandada con la tijera.

Le oyó un suspiro profundo – También ella estaba molesta con la proximidad – y comenzó a divagar en pensamientos. Alejaba la palangana y la colocaba en el medio de las piernas. Después se zambullía con la boca en los senos de ella y le lamía los pezones, después los chupaba y enseguida metía la mano por entre las piernas de ella y...

- Listo Vuestra Señoría. El callo fue retirado. – Y lo miró con una sonrisa de triunfo.

Manuel Alfonso tenía un aire de deseo tan intenso en la mirada que ella se estremeció y sintió las piernas tambaleando. Ahora sabía que él la quería con deseo. Un deseo que casi explotaba.

- Buenas noches Vuestra Señoría. Buen baño de luna. – Le lanzó.

Salió del salón sin siquiera mirar para atrás. Subió las escaleras y entró a la habitación cerrándola por dentro, no fuera que el diablo tejiera su tela.

Manuel Alfonso bajó las escaleras del jardín, descalzo, vistiendo sólo la camisa y los pantalones y se sentó debajo del viejo árbol. Tenía la esperanza de que ella fuera a la ventana. Esperó un poco pero la luz ya estaba apagada y ninguna señal de ella. Fumó unas bocanadas de la pipa y pensó que lo mejor sería subir a la habitación y aliviarse solo.

Cuando se preparaba para subir la vió. ¡Estaba allá! Desnuda.

Sabía que él estaba en algún en el jardín observándola. Por las indirectas que le mandara ya la había visto desnuda en la ventana. Levantó los brazos desperezándose y enseguida pasó las manos por el interior de los muslos lentamente y subió hasta a los senos haciendo movimientos lentos.

El bulto en el interior de los calzones aumentó rápidamente. Cuanto más ella se acariciaba, más duro él quedaba. No iba a aguantar. Dejó de importarse que ella lo viera. Subió los escalones de dos en dos y entró a la casa. Recorrió el largo pasillo iluminado sólo por una linterna de aceite y escaló las escaleras lo más rápido que pudo. Tenía la frente llena de sudor y el corazón acelerado. Estaba loco de deseo por ella. Tan loco que pensó que

iba a explotar antes de llegar. Paró enfrente a la puerta y golpeó. Nada. Volvió a golpear. Nada.

- Isabel por favor abra la puerta. ¿Quiere enloquecerme? – Preguntó.

- No más de lo que el usted a mí, Conde. Buenas noches. – Y se metió desnuda en las sábanas frescas muriendo de deseo y curiosidad. No iba a ceder.

CAPÍTULO 5

Finalmente desistió. Oyó los pasos descalzos y pesados en el suelo alejarse hasta el fin del pasillo y la puerta cerrándose. No iba a poder conciliar el sueño con tanta excitación, hasta el rozar de la propia piel desnuda la hacía pensar en la suavidad del brazo peludo cuando lo tocó. Si un pequeño toque la dejaba con hormigueos en la espina, un abrazo era un desmayo seguro.

No sabía qué pensar de su vida en los últimos dos meses. Quería regresar a casa pero sabía que no era bienvenida y su padre no la dejaría casarse con alguien de condición humilde, pero tampoco le concedería un dote para que pudiera casarse dentro de su condición social.

El miedo de perder el Mayorazgo le impedía ver con discernimiento y cumplía al pie de la letra las reglas de la corona. Permanecer en el linaje de los Rebelo era imperativo a todo costo y nada podía ser alienado, ni diez *contos de réis*, lo que costaría un dote medio. El rencor para con su padre tenía el mismo tiempo que la permanencia en el convento y había aumentado el día en que la madre le contó que no había posibilidad de regreso a casa. Él su héroe de la infancia se había transformado en un villano detestable. ¿Dónde estaba aquel hombre que recorría las tierras con ella, a caballo, mientras le contaba historias de la vida del campo de sus antepasados?

Sintió un escalofrío y vistió la camisa de noche, de batista, que la madre superiora le había ofrecido. Tomó el cabello con las dos manos haciendo un rollo y lo prendió en lo alto de la cabeza con un gancho. Sentía calor, pero después que descubrió que estaba siendo vigilada por el Conde, no se expondría más en la ventana. Seguramente ya había sido confundida con una mujer de mala reputación.

A los quince años en el baile de presentación a la sociedad, pensó que el padre le iba a comunicar que había alguien interesado en su mano y sería cortejada para más tarde casarse en la iglesia de S. Gens llevada al altar por él. No hubo tiempo para que eso sucediera. Ni baile de presentación. Cuando se dió cuenta ya estaba enclaustrada en un convento donde oraba desde el amanecer hasta el atardecer.

Aceptar que iría para la casa de personas extrañas como criada, siendo de condición social superior, fue difícil de digerir, pero empezaba a sentirse en casa y lo más extraño, como si perteneciera a la familia. El Conde y su

sobrina tomaron el lugar de su familia. Abrió la ventana y se sentó en la silla de mimbre del balcón. Noche de luna llena. Se divisaba gran parte del jardín y más allá, el brezal donde el rebaño de ovejas dormía arrimadas unas a las otras. Se adivinaba su presencia sólo por los puntos más claros – en los que la luz de la luna iluminaba - en contraste con la tierra oscura y por el balido de los borregos más pequeños en busca de sus madres.

Estiró los brazos a lo largo de las piernas desnudas por debajo de la camisa, y frotó los pies doridos de un día de trabajo dentro de los zapatos gastados y apretados. Un aroma conocido le llegó a las narinas. Miró en la dirección del olor. Manuel Alfonso estaba en el balcón en el extremo opuesto de su habitación, distante unas cinco ventanas. La luz de la luna le iluminaba la silueta y la camisa blanca sobresalía con el reflejo de la luz. Ambos estaban conscientes de la presencia del otro.

Entró en la habitación como un animal en celo que es alejado a la fuerza de la hembra. Si pudiera daría gritos de desesperación. ¿Qué es lo que aquella muchacha tenía que le estaba haciendo perder la razón? Era culta, sabía mantener una conversación, un cuerpo que volvía loco a cualquier hombre – hasta el gitano la deseaba - y debería ser virgen por lo que dedujo del pedido de la madre superiora. Le rogó que la respetara porque su suerte con la familia no había sido de las mejores.

En Brasil había conocido algunas señoritas hijas de hacendados, que serían buenas esposas, pero no consiguió amar a ninguna. Quería casarse con la mujer que amara, algo que nunca le había confesado a nadie. Sus padres nunca se amaron y hoy, es con vergüenza que ve la doble vida de su padre que se acuesta con las esclavas de la casa casi enfrente a su madre. Ese fue uno de los motivos por el cual se ofreció para traer a Teresa al continente. No soportaba la falta de respeto del padre para con la madre, más allá de lo que le había hecho hacía algunos años.

El frescor de la noche le enfrió la cabeza cuando se sentó en el balcón. Sentía vergüenza de lo que había hecho hacía poco, pero cuando la sentía más cerca o rozaba un brazo o una pierna, o incluso una mano en ella, quedaba excitado y verla desnuda fue la gota de agua. Le restaba mirarla de lejos y admirar aquella belleza simple pero llena de vida. Isabel sería la mujer que escogería si ella fuera de la nobleza. Llegó a pensar que era alguna hija ilegítima de un noble. La forma educada y culta con la que se presentaba, engañaban a cualquiera. La muchacha tenía un misterio que la rodeaba y

desconfiaba que la madre superiora le había ocultado informaciones, cuanto a su procedencia.

Un búho cantó desde un árbol vecano. Un escalofrío le causó un estremecimiento. El ave de mal agüero estaba cerca. Lo oyó otra vez y se enterró en la silla molesta. Miró alrededor, pero no vió al ave. De noche solían ser visibles, inmóviles, y rodando la cabeza en un radio de ciento ochenta grados, en busca de alimento. Le pareció extraño no ver al ave posada en alguna estatua o rama seca. Dirigió la mirada en dirección a Manuel Alfonso y éste le hizo una señal para que no hiciera ruido. El canto volvió a sonar pero ahora parecía estar al lado de la ventana. Manuel Alfonso le hizo un gesto para que lo imitara y se agacharon bajo las rejas de los balcones. La ropa blanca que los dos vestían era visible a la luz de la luna. Realmente sobresalía.

De repente una figura femenina salió de la zona de la cocina, en la planta baja al lado de las habitaciones y avanzó en el jardín andando con cuidado como si estuviera escondiéndose de alguien. Estaba nítidamente buscándo a alguien, por la forma como miraba allá para los lados del muro alto que circundava la casa. Manuel Alfonso le hizo una señal para que entrara a la habitación.

Ladrones. Pensó. Vistió los calzones interiores y un saquito de línea por encima de la camisa para esconder los senos visibles a través del tejido transparente. Un poco de decencia le quedaba bien. No quería parecer una ofrecida, aunque no fuera su intención ser virgen de hombre para el resto de la vida.

Pensando en ladrones, los asoció a los gitanos acampados allí tan cerca. Un peligro para las casas de los alrededores. Siempre que ellos pasaban desaparecía alguna cosa y un murmullo corría por la región cerrándo puertas y ventanas con cerrojos, de las casas y de los graneros.

Furtivamente salió hacia el oscuro pasillo y se chocó con alguien. Manuel había apagado el candelabro de la pared. Se asustó y estaba a punto de gritar cuando sintió una mano fuerte haciendo presión en su boca.

- No haga ruido. Tenemos intrusos en el jardín. – Y la llevó de la mano hacia el interior de la habitación de ella hasta cerca del balcón.

- ¿Y Teresa? – Dijo afligida. – Vamos a buscar a la niña.

- Duerme. Estuve allá ahora. No vamos a asustarla. – Respondió calmándola. – No es necesario.

- Vuestra Señoría me dió un susto. – Reclamó.

- Pido perdón por mi brusquedad, pero usted iba a despertar al Solar de Santa María entero. – Y la miró con aire de burla. – Mujeres son todas iguales. – Se burló otra vez.

Empezaba a irritarla. El hombre era realmente insolente.

Iba a abrir la boca para contestar, pero Manuel Alfonso le colocó un dedo sobre los labios haciéndola callar. Que imbecilidad. Eran los únicos en el interior de la casa. Todos los criados dormían en el exterior en los alojamientos de los criados, ¿para qué tanto cuidado?

- Venga. Vamos a agacharnos bajo las rejas del balcón. – Y la obligó a agacharse hasta el suelo frío. Isabel quedó más calma pero se preguntó si él tendría miedo. Intrusos, podría significar gente con la intención de matar y robar.

Manuel Alfonso le tocó el brazo y apuntó para una figura femenina junto a un banco de granito. Reconoció la figura de la criada. Las caderas anchas, la cintura fina y el cabello rubio, voluptuoso y rizado la denunciaron.

- Es Angelina. – Murmuró.

Él asintió.

- Vamos a esperar. Está esperando a alguien...- respondió. – ¿Quiere apostar?

- Si usted lo dice. Le creo.

Se oía el silencio en la habitación. Una suave brisa caliente, susurraba levemente en las hojas tornando el escenario más asustador.

¿Quién? Que tuviera buenas intenciones, ¿iría a saltar un muro midiendo cinco brazos de hombre grande, encubierto por la noche, sino fuera para robar?

Al cabo de momentos que más parecieron una eternidad – tal era la ansiedad que sentía - la figura se mostró.

De las sombras surgió un hombre alto y con ropas extrañas coloridas. Isabel era muy buena fisionomista y dibujaba muy bien. Rápidamente notó quien era.

- Es el gitano.- Exclamó bajito. – ¡Dios mío! ¿Y ahora? – Preguntó mirándolo.

- Ahora vamos a ver. No me parece que sea algo bueno. – Dijo aparentemente calmo.

Y se quedaron los dos, en el suelo de ladrillos, muy juntos, los cuerpos pegados. Los dos vultos, iluminados por la luna llena se lanzaron a los brazos

uno del otro y se besaron con ardor. Sorpresa y vergüenza al mismo tiempo, fue lo que sintieron. Ver la intimidad de los otros puede ser perturbador sobre varios aspectos o a la persona le da asco o puede quedar tan excitada como los participantes. Manuel e Isabel no sabían qué hacer. El hombre colocó las manos en las nalgas de Angelina y le levantó la falda hasta la cintura.

- ¡Eh! ¡Calma! ¿No te parece que vas con mucha sed al pote? – Reclamó.

- Sed de ti golosa... - Y le metió las manos por dentro de los calzones de batista blanca.

- Hummm. – murmuró chasqueando los labios. – ¡Ya tan húmeda! Que delicia. Ya te agarro. – Avisó.

Estaba arrepentido de haberla llevado con él al balcón. La situación era vergonzosa y por más deseo que tuviera por ella, someterla a aquello no era una actitud de caballero. No tenía otra opción que de inmediato salir de allí. Pero no lo podía hacer sin hacer ruido y no quería denunciar la presencia de los dos. Podía asustar al gitano y hacerle disparar algún arma contra ellos. Basta de tragedias. Aquella alianza no era inocente. Conocía la fama del gitano y la de Angelina, no eran flores del jardín.

Isabel se quedó en silencio absoluto, intentando disimular la vergüenza. Adivinaba lo que sucedería y por momentos miraba fascinada, y por otros colocaba los ojos en el suelo. La tensión era tan intensa que sólo se oía la respiración de los dos, sentía la respiración de él en su cuello.

Angelina dió un grito pequeño y bufó como una potra satisfecha.

- Tus dedos... oh... más... más... - Murmuró mientras gemía.

Después se calló y otra vez lanzando la cabeza hacia atrás gemió bajito. La pareja continuaba de pie y más allá de los gemidos de la criada, sólo se oía el ruido del tejido de la falda, subida hasta a los sovacos de la mujer; movimientos de manos en el interior de sus muslos.

Retiró los senos del interior del vestido y una boca sedienta se zambulló en los mamilos, chupando uno y después el otro mientras la hacía tener un orgasmo con los dedos. Angelina sofocó un grito con las propias manos.

Isabel estaba temblando. Ahora percibía las descripciones de Judite y la mirada de deseo cuando hablaba de aquello. Impaciente, y empezando a sentir una humedad en el interior de los calzones, se movió y el brazo desnudo tocó la piel de Manuel Alfonso. La hoguera se encendió todavía más.

Allá abajo, a poca distancia del balcón, la pareja continuaba con su ardor. Manuel Alfonso de reojo la observó.

Percibió la lujuria insatisfecha, en sus ojos y sonrió. La muchacha tenía que ser iniciada en el arte del sexo inmediatamente, sería seguramente una amante ardiente y quemaba de deseo, hasta un ciego podía verlo.

Angelina estaba ahora con las nalgas apoyadas en el banco de granito enfrente al balcón pero suficientemente alejada para que no se vieran pormenores. Con las piernas abiertas y las faldas en el aire pasaba las manos por el largo cabello del gitano mientras él exploraba su interior con la lengua dejando a Isabel chocada. No sabía que se hacían aquellas cosas con la boca. Pero, al contrario de lo que Manuel Alfonso esperaba, no salió de allí corriendo.

Pensó que en cualquier momento ella saldría y denunciaría su presencia. Pero aguantó y parecía hasta muy interesada.

Estaba teniendo una sensación de deja vu. Todo aquello, ya lo había hecho con la criada, conocía bien el fuego de la mujer. Siempre insatisfecha. Si no fuera la fama de ramera que tenía, sería la felicidad de cualquier hombre. Pero, un tonto que tuviera la mala suerte de enamorarse de ella, podría contar con un adorno en la cabeza en poco tiempo.

El gitano se levantó, quedó de espalda para el balcón y la criada - sentada en el banco - le lanzó las manos a la parte de la frente de los pantalones. Se inclinó en dirección a la cintura de él e inició un movimiento que Isabel no entendía muy bien. Sólo veía la cabeza de ella hacia arriba y hacia abajo. ¿Estaría viendo con nitidez, o imaginando cosas? Judite no habló de cosas así tan... chanchas... pues... serían... pero, ¿por qué la hacían mojar los calzones de aquella manera?. La humedad en el medio de las piernas comenzó a afligirla. Si estuviera sola sabría qué hacer, pero no lo estaba y tenía que controlarse.

- ¡Basta! - Exclamó el gitano. - si no... abre las piernas. - Y se arrodilló enfrente a la mujer empujando su cadera contra la de ella. ¿Si no qué? ¿Qué es que lo él querías decir?

Un calor la invadió, empezando por el medio de las piernas hasta al centro de los muslos y estaba comenzando a provocarle unos espasmos que ya conocía. Allí no. No cerca de él. Retrocedió gateando con cuidado para no hacer ruido y se metió en la habitación. Ya en el interior de la división y escondida de los amantes, miró hacia al exterior y el hombre continuaba con el movimiento de vaivén entre las piernas de la criada. Manuel Alfonso continuaba agachado observando a los dos. Ya era obvio que eran dos amantes. ¿Qué es lo que él todavía hacía allí? ¿Estaría observándolos para

deleitarse como ellos?

A sus oídos llegaban gemidos cada vez más sonoros de la pareja. Corrió a meterse debajo de las sábanas y se tapó la cabeza con la almohada blanda de plumas de ganso.

Conocía a Angelina hacía algunos años. Cuando la madre la contrató, no debería tener más de quince años, ya era una potra que precisaba ser domada y con mucha sabiduría sobre sexo. Iniciada por un padrastro – Le había contado con el mayor descaro – que fue uno de los muchos hombres que había pasado por la vida de la madre. Caso para decir, tal madre, tal hija. Las noches en el establo - donde cuidadosamente la criada había escondido una manta – le vinieron a la memoria. Dulces noches en las que descubrió con ella las delicias de la carne femenina. La relación con el gitano era una novedad aunque no se sintiera totalmente sorprendido. La fama del gitano con las mujeres era conocida y Angelina continuaba insaciable. La relación de los dos le sonaba extraño. Había gato escondido allí, pero la cola estaba afuera.

- Vamos a lo que interesa. – Dijo el gitano con voz ruda. La gentileza sólo durara hasta satisfacer los instintos de macho. – ¡Habla!. – Ordenó mientras apretaba el cinturón y se recomponía. - ¡Ah! ¡Y no me vengas decir que estás encinta! Ve a lavarte con jugo de limón y ponte unas hojas de perejil dentro de unas horas.

- ¡Bruto! Cuando follas eres más manso. – Reclamó visiblemente enfadada. – No debería decirte nada. ¿Es así como me pagas?

- ¡Cállate! – Mandó levantando la voz y la mano. - Adoras al viejo Juan. A todas las mujeres les gusta lo que tengo entre las piernas, las llena, dicen todas. – Se jactó. – Pero dime. ¿Qué descubriste de la señorita del Mayorazgo? Es ésta ¿no?

- Debe ser. – Respondió sin mucha convicción y enfadada con él. - Es parecida con el dibujo que me diste. – Confirmó.

- ¿Cuándo te veo de nuevo? – Le preguntó mientras ponía las faldas para abajo y componía el resto del conjunto.

- Ahora sólo cuando lo merezcas. – Dijo burlándose y le dió una fuerte palmada en el trasero. – Voy a hablar con el Señor de Mayorazgo, debo demorar unos tres días, mando un recado por los vagos que vienen a buscar las sobras de la cocina. Y desapareció en las sombras de la noche. Angelina se arregló la ropa, una vez más, se arregló el cabello, gorro y desapareció en

el interior de los alojamientos de los criados, tan furtiva como cuando había salido, cual serpiente ratonera que después de saciado el hambre volvía a meterse en el hoyo.

Señorita de Mayorazgo. Ya desconfiaba que ella no era quien decía ser. Exigía saber la verdad ahora. No iría a informarla del descubrimiento para no asustarla, pero quería saber porqué estaba, una muchacha como ella sirviendo de maestra a una niña cuando debería estar en la casa del padre preparándose para casarse con algún hidalgo.

CAPÍTULO 6

- Ya puede retirar su linda cabecita debajo de la almohada, señorita. Le garantizo que nada irá a ofender sus oídos y sus bellos ojos. – Y se sentó en el borde de la cama esperando que ella saliera de aquella posición de avestruz con la cabeza enterrada en la almohada.

Manuel Alfonso era paciente. Tenía toda la noche y estaba decidido a no salir de allí. Para la seguridad de todos, la verdad debería surgir.

La almohada fue colocada de lado. Debajo de ella, surgió una cabeza rubia despeinada, con los cabellos en la cara y unos ojos azules muy brillantes y asustados. El susto no era tanto por lo que había visto allá fuera pero sí por la presencia de él allí y por la anticipación de lo que él quisiera hacer con ella, sobre todo después de lo que había visto.

- Vuestra Señoría disculpe. Estoy muy avergonzada. – Dijo mientras se levantaba quedando sentada en la cama.

- En verdad, señorita Isabel aguantó muy bien. Es la heroína de la noche. Cualquier señora con un mínimo de decencia habría gritado y huido desesperada. – Le respondió de forma jocosa.

La ironía y la burla hacían parte del su vocabulario y modo de ser. Empezaba a habituarse. Sin embargo, las ganas de responderle eran enormes. Sabía que estaba pensando cosas acerca de ella.

Se hacía la santa cuando le gustaba lo que veía. Virgen o no era muy atrevida. Sabía bien que ardía de deseo pero se presentaba como una niña púdica.

- Vuestra Señoría quiere decir que...

- Lejos de mí... ¿por quién me toma?. - Y levantó las piernas encima de la cama quedando al lado de ella. Sacó una almohada y se recostó extendiéndose a lo largo de la cama.

Listo para el ataque. Tal vez hoy fuera su noche de suerte.

- Usted vino a esta casa porque yo precisaba de alguien que me ayudara con mi ahijada... - carraspeó aclarando la garganta pero, no sé si voy a precisar más de sus servicios.

Isabel se estremeció.

- Pero... Vuestra Señoría... Señor Conde... ¡por favor! – Y puso las manos en señal de súplica. - Yo no tengo adonde ir. No puedo volver al convento a no ser... - Y se calló con las lágrimas casi aflorando.

- A no ser que haga los votos definitivos. – Completó. – Pero el problema es suyo. – Estaba siendo duro de propósito. Era la única forma de saber la verdad.

- Pero señor... - tenía que decir la verdad, no le restaba alternativa. Tal vez se condoliera y la dejara quedarse.

- ¿Entonces? Es muy tarde. Mañana tengo asuntos que tratar temprano y preciso dormir. – Se mostró impaciente.

Ver la cara de aflicción que presentaba era divertido. Nunca había hecho eso con otra mujer y notó que eso le daba placer. Sólo no reía porque echaría todo a perder. Se le acercó y los muslos se pegaron a los de ella transmitiendo un calor delicioso. Los separaba sólo la fina batista de su camisa.

Isabel lo miró de reojo para evaluar su reacción y fregó las manos una en la otra. Encontró unos ojos verdes, penetrantes, fijados en los suyos y se estremeció. Sólo la penumbra de la habitación la protegía de ver claramente su expresión, pero sintió un calor recorrerle el cuerpo. Y no era del aire de la noche. La proximidad entre ellos era peor que la pólvora cerca del fuego: explotaba.

Não quería ir a la calle, ni volver al convento.

- Soy la segunda hija del Señor de Mayorazgo de S Gens. El señor, mi padre, decidió que yo debería ir a la vida religiosa. – Dijo cabizbaja.

¡Qué padre terrible! Pensó Manuel Alfonso.

- ¿Sin su opinión?

Ella asintió con la cabeza.

- ¿Y por qué, el Señor su padre, no le preguntó si quería tener una vida propia... marido, hijos... cosas para una muchacha de su edad?

- Por causa del dote. Todo lo que existe para él es mi hermano. Yo soy la segunda hija en los derechos sucesorios. No puede dividir tierras o bienes. – Aclaró.

- Ya veo. – Dijo rascándose la cabeza, el tic de la preocupación. – ¿Y no puede volver a casa e intentar encontrar a alguien que quiera casarse con usted sin dote? Ya está cayendo en desuso, el dote. – Y vió un rostro bello y triste.

El rechazo era terrible, por primera vez sintió pena. No porque el sentimiento fuera noble, pero se sentía solidario con ella. Ese Señor de Mayorazgo no era buena res.

- Ya entendí señorita Isabel. ¿Y que va a hacer cuando yo me vaya a Brasil?

Isabel se quedó en silencio. Por dentro gritaba, «no se vaya», pero el orgullo no la dejaba proferir una única palabra.

Manuel Alfonso admiró su altivez. Podría gritar e implorar pero no lo hacía. Tenía carácter y orgullo. Un punto más a favor de ella.

- He de encontrar una solución. – Respondió. – Vuestra Señoría no pierda el viaje. – Dijo con amargura.

- Así lo haré. – Le respondió.

Parecían dos niños necios en una discusión. Manuel Alfonso se sentía diferente desde que oyó al gitano hacer referencia a la persona de Isabel; Algo cambió dentro de él que lo hizo mirarla con protección. ¿Sería instinto de macho o solidaridad humana? Poco le importaba. No dejaría que le sucediera algo malo. Sabía que se seguirían días de vigilancia. O mucho se engañaba o el gitano y el Señor de Mayorazgo estaban de connivencia. Ignoraba el motivo de la conspiración, pero, su experiencia en asuntos de malvivientes lo llevaba a creer que no tardaría mucho en saber.

Se recostó en la almohada y sintió los ojos pesados. La noche estaba avanzada y el día había sido agotador. Cavalgó horas solo con la escopeta y los galgos afganos intentando entender lo que pasaba en sus tierras y también cómo estaba el pueblo bajo su responsabilidad. Había arrendatarios con dificultades para alimentar a sus hijos. Se preocupaba con la vida de las niñas, hijas de arrendatarios pobres, tal como no conseguía encarar la forma como vivían los esclavos de su padre en la hacienda, aunque su padre no los maltratara tanto como veía a otros hacendados hacerlo.

Leonor, su hermana, compartía la misma opinión y desde que quedó viuda, revolucionó la hacienda. Hombres, mujeres y niños habían pasado a ser tratados como seres humanos.

Leonor despidió al carrasco que el marido había contratado y colocó en su lugar un capataz hijo de un hombre blanco y una mulata, hombre bueno y letrado y pasó a tomar las decisiones en conjunto con él. Cuando tenía dudas sobre los trabajos de la hacienda, le pedía que la visitara, ofrecía una buena cena y al final de la comida se reunían los dos en el salón, con un café colado y le planteaba sus dudas. Tenía orgullo de su hermana y no pocas veces también había tenido pena de ella, como ahora tuvo pena de Isabel. Ambas, víctimas de padres avaros. Sí, el viejo Conde era avaro, o no se habría tornado un pionero, si no hubiera tenido la necesidad de hacerlo. Y era avaro porque casó a su hija con un negrero pensando en el dote que iba a recibir.

¿Por qué estaba pensando en todo eso ahora? ¡allí al lado, tenía una linda

muchacha y pensaba en la vida de los otros! tenía miedo de que sus sentimientos por Isabel no pasaran de puro deseo carnal. Tal vez ella mereciera más. Tal vez no. Merecía un hombre que la desposara y le diera una condición digna. Y con estos pensamientos, sintió la consciencia desaparecer llevándolo a las profundidades. Durmió. El cansancio y el sueño lo vencieron.

Isabel se revolvió en la cama. La proximidad y el silencio embarazoso la estaban la molestando. Le parecía oír la respiración pesada de él. ¡No iba a dormir allí!

- ¡Vuestra Señoría! - Dijo sacudiéndolo – ¡Despierte!

Manuel Alfonso refunfuñó y se dió vuelta para el lado de la ventana. Estaba exhausto y la cama era muy confortable.

El olor a hombre le entraba por las narinas excitándola. En otras circunstancias estaría feliz por tenerlo en su cama. Aunque fuera por una noche. Tenía que admitir que él tenía una fuerte influencia sobre ella. La impresionaba. Era tan diferente de los hombres que conocía. Estaba habituada a la rudeza de su hermano y a la estupidez de su padre. Sí, tenía que reconocer que los dos ya no correspondían a la imagen idealizada que tenía de ellos. Esa imagen de la niñez se había desteñido con lágrimas derramadas el día en que le mandaron llenar un arca con sus pertenencias.

El carruaje la esperaba en la puerta al amanecer y cuando al anochecer llegaron a la puerta del convento en la ciudad de Évora, fue como si la muerte cayera sobre ella. La puerta de madera gruesa cerrándose era la tapa del ataúd y el convento el propio artefacto, su madre se había deshecho en lágrimas implorándole al padre que considerara volver atrás una última vez.

Manuel Alfonso roncaba levemente. Percibía que el hombre estaba exhausto. Bajó de la cama, tomó un chal fino y lo tapó. La madrugada solía ser fría, aún en el verano.

¿Y ahora? No podía quedarse. ¿Pero para dónde iría? ¿A dormir con Teresa? ¿Y qué le diría a la niña? ¿Cambiar de habitación con él? ¡Ni pensar! ¿Qué iría a encontrar dentro de la habitación de un hombre? Tal vez la mejor decisión sería quedarse hasta de madrugada y salir muy temprano antes de que él se despertara. Le dió la espalda, cerró los ojos y se puso a oír la sinfonía de cigarras, grillos, lechuzas y balidos de ovejas a lo lejos. Después de algunos minutos el sueño la venció.

Luz. debería ser de día. Sintió un peso extraño encima de la cintura y se

asustó. El brazo de Manuel Alfonso descansaba posado en su cadera. Era imperioso huir antes que él despertara. Intentó sacar el brazo pero en cuanto lo tocó él la agarró ciñéndola y encajándose en ella. ¿Y ahora? no conseguía liberarse de él. Intentó empujarlo pero en vano. Cuando más empujaba más él la agarraba. Isabel intentó deslizarse por encima del hombro y casi se lo dislocó, no conseguía voltearse de frente para él, en la posición que estaba. Un calor le subía por las piernas y la cara estaba enrojecida. Conocía aquella sensación.

Lo empujó con la espalda. Él refunfuñó y le pasó la pierna izquierda por encima de las de ella. Metió la cara entre los cabellos largos y parecía continuar adormecido, pero casi apostaba que estaba muy despierto y que sólo quería meterse con ella.

El olor a lavanda lo embriagaba. Allá estaba ella sentada en el jardín a la luz de la luna. De hoy no pasaba. Tanto intentó que ya no aguantaba. Ni las mulatas de piel sedosa de la hacienda de la hermana, sedientas por tener un Señorito que las protegiera lo tentaban tanto. Bajó las escaleras y se acercó al banco donde ella estaba sentada. Los ojos castaños lo recibieron con deseo. Se sentó a su lado, en silencio y le tomó la mano tirándola hacia su regazo. Le levantó la falda y le pasó las manos por las deliciosas nalgas firmes. Una erección se anunció de inmediato. Tenía que poseerla o enloquecería.

- ¡Vuestra Señoría! – Y lo sacudió. Sintió una enorme presión de algo duro y grande en su trasero. – ¡Señor Conde! – Y lo empujó con fuerza.

Despertó medio confuso y extrañando la decoración de la habitación. Abrió los ojos. ¿Estaría en alguna de aquellas casas mal habladas? Peor. Estaba en la cama de ella y con una enorme erección matinal apuntada al trasero de ella. Había estado soñando. Buen momento para vengarse de la tentación a la que lo había sometido. Fingió dormir, la agarró más y se presionó en ella. Sólo quería que sintiera el tamaño de su deseo, diabla tentadora.

No sabía qué hacer. El hombre tenía realmente el sueño pesado. Se fingió de muerta como las serpientes cuando están por ser atacadas, pero en realidad estaba empezando a sentir una humedad en el interior y cuanto más él presionaba el miembro contra ella más excitada iba quedando.

Ciente de que la estaba provocando Manuel Alfonso la abrazó con cariño. No era sólo deseo lo que sentía por ella. ¡No podía ser! Pero no podía ser nada más. No quería. La próxima mujer que poseyera tendría apenas la condición de amante.

- Tu olor me embriaga. ¿Tienes noción de lo que me has hecho con tus baños de luna, muchacha? – E inspiró profundamente el olor que el cabello negro emanaba.

Le tomó el hombro izquierdo y la giró para sí. Las miradas se encontraron y Manuel Alfonso vió miedo y deseo en la mirada de ella. Le acarició la mejilla tiernamente con el dorso de la mano y sonrió.

- No tengas miedo. No te haré mal, ni nada que no quieras. – La tranquilizó. La acercó contra el su pecho desnudo – en el cual ella colocó la palma de las manos sintiendo la suavidad de los pelos – y buscó los labios de ella. Lentamente los mordisqueó. Isabel lo permitía. Presionó más y con la lengua abrió camino besándola con pasión. Ella abrió los labios y fue correspondiendo dejando su lengua llegar hasta la suya. Mordisqueó. Chupó y gemió con él.

Lentamente fue insinuando la mano por debajo de la camisa de batista y entró dentro de los calzones buscándole el sexo con los dedos. No fue sorpresa lo que encontró: deseo.

- Mi querida. – Y la miró. – Estás tan apetitosa. Pero no puedo hacerte esto. Todavía no. – Y le dió un beso mojado en la boca.

A esta altura dejó de raciocinar. Si aquello era amor, era sublime. Si ser amada por un hombre era así, entonces quería más.

- Pero yo... - iba a decir que quería. Él le colocó un dedo en los labios haciéndola callar.

- Ninguno de nosotros está seguro de nada. No podemos. No puedo deshonrarla señorita Isabel. Y tampoco soy hombre de casarme. – Dijo para convencerse a sí mismo que era lo que quería. – Sólo tengo lugar para una amante. Creo que merece más. – Afirmó.

- No tengo nada que perder. – Dijo finalmente abrazándolo. – Pero tiene razón. Al final soy una criada.

Rechazada por la condición social. No teniendo dote nunca me casaría con ningún hombre.

- ¡Nunca más diga eso! Es una señorita fina y educada. Y linda. De aquellas que vuelven a un hombre loco. Su padre - permítame decir esto - es un cretino. Cualquier hombre se casaría con usted sin dote.

¿Y de que le valía isso?

- ¿Cualquiera, Señor Conde? – Instigó. – No me va a decir que...

- No, no voy... ya sabe. Mi propuesta es inferior a la que merece. Pero si quiere pensar en el asunto, estoy abierto a negociaciones.

Manuel Alfonso se levantó de la cama y se arregló. Era visible el volumen del sexo erecto en el medio de las piernas, haciendo un bulto en los pantalones holgados. La mirada de Isabel se dirigió exactamente al sitio y él la encaró.

- Ahora ya sabe como es estar con un hombre.

- ¿Quiere decir que me estuvo enseñando Señor Conde? – Preguntó con ironía. – ¿Es una muestra de la inversión en caso de que yo acepte su propuesta?

- ¡Ah! Volvió la perspicaz. Es así que usted me gusta. Voy a salir y tomar un baño. Sólo vuelvo para la cena. Voy a la ciudad a resolver unos asuntos.

Se sentó en la cama junto a ella y le tomó el rostro. Acercó la boca a la de ella y la besó con ardor. Enseguida se levantó, se dirigió a la puerta y salió cerrándola atrás de sí.

Quedó sin reacción. Aquel hombre tenía el don de dejarla paralizada de deseo y no sabía qué pensar, el raciocinio no le salía con lógica.

¡Ser su amante! ¡Merecía más! Ni pensar...

El estado en el que estaba pedía un buen baño de inmersión para calmar los ánimos. Glorioso hábito que había traído de Brasil y que había aprendido con los indios. En Europa el baño acontecía una vez por año, Pero aquel pueblo se bañaba en los ríos varias veces al día y olían a limpio. Europa era un pozo de inmundicia. Los baños sucedían apenas en el día del casamiento y en la primavera. Dejar la ropa pudrirse en el cuerpo ya había sido una práctica usual entre la nobleza, siendo el rey Sol, monarca francés el más fiel seguidor de este hábito inmundo. Pero los tiempos eran otros.

Tocó la campanita para que la criada llenara la bañera con agua caliente. Se sacó la camisa por la cabeza. Colocó las manos en el sitio donde ella había puesto las suyas. Sentir las manos de ella en el pecho fue maravilloso.

Tenía que reflexionar sobre varias cosas y una de ellas era sobre sus sentimientos con relación a Isabel. Se conocía bien. Cuando la tomara para sí, el deseo acabaría y el interés también. Pero eso lo resolvería después. Primero el Señor de Mayorazgo y el gitano.

Con agua caliente se afeitó con la navaja y se sentó en la enorme bañera de polvo de piedra - importada de Italia – enterrándose en agua hasta al cuello. El abrazo cálido del agua era reconfortante. Tal como la piel y el cuerpo de ella. No sabía si estaba preparado para perderla para otro hombre o nunca más verla.

CAPÍTULO 7

Las velas apagadas dejaban un hilo de cera derretida casi caer transformando el candelabro en un objeto extraño. No estaba particularmente interesada en la estética del techo de la habitación, pero, con los últimos acontecimientos necesitaba concentrarse en algo para no comenzar a llorar. El candelabro era tan bueno para ese efecto como cualquier otra cosa. El sentimiento de desconcierto la invadió al mismo tiempo que la sorpresa y la indignación.

No le era indiferente, durmió con ella, la abrazó y la besó.

¡Oh! ¡Aquellos besos!

Percibía finalmente el entusiasmo de Judite cuando hablaba del primo. Lo que unía a un hombre y a una mujer sólo podía ser sublime, si no su padre le habría concedido esa bendición. A los dieciséis años la encerró en un convento sin darle la oportunidad de conocer el mundo que la rodeaba y las relaciones con los hombres. Sin embargo, dentro de aquellos muros altos había vida e información que le había llegado para despertarla a la vida.

El gusto de Manuel Alfonso todavía estaba en su boca. Y el olor. El olor

a hombre lavado. En casa su padre y su hermano no eran mucho de baños. Sólo cuando su madre reclamaba por el olor a sudor que ambos exhalaban es que su padre se dignaba a dejarse lavar con un paño y jabón en los sovacos y en las partes más íntimas y aún así era su madre quien lo hacía. Manuel Alfonso era diferente de lo que conocía en los ejemplos de casa.

El sexo y las sensaciones no le salían del pensamiento. Le vinieron a la mente las conversaciones oídas a las monjas más eruditas sobre el Marqués de Sade, un noble francés depravado con mala fama en la corte. ¿Sería aquello que Angelina y el gitano habían hecho lo que había motivado a Sade a escribir sobre sexo?

Les había llegado a las manos – a las monjas - poco antes de salir del convento, via mensajero venido de Francia, una copia de un novela del autor maldito y que fue manteida en secreto por un grupo de monjas, la más osadas. La madre superiora ni soñaba siquiera con las reuniones que eran realizadas después del toque de recoger. La hermana Bendita y la hermana Encarnación leían en voz baja, en la celda de la primera “Los ciento veinte días de Sodoma” y las exclamaciones que hacían llevaron a que algunas monjas se juntasen al grupo. En poco tiempo eran conocidas algunas prácticas descritas en el manuscrito. A esa altura, pensó seriamente que si el sexo era aquello, qué bueno que estaba allí enclaustrada y a salvo de los hombres. Pero, después de oír a Judite – una de las lectoras – decir que el hombre era un loco depravado y que las cosas no eran como las describía, pudo calmarse. Desconfiaba de que si ellas lo leían era porque tenían interés, las muchachas no perdían tiempo con pequeñeces y dentro de los muros cualquier excitación era bienvenida. Comenzó a notar que aquello que las monjas decían, no correspondía a lo que sentían y la prueba fue lo que observó en Angelina.

Se hubiera quedado allí todo el día, acostada, mirando al techo y haciendo una retrospectiva de los acontecimientos, pero las obligaciones la esperaban.

- Doña Isabel, la niña Teresa hoy no va a levantarse. – Dijo Angelina.

- Dice que le duele la cabeza y está cansada.

- ¡Oh! ¿Y porque no me lo dijo antes? – Preguntó con alguna aspereza.

Recordó la escena que había visto la noche pasada.

- Usted estaba durmiendo y su Señoría no estaba en la habitación.

Angelina estaba revelándose una serpiente traicionera.

¿Será que había notado que estaban juntos? ¡No se atrevería a espiar! ¿O

sí?

- Ya voy. Vaya a tratar de sus obligaciones. – Nunca había notado que Angelina era insolente y metida en la vida de los otros.

Subió las escaleras lo más rápido que el vestido largo le permitió y entró a la habitación de Teresa, ubicada en el medio del pasillo y de frente – tal como la de ella y la de Manuel Alfonso – al jardín interior.

La niña estaba recostada, pálida y con los ojitos llorosos.

Isabel se sentó en la cama y le acarició el cabello rubio y rizado.

- Mi querida... dile a Isabel lo que te duele. – La abrazó con cariño.

Las lágrimas corrieron por la cara de la pequeña e Isabel la sacó de la cama y la sentó en su regazo. Sentía un afecto sincero por aquella niña. Era como si fuera una copia suya cuando tenía la misma edad. Viva, habladora y sin papas en la lengua. Le limpió la cara y la abrazó aún más.

- Echo de menos a mi mamita. ¿Ella no va a volver? No quiero quedarme aquí Isabel, quiero ir a Brasil. Allá tengo a mis amigos. No tengo con quien jugar. Sólo hay adultos aquí. – Reclamó.

- ¡Oh! ¡Querida! Pensé que te gustaba estar aquí.

- ¡No me gusta! Quiero a mi madre. Quiero a mis amigos. ¿Por qué no te casas con el tío y nos vamos todos de aquí?

Casi se atragantó con el aire que tragó por la sorpresa de la perspicacia de la niña.

- El tío debe tener una prometida en Brasil y cuando vuelva va casarse con ella. – Arriesgó decir para intentar saber alguna información más.

- ¡No se va a casar! A él no le gusta ninguna. Le gustas tú. – Dijo con los ojos brillando.

Ya se había dado cuenta de que el tío miraba a Isabel de forma diferente. Como había visto a su mamá mirar a Antonio cuando un día, poco antes de partir hacia Portugal, los vió besarse escondidos en la puerta de la habitación de la madre.

- ¡Pídele al tío que me lleve a Brasil!- Suplicó. – Extraño correr por la hacienda con mis amigos.

- ¿Y quienes son tus amigos? – Quería distraerla de la tristeza.

- Mina, Zé y Tricas.

- ¿Quieres presentarnos? No los conozco.

- Son los hijos de la cocinera Filomena. Son del color del tío Antonio.

- Y quien es el tío Antonio?

- Es el capataz de la hacienda de mi madre. Le gusta mi madre. Pero no

se lo digas a nadie.

Isabel sospechaba que Antonio no era blanco. La niña era inteligentísima, pocas cosas se le escapaban. Ella también era así cuando tenía su edad.

- No te preocupes mi querida. Es nuestro secreto. Prometo hablar con tu tío sobre tus añoranzas. Ahora anda. Vamos a vestirte y retomar nuestras lecciones.

Teresa quedó más animada y bien dispuesta después de los mimos de Isabel. Sospechó que la fiebre sólo podía ser consecuencia del estado de tristeza. Tenía que hablar con el Conde acerca de la niña. Una tristeza la invadió también. Más temprano de lo que esperaba él partiría dejándola para atrás. Ya no era sólo no tener casa para vivir lo que la preocupaba, era perderlo.

- Vuestra Señoría - lo llamó. - Llegó un mensajero con esta carta para usted. - Y le extendió la bandeja de plata con la misiva.

Manuel Alfonso miró a Angelina y le surgieron ganas de interrogarla, pero no quería espantar la caza. Tomó la carta con un sello que reconoció ser de la hermana, ahora viuda y propietaria y se alejó al pequeño salón, el refugio que sólo él frecuentaba en el Solar de Santa María una a dos veces al año.

Cerró la puerta con llave para no ser interrumpido. Salió de Brasil preocupado con Leonor. La hermana estaba jugando con fuego sin darse cuenta. Quebró el sello y abrió el papel grueso. Esperaba que la misiva no le trajera malas noticias y que estuvieran todos bien. Su madre sufría de los nervios, pero cuando salió de Brasil estaba más calma. Tal estado se debía siempre al comportamiento irresponsable del viejo Conde. Sin embargo, su preocupación era con su hermana. Leonor, tal como él, no tenía suerte con los hombres.

*Leonor Carlota Barbosa Mortágua
Hacienda de las Palmeras
Escobas*

Querido hermano.

No imaginas como siento la falta de mi hija y de ti. Sólo tú me das aliento para llevar esta vida que Dios sabe que no he escogido. No fue una buena idea dejar a Teresa ir a Portugal. Mi vida está aquí y no pretendo

volver. Me he disgustado con nuestro padre. Como sabes él ya intentó que mataran a Antonio más de una vez y ahora lo he confrontado. He perdido el miedo y tal vez he perdido a nuestro padre. Lamento inmensamente por nuestra madre, que está prohibida de verme, pero no puedo vivir subyugada a sus deseos, ahora que soy viuda y única dueña de esta hacienda. Te pido que vuelvas a nuestra compañía y traigas a mi querida hija de vuelta. Las muchachas casaderas de la región preguntan por ti, en especial la señorita Amelia. Todavía partes corazones, mi hermano. Un día me gustaría ser tía. Espero ansiosamente tu respuesta o tu llegada.

Un abrazo de esta hermana que te adora.

Leonor Barbosa de Mortágua

Inspiró profundamente. La vida de los dos nunca fue fácil. El viejo Conde no era una buena persona. Codicioso y mujeriego salió de Portugal casi a las prisas para evitar que un escándalo rebentara, con la excusa de ir a buscar oro para la corona. Se había metido con la esposa de un hidalgo amigo y el caso ya era de conocimiento de la sociedad. En cuanto llegó a Brasil, anduvo con un grupo de pioneros en busca de oro por más de seis meses. Y lo encontró. «Todo me pertenece», era la forma como se jactaba de su fortuna.

Nunca fue muy cercano a su padre, pero aprendió con él la gerencia de las tierras y la forma como no debería gestionar a las personas. Divergían en muchas cosas, en especial en la forma como trataba a los esclavos, así, fue a vivir con la hermana cuando ésta quedó viuda. Una buena disculpa para salir de casa y dejar de asistir a los accesos de ira del viejo, siempre que una silla estaba fuera de sitio, o la comida no era servida a la temperatura ideal. Raro era el día en que Alfonso Barbosa, no partía una pieza de mobiliario contra la pared y Doña Joaquina desaparecía misteriosamente en el interior del edificio de la hacienda, mostrándose sólo algunas horas más tarde después de que la tempestad se calmara.

Hacía más de dos años que hacía presión para que se casara con la hija de un hacendado, «tenemos que multiplicar la fortuna» Le decía diez veces durante un único día si lo encontrara. Estar levemente cansado de oír la misma letanía, era sólo un eufemismo para la inmensa rabia que el padre le provocaba. Le respondía «padre, este asunto me deja deveras cansado» y seguía camino, directo a lo que estaba haciendo, sin darle más hipótesis para contrariarlo.

No quería una mujer como las que conocía. Quería una mujer que

podiera estar a su lado en todos los sentidos. Sólo Leonor conocía estos pensamientos. Ni a su amigo más próximo, Sebastián, hidalgo de Avis, se atrevía a hablar de sus ideas modernas. Estaban en la era del modernismo, pero había que ser cauteloso con el pensamiento. Era fácil perder esa facultad en estos tiempos de modernidad, bastaba decir lo que pensaba en voz alta.

El Marqués de Pombal, ministro de Don José I, era un reformador innato, expulsó a los jesuitas del país y casi tomó el lugar del rey. Apreciaba las realizaciones del hombre, sobre todo en la reconstrucción de Lisboa después del terremoto y hasta en la creación de las primeras escuelas. La ganancia y la sed de poder lo llevaron a traicionar a la patria.

Leonor, la hermana querida y confidente en las horas tristes, mantenía una pasión oculta por Antonio Silva, desde que puso los pies en la hacienda ya casada con Mortágua. Mulato, casi blanco, de ojos verdes, fuerte, bien cuidado y letrado, había nacido libre y fue criado en tierras lusas, más precisamente en el bajo Alentejo.

Dicen las malas lenguas de la zona que el abuelo – después de saber que su hijo había dejado embarazada a una mulata del trabajo de casa – le exigió que lo educara como un hombre libre. Pero la suerte no le sonrió a la esclava cuando parecía que lo iba a hacer: falleció en el parto dejando al niño a los cuidados de su padre.

Antonio fue criado por su padre como hijo legítimo para escándalo de la gente de la región. No pudiendo ser heredero en primera línea – había otro hijo mayor – le dió un buen dinero y libertad para salir de casa, cuando alcanzó la mayoría. Así lo hizo. Viajó a Brasil en busca de aventuras y buscó trabajo en aquello que mejor sabía hacer – ser capataz. Comenzó a trabajar para Miguel Mortágua meses antes de que él llegara con la esposa al ingenio azucarero.

Lo que Mortágua no sabía era que Antonio conocía a fondo el funcionamiento del cerebro de los terratenientes del Alentejo, hombres rudos en su mayoría, muchos ostentaban un escudo y eran muy codiciosos. Vivir en la hacienda de su padre, en el continente, fue la mayor lección de vida que le dieron. Allí había aprendido todo lo que precisaba para sobrevivir y pacientemente esperó que el patrón cavara su propia tumba. Fue con cierto placer que, día tras día notó el movimiento de los esclavos para acabar con la malévola figura. Podría haber evitado que lo mataran, pero la sangre a veces habla más alto y era solidario con su pueblo. El hombre no valía la tierra que

pisaba. El mundo se liberó de un verdugo.

Quedó encantado con la dulzura de la señora portuguesa – como le llamaban las esclavas - desde que la vió. ¿Cómo aquel bruto había tenido la suerte de casarse con una joven tan dulce? En los meses que siguieron, su vientre creció día tras día y el intercambio de miradas veladas en las esquinas del edificio, debajo de las palmeras o en todos los sitios en que se cruzaban, también aumentó.

Meses más tarde, el día en que Miguel apareció muerto, fue un alivio para todos: esclavos, Leonor y hasta Antonio. Leonor quedó con una hija en los brazos y viuda. Un miedo todavía se mantuvo en sus pensamientos durante unos tiempos: que lo relacionaran a Leonor y sospecharan que él había matado al patrón. Felizmente nadie se acordó de conjeturar semejante cosa o si alguien lo pensó no hizo alarde de eso. El hombre era odiado hasta por sus pares. El único que lo apreciaba era el viejo Conde. Un pillo encuentra siempre a otro para socio. En la época Antonio Silva era apenas uno de los capataces ayudantes y no le incumbió interrogar a los esclavos acerca de lo sucedido.

Manuel Alfonso no lloró la muerte del cuñado. Detestaba al hombre.

Un leve golpe en la puerta lo arrancó de sus pensamientos con relación a su hermana y a Brasil.

La puerta se abrió e Isabel surgió a través de ella, bella y fresca como siempre. El cabello atado en un cola de caballo con rizos de caracoles caídos sobre los hombros y un vestido azul claro, simple, le realzaban la tez pálida, que le daba un aire de diosa griega. Le pareció linda. Desde que la vió en la puerta del convento, donde la fue a buscar por exigencia de la madre superiora, que le pareció la mujer más bonita que había visto en la vida.

Le cedió pasaje desviándose hacia el lado, en silencio. Notó su vergüenza. Los besos de la mañana entre los dos todavía tenían sabor en la boca. El sabor de ella. Por lo menos en la suya. ¿Será que ella sentía lo mismo?

- Vuestra Señoría disculpe molestarlo pero la niña está enferma.

- ¿Y por qué no me avisó antes? – Dijo ríspido. – ¿Es mejor llamar al médico?

- No lo llamé porque no sentí la necesidad. – ¿Quién pensaba que era ella? ¿Desafiaba su capacidad?

- Pero, ¿Qué tiene Teresa?

- Echa de menos a su madre. – Contestó.

Manuel Alfonso se dejó caer en la silla, forrada con seda verde agua traída de Inglaterra en barco y le hizo un gesto para que hiciera lo mismo. Estaba triste.

- Acabé de recibir una carta de mi hermana que me pide que vuelva con la niña. Extraña muchísimo a su hija. Es comprensible. El loco fui yo al acatar las sugerencias tontas de mi padre. – Dijo sin pensar que estaba hablando mal de su propio padre en voz alta.

- En este caso las dos. Teresa tenía fiebre. Aquella fiebre que los niños tienen cuando algo los perturba. – Dijo con conocimiento de causa.

- Entiendo. Isabel... - Y la miró profundamente.

Al zambullirse en aquellos ojos azules se cuestionó sobre lo que sentía por ella.

– Quería pedirle que me trate por el nombre. Mi nombre es Manuel Alfonso. Usted se olvida siempre. ¿Es tan difícil pronunciar mi nombre en voz alta?

Se puso colorada. Pero, ¿por qué? Tal vez hubiera sido mejor no preguntar. ¿Qué interés podría tener en ella si no era llevarla a la cama? Tratarlo con intimidad sólo tornaría más difícil la separación. No iba a responder.

En realidad lo que él quería decirle era que no dejaba de pensar en ella en todo el día y que todavía sentía el gusto de sus besos. No tuvo coraje de decirlo en voz alta. Tenía que partir y no quería causarle mayores daños.

- Voy a tener que ir a Brasil a llevar a la niña.

Él dijo ir a Brasil. Y no ir para Brasil.

- ¿Y vuelve? – Se atrevió a preguntar.

¿Debería volver? ¿Y por qué volvería? ¿Por ella? ¿Para alejarse de su padre? ¿Por él y por su independencia? Al final era poseedor de un título del cual el padre había abdicado. Por derecho hereditario, todo aquello era suyo. Si partiera definitivamente nadie cuidaría de la casa y de la propiedad. Felizmente su hermana tenía su propia fortuna y no precisaba de él. Nunca dejaría a Leonor en la situación en que Isabel estaba. Su intención era compartir con ella el legado de la familia. Era justo aunque no fuera ley.

Se levantó y le tomó la mano delicada para que se pusiera de pie también. Allá afuera el sol casi desaparecía y el salón estaba quedándose en la penumbra. La iluminación todavía no estaba encendida.

- ¿Quiere que vuelva?

- Sólo estoy preguntando. – Se defendió. - Si no va a volver tengo que

encontrar donde vivir. Deja de tener sentido mi presencia en su casa y usted...

- Manuel Alfonso.

- Usted ya me dijo que va dispensar mis servicios.

- Isabel... - y la tomó por la cintura.

No soportaba tener las manos lejos de ella. Eso nunca le había sucedido. Siempre satisfizo sus instintos de macho con otras mujeres disponibles, pero no sentía nada por ellas.

- Béseme. – Le ordenó.

Se dejó agarrar. Se sentía segura en sus brazos. Segura y excitada.

No se movió. Impaciente por su inacción volvió a decir:

- ¿Preciso volver a pedírselo, hechicera? – La provocó.

- Béseme usted. – Y lo miró dentro de los ojos. No lo conseguía negar ni a si misma. Estaba enamorada. Pero, no se lo iba a decir. Dentro de semanas nunca más lo vería y no le daría el gusto de salir victorioso.

Manuel Alfonso rió a carcajadas. Ella tenía sentido del humor.

- Hechicera. – Y le buscó la boca con ansiedad. Había sido un largo día de espera y tuvo la certeza que no iría a ser rechazado.

Abrió los labios y dejó la lengua experimentada de él penetrar y enrollarse con la suya. Manuel Alfonso la abrazó con fuerza.

- ¿Cómo voy a vivir en Brasil sin ti?

«Podrías llevarme contigo» pero, era demasiado orgullosa para decirlo.

Le lanzó los brazos al cuello y fue ella quien lo besó. Suave, realmente frágil, pero muito seductora y después hambrienta por ser amada y poseída.

- Humm... – murmuró él. – Estás aprendiendo. – Y volvió la besarla con suavidad y después con lujuria. En un lío de brazos, lenguas y manos se olvidaron por momentos de su condición de patrón y sierva. Consumidos por la pasión podrían amarse allí mismo, nadie se los impediría.

Angelina había empezado la tarea de encender la iluminación del Solar de Santa María. Transportando una candela de aceite y un palito para encender las velas y candelabros, fue dando luz a las diversas habitaciones.

Le pareció extraño no ver al Conde y a la tonta de la señorita de Mayorazgo hacía algún tiempo. Desde que le entregara la carta que no lo veía. La señorita de Mayorazgo debería estar en la habitación con la pequeña mocosa. Detestaba a aquella niña y sabía que era correspondida. Teresa no dejaba que se aproximara, parecía un bicho cuando la veía. Si fuera su hija le daría un sopapo en la cara como su madre lo hacía cuando ella era pequeña.

Tenía que encender la luz de el pequeño salón verde, el refugio del patrón estaba siempre a su gusto y ella se esforzaba para mantenerlo así. Al Señor le gustaba tomar su vino del Puerto después de la cena, en aquella habitación. Abrió la puerta despacio y en cuanto vió el interior vió a dos figuras agarradas, o mejor, abrazadas... besándose, En la penumbra del atardecer. No sabiendo de quienes eran, miró mejor y tuvo un choque en las partes íntimas.

¡Su adorado Conde!

Aquel que ella tuvo el honor de iniciar en las artes del sexo, estaba besando a la sonsa de la señorita de Mayorazgo. El caso cambiaba de figura. Que odio. Prefería que él fuera a Brasil a dejarlo para aquella tonta.

Cerró la puerta suavemente y se dirigió al comedor para encender el candelabro de aceite. Dentro de media hora el cena sería servida. Lo que más le costava era no poder escuspir en la cara de la señorita de Mayorazgo, pero deseó que desapareciera en el infierno. El gitano, aquel hombre tan dotado entre las piernas, se encargará de ella dentro de poco. Mañana ya estará de vuelta con novedades y la señorita de Mayorazgo va a desaparecer.

CAPÍTULO 8

- ¿Prometes que no me dejas? – Preguntó la niña con los ojitos muy tristes.

- Claro, mi querida, sólo te dejo para entregarte a tu madre. – Y le dió un beso en el rostro mientras le levantó las sábanas hasta el cuello y los rizos sueltos atrás de las orejas, para que no le taparan la cara rosada.

La niña deambuló gran parte de la tarde – después de mejorar de la fiebre – por la casa, arrastrando consigo a Natalia, una muñeca de paño que la madre le había hecho, dejando entrever la tristeza y la nostalgia por la progenitora.

- Extrañas mucho a tu madre Teresita ¿no? – Era demasiado evidente.

- ¡Mucho! ¡Mucho! ¡Mucho! Sabes... como de aquí al fondo del jardín. – Distancia que ella debía considerar grande, comparada a su tamaño.

Isabel dió una carcajada. La vivacidad de la niña era deliciosa. Una pérdida más que tendría que aceptar y no faltaba mucho. Se había encariñado a la niña y seguramente nunca más la vería. Contuvo la conmoción que sintió, para no preocuparla aún más y dió vuelta levemente la cara para recomponerse.

Pero, a quien extrañaría más era a su tío. Aquellos ojos verdes no le salían de la cabeza durante el día entero y con todos los atrevimientos que él había tomado desde la noche pasada, había quedado irremediamente pegado a su piel. Todo lo que había hecho o había pensado iba hacia Manuel Alfonso Barbosa, Conde de Évora-Monte. Sentía su olor todavía impregnado

en la piel. Olor de macho, todavía presente en la piel del cuello y en los cabellos. Y durante todo el día la sensación deliciosa de los dedos de él en su interior no desapareció. Nunca había vivido algo tan sublime. Aquello, como le llamaban las monjas era un manjar divino con el cual quería deliciarse, pero sólo con él.

No intrecambiaron una única palabra durante la cena. Teresa no paraba de hablar. La niña sentía tanto la falta de la madre, que, cuando tenía al tío cerca aprovechaba al máximo su presencia para hacer preguntas y la más repetida era «cuando voy a ver a mi madre» o «cuando vamos a Brasil», preguntas que dejaban a Isabel con poca ganas de participar de la conversación, lo que no le pasaba desapercibido a Manuel Alfonso.

Sólo la presencia de Angelina, sirviendo la mesa interrumpía a Teresa. Manuel Alfonso respondía con algunas evasivas. No sabía muy bien qué hacer, después de haber recibido la carta de su hermana. Estaba indeciso entre las ganas de ir y quedarse. Tendría que pensar muy bien sobre el asunto y en la mejor forma de resolverlo.

Después de haber presenciado el beso entre los dos, Angelina servía la comida con poca delicadeza, por pura rabia. Hecho notado por Manuel Alfonso y hasta por Isabel que desconocía el motivo por el cual la mujer casi le tiró la carne y las patatas encima. Manuel Alfonso miró a Isabel con complicidad, los dos todavía recordaban la noche de sexo que ella había tenido con el gitano y a la cual asistieron como dos depravados que espían a otros en actos íntimos.

Después de que la situación estuviera resuelta, tenía que echar a Angelina. Se había transformado en una serpiente venenosa y no quería tener cerca ese tipo de bicho. Mordían a traición y se alejaban arrastrándose. Le recordaba a la yarará de la zona de la caatinga, pequeña, amarilla para confundirse con la maleza y mortal.

Subió la escalera en media luna hasta el piso superior pensando en su hermana, que vivía un amor a las escondidas con un mulato – aunque fuera casi blanco - capataz de la hacienda, y en él mismo, que huía del amor. Siempre había querido desposar a una mujer que amara, pero no reconocía ese sentimiento por ninguna. Isabel era un caso a parte. Lo excitaba físicamente y hasta en el intelecto. Daba lucha y era un placer conversar con ella. Pero nunca más iría a amar a alguien. No, después de lo que sucedió con Flor. Su hermana y él siguieron el camino de su padre, los dos se enamoraron por descendientes de esclavos. Al final, ¿qué lo distinguía del viejo Conde?

Se acercó de la puerta del habitación de la ahijada con el propósito de darle un beso de buenas noches y de conversar un poco sobre su vuelta a Brasil. Empujó levemente la puerta alta y se encontró con Isabel sentada en la cama de Teresa acariciándole el rostro y en una animada conversación. Le gustaba ver a las dos juntas, parecían madre e hija. Tenía que reconocer que Isabel sería una excelente madre, por la forma como trataba a la sobrina.

- Isabel... ¿sabes una cosa?- Y tomó un rizo de cabello dorado de su maestra estirándolo y soltándolo enseguida.

Se entretenía estirando y largando los rizos de cabello que se encogían cuando ella los largaba. Aquel movimiento en espiral de los cabellos le hacía recordar a su madre. Jugaba así con el cabello de ella, no hacía mucho tiempo, pero, en la comprensión de una niña de seis años, tres meses eran una eternidad, imposible de mentalizar.

- Dime querida... – Y quedó pacientemente esperando que ella continuara.

Manuel Alfonso paró en la puerta. No quería interrumpir aquel momento, pero tampoco no quería perderlo, por lo que se mantuvo medio escondido. Últimamente se veía escuchándola atrás de puertas y observándola a escondidas.

- Debías casarte con el tío. Creo que él gusta de ti.

Isabel se estremeció, pero intentó mantenerse serena. Manuel Alfonso quedó admirado con la observación de la niña. Nunca pensó en eso. ¡Gustar de Isabel! La idea no le sonaba mal, pero le era extraña.

- ¡Ahora eres una casamentera! – Y le hizo cosquillas en la barriga. La niña rió a carcajadas.

- ¿Sabes una cosa?... es un secreto. – Afirmó. - Mi madre dice que es secreto, pero yo ya los vi. Estaban haciendo aquella cosa asquerosa. ¿Sabes? – Preguntó con ojos de curiosidad. Quería ver confirmadas por alguien las cosas de los adultos que estaba empezando a aprender.

- No... - Respondió para ver hasta donde iba.

- En la boca... con las lenguas...

¿Qué más irá a inventar?. La imaginación de aquella niña era prodigiosa.

Rió y haciéndole cosquillas la distrajo de la conversación. Pues sabía, ¡entonces no sabía!

- Si es un secreto no se cuenta. – Y le hizo señal de silencio posando el dedo en los labios de la niña. – No se cuentan los secretos de los otros.

- ¡Pero tu eres de la familia! – Replicó. No quería contradecirla para no

lastimarla, pero no sentía que fuera de la familia.

- Soy muy amiga tuya, es una cosa diferente... de ser de la familia. ¡Pero te adoro, diablita! – Y la abrazó. – ¡Y ahora ya basta! A dormir.

Manuel Alfonso salió en silencio hasta su habitación. No quería ser descubierto escuchando atrás de las puertas, como hacen los criados de la casa. Si la hermana pensaba que la hija no sabía, pues se engañaba mucho. Teresa era muy astuta.

No tenía sueño y hoy no había luna llena. Unas nuvecitas de truenos amenazaban precipitar desde la mañana y ahora tapaban la luna. Se sacó los zapatos, hizo deslizar los suspensorios de los hombros y se acostó vestido encima de la cama suave. Se sentía exhausto pero tenía el cerebro en ebullición. Por la mañana, fue a verificar el muro del jardín y encontró una escalera del lado de afuera y otra en el interior, seguramente colocada allí por la criada.

Se levantó y entró en la cocina enfadado, dispuesto a abordar a Angelina – la sangre caliente - pero el olor a guisado de cabrito que Genoveva tenía en la olla sobre la cocina a leña, lo dejó con agua en la boca. Siempre fue un apreciador de la comida y la de la fiel cocinera era sublime. Lamentó siempre que no quisiera ir a Brasil con ellos, «estoy vieja y no quiero morir ahogada señor, no sé nadar y ese tal mar, dicen que no tiene fondo» y por eso durante más de diez años de su vida no probó las comidas de ella ni la vió.

En puntas de pie fue a levantar la tapa de las ollas. Sabía que si Genoveva lo descubriera lo retaría como siempre lo hizo. Pero lo hacía de propósito para ser descubierta, dejando caer una cuchara o un tenedor, denunciándose. La discusión que seguía, acababa siempre con él levantándola e los brazos y girándola por la cocina. Le encantaba aquella mujer pequeña y dulce, sentimiento que su padre y su madre nunca notaron y reprovaban. Levantó la tapa de la olla del guisado y aspiró el aroma. Qué delicia. Poco pasaba de las nueve de la mañana, pero de buena gana almorzaría ya aquel alimento.

- ¡Sal de ahí gato! – Fue descubierta. – ¡Pero quién es él! Siempre la misma cosa muchacho. Metiendo la nariz en mis comidas. – Empezó a reír. – ¡Vuestra Señoría no ha crecido!

- Y tú siempre la misma gruñona. – Abrazó a la mujer por los hombros y le besó la cara ya con algunas arrugas. – ¿Ya viste mi tamaño? Ya no soy un niño.

- ¡Ah no, claro que no lo es! Vuestra Merced nunca crecerá. Era un

muchacho tan bonito. – y limpió una lágrima de los ojos.

Una lágrima que nunca se veía. Teatro. Genoveva era perita en el arte de llorar sin lágrimas.

Genoveva ya estaba en la casa cuando él nació, era una muchacha casadera y bonita, según decían, pero quedó soltera y dedicó su vida a la familia del Conde. Recuerda oír a su padre comentar con los amigos – conversaciones de hombres - cuando jugaban a las cartas en el salón de juegos, que ella era arisca, no quería un hombre. Debería ser verdad, pero hoy está casi seguro de que su padre intentó alguna cosa con ella y fue rechazado.

Conocía a Manuel Alfonso, tal vez mejor que su propia madre. Se había ocupado de él cuando era niño muchas veces. Le pareció ver una sombra en sus ojos. Alguna cosa lo preocupaba.

- El niño tiene alguna cosa que le preocupa. – Dijo con el ceño fruncido y las manos en la cadera. – ¡Dígale a la vieja Genoveva lo que es! – Miró inquisidora mientras metía el brazo en el de él y lo arrastraba hacia una silla lejos del calor de la cocina.

Manuel Alfonso estaba habituado, en el pasado, a acudir a ella, sobre todo cuando se metió con la criada y pasado algún tiempo no conseguía liberarse de la ardiente Angelina. Siempre le dió buenos consejos y no lo denunciaba a sus padres.

- Entonces... - iba a decirle pero no tuvo tiempo.

- ¡Ya sé! – Lo interrumpió.

Era así. Hablaba hasta por los codos y más parecía una grajilla, pero en lo que se refería a él acertaba siempre. No tenía mano sólo para cocinar, tenía ojo para observar a los otros y lo hacía muy bien. Genoveva era una mujer sabia.

- ¿Es la cerda de Angelina? ¿no? – La mujer parecía una bruja. – Se metió con la señorita Isabel, ¿no es verdad? niño – por más que intentara no la disuadía de tratarlo así – se enamoró de la maestra, ¿Verdad? Es muy bonita, pena que sea pobre como yo. Vuestra Merced seguro se casaría con ella, si fuera rica. – Afirmó.

- ¡Caramba mujer! ¡Tu haces y bautizas como dice el padre Damián! ¡Quién te ha dicho que estoy enamorado? ¿Y quien te ha dicho que era pobre?

Hasta los criados ya lo habían notado. Pero sospechaba que Isabel no era tan pobre.

- Somos amigos, sólo eso.

- ¡Mire, Señor Conde! – Subió el tono y clavó las manos con fuerza en

las caderas delgadas. La cara habitualmente roja del calor del cocina se puso escarlata.

Genoveva estaba enfadada.

– ¡Amistad entre hombre y mujer! ¡Eso lo quiero ver! Mire, ya decía mi abuela, que macho y hembra, juntos, sólo si son un burro y una gallina, pero, así mismo el burro pisa a la gallina, ¿me entiende?

- ¡Tú y tus dichos! No, no entiendo.

Entendía muy bien, pero no iba a dar el brazo a torcer. Lo que ella le quería decir es que la amistad entre el hombre y la mujer no existe.

– No hay peor ciego que aquel que no quiere ver. Vuestra Merced sabrá. Déjela huir y se va a arrepentir. Está caído de amores por ella...- Y lo miró para ver la reacción a sus palabras. – Y para terminar el asunto, le digo que esa muchacha está loca por usted. Ser pobre es una tristeza. Y ahora si Vuestra Señoría me da permiso tengo que hacer. ¡Fuera de aquí! – Y lo empujó para fuera de la cocina.

¿Caído de amores? ¿Él? ¿Será que sólo él no lo quería ver? ¿Pensar todo el día en una mujer era pasión? Aunque lo fuera, en cuanto la deflorara perdería el interés. Tal vez no fuera el tipo de hombre que se ata a una única mujer. Usaba la disculpa de querer casarse por amor y todavía no haberlo encontrado. Tal vez la cocinera tuviera razón. Pensaba en Isabel todo el día y sólo de pensar que la vería solamente a la noche, ya la echaba de menos. Después de probarla, era difícil no querer más. Querer todo.

Se dirigió al establo y llamó a Ignacio.

- ¿Sí Señor Conde? – E hizo una reverencia con el sombrero.

- ¿Viste a Esteves?

- Estaba allí hace poco. ¿Quiere que lo llame?

- No. Ven conmigo y vamos a conversar en su casa. Preciso de ayuda para resolver unos asuntos.

El hombre se encontraba aparejando dos mulas para pasar la tierra con un arado. El inicio de las siembras de Septiembre estaba próximo. Se sacó el sombrero en señal de respeto cuando vio a Manuel Alfonso.

- Señor Conde. Buenos ojos los que lo ven.

- Esteves... - Saludó. - También a usted. Escuche..., me gustaría hablar con usted en su casa. No quería correr el riesgo de ser oído por... - y no completó la frase.

Esteves era el lacayo de confianza, desde que partieron hacia Brasil que administra los trabajos de la hacienda.

- ¡Vamos patrón! Mi casa es su casa. – Y se dirigió a la pequeña casa al fondo del patio a la derecha del jardín, donde estaban los alojamientos de los criados.

Los tres hombres entraron y Manuel Alfonso dijo de inmediato.

- Creo que dentro de algunos días vamos a tener problemas con el gitano Morel. Preciso de vuestra ayuda. No sé bien lo que está tramando, pero pienso que está a sueldo de un Señor de Mayorazgo de los lados de Montemor.

- ¡Estamos acá para eso Señor Conde! ¿No es así Ignacio? – Y le pegó una palmada en la espalda al muchacho del establo que asintió con la cabeza.

Esteves sabía muy bien lo que movía al gitano. Venganza. Estaba hacía tiempo suficiente en aquella casa para saber todos los secretos de la familia. Lo que parecía, es que el único que vivía en la ignorancia era el joven Conde.

- Serán recompensados por el trabajo y por la discreción, quiero secreto absoluto. Creo que quieren raptar a la señorita Isabel.

- ¡Caramba! ¡Muchacha tan bonita! Pido perdón, patrón... - dijo Ignacio medio avergonzado cuando notó el atrevimiento.

Esteves le dió con el sombrero en la cabeza para que se callara. El muchacho estaba siendo atrevido.

Manuel Alfonso fingió que no escuchó y continuó.

- Uno de ustedes queda de guardia de noche en el jardín. – Dijo. - Armado. Ahora vamos a buscar las armas. Quiero que anden siempre armados a partir de hoy. Ignacio ensilla mi caballo y el tuyo y ve a la cocina a buscar provisiones para el día. Vamos a recorrer la propiedad. Quiero ver lo que los gitanos andan tramando. Esteves reúne unos diez hombres y que estén alertas, disfrazados, en las inmediaciones de la hacienda. Circulen por ahí.

El día había sido agotador y revolver los pensamientos no llevaba a nada.

Sonó un estallido de puerta cerrándose, venido del pasillo y se sentó en la cama. Lo que más quería era estar allá con ella. ¡Oh! ¡Cómo lo quería! Pasó la mano por el medio de las piernas y sintió el miembro duro sólo de pensar en la suavidad de su piel. ¡Tenía que ir! Salió de la habitación descalzo, evitando hacer ruido – Genoveva y María dormían un piso arriba - en la torre - y el piso crujía; recorrió la distancia hasta la habitación de ella intentando no hacer ruido. Se sentía un ladrón en su propia casa lo que lo dejó todavía más excitado. Transgredir era bueno, sobre todo este tipo de transgresión. Abrió la puerta suavemente y espío. Estaba en la penumbra. La

respiración suave se oía muy bajo. Debía estar durmiendo. Entró y giró la llave en la cerradura, llaveando la puerta, para evitar que uno de los criados entrara. En puntas de pie, se acercó a la cama y la observó. Dormía profundamente. Los largos cabellos rubios extendidos en la almohada enmarcaban un rostro bello, angelical; se agachó sobre ella y acercó la boca a los labios llenos, buenos para besar y otras cosas - pensó. Aquella muchacha estaba enloqueciéndolo. Hacía cosas indecorosas, tales como invadir su habitación y comenzó a entender – ahora que la veía adormecida - que la ganas de protegerla eran muchas, tantas como la ganas de poseerla. Mobilizó un pequeño ejército de campesinos para vigilar al gitano. ¿Por qué? ¿Qué le importaba su suerte? ¿O estaría apenas preocupado con su seguridad? Le importaba. La suerte de Isabel empezó a ser una de sus preocupaciones. Hoy podía quedarse tranquilo cuanto al gitano. Allá fuera, un puñado de hombres bajo el mando de Esteves e Ignacio estaban de guardia en el jardín y en las inmediaciones del Solar de Santa María.

Se sacó la camisa y los pantalones y los dejó caídos en el suelo, tirados; muy suavemente levantó las sábanas de algodón y entró en la cama caliente del cuerpo de ella. Isabel se movió cuando sintió el impacto en la cama, pero continuó durmiendo, la noche anterior había sido exhaustiva y repleta de emociones nuevas y el día había sido de igual modo desgastante con Teresa. Por eso, entró en la cama, después de que la niña había dormido y durmió. Ni el cuerpo caliente de él enroscándose en ella la despertó.

¡Un cuerpo de hombre desnudo! Miraba con admiración para el miembro masculino erecto, en frente a ella y le pasó la mano levemente. Suave. Una mano fuerte tomó la de ella y la llevó al mismo sitio, convidándola a acariciarlo. En movimientos suaves fue acariciando el pene del hombre que no tenía rostro. Por más que intentara notar de quién era la cara, se mantenía sin ninguna señal que le hiciera posible su identificación: blanca y extraña. Lo sintió creciendo en la mano y sus partes íntimas humedeciendo. El deseo estaba poseyéndola. Unos dedos desviaron del mechón de pelos y se metieron dentro de ella haciendo movimientos circulares mientras iba quedando cada vez más excitada. Quería gritar: «continúa, continúa», pero el hombre retiró los dedos, lamió uno y después otro y empezó a reír a carcajadas. Una risa sarcástica, maligna y que le empezaba a provocar miedo.

Quería ver su rostro, pero no lo conseguía . Parecía ciega. Fregó los ojos, una y otra vez pero la imagen no se aclaraba.

- ¡Por favor! – Gemió. – Continúe. – No quiero morir virgen.

- No aguantas más. – Y continuaba riendo. Esta vez una risa desdeñosa, de burla y gozo. – Cojo putas como tú todos los días. Adoram a mi diabito. – Y la risa aumentaba haciéndola querer huir de allí al mismo tiempo en que quería quedarse. Un dedo entraba y salía con frenesí dentro de ella mientras otro le fregaba el ano; estaba al borde de gritar de placer pero no podía, la voz no le obedecía. Una pierna pesada y peluda reposaba entre las suyas, imposibilitando que se moviera. La sensación de estar mezclando sueño con la realidad la invadió y...

Estaba sintiendo el sabor del clímax cuando abrió los ojos.

Y ahora le veía la cara. Quedó horrorizada. Ni en sus peores pesadillas imaginaría que sería él.

Un pañuelo prendido en la cabeza y una larga cola de caballo negro estaban enfrente a su cara. Salió de la cama casi de un salto y gritó. Gritó con cuanta fuerza tenía. El hombre era... era aquel diablo de los ojos verdes y bonitos.

CAPÍTULO 9

El grito resonó por la habitación y a Manuel Alfonso le dio la sensación de que por el resto de la casa también. Era de pura aflicción. Le tapó la boca con delicadeza antes de que gritara más y alguien apareciera para ayudarla y lo encontrara allí, donde no debería estar.

Aún bajo el efecto del sueño luchó y comenzó a dar patadas y empujones. Manuel Alfonso intentó calmarla pero ella parecía poseída por algún demonio que no era de la Tierra. Estaba realmente asustada.

- Soy yo Isabel. No te voy a hacer mal. – Y la abrazó por la espalda cruzando los brazos alrededor del pecho de ella, para inmovilizarla.

En la penumbra y aterrorizada porque alguien la sujetaba, luchó con energía intentando soltarse varias veces. Sintió una mano enorme junto al pecho y en desesperación le enterró los dientes con toda la fuerza que tenía.

Manuel Alfonso dió un grito.

- ¡Mierda Isabel! – Retiró la mano rápidamente y la largó para ver la herida que le dolía muchísimo.

¡Pero qué muchacha! Con la oscuridad no conseguía ver la profundidad de la mordida, pero sentía la sangre corriendo por la mano y un dolor intenso.

Se levantó, retiró una vela de la mesa de noche, se dirigió a la puerta de la habitación y encendió la vela en la llama del candelabro de aceite del pasillo. Isabel se sentó en la cama con el cabello completamente despeinado, tapándole los ojos, y los resfregaba como si quisiera despertar de un sueño penoso. Parecía desorientada. Al notar la diferencia de luminosidad levantó la cabeza y alejó el cabello, pero el espanto por lo que vio la dejó pasmada y se preparó para huir. Al final, siempre estuvo allí, no era un sueño. El hombre estaba allí en la habitación.

- Por favor... no... váyase. – Y comenzó a llorar enroscándose en sí misma.

Manuel Alfonso quedó sorprendido por su reacción y se acercó con cuidado. Puso la vela encima de la mesita y se sentó en la cama. Isabel sollozaba agarrada a las rodillas. La abrazó por los hombros y la llamó.

- ¡Isabel... no llore! Estoy aquí. Fue una pesadilla. ¿Se acuerda de lo que soñó? – Intentaba hacerla volver a la realidad.

El abrazo tierno y sereno la contuvo un poco y de a poco las ideas fueron aclarándose y empezaron a tener sentido. Recordó del sueño pero la

sensación más fuerte era de miedo. Tomó consciencia de que él estaba allí. Era él, no el otro.

¿Pero, que es lo que estaba haciendo allí? ¿Manuel Alfonso en su habitación? ¿Hacia cuánto tiempo que estaba allí?

- Pero... Vuestra Merced ¿qué está haciendo aquí? – Dijo más calma. – Me acuerdo de haber gritado. ¿Lo desperté? Disculpe.

Manuel Alfonso se preparaba para negar su pregunta - no lo había despertado - Cuando miró las piernas. Las suyas. desnudas y... ¡oh! ¡Por Dios! Estaba desnudito. ¿Y ahora? ¿Cómo le iba a explicar? La situación estaba tornándose incontrolable. Se sintió ridículo. Él, un hombre hecho y derecho, Conde, desnudo en la habitación de la maestra. ¿Estaba loco o habría perdido la vergüenza definitivamente? O peor todavía, ¿sería más parecido con el viejo Conde, su padre, de lo que imaginaba? Sólo de pensar en esa posibilidad sintió un escalofrío. No quería ser como el viejo.

- Tuve una pesadilla... en parte. – Explicó medio atolondrada.

Mientras el sueño no revelaba la cara del villano - el gitano – casi tuvo un orgasmo. Que vergüenza. No podía contar más, él pensaría que era una depravada. Se sintió avergonzada por los pensamientos y fijó los ojos en los motivos de la colcha de la cama para abstraerse. La vela encendida daba un aire misterioso a la habitación y el algodón estampado en las cornucopias azules y rosas parecían moverse. No tenía coraje de levantar los ojos de la colcha y encararlo. ¿Y si él adivinaba que ella había tenido un orgasmo en el sueño?

Mientras ella divagaba con sus pensamientos - que le parecían vergonzosos - él estaba afligido por estar desnudo. Como iba a explicar eso. Sólo la penumbra de la habitación y el estado de conmoción de ella, todavía no le habían permitido que lo viera, lo que le parecía casi imposible.

De tanto mirar para abajo, para el fondo de la cama, acabó por encontrar los pies de él, descalzos, fuera de los sábanas. Pero, a medida que subía la mirada fue viendo que las piernas también estaban desnudas. Casi se partía el cuello de tanto doblarlo para poder ver sin que él lo notara. Hizo un último esfuerzo para mirar un poco más arriba sin tener que girar la cabeza y lo que vio la dejó de boca abierta. Él estaba desnudo. Y aquello que tenía allí era... como mínimo... monstruoso. Pero, ¿cómo entró en la habitación desnudo?

- ¿Vuestra Merced duerme desnudo, Señor Conde? – Disparó al aire dando vuelta la cara para el lado contrario. Estaba impresionada con... aquello.

Más parecía una bola de pelos con un palo, tipo escoba, de aquellas grandes con que los criados barren las hojas muertas del jardín.

¡Isabel! Eres realmente tonta. El hombre está bien dotado. Imagina como será entrando... es mejor no querer saber.

¡Sorprendido con los pantalones en la mano! En este caso, era sin ellos. Allí estaban - en el suelo de la habitación, donde él los había dejado. Y no conseguía alcanzarlos sin que ella se diera cuenta de que al final se había desnudado allí en el habitación.

- Quiere decir... no... sí... - no sabía qué decir. Colocó las manos delante del miembro medio flácido e intentó esconderse de su mirada.

Pero, ¿Qué le pasó por la cabeza para meterse en su cama así? Estaba perdiendo totalmente el juicio. No se reconocía. Se sintió ridículo y por primera vez no sabía que hacer ni qué decir.

- ¡Decidase! No, sólo... me parece más confuso que yo que acabé de tener una... pesadilla.

Un canto de búho se oyó venido del jardín. La señal combinada con Esteves. Sopló la vela y le dijo:

- Metase debajo de las sábanas. – Y saltó de la cama en un segundo. Tomó los pantalones y la camisa y salió hacia el pasillo sin hacer ruido. Salvado por la campana en el momento crítico, en este caso por el canto del búho.

A Isabel le pareció extraña su actitud, pero no cuestionó. Estaba todavía un poco aturdida y acomodó la cabeza en la almohada para volver a dormir.

Bajó las escaleras, descalzo y entró en la cocina donde Esteves e Ignacio lo esperaban.

- Buenas noches. ¿Novedades?

Los hombres se sacaron el sombrero – incluso de noche no se deshacían de él, como si fuera una extensión del cuerpo – en señal de respeto y Esteves se adelantó.

- El gitano ya está en el campamento. Fue visto a caballo venido de los lados de Arraiolos hoy a la nohecita. El mensajero que enviamos dice que él se encontró con un hombre de dinero en la posada. El hombre pernoctó allá y el gitano volvió en el mismo día.

- El Señor de Mayorazgo... – dijo Manuel Alfonso rascándose en la cabeza. – Por hoy no hay peligro, pero a partir de mañana montamos vigilancia total. Vamos a dejarlo entrar en el jardín, quiero saber lo que el bicho anda tramando.

- Pero patrón ¿y si él viene para robar o hacer mal a alguien? – dijo Ignacio queriendo parecer cauteloso.

- ¡No te preocupes hombre! ¡Lo que él quiere es otra cosa! – Él sabía lo que quería. Quería enterrarse en Angelina y obtener informaciones acerca de Isabel. – Vayan a dormir. Mañana por la mañana combinamos los pormenores.

- Buenas noches Señor.

Los hombres salieron y Manuel Alfonso cerró la puerta con llave.

- Buen día, Vuestra Señoría. – Y se sentó a la mesa con la gracia que ya le conocía tan bien. Gestos finos y delicados, como una verdadera dama, pero con un secreto escondido: un fuego ardiente implorando por ser apagado.

Hacía algún tiempo que la esperaba. No todos los días lo hacía, pero hoy quería verla antes de ir a tratar los asuntos de la propiedad. Era extraño, pero sentía una ganas enormes de tenerla cerca. Y más extraño todavía, era sentir que no era sólo el interés de que pudiera disfrutar con ella en la cama o en cualquier otro rincón escondido de las miradas ajenas. Sentía que algo cambiaba en él y en la postura con relación a Isabel.

- Buen día niña. – Y se levantó para acomodarle la silla. Un gesto de caballero.

- Niña... ya no soy. – Y se rió. – Pero no soy carne ni pescado.

Y dió una sonora carcajada, incapaz de contenerse. Avergonzada miró alrededor, no fuera que los criados la vieran en modos menos propios a una señorita. Pensar que ya no era virgen del todo, pero que le faltaba consumir el acto, de forma legítima, con el miembro apropiado, le arrancó una carcajada espontánea. Una señora de la alta sociedad nunca se reiría de aquella forma burlona... quiere decir... las señoras de la alta sociedad también sienten cosquillas donde las otras las sienten... por eso, no iba perder más tiempo pensando en su comportamiento.

- No hay mejor cosa que reírnos de nosotros mismos. Veo que tiene esa capacidad.

Hoy estaba en desventaja con relación a ella. La escena ridícula de la noche anterior todavía lo condicionaba, en caso contrario ya le habría respondido con alguna broma más burlona. Pero también no iba a dejar pasar la ocasión.

- Pues, veo bien ... - Y la miró intensamente como si estuviera verificando la veracidad de lo que ella dijo. Como ella era linda y apetitosa.

Apreciaba mujeres pequeñas y muy voluptuosas de pecho y ella era todo eso y mucho más. Era dulce, divertida, arriesgada e irreverente y podía acompañarlo en casi todo. Sólo le faltaba saber si sabía cazar, pero no se sorprendería si lo supiera.

- ¿Sabe cazar? – Dejó escapar.

Atónita con la pregunta hizo una cara de espanto.

- Sí... pero... - no entendía que es lo tenía que ver la caza con el asunto.

- Pero, ¿por qué pregunta Vuestra Señoría?

- Por nada. Mi nombre es Manuel ya le he dicho. ¿Quiere ir a cazar patos conmigo un día de estos de madrugada?

Parecía enfadado, pero estaba satisfecho con la respuesta. Aquella muchacha era diferente de todo lo que había imaginado.

- Si Vuestra Señoría me despierta como lo hizo hoy, le garantizo que sí, voy.

Isabel se sirvió café fresco y pan untado con manteca. Masticaba silenciosamente y ocasionalmente miraba por encima del plato. Una pregunta le hervía en la cabeza. El cerebro estaba en ebullición y si no la hiciera rebentaría. Pero, antes que abriera la boca Manuel Alfonso dijo.

- ¿Y mi ahijada? ¿Todavía duerme?

- Sí. Y como anda enferma la dejé quedarse más tiempo en la cama. La niña está triste. Siente falta de su madre.

- Voy a resolver ese asunto rápidamente. Dentro de un mes embarco con ella hacia Brasil. Ya mandé un mensajero para reservar el pasaje en el próximo navío que sale de Lisboa.

De repente sintió el mundo ceder bajo sus pies. No quería perderlo. Ya no era sólo una cuestión de no tener donde vivir, era también... tenía que admitirlo...

Estaba perdidamente enamorada del hombre. ¿Y ahora? No le restaba más que jugar las últimas cartas: seducirlo y llevarlo a enamorarse de ella. Tragó un pedazo de pan empujado con un trago de café y le dijo de forma seductora:

- ¿Y vuelve Señor Conde?

- Ya te pedí que me trates por el nombre. ¿Es tan difícil o mi nombre no es digno de ser pronunciado por ti?

Isabel rió por dentro. No iba a perder la oportunidad.

- Manuel Alfonso... - Lo miró como si lo desnudara. – Tu nombre es... lindo, iba a decir que parecía «una pieza de Bach», pero creo que no te haría

justicia. Eres mucho más que cualquier música por más encantadora que sea.

Isabel habló con tanta seriedad que si no la conociera ya un poquito diría que estaba hablando en serio. Dejo escapar una carcajada sonora. Ella no se contuvo y lo siguió.

- Fue merecido. - Dijo él. – Pero a partir de ahora espero que me trates por el nombre.

- ¿Y los criados?

- ¿Los criados? – preguntó sin notar adonde ella quería llegar.

- ¿No va a sonar mal? ¿Quieres que te trate de Señor delante de ellos?.

- Si haces eso, te obligo a que me beses durante dos horas seguidas. – La provocó.

- ¡Jajaja! ¿En serio? Mira que tal vez no cumpla tu pedido.

- Nada me daría más placer, mi querida. ¡Estás autorizada a desobedecerme ya! – Y se zambulló en sus ojos demostrándole como la deseaba.

Perdió la fuerza en las piernas. Por suerte estaba sentada. Ahora él no escaparía de la pregunta.

- Manuel Alfonso... Señor Conde...

- Isabel... - Le avisó. – Estás jugando con fuego.

- ¿Cómo apareciste en mi habitación desnudo anoche? – Preguntó de sopetón. Me gustaría saber. Desde que entró en el salón que la pregunta le quemaba la lengua.

Él carraspeó.

- Entonces... te oí gritar y fui a ver. Estabas teniendo un pesadilla. Espero que no fuera conmigo. – y se rió mintiendo descaradamente.

Decirle que estaba desnudo, en su cama, porque entró sin su conocimiento y con la intención de poseerla, sería demasiado.

- Que protegida me siento señor. – Ironizó.

- Hago lo posible, pero voy a cobrar. Dentro de poco... - pronunció en tono de burla.

– Cambiando de asunto, quiero que duermas en la habitación del altillo a partir de hoy. Teresa va a dormir con Genoveva o María.

No estaba entendiendo.

- Pero, ¿Por qué? ¿Qué tienen nuestras habitaciones?

- Por ahora no voy a explicarte, pero es por seguridad. – Se levantó y la ayudó con la silla. – Nos encontramos en la cena. Tengo un asunto que quiero hablar contigo. Trata de mudar tus cosas para el piso de arriba.

Se dirigió a la puerta del comedor y cuando Isabel pensaba que él iba a salir, la cerró por dentro. Se acercó a ella y la apretó contra sí. Zambulló los labios en los de ella sin dejarla ni siquiera reaccionar y probó el sabor a café que ella todavía tenía en la boca.

- ¡Hummm! eres deliciosa. No puedo partir a Brasil sin probar el resto de ti, hechicera. Ahora vete... antes de que cambie de idea y te cargue hasta la habitación.

Abrió la puerta y salió dejándola atontada. Aquel hombre era un demonio. Hacía con ella lo que quería.

- ¿Entonces el patroncito hoy no te puso las manos encima? – Dijo una voz conocida. Isabel se dio vuelta y se encontró con Angelina ardiendo de rabia.

- Debe haber algún equívoco. No le di permiso para hablar así conmigo, ¿que libertades son esas? - amonestó a la criada.

- Gran cosa que seas señorita de Mayorazgo ¡eres como las otras! ¡Él pone las manos en todas! Las manos y el resto... ¿piensas que se casará contigo? – Y dió una carcajada sonora. – ¡Fue mío! ¡Mío! Oíste, ¡señorita de Mayorazgo huyida!

- ¿Cómo sabes que soy señorita de Mayorazgo? – La insolencia de la mujer la estaba irritando. – No quiero saber. Ve a hacer tu trabajo y guarda las observaciones para ti.

El mayordomo surgió en la puerta arrastrando los pies y carraspeó. Seguramente había oído el descaró de la criada.

- Ve a tu trabajo Angelina.

Salió y lo dejó hablando solo.

- La señorita disculpe por la osadía de Angelina. Informaré al Conde de lo sucedido.

- No se moleste Miguel.

El hombre estaba tan viejo que ya poco hacía en la casa. Manuel Alfonso lo consideraba de la familia y lo dejaba vivir en el solar, a pesar de ya no tener condiciones para trabajar.

El objetivo de la criada era envenenarla, ya se había dado cuenta. Tendría que informar a Manuel Alfonso. Y hoy tendría que cambiar de habitación. No entendía donde él quería llegar con todo aquel cuidado.

Cuando era niña soñaba mucho. Y se quedaba muy asustada con el contenido de los sueños, que casi siempre se hacían realidad. Le vino a la memoria la noche anterior. Haber visto al gitano en pleno acto con la criada

le movió los nervios. Le tenía miedo. Sabía que era un animal en celo que le saltaría encima a la fuerza si la encontrara. Sacudió la cabeza para espantar los pensamientos.

Lo mejor sería ir a ver la mudanza de aposentos con María y aprovecharía para conocer aquella ala de la casa más reservada. La torre fortificada del Solar de Santa María, no era más que una muralla de castillo, cuadrada y con paredes de el grosor de un brazo de hombre grande, que en otra época debe haber servido como protección en alguna escaramuza. En torno de ella construyeron el Solar de Santa María y se transformó en un ala casi siempre cerrada.

- ¡Isabel! ¡Isabel! – La niña corría por el pasillo en dirección a ella.

Se tiró en sus brazos y ella la abrazó.

- Mi querida. Hoy has dormido mucho. Vamos a vestirme y hoy no hay clases. Vamos a contar historias y a hacer muñecas de trapo.

La niña se regocijó de alegría y la llevó hacia el interior de la espaciosa habitación pensando en la broma.

- Ve a decirle al Señor de Mayorazgo que puede venir mañana. Aquí lo espero en la Azinhaga. Y no te tardes.

Juan de Morel tenía un pequeño séquito de súbditos listos para hacer su voluntad, a cambio de dinero o de la promesa de darles mujeres. Hoy se sentía el rey de los gitanos. Y era. El rey de su bando. Había combinado el precio con el Señor de Mayorazgo y a la noche iría a estar con la criada. Aquella mujer tenía fuego en el medio de las piernas. Quería siempre más y más.

Hace un par de años, en uno de los viajes del bando, en que montaban campamento en la tierra del viejo Conde, en una tarde de verano muy calurosa, resolvió ir allá hacia los lados de la ribera – cerca del Solar de Santa María - en busca de erizos, ranas, y raíces de hinojo, manjar muy apreciado por los gitanos. Encontró una joven bañándose en las aguas de la ribera completamente desnuda. Las formas generosas en los lugares correctos lo habían hecho estancar frente a tal escenario. La muchacha poseía un par de senos grandes, una cintura fina y un trasero que merecía ser palpado. Furtivamente se quedó observándola sentado en una piedra y escondido atrás de otra. La mujer jugaba como el propio cuerpo y metía los dedos en el mechón de pelos y este gesto comenzó a excitarlo mucho. No era un hombre que le pidiera delicadamente a una mujer que se acostara con él y ella lo

estaba pidiendo. Iría a chillar como una chancha cuando era montada. Le encantaba oírlos gritar con miedo, cuando más gritaban más deseo tenía.

Seguro que no se le escaparía, o no se llamaba Juan de Morel, el mayor semental de los gitanos. Se descalzó para no hacer ruido – Las botas con espuelas hacían ruido encima de las piedras – y sacó el cuchillo que siempre usaba. Tenía que amenazarla.

En cuanto lo vió, Angelina llenó los ojos de felicidad y estampó un sonrisa de oreja a oreja en el rostro desvergonzado.

Juan rió. Cuando esperaba que ella gritara e implorara que no le hiciera mal, dijo:

- No precisas del cuchillo. ¡Ven aquí! Sólo de mirar el vulto que tienes ahí – y apuntó para el sexo de él – me veo chupándolo. - Ven acá que hasta te lo hago gratis. La única condición es...

Sólo de pensar en las locuras que ya había hecho con aquella boca explotaba de deseo, pena que tendría que darle un fin. Iría a saber demás y podría ser una amenaza. No sería arrestado por causa de una ramera de la peor especie, por más que le gustara cogerla.

CAPÍTULO 10

Recorrió todos los rincones de la propiedad en busca de señales extrañas que pudieran confirmar sus sospechas, pero las búsquedas fueron infructíferas. Al atardecer, cuando los campesinos acababan de recoger los últimos cestos de uvas de la cosecha de aquel día, todavía no había señales del gitano. Hoy, Manuel Alfonso estaba dispuesto a ir hasta el fin. Salió de casa armado hasta los dientes con escopeta y pistolas y listo para desafiarlo. Desde la adolescencia que no le gustaba aquel hombre y sería la última vez que pondría los pies en sus propiedades.

Se consideraba un hombre fuera de su tiempo, defensor de los derechos de los otros e incapaz de discriminar a alguien sólo por ser pobre o tener otro tono de piel, pero estaba en el límite de su tolerancia. Aquel gitano rondaba el Solar de Santa María hacía muchos años y eso iría a acabar hoy. ¿O estaría con celos de lo que le había visto hacer con la criada? Ni quería pensar en eso. No. La criada fue sólo un medio para tornarse hombre. Le estaba agradecido, evitó que su padre lo llevara a aquel antro de rameras en la frontera de Badajoz. Un lugar del que había oído hablar cuando joven donde las mujeres se acostaban con los hombres a cambio de dinero y que el padre frecuentaba con asiduidad, queriendo llavarlo allá para que se hiciera hombre.

Empezaba a nutrir un odio visceral por el gitano y las ganas de golpearle la cara eran enormes. Juan de Morel era frecuentador asiduo de las tierras de su padre desde que se recuerda. Mayor que él algunos años – debería tener cerca de treinta y cinco – siempre paseó por allí de forma displicente y con cierta arrogancia, como si fuera dueño de las tierras. Recuerda que siempre que los gitanos montaban campamento cerca de la ribera, lo que sucedía dos a tres veces por año, sus padres discutían.

Doña Joaquina, su madre, parecía tener celos de alguien relacionado a los gitanos y que él, Manuel Alfonso, todavía no había entendido quién era. Muchas veces vió al gitano en las inmediaciones del Solar de Santa María y a su padre conversando con él. Hasta unos días atrás, nunca más se había acordado de tal escena, pero, empezaba a pensar que el viejo Conde tenía

algún secreto que incluía al maldito gitano. Pensándolo bien, el hombre no era ni siquiera del mismo color que los otros y sus rasgos – a pesar de la forma como se vestía – no eran del todo gitanos. Para no concluir lo que ni quería imaginar, espantó esos pensamientos de la mente.

Entró a la casa cansado y la única cosa que le apetecía en aquel momento era un baño caliente.

- ¡Genoveva! – Gritó.

La mujer apareció alarmada y dijo:

- ¡Jesús niño! ¿Quién ha muerto?

- ¡Nadie! Dile a María que prepare un baño caliente. Estoy exhausto y hambriento. Voy a subir a mi habitación. – Y le volvió la espalda.

Algo extraño le pasaba al niño – pensó la criada - no era hábito proceder de aquella forma. Las niñas cenaron solas y él volvió triste e irritado. Alguien le echó un hechizo y sólo podía ser la bruja Angelina, malvada, envidiosa y con el fuego siempre encendido en el medio de las piernas.

El calor volvió y la luna llena todavía brillaba. Una noche perfecta para un paseo en el jardín. Quería aprovechar aquellos momentos que estaban a punto de terminar dentro de unas semanas cuando él partiera. Dejó a Teresa adormecida en la habitación de la criada, como él ordenó y bajó la escalera hasta la fuente italiana. Una gama de sonidos y olores llegó a sus sentidos. Alentejo en verano era siempre igual. Una nostalgia la invadió. Extrañaba a su madre a quien no veía hacía cinco años y a su habitación. Al piano, al río donde solía pescar y a Rosa María, su amiga y vecina de la quinta al lado de las tierras de su padre. Rosa María debería estar casada y tener un par de hijos.

Se sentó debajo del frondoso flamboyán – rojo a esta altura del año – Y que la mantenía lejos de las miradas de quien pasara por allí. Se había transformado en su escondite preferido. La copa del árbol era tan ancha que podía esconder a varias personas.

Los pensamientos surgieron en retrospectiva. Por más que intentara ver a su padre con los ojos de la infancia sus actos no se lo permitían. Desde el día en que la metió casi a la fuerza dentro del maldito carruaje y la dejó enclaustrada en aquel sitio lleno de mujeres viejas, con vicios de niñas jóvenes, que nunca más lo consideró como su padre.

Dentro de tres semanas estaría en la calle y era urgente encontrar una solución para su vida. Tal vez intentar la suerte como criada interna en la

ciudad no fuera mala idea. Ir hasta Évora a pie no la mataría, bastaba partir al amanecer para llegar a tiempo para buscar una posada para esa noche. Aunque pudiera ser abordada por salteadores, tenía que arriesgarse y partir. Tenía algún dinero, Manuel Alfonso le pagaba todas las semanas 10 réis.

Baño y ropas limpias le dieron algún aliento. Lamentaba ser demasiado tarde. Teresa e Isabel ya se habían retirado a sus habitaciones. El sol ya se había escondido hacía un buen rato – el reloj francés – un lujo traído del extranjero - de pared, marcaba las diez horas de la noche y la frustración era enorme. Imposible de aguantar. Todo el día pensó en el asunto. Se sentía preso a un dilema. Defendería la vida de Isabel hasta las últimas consecuencias, de eso no tenía dudas pero, ¿la amaba lo suficiente como para quedarse con ella?

Amaba. La primera vez que colocó la palabra en el pensamiento. Dentro de tres semanas partiría en el Madre de Dios directo a Rio de Janeiro y durante por lo menos cien días no sería posible verla. Sólo de pensar en esa posibilidad se ponía nervioso. Era imposible imaginarla con otro hombre, o peor todavía, sería perderle el rastro. Una sensación extraña le decía que si partiera sin ella, le perdería el rastro. La señorita de Mayorazgo era demasiado orgullosa para quedarse esperándolo.

- ¿El tiempo está cargado hoy? – Dijo Genoveva viendo el aire severo de él. – Extraño, con una luna tan bonita. – Continuaba inmiscuyéndose.

Sin respuesta resolvió callarse. Debería estar realmente muy preocupado con alguna cosa.

Manuel Alfonso masticaba, de a poco, una pata de pavo hecha al horno y ni le dirigía la palabra a la cocinera. Cenaba en la cocina. Comer en el comedor significaba tener a Angelina molestándolo y quería evitar estroperlo todo ahora.

- Cosas mías Genoveva. – Respondió lacónico.

- Sí... apuesto que tienes una lucha de diablitos ahí adentro de ti. Uno te dice que te quedes con ella... y el otro te dice que huyas.

Levantó la cabeza del plato y mostró los dientes en una sonrisa amarilla. Genoveva era matrona y lo conocía muy bien. Mucho mejor que la Condesa, su madre.

- ¿Por qué mi padre no se casó contigo? Habría sido mejor para mí. – Dijo, dejando a la cocinera muy avergonzada. – Pobre de mi madre, pero sabes que ella no es una mujer dada a los pensamientos.

- ¡El niño tenga juicio! ¡Sé cual es mi lugar!

- Lo que yo sé Genoveva es que somos todos de carne y hueso. Vamos todos para el mismo sitio y salimos todos del mismo agujero. Yo debería nacer dentro de doscientos años, tal vez en esa época ya no existan las atrocidades de ahora.

- Van a existir otras, niño. - Dijo la sabia mujer.

- Es verdad pero hay cosas que tienen que acabar, la esclavitud es una de ellas. La pobreza en que viven la mayoría de las personas y la desigualdad...

- ¡El niño cálese! ¡Vaya allá a los Brasiles, o para algún salón de la nobleza, a decir eso a los mercaderes de esclavos y a los nobles, sus pares que va a ver!

- Por eso estoy mejor aquí, en el campo. No soporto lo que le hacen a los negros... un día eso cambiará. Yo sé que cambiará. – Y se levantó arrastrando la silla. Tragó el resto del vino tinto del vaso y se despidió de la cocinera.

- Hasta mañana. No se olvide de colocar los cerrojos en las ventanas y en las puertas. Yo cierro la puerta del jardín. Voy allá afuera a andar un poco.

- Tenga una noche tranquila hijo. – Y fue a recoger la vajilla que él había usado. Tenía pena del muchacho. Su padre nunca le dio mucha atención. Prefería al otro. El otro tenía la bravura, la maldad y era obsceno como él. Oír hablar de los actos del muchacho lo dejaba molesto. Un secreto guardado que difícilmente sería revelado. Genoveva recordaba la amenaza como si fuera hoy:

- Si abres la boca vas a arrepentirte. La Condesa no puede saber nada. Pero el peligro rondava por allí. Sabía que un día la verdad saldría a la luz.

Estaba oscuro como la brea. Ni una vela encendida denunciaba su presencia. O ya dormía o... no estaría en la habitación. Ella no estaría suficientemente loca como para salir afuera cuando había dado órdenes para que después del atardecer nadie saliera de casa. La habitación de la torre, donde ella supuestamente debería dormir, estaba vacía. Todos los criados fueron avisados a excepción de Angelina, esa tendría que continuar en la ignorancia. Era el señuelo.

- ¡Isabel! – La llamó en voz baja.

Silencio. ¿Sería posible que estuviera durmiendo? Entró y se arrimó a la cama. Palpó el tejido de la colcha, pero la cama estaba vacía.

¿Dónde estaría aquella imprudente?

Bajó la escalera casi corriendo. Los hombres armados estaban por allí y tenían órdenes para tirar en caso de vieran alguna cosa sospechosa. Accidentes suceden. El corazón casi le saltava del pecho. ¿Dónde aquella loca estaría?

Sintió un baho caliente cuando abrió la puerta del fondo del pasillo que da acceso al jardín. Los insectos nocturnos hacían resonar sus canciones por la llanura y a lo lejos oyó el canto del búho. Señal que andaba gente por allí. Sabía bien distinguir las señales, y aquella era la de Ignacio.

Bajó las escaleras por el lado de la sombra oscura – haciendo lo posible para no hacer ruido – y se acercó despacito al flamboyán. Esperaba encontrarla allí. Sondeó el terreno debajo del árbol con la mirada y... ¡oh! cielos que alivio, allá estaba ella. Era tan previsible en estas cosas por suerte. Se sentía capaz de estrangularla.

Muchacha imprudente.

La encontró sentada en la hierba suave, apoyada en un ciruelo del jardín, pensativa y haciendo una trenza en el cabello largo. Felizmente no estaba con ropa clara. Se acercó en silencio y se sentó a su lado. Isabel casi dió un salto, pero su olor era inconfundible y se calmó enseguida. Ya se estaba habituando a la forma de como él aparecía.

- ¡Jesús! ¿Vuestra Merced me quiere matar del corazón?

- Usted debe querer morir. ¿No le dijeron que no salga de casa después del anochecer? – Preguntó visiblemente irritado.

- No.

- ¿No?

- No. ¿Vuestra Merced está sordo o no entiende lo que digo? – Respondió sin notar el porqué de aquella orden absurda.

- Voy a verificar eso después. Tenemos que volver a la casa. Aquí no es seguro.

El canto del búho volvió a oírse más cerca. Vió a Esteves al fondo escondido entre la sombra. Sólo una vista bien entrenada – como la de él – podía ver al hombre en la oscuridad.

- No entiendo lo que pasa. ¿Quieres decirme de una vez? ¡Tantos misterios! – Dijo ya irritada.

- No te quiero austar, pero hay señales de que el gitano puede estar planeando un asalto a la casa. – Mintió.

No podía decirle que el blanco era ella.

Isabel parecía nerviosa. Retorcía las manos y se tocaba incesantemente el

cabello, lo que no pasó desapercibido al Conde. Le pasó el brazo por los hombros y la abrazó. Ella cedió y apoyó la cabeza en su pecho. Le hacía bien el contacto con alguien y ni pensó en su masculinidad que la hacía quedarse con el vello de las piernas erizado. Manuel Alfonso la besó en la frente. Con cariño. Con amor, se atrevió a pensar Isabel. Como sería bueno que fuera amor.

- Mi pequeñita. Sabes que eres adorable.

No sabía porque estaba diciendo aquello. Le salió naturalmente. Todo en ella lo impulsaba a defenderla y a tener una enorme necesidad de cuidarla. Tal vez fuera la vulnerabilidad en la que se encontraba. Era una joven abandonada por la familia.

El arbusto medio, al lado del ciruelo del jardín los ocultaba de las miradas de Esteves y de los otros hombres diseminados por allí y las ropas oscuras que vestían servían de camuflaje, aunque estuvieran expuestos a la luna, no serían fácilmente visibles.

Manuel Alfonso se acercó a su regazo – y ella lo dejó – y se apoyó en el árbol para no caer. La abrazó fuertemente y sin decir una única palabra, se quedaron allí casi fundidos uno con el otro. Sólo se oían los grillos y las cigarras y el olor dulce del jacarandá se sentía por allí, embriagándoles los sentidos. El olor a lavanda que ella emanaba se mezclaba con el del árbol. Manuel Alfonso empezaba a sentirse excitado por el contacto con el cuerpo caliente, por el olor dulce y por lo que ella estaba haciendo en su pecho. Isabel había metido la mano en su camisa y le acariciaba el pecho con movimientos suaves yendo de la zona de la garganta hasta los mamilos. Le levantó el mentón y juntou sus labios a los de ella, con miedo, no fuera ella a rechazarlo. Isabel entreabrió los labios y metió la lengua en su boca – dejándolo sorprendido - tenía que jugar las últimas cartas. Iría hacerla desearla hasta que se volviera loco y por más que deseara rendirse a él, no lo haría. Manuel Alfonso tenía que saber lo que sería perderla. Estaba casi segura de que él la amaba, pero, era tan duro en admitir sentimientos que no se quebraba. Le hacía cariños, como ahora, en que estaba metiéndole las manos por debajo de su largo vestido y le buscaba el sexo con los dedos. Molesta por el calor, se sacó el corsé y los calzones, antes de continuar, no tenía nada por debajo del vestido que le impidiera el acceso.

A medida que iba metiendo las manos entre el tejido y fue tanteando la piel suave, una sonrisa le fue apareciendo en los labios. Entre besos ella notó su sonrisa y le preguntó.

- ¿De qué ríe Vuestra Merced?

- ¿Estabas con mucho calor o retiraste la ropa para facilitarme el camino? Não perdía por esperar. La respuesta iba dejarlo en fuego.

- Las dos cosas. Pero principalmente porque sabía que venías a mi encuentro. Siempre te vi, allí en cima – y apuntó para el balcón superior del jardín - observándome. Noche tras noche.

- Hechicera... – Y la besó profundamente al mismo tiempo que pasaba la mano por el interior de sus muslos aflorando levemente su sexo.

Sólo con la aproximación de los largos dedos, Isabel gemió.

- Entonces querida... ¿es bueno verdad? ¿Quieres más? – Se aventuró más profundamente y ella dió un gemido más alto. – ¡Huy! – Y le tapó la boca con la suya.

- No podemos hacer ruido. – Dijo sonriendo. – Y continuó aventurándose en su interior.

Estaba excitadísima y sabía que él también. Sentía su pene duro en el trasero pidiendo para ser liberado. Revertir la situación era urgente. No lo podía dejar avanzar, por más deseo que sintiera, ese era su triunfo.

Metió la mano hasta al fondo de la camisa le rozó el fondo del abdomen. Lo sintió contorcerse. Estaba listo y era ahora que tenía que salir de allí. Repitió el gesto varias veces.

- ¡Loca! – Gemió. – ¿Quieres que muera de deseo? – Susurró. – Veo que el convento no era tan casto. – Dijo bajito.

- ¡Ni imaginas! – Dijo ella. Y era verdad. El falso moralismo que por allí imperaba era notorio cuando por la noche escuchaba gemidos reprimidos por mantas y sábanas, venidos de algunas de las celdas. A esa altura imaginaba muchas cosas, pero cuando finalmente descubrió el libertinaje de algunas monjas, quedó escandalizada. Desconocía el amor entre mujeres. Pero también percibía que un padre no daba para todas.

El canto del búho se oyó más cerca. Señal de peligro. Cantó una segunda vez y ahora sí, había un hombre allí cerca.

Sintió su inquietud y la leyó como si fuera deseo reprimido. La mejor altura para recogerse y dejarlo con las ganas.

- Voy a recogerme Vuestra Señoría. Es tarde. – E intentó salir de su regazo.

Súbitamente una figura salida de las sombras pasó al lado del arbusto que los escondía y entró abajo del flamboyán gigante.

El sonido del milro aleteando se hizo oír. Era la señal de Esteves de que

había gitano a la vista.

Conseguía ver la base del árbol – donde estaba el banco en el que Isabel solía sentarse – por una pequeña abertura entre el arbusto y el ciruelo.

Manuel Alfonso le hizo una señal a Isabel para que no se moviera o hiciera algún ruido. Allá estaba Angelina. La visión no era de las mejores y hoy no había una luna espejeante, pero la silueta era reconocible.

No tardó un segundo a que el gitano apareciera venido del interior del jardín. Se movía como una serpiente venenosa en la oscuridad buscando a su presa: en silencio. Se sentó en el banco al lado de la criada e inmediatamente esta se lanzó en sus brazos.

Él la empujó y dijo:

- Primero hazlo por merecer. – Sabía que la podía controlar a través del sexo.

Era una perra en celo permanente. Nada la hacía alejarse de un macho. El largo cabello rubio rizado, medio despeinado estaba suelto y vestía apenas una camisa de noche. Osada, la criada levantó el traje de alcova hasta la cintura y le mostró las partes íntimas.

- ¡No pasas de una cerda ramera! – Intentó ofenderla. – ¡Ven acá! Sientate aquí en el Juanito. – Y la agarró para que se sentara horcajada en su regazo.

Sonidos de cuerpos jadeando mezclados con los sonidos de la naturaleza resonaban allí al lado generando constreñimiento entre los dos, una vez más, sobre todo porque el estado de excitación era igual al de la pareja allí al lado.

Isabel no tuvo opción y se quedó sentada en el regazo de Manuel Alfonso en silencio sin moverse. Maldito gitano. La última cosa que quería era asistir a la burla de la criada y del gitano, una vez más. ¡Que vergüenza!

La dureza de Manuel Alfonso no se calmaba y la excitación de ella tampoco. Ver a aquellos dos en pleno acto le causaba repugnancia y miedo – sin embargo le recordaba el sueño erótico con el gitano – pero también una gran excitación. Tal como quedó excitada cuando notó lo que pasaba entre las monjas en la profundidad de la noche y comenzó a explorar su cuerpo para sentir lo que ellas sentían. El sexo era una novedad que daba gracias a Dios haber descubierto y no haberse casado con Cristo, fue una bendición divina.

- ¡Putita descarada! – Decía el gitano. – Metiendo una última vez. La última.

El sonido del orgasmo, de los dos disminuyó en poco tiempo y el gitano volvió a presionarla. Fue eso lo que lo llevó allí: informaciones.

- ¡Habla! ¡Quiero novedades!

- Mi madre solía decir que los hombres sólo son gentiles cuando están montando, ¡cuando desmontan empiezan a las patadas! – Se quejó de sus modos.

- ¡Tu madre era tan puta como tú! Vamos, dime ya. – Y la tomó por el cabello. – Escupe lo que sabes, si no te arrodillas y tragas todo lo que tengo acá dentro. – Amenazó.

Isabel estaba amedrentada con los modos del gitano y pidió a Dios que nunca estuviera en sus manos. Se estremeció y Manuel Alfonso la calmó haciéndole una caricia en la cara.

- No sé nada más, sólo sé que la señorita de Mayorazgo anda metida con el señor. ¡Ya los vi!

Manuel Alfonso quedó estupefacto y miró a Isabel con aire de interrogación. Isabel le hizo un gesto de que después le contaría.

Por lo visto sabía alguna cosa que él desconocía.

- Al final tienes información preciosa. ¡Eso va a rendirme un buen dinero!

Angelina quedó más tranquila. Sabía que si no tuviera novedades él le pegaría. Era el mejor amante que había tenido, bien dotado y hacía todas las porquerías que una mujer como ella, sin tabús, apreciaba. Sí, porque las otras mujeres que conocía no se deliciaban con un miembro masculino como ella y mucho menos sabían lo que era sentir una lengua dentro de ellas.

- ¿Entonces merezco una recompensa?

- ¡Claro que mereces! Primero yo. Arrodíllate. – Ordenó empujándole la cabeza hacia el medio de sus piernas.

Era la última vez que Angelina estaría en aquella posición. Mujeres como ella había a las decenas, encontraría a otras o a la falta de algo mejor se quedaría con la señorita de Mayorazgo si el padre no pagara. Probar una señorita de Mayorazgo debería ser un manjar de los dioses, mismo que ya hubiera sido usada por el Conde.

El tiempo que pasó parecía una eternidad. La vergüenza que sintió por lo que pasó allí al lado de ellos sólo fue aplacada por las sombras azules oscuras de la noche. Aguardó algunos instantes hasta que el gitano y la criada desaparecieron y comunicó que iba recogerse.

- Gracias por el mimo – bromeó – pero voy a recogerme. – Y se levantó.

- Voy contigo. – Y se levantó también.

Vas a tu habitación querido.

Manuel Alfonso le tomó la mano, con suavidad y de manos tomadas subieron la escalera por las sombras de los árboles que ocultaban completamente cualquier ser que allí estuviera. Los hombres deben haber seguido al gitano hasta su guarida. No se preocupó más con ellos. La noche era larga y todavía sobraba mucho tiempo para estar con ella. Sólo de pensar en lo que seguiría ya sentía la excitación creciendo. No podía esperar a sacarle la ropa o lo que restaba de ella, ya que ella se había anticipado y se había sacado ya gran parte, por lo menos lo más difícil. La anticipación del placer que iría sentir hizo que subiera las escaleras con una erección enorme, tapada apenas por la noche.

Entraron en casa, puso la pesada traba de hierro en la puerta y siguieron pasillo adentro. Reinaba un silencio de verano. Isabel subió la escalera adelante y al llegar al pasillo del primer piso se despidió.

- Hasta mañana Manuel Alfonso. Voy a subir a la torre de la doncella prisionera. – Bromeó.

- Voy contigo... a acabar lo que empezamos. – Y la enlazó por la cintura besándola nuevamente.

Isabel sintió el sabor de aquellos labios dulces y suaves y los mordisqueó suavemente arrancando un gemido de Manuel Alfonso. Metió la lengua un poco más en su boca y cuando él iba a comenzar a levantarla en el aire para cargarla para su habitación – allí al lado – lo largó y corrió subiendo la escalera. - ¡Isabel! – La llamó. – ¡Déjame ir contigo! – Le pidió.

- Hasta mañana Señor Conde. – Y rió consigo misma.

Entró a la habitación y cerró la puerta. Hoy no entraba, por más que eso le costara a ella también.

CAPÍTULO 11

- Vuestra Señoría.- Dijo María . - Hay un hombre en la puerta que pide hablar con usted. Dice que sólo se presentará al dueño de la casa.

Esperando hacía algún tiempo la visita del Señor de Mayorazgo, Manuel Alfonso adivinó que la figura sólo podría ser la de él.

- Mándelo entrar para el salón pequeño. Ya voy. – Estaba con un humor de cortar hierro frío.

El Señor de Mayorazgo no podía haber escogido un día mejor.

La criada se retiró para cumplir las órdenes. Manuel Alfonso se rascó la cabeza preocupado. Se acercaban problemas. Se arregló la chaqueta y la

camisa y salió al pasillo en dirección al salón donde habitualmente resolvía los problemas de la gestión de la propiedad.

Abrió la puerta y dió con un hombre de estatura mediana, cabello corto castaño claro, atado en un cola de caballo y unos grandes ojos azules astutos, aparentando unos cincuenta años ociosos, de aquellos que tiene criados para todo y barriga prominente. Por la calidad de la ropa, se concluía que el Señor de Mayorazgo vivía bien. Una camisa blanca de lino, con una chaqueta de satén verde oscuro, - ornamentada con botones castaños - dejaba salir de un bolsillo a la altura del pecho, una pequeña cadena de oro seguramente de un reloj de bolsillo, objeto caro y muy raro en este lado de Europa; y de dentro de las mangas, salían unas manos peludas, con pequeños dedos gordos, que golpeaban incesantemente encima de la mesa de apoyo al lado del sillón inglés. Estaba sentado en su sillón favorito. Sólo por eso sintió rabia. Nadie se sentaba en su sillón. En cuanto lo vió sintió asco del hombre.

El hombre se levantó cuando vió al Conde. Midió al adversario y quedó esperando la reacción de éste. Se sacó el sombrero negro colocándolo en la frente del cuerpo junto al pecho e hizo una leve reverencia con la cabeza.

- Buen día. – Dijo Manuel Alfonso. – ¿A quién debo el honor de la visita matinal? – Preguntó en tono de censura y con toda la acritud con que había despertado después de una noche aguantando el deseo insatisfecho.

- Sebastián Rebelo, Señor de Mayorazgo de S. Gens. - Se presentó -.

Manuel Alfonso se mantuvo calmo y se preparó mentalmente para el duelo que estaba seguro que enfrentaría. El hombre no había ido allí por amor a su hija. Algo más sórdido lo hizo desplazarse desde su casa allá por los lados de Montemor, a leguas de distancia.

- Manuel Alfonso Sancho de Barbosa, Conde de Évora Monte. ¿En que puedo serle útil? - Dijo con mucha parcimonia y poca paciencia.

El hombrecito aguzó la mirada astuto y se enderezó – creciendo casi un palmo – y dijo:

- He tomado conocimiento de que Vuestra Señoría alberga aquí, en su casa, a una joven que es mi hija.

Manuel Alfonso frunció el ceño y con la mirada lo desafió a continuar.

- No la encontré donde debería estar. Iba a adquirir los votos definitivos con Cristo y por lo que parece usted la acogió aquí.

Manuel Alfonso se mantenía en silencio evaluando la desfachatez del padre de Isabel.

- Es a mí a quien ella debe obediencia y explicaciones y usted la

deshonró.

Manuel Alfonso reaccionó. Fue como si una abeja le hubiera picado. La cara le quedó crispada y la mirada fría. Cerró las uñas en la palma de la mano a punto de poner al hombre fuera del Solar de Santa María y le respondió:

- Creo que está equivocado. No sé de lo que me habla ni de quien habla. Perdió su tiempo. – Ahora percibía el desaliento de Isabel.

Que hombre mezquino y despreciable. Le dieron ganas de pisarlo con la punta de la bota como si fuera un gusano.

Un padre de aquellos debería ser una obra difícil de mantener. En el fondo no era muy diferente del suyo, pero su suerte fue diferente. Ser hijo único, primogénito y hombre le dio el derecho de ser el heredero y poder decidir su vida.

- ¡Equivocado está usted! – Levantó la voz. – ¡Tengo informaciones seguras de que mi hija está aquí!

Manuel Alfonso sabía bien quién era la informadora. No podía esperar por la sentencia. No perdonaba la falta de lealtad.

- Señor Conde, usted tendrá que indemnizarme por la desonra que llevó a mi casa. Quiero cien *contos de réis* y va a tener que casarse con ella. – Remató sin rodeos.

- ¿¡En serio!?! Usted, Señor de Mayorazgo ¿No lo hace por menos? Como ya le he dicho y no ha querido oír, no sé de lo que está hablando. Ahora si me da permiso, voy a cuidar de mis quehaceres. – Y tocó la campanita para llamar a la criada.

- María acompañe al Señor de Mayorazgo a la salida y cuide que no se pierda en la puerta. – Y salió del salón en dirección a la torre, subiendo los escalones de dos en dos.

La última cosa que quería era que Isabel supiera que el padre había ido allí a hacer exigencias. Codicioso y matrero el viejo hombre. Mataba dos conejos de un tiro - recaudaba cien *contos de réis* y casaba a su hija con la cual dejaba de preocuparse.

- Entre. – Respondió una voz melodiosa que ya se había habituado a oír. Por primera vez Manuel Alfonso percibió la dulzura de su voz. Parecía música para sus oídos. Sintió el corazón acelerado. Giró el picaporte de porcelana azul y entró.

- Buen día Isabel. Es una alegría verla así por la mañana.

Sacó de inmediato de un chal de lana y se cubrió con él. No lo esperaba,

imaginó que fuera María.

- Podría haberse anunciado antes de entrar. – Lo amonestó medio enfadada.

- ¡Y perder esa visión matinal! Ni pensarlo. – Se rió acercándose a ella listo para abrazarla.

Isabel todavía estaba con la camisa de noche que dejaba ver parte del cuerpo a contraluz.

Él extendió el brazo para abrazarla pero ella lo esquivó. No iría a dejarle avanzar terreno ahora. Tenía miedo de la redención. De su redención.

- Diga a que vino y puede irse. – Dijo muy seria.

O por lo menos intentando mantenerse seria.

- ¿Está enfadada conmigo? ¿Ayer no lo estaba? Si quiere podemos repetir lo que hicimos en el jardín, quien sabe así se le pasa la acritud. – La provocó.

- ¡Usted respéteme! – Se enojó. – ¿Quién piensa que soy? Y ahora si me da permiso preciso vestirme.

Quedó confundido. O ella estaba haciendo teatro e intentando sacar ventaja de eso o se arrepintió. Pero ayer cuando le metió... no reclamó. ¿Habría sido poco? Para él fue poco, pero cada vez se tornaba más difícil terminar lo que habían empezado. Había siempre alguna cosa para interponerse. Sintió una tristeza que no sabía de dónde venía. Lo mejor era tal vez no provocarla mucho y endulzarle la boca con algo de su agrado.

- Vine sólo a comunicarle que hoy tendremos una cena con musica.

- No entendí – Cuestionó curiosa.

- He invitado a algunos viejos amigos y a la señora mi tía, hermana de mi padre, la Baronesa Amelia, viuda y también mi tía preferida.

- Pero, no veo lo que tengo que ver con eso – respondió ríspida.

Estaba empezando a irritarse con ella.

- ¡Caramba Isabel! ¿Cómo no ve? quiero que esté presente, sólo eso. ¿Puedo contar con su compañía? – Le pidió.

- ¿Y cómo va a presentarme a su familia y a sus amigos nobles? ¿Como la maestra de su sobrina? – Ironizó. – Por favor señor, ¡no se burle de mí! ¿Ya imaginó lo que ellos van a pensar?

- ¡Mire, señorita Isabel! – Dijo irritado. – Requisito su presencia y soy yo quien decide como la voy a presentar. No se preocupe que no voy a denigrar su condición de señorita de Mayorazgo. ¿Me da el honor de su presencia? – Preguntó un poco más dulce.

Isabel pensó que no le haría mal al mundo si fuera. No tenía ropa adecuada para tal evento.

- No tengo como vestirme para no avergonzarme. Mis vestidos están muy viejos y son demasiado simples para un evento de ese calibre.

Recordó que la hermana había dejado un armario lleno de vestidos importados de Francia cuando se casó con Mortágua. Eran más o menos de la misma estatura. Isabel es pequeña y delgada como Leonor era hace unos años atrás. Un vientre virgen todavía le mantenía la silueta intacta. La miró y vislumbró la piel suave por debajo de la camisa. ¡Cómo le robaría la inocencia ahora sin arrepentimientos! ¡Oh cielos! Aquella muchacha lo iba a enloquecer. Empezaba a admitir a sí mismo que estaba loco de amores por ella.

En un momento de ímpetu le tomó la mano y la llevó para fuera de la habitación, bajando las escaleras para el piso de abajo donde se situaban las habitaciones.

- Pero, ¿donde me lleva? – Reclamó. – No estoy en condiciones de ser vista por ahí. Estoy casi desnuda.

Él no la escuchó.

Abrió la puerta de la habitación al lado de la suya y la llevó para dentro. Estaba sumida en una total oscuridad. Manuel Alfonso la largó y se dirigió a las ventanas. Las abrió una a una, inundando la habitación de luz. Una bonita habitación forrada de seda azul clara con volados drapeados, en tonos de beige, ornamentando las ventanas, fue lo que vio cuando él abrió las ventanas. Una belleza de habitación. ¿De quién sería?

Abrió las puertas del enorme armario empotrado en la pared y las dejó abiertas de par en par apuntando para allá.

- ¡Aquí tienes! Docenas de lindos vestidos que no son usados para nada. Leonor se pondría feliz si los usaras. ¡Vamos escoge algunos! – Dijo con entusiasmo.

- ¡Oh! – Llevó las manos a la boca admirada.

Miró atónita los vestidos colgados en el tubo del armario y se dejó seducir por los colores y texturas de los tejidos. Se acercó y pasó la mano por ellos, uno a uno, haciéndolos ondular con el toque de sus dedos. Sedas. Sólo sedas. De todos los colores.

Tomó un azul fuerte y lo colocó en su frente.

- Ese no. Queda muy pesado en ti. – Le dijo él.

¡Ahora escoge mi ropa! ¡Adonde vamos a parar!

Recorrió la fila de vestidos y escogió uno de seda color vino tinto.

- ¡Mira este! Que bonito. Realza tu piel y el color del cabello. – Y lo colocó enfrente dándoselo en las manos.

- Quédate aquí y escoge el que quieras. - Y salió dejándola en la antigua habitación que traía algunos recuerdos del tiempo de la infancia en que intercambiaban confidencias de hermanos con Leonor.

Hoy sería la última prueba para Isabel. Tendría la oportunidad de brillar y estaba seguro de que la muchacha además de las cualidades de alcova tenía otras escondidas que serían reveladas hoy en la cena. O podría estar muy engañado y ser una desilusión, pero, estaba seguro de que iba a tener una sorpresa. Empezaba a tener fe en sus capacidades.

El Solar de Santa María estaba completamente iluminado. Ni un único candelabro quedó por encender y al finalizar la tarde la mesa del comedor estaba puesta para diez personas.

Vinieron criadas de afuera y el Solar parecía volver a los viejos tiempos, cuando la familia todavía vivía allí. Quedó admirada por la cantidad de comida preparada, desde platos de caza a dulces pasando por los suaves vinos producidos en la bodega del Conde, no faltaban víveres en aquella mesa. El olor a comida deliciosa había invadido la casa a partir de la mitad de la tarde.

Genoveva estaba feliz y cuando de tarde fue a la cocina con Teresa para que ésta comiera un pequeño bocadillo, la jovial cocinera no se contuvo y le dijo:

- ¡Ah! ¡Señorita! El niño Manuel Alfonso es un tonto en dejarla escapar. ¡Es más terco que un burro! ¡Apostaría un pote de oro, que no tengo, en como él está perdido por usted! Pero mire que el zafado no quiere aceptarlo. ¡No lo deje escapar niña! ¡Una mujer debe valerse de lo que tiene! – La aconsejó atrevida. – ¿Me entiende? A los hombres se los conquista por el estomago y por la cama. El lugar del estomago es mío, tome la niña el otro que le cabe por derecho.

Roja como un pimiento casi se metió dentro del horno, si no fuera porque estaba ardiendo. No es que tuviera vergüenza de lo que la mujer acababa de decir, pero porque ella había acertado en todo.

- Quien soy yo para atreverme a pensar en cosas que no son para mí. – Observó. – Sé bien mi lugar.

- ¡Pues claro que son! – Afirmó Genoveva. – ¡Piense si no lo son niña Isabel! – Respondió.

El ladrido de los perros era la señal de que los invitados empezaban a llegar. El ruido de ruedas de carruaje se oyó entrando al patio delantero de la casa. Se miró una vez más en el espejo y consideró que estaba lista. Al bajar las escaleras escuchó voces extrañas y entre ellas sobresalía una más cristalina seguramente salida de la voz de una joven.

Entró en el salón de visitas y se encontró con un grupo muy animado conversando. Las cabezas giraron en su dirección en cuanto la vieron. Manuel Alfonso recorrió su cuerpo con la mirada y aprobó lo que vió. El vestido carmín le realzaba la piel de alabastro. Estaba maravillosa y sintió un cierto orgullo en tenerla allí con él. Se desplazó unos pasos fuera del círculo de invitados, le tomó la mano llevándola a los labios y casi rozó la boca en el oído de ella haciéndole sentir su aliento.

- ¡Estás linda! Eres una visión de los cielos. – Y la llevó de la mano, en dirección a los restantes.

- Usted también está muy bien. - Dijo entre dientes.

Él sonrió y la llevó hacia las personas. Iba a presentarla a los invitados. Un sudor frío le atacó el vientre y la palma de las manos. Felizmente estaba usando guantes hasta el codo.

Una pareja todavía joven estaba junto a la ventana. la mujer vestía un vestido de seda color miel ornamentado con encajes y volantes que más la hacían parecer una col marchita en tonos de amarillo, pero tenía un aire sereno y simpático; el esposo parecía un hidalgo a evaluar por la calidad del tejido de la camisa y la sobrechaqueta.

- Francisco de Andrade y su esposa Benta. – Los presentó. – Francisco es mi mejor amigo.

Isabel hizo una pequeña reverencia y esperó que Manuel Alfonso la presentara.

- Isabel Rebelo, señorita de Mayorazgo de S. Gens. – Y no dió más explicaciones para la estupefacción de Isabel frente a la mentira sobre su título.

No era señorita de Mayorazgo. Era hija del Señor de Mayorazgo, destituida del nombre y del título.

Benta se acercó y le tomó el brazo con mucha familiaridad.

- Vamos a conversar, mi querida. – Y la tomó de la mano dándole una palmadita suave en señal de afecto. - Vamos Manuel Alfonso, presenta a tu amiga – y puso énfasis en la palabra amiga – a los restantes.

Se despidió con un «hasta luego» y se dejó conducir por él hasta los próximos. Benta le agradó, pero el marido le pareció muy hambriento con los ojos. Tal vez fue una impresión suya o estaría evaluándola sobre algún comentario que el Conde ya había hecho.

- El Barón de Arraiolos, Don Jaime Travassos y la Baronesa Doña María Bendita.

- ¡Encantada, mi querida! ¿Dónde es que el Manuel Alfonso la tenía escondida? ¡Eso no se hace! – Lo amonestó en tono de broma, pero también de censura.

Sensible a las miradas y señales que las personas emitían, notó de inmediato que a la mujer no le gustó verla allí. No esperaba que él tuviera una invitada especial dentro de casa.

Resolvió no responder. Al lado de la pareja una joven con un largo cabello negro, arreglado en rizos sujetos con alfileres de perlas y pendientes combinando, la miraba con interés y también con otro sentimiento que todavía no había podido entender. Una mezcla de burla y rabia transparecía del rostro de la muchacha, lo que no le pasó desapercibido a Isabel. Fuera quien fuera, no gustaba de ella. Lo notó en la actitud. Aún sin conocerla, ya estaba mostrando que su condición social era inferior.

- Beatriz Travassos, hija del Barón y de la Baronesa. – La presentó.

Isabel hizo la reverencia habitual – estaba harta de hacer reverencias - y se quedó muda y quieta. La hostilidad que la joven le demostró estaba estampada en su rostro aunque tuviera un sonrisa en los labios. Las dos comenzaron un duelo silencioso por la posesión del hombre, allí, al lado de ellas.

La joven además del negro azabache del cabello era dueña de unos bellísimos ojos verdes y de una piel muy blanca; Las formas redondeadas, mostrando unos grandes pechos casi saltando del escote por la acción del corsé, eran una invitación al Conde y el objetivo de su estadía allí era ser cortejada por él. Ya había descubierto el motivo de la rabia con su presencia.

Sin intercambiar ninguna palabra con la joven Baronesa lo siguió hasta una señora ya mayor, vestida de forma escandalosa, con un vestido lila a los volantes de encaje, más adecuado al cuerpo de una joven. Vestido lila que llegaba al suelo y mucho polvo en la cara para disimular la piel arrugada. En el conjunto tenía una cara de pato y un sonrisa agradable. Desde que entró en el salón que ella la observaba.

- Y por último mi querida tía Amelia, hermana de mi padre, la única

persona de la familia que ha resistido a la tentación de Brasil.

La mujer sonrió mostrando una fila de dientes amarillos y le dijo:

- Siéntate aquí, mi querida, junto a mí. – Y arrimó una banqueta para que se sentara.

– Y tú, mi sobrino, puedes ir a hacer compañía a tus invitados. Quiero conocer mejor a esta joven. – Y le una hizo una señal con la mano para que se alejara.

Manuel Alfonso se alejó sonriendo y le guiñó un ojo, cómplice.

Se sentó junto a la señora, aliviada por ser su tía. ¿Qué es lo que aquella señora quería de ella? El entusiasmo con que la recibió le pareció un poco extraño, pero fue bienvenido. Tener una aliada era benéfico para lo que pretendía, aunque fuera una desconocida.

- Entonces, ¿pareces ser tú la joven que robó el corazón a mi sobrino? – Lo dijo abiertamente sin importarse con los oídos ajenos y con el verguenza que pudiera causar. Doña Amelia habló un poco alto y desconfió que fuera proposital.

Sólo Beatriz, – que conversaba con su madre y con Benta – pareció oírla, levantando de inmediato la nariz. La hidalga y la Baronesa estaban muy entretidas con las copas de vino del Puerto, que bebían mientras discutían la calidad de los tejidos ingleses y otras trivialidades de salón burgués.

- No estoy muy segura de eso, mi señora. – Dijo avergonzada.

- ¡Ah! – Exclamó. - ¡Que bueno! ¡Decidida y sin falsedades! Ya me conquistaste.

– Acá entre nosotras – Y bajó el tono de voz – mi sobrino precisa de alguien como tú, para ser feliz. Es un hombre especial, fuera de su época, defensor de los oprimidos y de gran visión. No se adapta a esta nación de reyes retrógrados que explotan a los colonos y saquean el oro de Brasil.

- Doña Amelia. – Dijo con simpatía verdadera. – Me siento agradecida de que guste de mí. Pero aquí soy sólo una simple maestra que intenta enseñarle a su sobrina nieta a leer y a escribir. Temo que mis días en esta casa estén contados. – Confesó.

- No, si yo lo puedo evitar. Voy a tener una palabrita con mi sobrino, ya vi como él te mira. Tienes que conquistarlo y como no eres cocinera, tiene que ser en la cama. – Dijo en voz baja. – Los hombres son conquistados por el corazón y por el estomago.

- ¡Entonces ya entiendo porque él gusta tanto de la cocinera! – Dijo riendo. – De hecho, usted es la segunda persona que me dice eso hoy.

Genoveva ya me vino con la misma frase.

- Precisamente, mi querida. Pero como Genoveva es mayor no es un peligro. – Dijo riendo. – Lo que tienes que hacer es pasar la mano y la boca por ciertos sitios de su cuerpo. Nunca más te largará.

Isabel llevó la mano a la boca más para contener la risa que por el escándalo que era una señora fina de la sociedad decir semejante cosa.

- Soy viuda hace diez años, pero a mi fallecido marido fui yo quien lo conquisté. Ni te digo cómo, si no quedarás con una mala impresión de la familia. – Se agachó hasta su oído y le dijo en voz baja:

- Hija mía, un hombre en la cama es una bendición de los cielos. No creas en lo que te dicen las viejas agrias que nunca han tenido un hombre que les enseñe las maravillas de la cama.

No pudo contener la risa frente la franqueza de la señora mayor. No sabía si ella pensaba realmente eso o si detestaba a Beatriz e intentaba minimizar las hipótesis de la otra.

- Y ahora quiero saber todo de ti. Cuéntame. – Ordenó con cariño haciéndole un cariño en el codo y mirando con rabia para el lado de la joven Baronesa que rápidamente tomó su vestido y dio la espalda para ellas.

La cena continuaba en animada conversación sobre política internacional entre los hombres y las mujeres los oían moviendo la cabeza en tono de concordancia, la única manifestación que les era permitida. La única que daba su opinión era Doña Amelia que no toleraba que la remitieran a su condición de mujer rebajada por la sociedad y por los hombres sobre todo. Culta, osada y teniendo como puesto su edad, nadie se atrevía a ignorarla en sus opiniones sobre el reino.

Manuel Alfonso se quedó sentado entre Isabel y Beatriz, el lugar más caliente de aquella mesa. Beatriz, de nariz levantada, solicitaba con posesión la atención del Conde. Intentaba a todo costo desviarle la atención de Isabel, que consideraba su rival, a evaluar por la postura que adoptó: fría, incisiva en las respuestas, con segundas intenciones dirigidas a Manuel Alfonso y melosa siempre que hablaba.

Sintió el calor de las piernas de él, arrimadas a las suyas, por debajo de la mesa, pero, frente a la atención que dispensaba a una Beatriz que más parecía una loba hambrienta, le pisó con fuerza el pie, para demostrar su desagrado.

Doña Amelia, delante de ella, viendo que la Baronesa se insinuaba descaradamente al sobrino, no se contuvo y dijo:

- Mi sobrino muere de amores por esta linda joven. - Y apuntó hacia ella.

Se atragantó con la audacia de la vieja señora y le saltó un bocado de carne de la boca que aterrizó al lado del plato de Benta, sentada de frente para ella. Beatriz dejó caer los cubiertos de plata encima del plato de porcelana fina, haciendo un ruido nada digno de una señorita noble y se mostró escandalizada por la falta de decoro de Isabel.

- ¡Oh! Que atrevimiento. Una señora fina no escupe en la mesa.

El silencio en el salón se hizo oír frente a la declaración de la joven y todos se dieron vuelta hacia Isabel a la espera de una reacción. Sin embargo, a pesar de tener una llama inmensa en el cuerpo y en el corazón, Isabel era la elegancia en persona. Todas las miradas se dirigieron a ella de forma disimulada. Nadie se atrevía a mirarla directamente, pero las respiraciones casi pararon. Consciente del impacto que iba a causar respondió con un sonrisa en los labios que podía ser entendida como simpatía, pero era del más puro sarcasmo.

- Las perdices con uvas están una delicia ¿no les parece? – Y acabó con las expectativas de satisfacer la curiosidad acerca de lo que pasaba entre ellos, metiendo un bocado en la boca y masticando serena. No le dió a Beatriz la gloria de responderle y humillarse más.

Manuel Alfonso sonrió y asintió con la cabeza. En verdad sonreía por la elegancia de la respuesta y de la postura que ella había tenido. La admiraba. ¡Cómo la admiraba!

El resto de la cena continuó con contención. Pero Doña Amelia se encargó de mantener la buena disposición entre los comensales.

Era el momento de hacer el anuncio y golpeó suavemente con el cuchillo de plata en el vaso de cristal, para captar la atención de las personas.

- Tengo algo a comunicarles. – Dijo haciendo suspenso. Cada uno de los presentes tuvo una serie de pensamientos diferentes. Amelia y Benta pensaron que él iba a anunciar que iba a desposarla; Francisco, que él diría que amaba a aquella joven, cosa que notó de inmediato cuando los vió juntos; el Barón y la Baronesa que iba a pedir la mano de su hija, como hacía mucho esperaban y vieron las esperanzas aumentadas cuando regresó a Portugal y finalmente ella que casi adivinó lo que se seguía y cerró el corazón de inmediato; Beatriz que todavía alimentaba la esperanza de desposar a aquel hombre tan másculo y gentil pensó que iba a ser pedida en casamiento.

- Voy a regresar a Brasil por tiempo indeterminado.

Una serie de «ohhh» y «ahhh» se escucharon en el salón. Consternación general. Cada cual con sus motivos. Pero los ánimos se enfriaron bastante.

- Bueno, me siento halagado por el hecho de que nadie en este salón quiere que yo parta. – Y miró a Isabel.

La única que no hizo ningún sonido.

- Y Vuestra Merced señorita Isabel, ¿quiere que me quede o que vaya?

Estaba empezando a no soportar su rechazo. No estaba tan seguro de sí mismo como todos imaginaban. A lo largo de los años construyó una capa de seguridad que le dió la fama de hombre honesto y justo, pero sólo él sabía que por dentro moría de miedo de las mujeres, sobre todo de que lo rechazaran.

- El Señor Conde hará como le parezca. De su vida usted sabe. – Remató con una sonrisa medio forzada.

Le dolía su partida. Pensar en eso era como si un pedazo del alma le fuera arrancado. Iba a extrañarlo muchísimo, pero no iba a llorar cerca de él. Después. Después de que ya estuviera muy lejos, dentro del carruaje a camino de Lisboa, iría a desmoronarse y lloraría su partida durante días, hasta agotar la torrente de lágrimas y secar el corazón. Ahora no.

- Pensaba que me echaría de menos. – La provocó.

Isabel se mantuvo callada y quieta. Por lo menos intentaba aparentar la serenidad que no sentía. El silencio en la mesa era casi sepulcral. Manuel tenía consciencia de que defraudara muchas expectativas.

- ¿Pero por qué esa decisión mi amigo? – Preguntó Francisco del otro lado de la mesa para salvar a Isabel de la respuesta. Percibió que la joven estaba avergonzada.

- Leonor extraña mucho a su hija y Teresa ya ha tenido fiebre por sentir la falta de su madre. Decidí atender al pedido de mi hermana y llevarla de vuelta. Y saben que Brasil tiene un sabor especial para mí.

- ¿Y no vas a llevar a la maestra de la niña? - preguntó la tía que sabía la función de ella allí.

Manuel Alfonso no respondió y terminó el asunto con una evasiva.

- Voy a estar ausente durante mucho tiempo. Los voy a extrañar a todos.

Francisco que conocía demasiado bien al amigo. Lo miró con aire de censura y le respondió:

- El mayor disparate que un hombre puede hacer, es darle la espalda al amor después de haberlo encontrado. Sólo nos golpea la puerta una vez en la vida.

- Estoy de acuerdo contigo mi amigo. – Dijo con una sonrisa enigmática.

Francisco entendió la respuesta como si él todavía no quisiera tomar

consciencia de lo que sentía por la muchacha, o tuviera miedo de asumirlo. Empezaba a temer que se hubiera transformado en un solterón empedernido.

- ¿Vamos entonces a pasar al salón de música? – invitó a los presentes.

Se levantó y ofreció el brazo a Isabel y a Beatriz. La primera declinó la oferta y caminó en dirección a la tía Amelia, para ayudarla a levantarse y Beatriz apoyó el brazo en el de él en una actitud triunfante.

Doña Amelia era una pianista excelente y hacía más de media hora que les ofrecía a los presentes un variado repertorio muy aplaudido por todos.

Todo aquello era novedad para Isabel. Nunca llegó a frecuentar los salones de la sociedad. Era su debut en un ambiente de la alta sociedad noble, por lo que se mantenía muy observadora. En la casa de su padre las reuniones sociales eran más dirigidas hacia los negocios que para el entretenimiento, aunque muchas veces había sido llamada para tocar para los invitados. Estaba adorando el evento.

De repente la puerta del salón se abrió y Teresa apareció abrazada a una muñeca de trapo con unas trenzas enormes hasta el suelo.

Manuel Alfonso la levantó hasta su cuello y la abrazó. Tenía noción de la falta que la niña sentía de su madre y la única figura paterna que había tenido hasta hoy había sido la suya, por lo que la rodeaba de mucho cuidado y mimo.

Isabel se iba a levantar para tomar a la niña pero Manuel Alfonso le hizo un gesto para que se quedara, manteniéndose sentado con ella al cuello.

La señora terminó la pieza de Mozart y dijo que estaba ya demasiado cansada.

- ¡Beatriz! Regálenos con una de las piezas que le enseñé. – Dijo Doña Amelia.

La joven no se hizo rogar y se sentó al piano situado en un rincón del salón.

El silencio reinó. Comenzó una melodía que Manuel Alfonso reconoció como siendo una pieza para clavecín de Bach pero que también resultaba al piano. Había oídos atentos, una ejecución técnica sin alma. Para tocar piano era preciso tener pasión y Beatriz no la poseía. No entendía que le faltaba algo que la profesora le apuntaba hacía años; «toca con el corazón» le decía. Después de una salva de aplausos sin gran convicción – salvo el entusiasmo de los padres de la muchacha - el evento estaba cerca del fin. El desaliento era notorio en todos los semblantes. Cada uno a su manera todos vieron

defraudadas las expectativas para aquella noche.

Irritada con la partida de Manuel Alfonso para Brasil, Beatriz vió desaparecer la única hipótesis de casarse con el hombre que amaba desde que lo había visto por primera vez en la casa de los padres en su presentación a la sociedad. Para aniquilar a la adversaria intentó dar una última puñalada en aquella que consideraba su rival.

- Y la señorita Isabel, ¿no toca piano? ¿no quiere mostrarnos sus habilidades? – La provocó, consciente de que ella jamás había puesto las manos en semejante instrumento.

La vergüenza apareció de súbito en los rostros de algunos presentes.

- Isabel, tocas para mí, aquella... - dijo Teresa con sueño.

Todas las cabezas se dieron vuelta hacia la niña. ¡Isabel tocaba!

Manuel Alfonso quedó sorprendido. ¿Qué más estaría escondiendo?

- Era un secreto sólo nuestro, querida. – Y se acercó de la niña, acariciándole los cabellos.

– Mañana toco para ti.

- Por favor Isabel. – Dijo Manuel Alfonso. – Háganos esa sorpresa. No sabía que tocaba piano.

Isabel tocaba desde los cinco años – su padre apreciaba la música - Y ya había oído hablar mucho de compositores geniales como Mozart, Bach y otros. Había aprendido piano en casa con una profesora hasta ingresar en el convento. Profundizó los estudios con una de las monjas, pero no se consideraba un genio de la ejecución, sólo colocaba en las músicas un poco de su alma sensible. Miró alrededor y notó la espera ansiosa en las miradas presentes. Se levantó y con elegancia premeditada se dirigió al piano. Sabía ser muy refinada en el trato y en el comportamiento cuando quería y la tonta de Beatriz ya la había irritado. Pues, no iba a esperar mucho para bajar la nariz levantada.

Se sentó en el banco y acomodó la altura. Se concentró y llevó las manos al teclado. Las primeras notas sonaron. Primero un tono enérgico... ¡después alegre! El concierto continuó y las bocas iban quedando abiertas. Un dominio sobre el piano y la técnica impecable.

Y alma, mucha alma y mucha pasión.

Doña Amelia hizo un «ohh» de admiración. Reconoció de inmediato los acordes de la segunda sonata para piano de Mozart. Quedó admirada de que la muchacha supiera tocar aquella pieza. Mozart que según decían las malas lenguas de Europa estaba en la miseria y a las puertas de la muerte. Un

genio.

Pero, más que técnica, tocaba con el alma. Manuel Alfonso disimuló una lágrima. Aquella muchacha le dio vuelta la vida simple que llevaba. Lo tocó profundamente con el alma, con las manos, el cuerpo y ahora en lo más profundo de su esencia: su afecto. Su marca nunca más saldría de su corazón. Sería capaz de matar por ella. Pero, ¿será que ella lo merecía?

¡Los dedos! Parecían volar por las teclas y de octava a octava ejecutaban una danza escalofriante. Estaba en éxtasis.

Desde que había salido del convento que no tocaba una pieza entera, sólo algunos pasajes pequeños para entretener a Teresa y después que ella comenzó a tener clases de piano con el maestro, nunca más puso los dedos en las teclas.

¡Adagio! Cambió el ritmo de la pieza. Ahora más calmo y reposado. Una pieza maravillosa.

Cuando finalmente terminó en un allegro recibió una salva de aplausos y un bravo de pie de Manuel Alfonso que no esperaba.

Agradeció con una reverencia y retomó su lugar en el sillón que ocupaba antes al lado de Doña Amelia, que le hizo un cariño de aprobación en la mano cuando se sentó a su lado.

- La niña debería estar tocando en los salones. Es una artista excelente.

- Doña Amelia, le agradezco el elogio, pero sólo me gusta la música.

La noche había terminado y las despedidas comenzaron. Teresa pasó para el regazo de Isabel y el Conde hizo los honores de la casa. Los primeros a salir fue la familia del Barón, con una hija furiosa atrás de ellos. Aquella sonsa engañó a todos. Al final tocaba piano y con maestría.

Francisco, hidalgo de Avis y su esposa iban a pernoctar en el Solar de Santa María, así como la tía Amelia. Partirían después del desayuno rumbo a sus casas. Beatriz no iría a pernoctar con los padres por decoro. Una joven soltera no duerme en la casa de un hombre soltero aunque que esté acompañada por sus padres, de forma que los esperaba más de una hora de carruaje hasta casa.

Había acabado de acostar a la niña en la habitación a los cuidados de María, la criada y se recogió al suyo. Estaba feliz porque vió que él la amaba, pero triste porque no lo admitía e insistía en partir. Manuel Alfonso era tan cabeza dura como el burro que el padre tenía para cargar la harina para el molino. Pues si así era, peor para él. Hoy la puerta iría a ser llaveada por dentro una vez más. Podía explotar de deseo pero él tenía que saber lo que

perdía y que ella no estaba siempre a disposición para recibirlo.

CAPÍTULO 12

Fue como si chocara en un muro al galope, al encontrar la puerta de la habitación cerrada. Estaba rendido a los encantos de la muchacha, gustar de ella era como leer un poema de amor sofisticado, nunca había conocido un candor tan sublime. Superaba todas sus expectativas: agradable a la vista y al tacto, culta y una excelente pianista – esta sí, había sido una gran sorpresa – y seguramente sería una esposa y madre dedicada, en vista de los cuidados que tenía con Teresa.

Entonces, ¿que es lo que lo haría dar marcha atrás? ¿Miedo del compromiso? Sí, era de ella que huía. A punto de cumplir treinta y dos años, todos le decían que estaba viejo para constituir una familia y debería apurarse. Tal vez. Tal vez estuviera poniéndose viejo, pero lo que nadie sabía era el miedo que le tenía al rechazo y a la traición de las mujeres.

Hoy, pasados muchos años, recuerda con alguna ternura a Flor, María Florentina, una mulata endiablada que lo conquistó en cuanto el padre la trajo a la hacienda.

Mujer experimentada y dueña de una gran sabiduría en los dominios del sexo – tal como Angelina – Le agradó el Señorito Manuel Alfonso cuando entró dentro del ingenio azucarero y lo vió en el salón al fin de la tarde cuando limpiaba la mesa. Manuel Alfonso, entonces con poco menos de veinte años tenía el fuego de la juventud y la desgraciada era muy linda; piernas largas y esculturales; cintura de avispa, un rabo firme y redondo y la piel suave al toque como la seda. Comprendió, el día en que estuvo con ella por primera vez, porque el padre corría atrás de las negras de la hacienda. El toque de la piel era único, divino, muy diferente de la piel blanca.

Por Flor estaría dispuesto la violar todas las reglas sociales y casarse con ella. Flor no era una mulata como las otras. Hija de un hacendado y de una esclava fue educada en casa; sabía hacer de todo y era dueña de una inteligencia que dejaba a Manuel Alfonso casi zonzos. Su padre atendió el pedido del amigo portugués y la acogió en el ingenio, hasta embarcarla hacia Portugal. La esposa de su padre amenazó matar a la mulata, en caso de que él no la echara. Dejó de soportar a los hijos bastardos que el marido iba teniendo y educando en casa. João Andrade era dueño de propiedades en el Alentejo y hacía algún tiempo que había decidido sacar a sus cuatro hijos – tres muchachas y un muchacho - de Brasil, para evitar la ira de la mujer.

Faltaba Flor, su preferida, la más inteligente, cariñosa y bonita. La esposa no le había dado hijos, incluso después de diez años de matrimonio y desde que se afincaron en Brasil, se negaba a abrirle las piernas. No le restó otra alternativa que sucumbir a la piel suave de Ana, la negra al servicio de su esposa. Cuando Ana apareció embarazada, una y otra vez, por más que dijera que había sido uno de los negros que la había dejado encinta, Rosalina Andrade no la creía, el color de los niños revelaba lo contrario. Nunca había visto a un hijo de negros ser casi mulato.

No le escapó a doña Joaquina Barbosa el amorío del hijo Manuel Alfonso con la mulata. Temía por el día en que ella pudiera aparecer encinta - como aquellas de quien su marido se servía - y colocar en el mundo unos cuantos mulatos más, que un día podrían levantarse contra ellos. No es que se preocupara con el destino de los niños, pero sí, con el de su hijo que quería ver casado con una hija de hacendado o de algún noble portugués.

Durante más de dos años anduvo Manuel Alfonso escondiéndose a la noche por los rincones y por la oscuridad para poder encontrarse con su amada. Manuel Alfonso había aprendido con Angelina la forma de evitar hijos y para tranquilidad de doña Joaquina, Flor no quedó embarazada. Benditas gotas de limón, que vertidas en el sitio exacto, por cuenta de la acidez, mataban la semilla de la vida.

Decidió que traería a Flor para Portugal e iría a vivir aislado con ella en el Solar de Santa María para evitar que pudiera ser discriminada por su color y procedencia. Estaba dispuesto a enfrentar a su padre, madre y a quien más viniera. Flor, no era una esclava, era libre y tenía derecho a ser feliz con él.

Un día, un maldito día como todavía lo recuerda, iba a encontrarse con ella y al llegar al sitio combinado - una casa de cuatro alas lejos de la hacienda y utilizada por viajeros - vió el caballo de su padre atado a una palmera real un poco alejada de la casa. Sabía que había llegado más temprano. Desmontó y se acercó haciendo el mínimo ruido posible. Por un espacio entre la madera partida de la ventana, testimonió la más sórdida traición que algún día podría sufrir. Nunca más a partir de ese día - ya pasaron más de doce años - entregó su corazón a alguna mujer. Desnudo, se extendió entre las sábanas y por la primera vez desde que Isabel vino a esta casa, no sintió el fuego del deseo consumirlo, sino la tristeza y el abandono. Toda su vida de hombre adulto fue entregado a las manos de mujeres que tenían otros. ¿Será que Isabel también era así? Tenía miedo de que ella ya no fuera virgen, de hombre y de corazón, tal como Flor no lo era. La quería sólo

para él. Compartirla con alguien estaba fuera de cuestión. Partir sin ella era la mejor solución. Nunca más verla le evitaría el sufrimiento.

El Arisco la condujo hasta la orilla por la hierba tomada por una suave capa del rocío de las mañanas húmedas del final de Agosto. Se habían hecho buenos compañeros y cuando estaba aburrída o precisaba estar sola, mandaba colocar la montura al caballo y salía de paseo. Las noches más frías generaban una humedad, que se refugiaba en la poca vegetación rastera, que sobró del verano tórrido y de los dientes de las ovejas y vacas que por allí pastaban. El caballo caminaba a paso lento y aquí y allí mordisqueaba las hierbas, sin que ella se lo impidiera. Observaba con ansiedad, todo a su alrededor. En el fondo ya veía el brezal medio nublado de humedad gris agua resistiendo a los primeros rayos del sol. Faltaba poco para dejar de usufructuar todo aquello. En breve tendría que partir.

Precisaba de aire fresco y soledad. Un adelanto de lo que la esperaba dentro de algunos días. Después de la partida de Manuel Alfonso no le restaba nadie cercano. No era bienvenida en casa – a no ser que aceptara el convento – y aunque intentara visitar a su madre, no sabía si se lo permitirían. Lo mejor era que su padre no supiera su paradero. Tenía una última carta en la manga, pero antes de la última jugada, todavía tenía la esperanza de que él cambiara de idea. Si eso no sucediera tal vez ingresar al convento de nuevo fuera lo mejor que podía hacer, en caso de que no consiguiera encontrar trabajo como criada.

Arisco levantó la cabeza de las hierbas mojadas y levantó las orejas. Andaba algún animal en la zona. Conocía demasiado bien el comportamiento de los animales para saber que era una señal.

Un escalofrío le atravesó el cuerpo envuelto en una gruesa capa de terciopelo rojo oscuro y tiró de las riendas del caballo haciéndolo invertir la marcha. De repente se sintió inquieta. Iba a volver. Estaba a tiempo de tomar el desayuno con el Conde, los amigos y la tía.

Al mirar adelante se estancó. El gitano estaba montado en su alazán negro a poca distancia de ella. Mil cosas le habían pasado por la cabeza y ninguna se quedó el tiempo suficiente para que tomara una decisión.

Huir. Sí huir era una opción.

- ¡Ni lo pienses! – Dijo el gitano adivinando su intención.

Acercó el caballo y le arrancó las riendas de las manos. Quedó congelada de terror.

- Vas conmigo. – Y le sacó las riendas de la manos con brusquedad llevando al caballo en su dirección.

Quería actuar pero parecía que tenía piedras enormes encima que no la dejaban moverse. El miedo la paralizó.

Tal vez si saltara del caballo podría escapar. A lo lejos, vió a los campesinos que iniciaban la cosecha en los campos al nacer el sol. Cosechaban tomates que serían vendidos en los mercados de la ciudad. Se le ocurrió que si gritara tal vez la oyeran, la distancia era corta.

- No abras el pico. – Le avisó sin darse vuelta. – Gritas y te parto el hocico con un puñetazo.

El pensamiento quedó bloqueado por instantes y se juntó a la parálisis del cuerpo. No podía dejarse llevar así con tanta facilidad por él. ¿Qué es lo que el gitano le haría? ¿Por qué la estaba llevando? ¿Qué quería de ella?

- ¡Por favor! ¿Qué es lo que quiere de mí? Déjeme ir. Tengo unos ahorros, se los doy. Por favor. – Y las lágrimas corrieron por su rostro aterrorizado. El sueño de la otra noche le vino a la mente. Tal vez hubiera sido un aviso de lo que estaría por suceder. Siempre había tenido sueños premonitorios.

El gitano continuaba llevando el caballo por las riendas y dió una carcajada demoníaca.

- ¿Crees que quiero los míseros réis que aquel idiota te paga? ¡Tengo derecho a mucho más! Él y tu papito van a pagar los dos. ¡Si no te corto el cuello!

Giró el caballo y se acercó a ella. Sacó una cuerda del alforja y dijo:

- Dame tus manos. Voy a atarte para que no tengas ideas tontas.

Y con un tirón le agarró las manos y empezó a enrollarle la cuerda en los pulsos, lastimándole la piel que empezaba a ponerse roja en contacto con la cuerda.

- ¡Me está lastimando! – Se quejó dejando lágrimas caer.

Sin compasión, continuó la tarea y cuando dió el ultimo nudo, la miró a los ojos con aquella oscuridad que ya había observado en el campamento cuando allá estuvo con Manuel Alfonso. Una risa desdeñosa le surgió en los labios. El hombre parecía poseído por el diablo. O tal vez fuera una encarnación del propio Belcebú.

- No llores. Nos vamos a divertir los dos mientras espero que aquellos dos pavos larguen el dinero. Tengo aquí un bello consuelo para jóvenes como tú. – Y metió la mano entre las piernas indicando el tipo de consuelo.

Isabel se estremeció y decidió que tenía que huir. No iba a quedarse allí a la espera de que le sucediera lo peor y lo peor no era morir, era ser forzada a hacer cosas que no quería. Sacó los pies de los estribos y saltó para el suelo, cayó con el golpe fuerte. Él reaccionó de inmediato. Largó las riendas del Arisco que se alejó al trote y con agilidad saltó al suelo. Isabel comenzó a correr pero el vestido largo le condicionaba los movimientos y el corsé no la dejaba correr con velocidad. En tres pasos largos fue agarrada por la cintura como si fuera una bolsa de patatas.

Luchó, le pegó con los puños cerrados atados con la cuerda, le dió patadas y le mordió los brazos.

- ¡Ehh! ¡Gata rabiosa! Ya pierdes el brío. – Amenazó.

La levantó en los hombros y con un movimiento brusco la colocó de barriga para bajo encima del caballo. Montó atrás de ella y la agarró fuerte con un brazo. De ahí no escaparía.

- Buen día tía. – Y besó la mano de la anciana señora.

- ¡Sobrino! ¿Dónde está aquella joven linda y hacendoza que nos presentaste anoche? – Preguntó.

Pero, antes de que el sobrino pudiera responder se adelantó a decir:

– Espero que en tu cama.

- Tía. Más decoro. Isabel es una mujer honrada.

- Caramba hijo, ¿no lo somos todas? No te hagas el desentendido. ¿Cuándo vas a perder el miedo y la pides en casamiento? ¿No me digas que vas a partir y dejar a la muchacha por acá? Lo que tú no quieres, otros...

- Por favor tía... ¡no sé! – respondió desorientado al ver el cerco que ella le hacía.

- ¡Manuel Alfonso! Es hora de casarte. Y el motivo más fuerte es que tú amas a esa mujer.

- Estoy de acuerdo. Doña Amelia no podía estar más correcta. – Dijo Francisco entrando en el salón acompañado por su plácida esposa.

- ¡También tú amigo! Exclamó. ¿Es una conspiración? – Preguntó con un sonrisa en los labios. – ¡No me digan que conversaron toda la noche, sobre mí!

- No tanto amigo. Pero no somos ciegos, ya tú... - se apresuró a decir el hidalgo.

Manuel Alfonso se hizo el desentendido y miró alrededor. Se dio cuenta de que allí faltaba alguien. Faltaba Isabel.

- A propósito, ¿Dónde está Isabel? – Preguntó. – Suele ser tan puntual.
- Ya va a aparecer. Vamos a esperar un poco más. – Dijo la anciana.
- Manuel Alfonso... ¿has sabido del levantamiento en Minas Gerais?

Recibí una carta de Márcia de Alvito, que me decía que un grupo de poetas e intelectuales liderados por un alférez brasileño se revelaron contra la opresión de los portugueses.

- Ya lo he oído tía. Y si quiere mi opinión, lo que la corona hace en aquel país me avergüenza. No es justo que los brasileños se queden sin sus riquezas, como tampoco es justo que el oro venga todo para acá y que quien lo ha minerado entregue un quinto a la corona que no ha hecho nada. Bando de parásitos, eso sí. Mi padre es parte de esa...

No terminó la frase. No quería denegrir más la imagen de su padre. No era necesario que lo hiciera, su fama lo precedía, tal como la del gitano. Los presentes fingieron que no habían notado la insinuación y hasta Doña Amelia resolvió no poner más leña en la hoguera para quemar al hermano.

- No obstante, hubo un traidor. En estas cosas hay siempre una oveja sucia que sólo piensa en sí misma. Traicionó a sus compañeros con la corona portuguesa a cambio del perdón de las deudas a la corona. – Aclaró a los presentes.

- Por mí los portugueses deberían salir de allá y dejar el país que no es de ellos.

- Eres un hombre del próximo siglo Manuel Alfonso. Toma cuidado para que no te arresten por traición al rey, cuidado que acabarás ahorcado.

- Tienes razón, tengo que ser cauteloso. Vamos a comenzar, seguramente Isabel vendrá más tarde con Teresa. Quiero mostrarte unas cosas Francisco.

Y empezaron a servirse de las delicias hechas por Genoveva: queso crema con miel, pan caliente con manteca derretida y café de Brasil, torta blanca y pasteles de huevo enrollado. Un banquete matinal delicioso.

Casi terminando el desayuno María entra al salón y pidiendo permiso se acerca al patrón susurrándole algo al oído.

Manuel Alfonso se puso pálido y se levantó de la mesa.

- Con vuestro permiso. – Se disculpó. – Tengo un asunto urgente que resolver. – Parece que Isabel salió a caballo al nacer el sol y el Arisco volvió sólo hace poco.

- Voy contigo. – Dijo Francisco.

Salieron apurados, dejando la mitad de la comida en los platos. Manuel Alfonso tenía el corazón en la mano. ¿Qué le habría pasado a Isabel?

Llegó a las cavallerizas en un santiamén. Ignacio y Esteves ya estaban esperándolo.

- Patrón... - se apresuró a decir el muchacho del establo. – La señorita Isabel me pidió que preparara la montura del Arisco, dijo que iba a dar un paseo corto y ya volvía... - Se justificó con un sentimiento visible de culpa.

- No te aflijas Ignacio. Vamos a ver lo que podemos hacer. Esteves, y si fueras a dar un paseo por los lados del brezal. Si salimos todos a cavalgar por ahí, podemos encontrarla.

El hombre asintió con la cabeza y tomó las riendas del caballo a su lado, preparándose para montar.

- Usted cree que... - iba a preguntar si él creía que el gitano pudiera tener alguna cosa que ver con el desaparecimiento de Isabel.

- Puede haber caído, pero... no. Isabel es buena montando. – Lo dijo sin pensar en el doble sentido de la frase, lo que no le pasó desapercibido a Francisco, siempre atento a los secretos de alcova y no dejó pasar la frase sin una sonrisa de malicia.

El hombre salió al galope e Ignacio se recogió para el interior.

- Francisco... amigo... te pido que te quedes hasta que este asunto esté resuelto. Creo que voy precisar de tu ayuda. ¡Aquella loca! Bueno... la culpa es mía... ella no sabe nada...

- Hay algo que no me estás contando. – Dijo Francisco. – Yo me quedo pero tienes que informarme sobre el asunto.

Mientras tanto...

La casa era un casucha abandonada. Hacía mucho tiempo que estaba allí, sin saber su localización pero teniendo la noción de que no estaría muy lejos de casa. Con los ojos vendados por un pañuelo le fue imposible ver donde el gitano la había dejado, pero el tiempo de viaje no fue mucho y su instinto le decía que estaba cerca del solar; gritó, lloró pero en vano, nadie aparecía para salvarla.

El suelo estaba cubierto de paja seca y la sentía debajo de los pies y el picazón provocado por el polvo empezaba a molestarle. Perdió la noción del tiempo y ya no sabía si era de noche o de día, tenía hambre y sed y empezó a desesperarse. La demora en surgir alguien estaba dejándola desorientada y el miedo le destruyó los nervios. Juan quería dinero, ya sabía, pero, su padre no se lo daría seguramente. Por su padre se quedaría allí presa hasta morir podrida. Por otro lado, Manuel Alfonso estaba segura de que la iría a buscar

hasta el fin del mundo. Oyó pasos en la puerta y voces en voz baja. Alguien estaba allí del lado de fuera. La puerta se abrió y un olor a hinojo fresco quedó en el aire. El olor del gitano.

- ¡Mira señorita de Mayorazgo! Vamos a alimentarte.

La venda le fue arrancada finalmente de la cara y las manos desatadas. Allí estaba el raptor en su frente. Sonriente y maquiavelicamente bonito. Bonito y aterrador. Era la segunda vez que lo veía de tan cerca con atención. Estaba alerta, observarlo era la única forma de anticipar sus intenciones.

Colocó una cesta de mimbre en el suelo y la abrió. Retiró pan, chorizo – que ella reconoció ser hecho por Genoveva – y quesos. Todo traído de la cocina del Conde. No fue preciso pensar mucho para saber quien le había dado los alimentos.

- ¡Come! Come que no vales nada muerta. – Y empujó la cesta para que la alcanzara.

Isabel estaba hambrienta. Le parecía que no comía hacía un siglo. Tomó en el pan y en el chorizo y olvidó las maneras, dando mordidas grandes primero en uno y después en el otro. Por la puerta ya no entraba la luz, lo que significaba que era de noche. No comía desde el día anterior – salió sin desayunar – y desde temprano que estaba presa allí en aquel rancho maloliente.

Juan no le sacaba los ojos de encima. Los ojos verdes llenos de oscuridad. Ojos, temidos, pero que tenían alguna cosa familiar. Aquellas sombras que él lanzaba hacia ella eran tenebrosas.

Masticaba, ahora más despacio y tomó de un cántaro de barro que él había traído con agua. El hombre la observaba intensamente con un sonrisa sarcástica en los labios carnudos y bonitos. Aquellos labios le hacían recordar otros. Pero sólo podía ser un equívoco. Juan deslizó con la espalda por la pared hacia abajo y se sentó en el suelo, con las piernas abiertas, delante de ella. Le hizo una señal con la mano.

Isabel no entendió y se quedó mirándolo. ¿Qué es lo que este hombre quería?

- Levántate. – Y se rió de forma demoníaca.

– Levanta el vestido. Muestra lo que tienes ahí en el medio de las piernas.

Aterrorizada largó la comida y se encogió sobre sí misma. El hombre era capaz de todo.

- ¡Levántate te he dicho! ¡O te rompo toda la ropa! – Gritó.

Se levantó de un salto y cayó de pie cerca de ella. Le tomó la punta de la falda de montar y cuando intentó levantarla verificó que eran unos pantalones disimulados.

- ¡Matrera! ¡Sácate eso! ¡Quiero ver lo que tienes ahí!

- ¡No! – Dijo encogiéndose contra la pared.

La risa sarcástica volvió con su negación, su llama se encendió más todavía. Le agarró la mano con violencia y la llevó a la abertura de sus pantalones. Comenzó la lucha. Isabel recogía la mano y él la forzaba. En el medio de la lucha contra él, recibió un sopapo de mano abierta, enorme, derrubándola en el suelo. Tomada por un llanto de desesperación, bajito, y enrollada sobre sí misma llena de paja en el pelo en la cara y en la ropa, se quedó así. La puerta golpeó y él salió.

Afuera otras voces diferentes hablaban bajo.

- Pepe. Te quedas aquí en la puerta. Si la muchacha grita dale unos sopapos y hazla callar. Sancho. Quedas de guardia en el brezal.

Montó en el alazán y salió al galope.

Inconsolable, Teresa lloraba con la ausencia de Isabel. Oyó a los adultos y notó que la maestra había desaparecido. Lista y siempre observando a los adultos era difícil engañarla. Por más que la tranquilizaran, la niña no quería perder a la única sustituta de su madre.

- Isabel va a volver deprisa... Prometo. – Le decía el tío intentando calmarla.

La expectativa de lo que pudiera haber sucedido y la espera por noticias estaban preocupando a todos, pero, especialmente a Manuel Alfonso. La noche ya había caído y todavía no había sido posible descubrir nada sobre el desaparecimiento de la señorita de Mayorazgo. Esteves e Ignacio buscaron en toda la propiedad y no encontraron ni siquiera vestigios de los gitanos en el Solar de Santa María. Sólo unas huellas de caballo frescas, en el brezal, aparentemente en el sitio donde el caballo volvió para casa, pero, a partir de allí, se perdieron los rastros. Eran tantas las marcas de herraduras que era imposible saber más acerca de la dirección de las cabalgadas.

Angelina, matrera, dió una pista falsa. Le dijo a Genoveva que la señorita había salido de noche a pie para encontrarse con alguien. La cocinera notó de inmediato que ella sabía más de lo que aparentaba. Se dió cuenta de la falta de tres chorizos de cerdo negro y cinco quesos de oveja. No sabía Angelina,

que Genoveva siempre había tenido el hábito de contar la comida. Desde el tiempo de doña Joaquina, madre del Conde, que también lo hacía. La Condesa no quería robos, si algún criado fuera descubierto robando, era expulsado de la propiedad y con un poco de suerte podría escapar sin ser azotado, Lo que era muy raro.

Se reunieron todos en el pequeño salón donde Manuel Alfonso solía estar, a fin de distribuir entre ellos los cuidados con Teresa. Amelia le contaba historias a su sobrina y Benta jugaba a las muñecas con ella turnándose. Hacía mucho que Benta no jugaba con sus hijos. Ya no eran niños. Se casaron cuando Benta tenía dieciséis años y el hidalgo veinte y los dos muchachos nacieron en los dos años siguientes. Los muchachos frecuentaban la escuela de ingeniería de la armada en Lisboa, por lo que estaban casi siempre los dos solos. Jugar con Teresa le trajo recuerdos antiguos de cuando sus hijos eran niños.

- Tío. – Lo llamó. - ¿Cuando Isabel vuelva te casas con ella? Ella va a Brasil con nosotros ¿no? quiero que mi mamá la conozca. Ella prometió entregarme a mi mamá.

A pesar del drama que estaban sufriendo, la carcajada surgió natural. Todos conspiraban contra él.

- ¡Vamos, antes cena mi sobrina más linda!

Y levantó a la niña llevándola en vuelo hacia el comedor, con Teresa dando carcajadas por el juego. No tenía el mínimo apetito, pero era su deber acompañar a los invitados a la mesa. Más tarde iba a hacer una incursión nocturna allá por los lados del campamento.

La noche estaba avanzada y un manto de tiniebla oscura ya había bajado sobre el cielo hacía algunos días. La luna llena esplendorosa de Agosto había terminado. Vestidos con ropa negra y con la cara tapada, se acercaron al campamento a pie. Francisco se ofreció para acompañarlo. «Amigos eran para esas ocasiones» le dijo. Aceptó. El aliento de un amigo era siempre bienvenido.

La luz de las hogueras encendidas se veía de lejos lanzando visiones fantasmagóricas por entre los árboles de copa redonda y troncos gruesos.

Recorrieron lo que restaba de la distancia hasta las carrozas de árbol en árbol, haciendo el mínimo ruido posible, cosa casi imposible cuando el pasto y las hojas de las encinas – caídas en el suelo- estaban más crujientes que chicharrones de tocino frito.

Le hizo una señal a Francisco para que tuviera cuidado. Los perros andaban por allí cerca y podían descubrirlos. Por suerte soplaban un viento suave a favor de ellos, llevando su olor lejos.

Se escondió en el tronco de una vieja y ancha encina junto a una carroza abandonada. El gemido de las guitarras y las castañuelas resonaban en la llanura. Gritos de mujeres y de hombres indicaban la diversión bailando flamenco.

Los bailarines y la música continuaban pero ninguna señal del gitano. Allí todo parecía tranquilo. No por eso se quedó más tranquilo. Juan de Morel estaba por detrás del desaparecimiento de Isabel, estaba seguro. No temía que él la matara, la intención era lucrar con el rapto, primero quería exigirle dinero, pero eso no le impedía obligarla a someterse a él. Y eso no lo soportaba. Saber que otro hombre la había poseído era algo impensable en aquel momento. Jamás lo iría a aceptar. Lo mataría si lo hiciera.

Allí, en la oscuridad, no servía para nada. Le hizo una señal al amigo para que regresaran y en la profundidad de la noche regresaron al Solar de Santa María de manos vacías. Donde quiera que ella estuviera sabía que estaba pasando un mal momento.

Esteves ya estaba esperándolo cuando llegó a los establos.

- Patrón, el gitano anda por el brezal encubierto por las sombras de la luna. No es algo bueno. Lo vi junto a la orilla paseando a caballo.

- Está bien Esteves. Mañana montas guardia en un árbol todo el día. Alguna cosa vamos a descubrir. Pero estoy casi seguro que mañana vendrá aquí. Déjenlo aproximarse. Voy a estar esperándolo. Buenas noches a todos.

Y se alejó hacia la casa cabisbajo y llevando en el corazón una tristeza como no sentía hacía años.

Se acostó vestido y calzado. Ni las pesadas botas de montar tuvo el coraje de sacarse. El mundo desmoronó y la valentía, la había perdido. Daría todo para tenerla allí con él. Las lágrimas deslizaron por la cara. «Un hombre no llora» le decía el padre cuando era niño y lo sometía a pruebas de fuerza y de valentía que muchas veces no conseguía superar por su tierna edad.

Hasta el día en que vió a Flor desnuda, arrodillada frente al viejo Conde en aquella maldita noche, nunca más lloró. Después, lloró durante años y guarda hasta hoy ese secreto, enterrado en las profundidades del corazón. Hombres valientes también lloran, pero no lo dicen por vergüenza.

El día en que descubrió que su hermana tenía un amante mulato de ojos verdes sintió como si fuera una venganza contra su padre.

Quedó allí extendido imaginando el peor de los escenarios. Imágenes tuyas besándola y recorriéndole el cuerpo con las manos le invadieron la mente y no desaparecían. No iba a dormir mientras no la encontrara, era incapaz de conciliar el sueño. Por la segunda vez en su vida perdía a una mujer para otro hombre, la diferencia es que éste no era de su familia y ella no fue con él por su propia voluntad. ¿Qué más la vida le iría a reservar de desagradable? No estaba dispuesto a aceptar el destino de esta vez.

CAPÍTULO 13

La noche estuvo llena de fantasmas y hogueras, con diablitos alrededor en una danza macabra. Cabezas rodaron la toque de una espada salpicando gotas carmín por el aire; espaldas cortadas con un silvido dejaban un río de sangre en el ámbar negro de los incontables cuerpos diseminados por la senzala oscura. Despertó sin conseguir sofocar un grito de lo más profundo de su alma. Una angustia aterradora le ensombreció el alma. Había pasado levemente por el sueño y había tenido un pesadilla. Teresa surgió en la puerta de la habitación y subió a la cama de dosel trayéndolo de vuelta a la realidad.

Manuel Alfonso levantó la sábana y la dejó entrar. Buscaba el refugio que no encontró dos puertas más adelante. La abrazó y se sintió tan desprotegido como ella. Presintiendo su estado de alma la niña levantó los dulces ojos de miel y giró la cabeza en su dirección. No la podía dejar sin respuesta. Sagaz como era no la podía engañar.

- Tío... ¿cree que Isabel murió como mi padre?

Estremeció. Ni quería poner esa hipótesis en la mente. Se apresuró negarla.

- No querida. Isabel está sólo perdida en la pradera.

- Pues... ¿y no la puedes encontrar? – Insistió.

- Espero que sí. – Dijo sinceramente. – Voy ahora mismo a hacer eso. – Intentó reconfortarla.

– Mira flor mía, voy a llevarte hasta la casa de tía Amelia. Ella cuidará de ti. Tengo que ir a buscarla.

La niña saltó de la cama asentando los pies desnudos en el suelo de madera encerada y corrió hacia afuera en busca de la tía o de María.

Estiró el cuerpo y todos los huesos y músculos se resintieron con el estiramiento. Tuvo la sensación de haber sido atropellado por un corcel de batalla. El sol entraba por la ventana y era hora de levantarse. Descalzo, vistiendo apenas unos calzoncillos de algodón fino salió de la cama y se acercó al lavabo. Lo llenó de agua fresca y se mojó el rostro y el cabello varias veces, hasta sentir que el peso de la cabeza se le aliviaba. Se miró en el pequeño espejo y éste le devolvió un Manuel Alfonso diez años más viejo desde el día anterior. Arrugas, ojeras profundas que parecían canaletas y labios tristes se reflejaron del otro lado del espejo casi dándole un susto. Pasó el cepillo de crines por el cabello y lo ató en un cola de caballo. La extrañaba,

su risa jovial, la forma como lo provocaba hasta los límites, el candor de su mirada y verla con Teresa en animadas bromas de maestra y discípula. ¿O sería tía y sobrina? No negaba que el apego que ella tenía con la niña era sincero y devoto. Isabel mataría para defenderla, así como él lo haría por las dos. Era de los besos lánguidos y atrevidos, así como de su cuerpo que sentía más falta. La idea de que el gitano la poseyera no le salía de la mente. Le hervía en el cerebro enloqueciéndolo.

Se vistió con ropa oscura y vieja - ropa que usaba para acompañar a Esteves en los trabajos del campo cuando él lo solicitaba - calzó las botas de montar y se dirigió al comedor.

La tía, Francisco y Benta ya lo esperaban. Sonrieron cuando lo vieron entrar en aquella indumentaria poco digna de un Conde pero todos notaron señales de tristeza en la mirada camuflados por una sonrisa débil y nadie se atrevió a burlarse de sus ropas.

Se esforzó para disimular la tristeza. Saludó a todos y se sentó a la mesa sirviéndose café y pan. No tenía el menor apetito.

Amelia conocía bien al sobrino a quien fue siempre muy cercana. Desde niño que Manuel Alfonso era un espíritu libre y eso le agradaba más que todo. Verlo crecer y divergir completamente de las maneras rudas de su padre, fue un deleite para su alma de tía. Quiso Dios que no tuviera hijos y su amado marido partió muy temprano - víctima de dolencias interiores - dejándola sola, pero se dedicó a sus sobrinos a partir de ese día. Joaquina, su cuñada y madre de Manuel Alfonso vivía más preocupada con vigilar al marido que en darse cuenta de la melancolía que la había devastado hacía años. Alfonso, su hermano, había heredado el título y las tierras de su padre, pero no el juicio. Cualquiera burra con un sombrero en la cabeza le parecía una mujer y el olor a hembra en celo lo desorientaba por completo. Un verano de aquellos que quedan marcados en la memoria como cualquier mancha de aceite en seda pura, estaba obsesionado por una gitana de largos cabellos azabaches – trenzado - y ojos más negros que cuervos; durante semanas no durmió en el lecho conyugal. Se disculpó con un picazón escamoso y la tonta de Joaquina aceptó la explicación, pasando a darle diariamente baños con los pétalos de las rosas que recogía en el jardín. El baño perfumado lo aceptaba, el lecho de la mujer no y después del oloroso baño, se acostaba con la gitana allá por los lados del brezal en la hierva suave del prado. Acabada la novela con la diosa española, terminaron también los baños y el olor a sudor – tan característico de algunos nobles menos dados a

los placeres del agua – volvió a ser usual siempre que alguien de cruzava con su Señoría en los pasillos del Solar de Santa María. Ya le llamaban el rey Sol, dada la fama del monarca francés en los hábitos de higiene corporal.

En ese año los gitanos se quedaron más tiempo de lo que era habitual y pasados algunos meses la barriga de Mercedes Morel crecía a los ojos de todos. Pasados algunos meses, la madre de la gitana – vieja astuta - vino al Solar de Santa María a pedir el silencio del Conde. Traía al niño envuelto en un chal de lana rojo - para dar suerte decía - pero en realidad quería sacar provecho del nacimiento del nieto. Doña Amelia recuerda haberla recibido en la cocina juntamente con Genoveva, lejos de las miradas de los otros criados y de la cuñada. Los ojos y la piel clara del pequeño denunciaban a su progenitor.

Manuel Alfonso jugaba con la comida e imaginaba la forma de encontrar a Isabel.

- ¿Está sin apetito sobrino?

- Es verdad tía. Preocupaciones no dejan la comida bajar a su destino. – Confesó con aire triste. Ya nada hacía para disimularlo.

- Verá que todo se resolverá. Ella no vale nada muerta. Espere noticias, que le llegarán. – Le aconsejó. – Si bien conozco la raza, van a querer lucrar con ella. Más temprano de lo que imagina tendrá conocimiento de lo que sucedió.

- Lo sé muy bien tía. Estoy seguro de eso.

Debían haber pasado más de treinta años, Manuel Alfonso todavía no había nacido, pero la historia iba a repetirse y el gitano cumpliría su destino.

- ¿Vamos a aventurarnos hasta más lejos? ¿Y qué te parece apretar a los gitanos? – Sugirió Francisco.

Manuel Alfonso se rascó la coronilla de la cabeza – en señal de inquietud - y el ceño quedó fruncido y con voz de tenor, embargada, dijo:

- Sabes bien que peleas con gitanos traen años de venganza. Tengo que encontrarla sin molestar el campamento. – Dijo sensato. – La diplomacia es esencial aquí, no quiero pasar el resto de mi vida mirando hacia atrás.

Amelia respiró fondo. Quedó aliviada por su respuesta. Siempre sensato. Un enfrentamiento con los gitanos podía costar la muerte la todos sin que quedaran culpados. Los gitanos se vengan a traición, en la oscuridad y nunca perdonan. Mientras exista un miembro de la familia no paran.

- Como tú quieras amigo, estoy contigo. ¿Vamos?

Los dos hombres se levantaron y notó que Manuel Alfonso estaba más

curvado. Parecía que el vigor del sobrino había zozobrado la noche pasada. Él lo podía negar cuanto quisiera pero estaba perdido de amores por la joven Isabel. Sólo esperaba que no fuera lo suficiente necio para partir sin ella. Si lo hiciera, ella misma embarcaría con la joven en el navío siguiente y la depositaría en la hacienda allí al lado de él, llamándolo de una cantidad de malas palabras bien merecidas.

- Tía... Le pido que entretenga a Teresa, está muy sensible. Se encariñó mucho a Isabel y la extraña.

- No te preocupes que Doña Amelia y yo no saldremos de aquí. – Se adelantó Benta a responder.

- ¡Maldita la hora en que aquel gitano apareció por aquí! – Y dió una valiente patada a una bolsa de poroto seco apoyada en la pared, haciéndole un agujero con la punta de la bota y desparramando porotos por el suelo.

La rabia le desbordaba de los ojos y de los puños y si por azar alguno de los maleantes del campamento apareciera por allí no escaparía sin una buena paliza.

No era el tipo de hombre que pierde los estribos por pequeñeces y raramente le oían vociferar ofensas contra alguien, pero tampoco era de hierro y la vida ya se había encargado – en su rebeldía - de robarle a quien amaba. Una vez más no lo soportaría.

- Vuestra Señoría... Angelina salió por la puerta de atrás con un cesto. Genoveva corrió enseguida a avisar, no han pasado ni cinco minutos que se escapó. – Avisó Esteves.

- Síguela de lejos. Llamas menos la atención que yo. Siempre puedes decir que estás tratando de asuntos de las siembras.

El hombre no esperó una segunda orden y montó el caballo lusitano partiendo al paso atrás de la serpiente más traicionera y venenosa de la llanura: Angelina.

Mientras tanto a pocas millas de allí...

La noche trajo consigo una infinidad de seres rastreros que iban y venían por entre las rajaduras de la pared: ratones del campo, ciempiés y serpientes pasearon por la paja durante la madrugada. Se le ocurrió gritar, pero el miedo de atraer al gitano era superior a enfrentar a alguno de los bichos que le iban pasando por encima. La educación y la libertad casi masculinas hasta la edad

en que tuvo las reglas por primera vez – desde que aquella mancha maldita le apareció en la ropa interior, la madre nunca más la dejó andar con el padre por el campo –, la prepararon para no gritar cuando viera un inofensivo insecto, pero la noche era aterradora y el conjunto noche - bichos la dejó con los nervios a flor de piel. Ya casi al amanecer durmió por breves instantes, vencida por el cansancio.

La puerta se abrió de sopetón y el aroma fresco de hinojo y jabón entró contrastando con el baho a moho y paja.

- ¿Dormiste bien? – Preguntó con aire de burla.

Arrastró un viejo banco hecho de un tronco de árbol y se sentó junto a ella, de piernas abiertas y pies muy firmes en el suelo. La falta de maneras era por demás evidente y la arrogancia destilaba una vanidad que alcanzaría para llenar cualquier salón noble. El pecho alto y levemente moreno, imponente, con los músculos visibles por la abertura de la camisa, que iba casi hasta el ombligo, era una seducción para las mujeres. Juan era un bello hombre que albergaba el diablo dentro de él y aquellos ojos verdes atraían presas, como si tuviera miel. Aún temerosa de lo que vendría después, reconoció que el gitano era un hombre bonito dentro de los estándares masculinos.

- Voy a encontrarme con tu papito. – Le informó con una sonrisa en los labios.

Seducor, el maldito hombre. Pobre de la mujer que se enamorara de él. No recibiría más que unas noches de sexo, aquel hombre no amaba a nadie.

¿Qué es lo que su padre tendría que ver con todo aquello?

- ¿Mi padre? – Reaccionó con incredulidad. – ¡Pero mi padre está a muchas millas de aquí!

- ¡Engaño tuyo pajarita! ¡Está aquí comiendo de mi mano! – Y apuntó para el medio de la ancha mano muy morena, curtida y quemada por el sol.

- ¡Te deseo suerte! ¿Qué es lo que quiere de él? – Casi adivinaba, pero tratándose de su padre, nada la sorprendía.

- Plata. ¡Mucha plata cariño!

- ¿Y si no se la da? – Sabía que iba a ponerse complicado para ella, a no ser que Manuel Alfonso la encontrara antes.

- ¡Te corto la garganta! – Y pasó la mano delante del cuello ejemplificando.

Sintió que la cabeza le daba vueltas y que la sangre la abandonaba. Pero algo le decía que lo peor que él podía hacer con ella no era matarla. Si la matara, acabaría con el sufrimiento, lo peor era lo que podía acontecer antes.

- Pero antes de eso, tu y yo vamos gozar un bello rato, ¡mi putita hidalga!
¡Adoro coger hidalgas!

Se acercó más a ella y le desvió el cabello despeinado de la cara. Se aproximó con la boca y a medida que el aliento de hinojo se acercaba de sus labios, fue retrocediendo hasta golpear con la espalda en la pared. De ahí no pasaba. Juan le puso las manos en los hombros y se preparó para besarla. Isabel desvió un poco la cabeza y tomando coraje le pegó una valiente cabezada en la frente. El gitano gritó de dolor y con los ojos verdes chispeando de rabia, llevó la mano hacia atrás de le dió un golpe de mano cerrada que la derribó en el suelo.

Se desmayó por algunos segundos. Cuando comenzó a despertar, le pareció oír una voz familiar de mujer. Había una discusión allá afuera. Un sabor metálico a sangre le llegó a la boca. Pasó el dorso de la mano por los labios y vino sucio de rojo. Le había destruido la boca. La desesperación la alcanzó. Un temblor le invadió las piernas y los brazos y el llanto apareció descontrolado. Iba a morir allí, violada por el gitano y sin nunca haber probado el sabor del verdadero amor y de la libertad. Un llanto bajito la invadió de una forma dolorosa dejándola ajena a lo que pasaba afuera. El dolor se diseminó de la cara para el resto del cuerpo y de a poco cayó en la paja perdiendo la consciencia.

- ¡Se desmayó la cabra! – Dijo la voz de mujer. – Me voy yendo antes de que aquella cocinera metida se dé cuenta de que no estoy. Espero por ti en Azinhaga atrás de la piedra alta.

- No esperes. – Dijo lacónico.

- ¿Por qué? Te vas a quedar con la señorita de Mayorazgo? – Preguntó atrevida.

El gitano revolvió los ojos como si fueran dos esmeraldas redondas y lentamente se acercó a ella agarrándole el brazo y apertándolo hasta lastimar.

- ¡Lárgame bruto!

- ¿Desde cuándo te doy explicaciones? Vete antes que ella despierte y te vea aquí. Me estropeas el negocio. ¡Vete! – Gritó alto.

Angelina salió corriendo y no paró antes de llegar a Azinhaga. Le encantaba aquel gitano, le recordaba...

Le recordaba a su amado Conde que no la quería más hacía muchos años. Una rabia sorda le surgió en el pecho contra Manuel Alfonso.

- Vuestra Señoría, aquel hombre ha vuelto. Insiste en hablar con usted? –

Dijo María.

- ¿Qué hombre? – Preguntó. No tenía paciencia para que alguien le pidiera cosas. Hoy no.

- El tal Señor de Mayorazgo. – Aclaró la criada.

- ¡Mándelo entrar! ¿Qué estás esperando? – Dijo con impaciencia.

La criada salió del salón sin comprender muy bien lo que el Señor quería pero se apresuró a ir a buscar al hombre en la entrada del Solar de Santa María.

El ruido de las botas cardadas se fue aproximando y Manuel Alfonso se dio vuelta hacia la puerta. Quería observar al hombrecito. Tenía tanta rabia que se sentía capaz de darle un puñetazo en el medio de la cara.

- ¿Siéntese Señor de Mayorazgo! Para quien viene de lejos, debe estar muy cansado. ¿Imagino que apenas se acostó? – Dijo con ironía.

- Señor Conde, sólo quiero ver a mi hija. No vale la pena que usted me lo niegue. Yo sé que ella está aquí. – Dijo con miedo de su reacción.

- ¡Usted debería escoger mejor sus aliados! ¡Quién me diera que Isabel estuviera aquí ahora! ¡Tiene noción de lo que le hizo a su hija? – Preguntó con aspereza

- No sé de lo que está hablando. Ella estaba segura en el convento. Usted la sacó de allá. – Lo censuró.

- ¿Segura? ¿Segura u olvidada? ¿Tenía la intención de llevarla para casa y darle una vida digna? ¿Dejarla casarse con alguien? ¡Hombres como usted me dan asco! ¡Diga a qué ha venido y después váyase a su casa para no volver nunca más! – Vociferó.

Sentía los músculos rígidos y a punto de saltarle de la ropa. Si el hombrecito abriera la boca para decir barbaridades perdería la noción de hospitalidad y decencia y le daría una paliza. Por Isabel.

- El Señor Conde deshonoró a mi hija. – Tartamudeó. – Me debe dinero. Por la moral de mi hija. – Habló cada vez más bajo.

La indignación le subió al rostro a Manuel Alfonso. Pasó del rojo para el violeta rabia y estaba casi agarrando al Señor de Mayorazgo por el cuello cuando Esteves surgió en la puerta haciéndole señal de que tenía novedades. Gesticuló que ya iba. Primero quería terminar allí.

- Señor Sebastián Rebelo. Pensaba que usted era un hombre de bien, pero ya he visto que es de la misma alcurnia que el gitano que contrató. Su hija merece un padre mejor y mejor suerte. De aquí no lleva nada. ¡Ni dinero ni a su hija! ¿Sabía que el gitano secuestró a su hija ayer por la mañana?

El hombre puso cara de espanto y quedó blanco. La frente se le llenó de gotas de sudor y las piernas pequeñas parecieron vacilar. Las manos comenzaron a temblar y las metió en los bolsillos de la chaqueta para disimular el nerviosismo.

Sebastián Rebelo era un covarde.

- ¡Y bueno! ¿Y sabe de lo que él es capaz? No. Lo imaginé. Es capaz de todo. Me parece que él querrá recibir dinero de los dos lados. Del mío y del suyo. ¿Qué le parece?

- No sé que decir... - Bajó la cabeza.

- ¡Pues imagino que no lo sepa!

La avaricia se paga caro a veces. Sebastián estaba empezando a arrepentirse de haberse metido con el gitano. El hombre le garantizó que era gente honesta.

- Le aconsejo no alejarse mucho de aquí. Él lo mata si no le da dinero.

- Tengo que ir a su encuentro. No quiero que mate a mi hija. – La voz irritante le tembló.

- Entonces vaya. Pero lleve un arma con usted. Y que Dios lo acompañe. Sin embargo, mire... - dijo rascándose la cabeza. - Tal vez sea mejor esperar aquí. él va a aparecer...

- No... le agradezco... pero me voy... con su permiso. – Y salió haciendo una reverencia torpe.

Esteves entró de inmediato y dijo susurrando.

- Seguí a la criada hasta los lados de Azinhaga. Creo que sé donde está la señorita Isabel señor. Está en la casa vieja del pastor más allá de la ribera.

- ¡Es poco inteligente el infeliz! Pero suerte que la encontramos. Tenemos que montar guardia. Ve a llamar al Señor Francisco, debe estar en el jardín. Sigam al Señor de Mayorazgo e intenten evitar que el gitano lo mate. Su mayor castigo es quedar vivo.

Sin notar lo que el amo quería decir Esteves hizo un gesto de interrogación y dijo:

- Caramba señor, siempre pensé que el mayor castigo de un hombre era morir... ¿usted va armado? – Preguntó.

- Y Vuestra Merced también. No confío en el hombre. – Dijo con preocupación. – ¡Ah! Intenten no asustar a mi tía y a Doña Benta. No quiero que mi sobrina perciba la gravedad de la situación. – Le avisó.

– ¡Ah! Esteves... manda un mensajero a llamar a la policía a la ciudad. Temo que vamos a precisar de ellos. Si sucede aquí una desgracia voy a tener

que explicarme con el intendente y nada mejor que tener a la policía por aquí para salvaguardarnos.

Aquella disputa iría a resolverse ahora que sabían donde el gitano escondía a la señorita de Mayorazgo. Esta vez no iba a someterse al destino.

CAPÍTULO 14

Jamás lo perdonaría si alguna cosa le sucediera a su padre, aún después de todas las estupideces que éste hizo para excluirla de la herencia y de la vida de la familia. Haber enviado al amigo y al criado de confianza para que lo protegieran fue una decisión que no le dejaría remordimientos futuros. Haría todo a su alcance para evitar que el Señor de Mayorazgo cayera en las manos del gitano, aunque lo mereciera.

Entró en la cocina y le hizo un gesto a Genoveva para que no mencionara su nombre en voz alta. Colocó pan, embutidos y frutas en una bolsa y salió por la puerta de los fondos dejando a la mujer sin explicaciones. Precisaba de provisiones para la larga vigilia, pero no quería generar sospechas sobre lo que sabía. Genoveva no hizo ningún comentario. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta que la guerra contra los gitanos había estallado. De su boca no iría a salir nada. Promesas son para cumplirlas y juró que nunca revelaría lo que sabía.

Manuel Alfonso montó a caballo, tomando el camino por la izquierda para evitar cruzarse con el Señor de Mayorazgo que estaba yendo al encuentro del gitano. Podría evitarlos y llegar a la casa vieja del pastor aprovechando el tiempo del encuentro de los dos que seguramente iría a acontecer alejado de aquella zona.

Casi transponiendo el muro del jardín, pasó la mano por el sable - estaba en el sitio -, las dos pistolas y la escopeta estaban cargadas. Siguió más seguro. No podía descuidar los pormenores, la vida de ella estaba en juego y hoy comenzó a creer que no sería la única. Todos, en aquella casa corrían peligro de vida. No sabía porqué, pero presentía que algo malo sucedería.

Avanzó menos de una milla y a una distancia confortable de la formación rocosa grande - que le permitía ver sin ser visto - y donde se escondía cuando niño siempre que jugaba a los cazadores, vió una figura femenina conocida sentada en las piedras altas. por la postura esperaba a alguien.

Dejó el caballo atado a una encina vieja y frondosa que le permitía ocultar el animal de las miradas que pudieran pasar y caminó, aproximándose lo suficiente para ver y oír - si apareciera alguien - como esperaba que sucediera. No se engañó. No tardó en oír el trote de un caballo, que sonaba cada vez más cerca.

Los músculos se le contrajeron y la ganas de tomar la pistola y hacerle gusto al dedo, disminuyó cuando el recuerdo de Isabel surgió. No podía tomar las medidas que parecían justas y correctas. El desaparecimiento de aquel gitano sería un favor. Basuras como él deberían ser erradicados de la tierra. El único espécimen parecido que alguna vez encontró en su camino fue Miguel Mortágua, el fallecido marido de Leonor. No quería creer que los gitanos fueran todos iguales y estaba seguro de que cuando él desapareciera el resto del bando iba a ser más libre y feliz.

El hombre saltó del caballo todavía andando y subió a la piedra corriendo sentándose junto a la criada a quien le brilló la mirada en cuanto lo vió.

- ¡Habla! ¿Qué quieres?. Espero que sea importante. Tengo asuntos urgentes a mi espera en el brezal. - Dijo con aspereza.

Seductora y matrera, la criada abrió los cordones del gran escote, y retiró los senos para fuera, pasándolos enfrente de la cara del gitano y al mismo tiempo, intentó tirarse en su regazo. Unas manos fuertes y curtidas se lo impidieron. Ofendida, la criada reaccionó de inmediato.

- ¿Ya no te gustan mis mamas? ¿tienes otras? ¡Apuesto que son las de la señorita de Mayorazgo! - Afirmó.

Sin hacer caso a lo que ella decía, intentó despachar el asunto. Juan estaba preocupado, no quería dejar escapar al Señor de Mayorazgo. Por dinero hacía de todo, hasta despreciar las tetas de Angelina, las más blancas, duras y grandes que conocía al oeste de Badajoz.

El Conde se estremeció de odio. Confirmaba sus sospechas. Juan tenía a Isabel prisionera.

- ¿Y si así fuera? ¡No es asunto tuyo!

- Pero dímelo... si no... - amenazó de forma velada.

- ¿Si no qué? ¡Roñosa!

Y la agarró del pelo tirando hasta gritar de dolor.

- Abres el pico y te corto el cuello. Si quieres volver a verme, ¡cálmate!

Y saltó de la piedra al suelo con apenas un movimiento cayendo de pie junto al caballo.

- Voy a contarle al Conde donde está la señorita de Mayorazgo. – Dijo.

- Hazlo y mañana ya no despiertas o entonces vas a quedarte despierta toda la noche, cagada de miedo, hasta que te mate.

Montó y giró varias veces con el caballo.

- Pero no vas a hacer eso, ¿verdad? ¿Ya viste lo que vas perder? – Y

apuntó para sus partes pudendas de forma ordinaria.

Incó las espuelas en el caballo que se levantó con el dolor y salió al galope por el medio del monte.

- Quiero una parte de la plata que vas a recibir... en caso contrario hablo.
– Gritó alto.

Pero Juan ya estaba a una distancia en que le era imposible oírlo, las ganas de meterle las manos al dinero del Conde, era más fuerte que el deseo que pudiera tener por la ardiente Angelina.

En los años de infancia la comida no abundaba y vivieron – su madre y él - casi siempre de la caridad ajena. Los otros niños de la tribu tenían un padre que los protegía y alimentaba, pero él no. El abuelo Pepe había muerto en una emboscada a traición cuando Juan todavía poco conocía el mundo que lo rodeaba y creció sólo con la madre y la abuela como familia. Un día, debía tener unos doce años, su madre le contó la historia de su nacimiento y le presentó a su padre, de lejos, cuando éste pasaba a caballo camino a la ciudad.

Al otro día, apenas el día amaneció se colocó en su puerta y no salió de allí hasta que fue recibido. La cantidad recibida de su padre - ya han pasado muchos años - sirvió para comprar una carroza y cavallos que fue negociando en las tierras por donde pasaban. La fama de negociante de Juan Morel lo precede, pero el miedo que inspira en los maridos desprevenidos que tienen miedo de ver la cabeza adornada con un par de cuernos, hace que las puertas se cierren cuando la noticia de su pasaje corre por los alrededores. La fama de hombre bien dotado entre las piernas corre entre las mujeres, desde la plebe hasta la burguesía provocando exclamaciones de falsas púdicas siempre que el órgano es mencionado.

Angelina volvió a casa corriendo para que no notaran que no estaba. No quería perder al gitano que conocía desde que eran jóvenes. El hombre más libertino que había conocido y que hacía de todo para satisfacer a una mujer.

- ¿El hidalgo ya los vió? – Preguntó Esteves apuntando para el brezal allá al fondo.

- Ya los vi Esteves. Es conveniente preparar las armas, pero por hora voy a ver con los binóculos y tú te quedas de guardia. Vamos a evitar aproximarnos mucho. Su Señoría nos recomendó prudencia. – Dijo el hidalgo Francisco.

Mientras tanto, allá abajo, casi junto a la ribera, dos hombres estaban

parados. Contrastavam en altura y porte. Uno, mayor, bajo y con una barriga medio flácida mostraba señales de nerviosismo, le corrían gruesas gotas de sudor desde la cabeza calva hasta los ojos, cegándolo con la acidez. El otro, más joven, alto y con músculos bien torneados presentaba su superioridad con cerca de tres palmos más de altura.

La tensión era demasiado evidente. Sebastián, agarrado al dinero y desprendido de afectos – no los tenía para con nadie – Escogió mal cuando decidió no traer los *réis* que prometió. El gitano no estaba habituado a perder. Quien no paga con dinero, paga con la vida o queda estropeado para siempre. Juan de Morel reúne tanta belleza máscula como maldad. El día en que supo su procedencia, juró vengarse de todos los hombres de poses y haría de todo para vengarse de quien lo despreciara.

- ¡Entonces Señor de Mayorazgo! Pase para acá la bolsa con el dinero. Ya esperé demasiado.

- Primero mi hija. – Dijo con la voz temblándole.

La mentira era demasiado evidente. No traía el dinero y tampoco estaba muy preocupado con su hija.

- ¡Caramba hombre! ¡Todos sabem que no quiere saber de su linda hija! Pase para acá. – Y extendió la mano esperando recibir el dinero.

El gesto del gitano puso al Señor de Mayorazgo de sobreaviso. Acercó la mano a la pistola guardada en el dobladillo de los pantalones – tapada por la chaqueta de hacienda castaña - y dió un paso atrás; las gotas de sudor le escurrieron por la frente con más intensidad. Sentía los dedos resbalando unos en los otros y el miedo lo hizo soltar alguna flatulencia – que se oyó cerca - fruto del comida de la noche anterior. Esta «bota» difícilmente la descalzava con tanta facilidad como había hecho con otros asuntos relacionados con su avaricia.

El gitano le agarró el brazo que escondía atrás de las espalda y antes que pudiera agarrar la pistola le torció el brazo hasta que gritó de dolor. Le retiró el arma con destreza y la guardó en su bolsillo.

El hidalgo y el criado observaban la escena a una distancia segura y decidieron que no iban a intervenir todavía. El Señor de Mayorazgo merecía ser castigado.

- ¡Vamos, hombre! ¡Saque el dinero que le pedí! – Gritó mientras le torcía el brazo y el hombre gritaba.

Tanta valentía sólo le valió cuando trataba con los más débiles o con la hija incapaz de defenderse de su autoridad. Observando la escena a una

distancia segura, los hombres estaban preocupados con el tratamiento que el Señor de Mayorazgo estaba recibiendo.

Impaciente, Juan, comenzó a buscar en los bolsillos y para su sorpresa no encontró nada.

- ¿Piensa que me engaña? Juan de Morel no es un hombre con el que pueda jugar. Todavía no nació el hombre que pueda reírse de mí.

Sacó el puñal de la vaina atada al cinturón y sin titubear, le asestó un golpe en el muslo derecho que lo tumbó de dolor. El hombrecito se enrolló sobre sí mismo. Gritaba y lloraba mientras el gitano buscaba en la montura del caballo el dinero prometido.

- Si el dinero no está aquí va a ser peor...- amenazó. – ¡Ajá! ¡Caramba aquí está!

Y mostró una pequeña bolsa de paño evidenciando peso.

- ¿Oro? – Preguntó al Señor de Mayorazgo extendido en el suelo lleno de hojas muertas y tierra.

El pobre hombre tenía un aire decrepito que no acreditaba en nada su condición social. La altivez y la arrogancia se fueron en el momento en que no tuvo fuerza para dominar al gitano.

Esteves le hizo una señal al hidalgo para que no avanzara. Presentía que no lo mataría.

- Muy Bien.- Y guardó el dinero en la alforja del caballo. - Ahora falta el otro.

- Gusanos como tú, encuentro todos los días cuando paseo en la tierra mojada. – ¿Sabes lo que hago? – Y le pegó una patada en la pierna herida.

El grito de dolor del Señor de Mayorazgo se oyó por el brezal. Parecía un animal herido de muerte. El gitano poseía, como carácter, el exceso de maldad.

Con el aire más sereno que podía tener, limpió el puñal - con mango de plata sucio de sangre - en las hierbas y volvió a colocarlo en la vaina. El Señor de Mayorazgo gemía de dolor, caído en el suelo doblado sobre sí mismo.

- ¡Váyase hombre! Y no aparezca más aquí. Y no intente dar queja de mí en la alcaldía, ¡no hay testigos! Mire, y considere que tuvo suerte. Raramente dejo testigos.

Montó en el caballo con un salto y partió hacia el Solar de Santa María para gran espanto del criado Esteves y del hidalgo.

Cuando consideraron que el gitano estaba a una distancia suficiente para

no verlos se acercaron. El hombre parecía agonizar. Un covarde. Pensaron mirándose uno al otro.

- ¿Qué vamos hacer señor? – Preguntó Esteves.

Ver un gusano acostado en el suelo agonizando de dolor, le dió un placer momentáneo, pero, ninguno de los dos era sádico al punto de prolongar más el sufrimiento del Señor de Mayorazgo. Ya había notado que el hombre era un avaro; pertenecía a una especie abundante en el reino, la especie que pisaba a los más débiles. Defensor de los oprimidos y crítico acérrimo de la burguesía, Francisco – tal como Manuel Alfonso - no simpatizaba con tal género. Solía decir que había nacido burgués, no por opción propia, pero que su corazón era simple como la tierra que pisaba.

- Vamos a llevarlo al Solar de Santa María. Es lo que Manuel Alfonso haría. Ayúdeme a colocarlo encima del caballo.

- Vamos hombre. Reccione. – Dijo Francisco. – Tiene suerte. Si no lo hubiéramos seguido, se quedaría aquí muriendo de a poco. Mire que raramente pasa aquí un alma viva.

El Señor de Mayorazgo levantó la cabeza lentamente mostrando un rostro forrado de hojas de encina y tierra. Parecía haber perdido la voz. Estaba todavía cagado de miedo.

- El hombre literalmente se cagó en los pantalones, Don Francisco. Tiene un olor peor que el chiquero del solar. – Y dió una carcajada contenida.

Esteves lo tomó de los pies y tenía la nariz apuntada hacia los fondos malolientes de los pantalones del Señor de Mayorazgo. Los dos rieron. No pudieron evitarlo y con esfuerzo – el hombre pesaba mucho – lo montaron en el caballo.

- Vámonos. En el solar tratamos de usted. Pero antes voy desinfectarle la herida.

Le rompió los pantalones con un puñal afilado y sacó una botella de aguardiente de higo que traía siempre en la alforja, vertiéndola encima de la herida. El Señor de Mayorazgo gemió de dolor. Aparentemente había perdido el habla.

- Grite hombre. Es señal que le duele. Y lo que duele, en este caso se cura. Vamos. – Dijo el criado.

Tirando las riendas del caballo del moribundo se dirigieron hacia el Solar de Santa María.

El silencio del brezal era sólo cortado por el murmullo de las hojas

verdes de los álamos que flanqueaban los márgenes de la ribera. Aquí y allí hojas de desprendían de los largos y esbeltos árboles serpenteando hasta el suelo. El principio de Septiembre se presentó menos caluroso y trayendo un viento norte, anunciando lluvia. Al fondo, en el horizonte, nubes de algodón teñidas de negro traían la borrasca. Apresuró el paso del caballo, pero las hojas secas del suelo hacían ruido, pudiendo denunciar su presencia al bando que seguramente vigilaba la casa. A esta hora sospechaba que el gitano ya estaría en el solar a su espera. Pues que esperara.

Una pared vieja y amarillada por el tiempo, ya se veía por entre la vegetación proveniente del pomar que flanqueaba la casa. Antaño, cuando era niño la casa había sido habitada por el viejo Venancio, el pastor y muchas veces allí fue en busca de frutas y aventuras, para desesperación de su madre que evitaba que él conviviera con «los piojosos» como les llamaba su padre, de lo alto de su arrogancia de noble. Si el padre le dedicara más tiempo – lo que él deseó mucho que sucediera en aquella época - no estaría con los hombres que trabajaban en la hacienda, para aprender cosas de la vida.

Ató el caballo a un arbusto dejando rienda suficiente para alimentarse de las hierbas y fue a pie. Llevaba sólo una cerbatana de palmera que había traído de Brasil y algunos dardos para adormecer monos si fuera preciso. Si precisara usarla no despertaría la atención de quien andase en los alrededores. Silenciosa e inodora, se había transformado en un arma muy útil. Aprendió con los negros de la tierra a manejarla. Utilizando una dosis mínima de curare, no mataba, dejaba a la víctima aturdida y tenía la ventaja de poder usarla más de una vez, al contrario del trabuco que siempre que disparaba, era recargado llevando algún tiempo.

A hurtadillas, se deslizó como las serpientes – en silencio - y con ojos de águila, como le decían los indios siempre que veía algo en la selva. Escrutó el perímetro circundante en busca de guardias. Manuel Alfonso sabía que había alguien cerca de la casa. El gitano no iba a dejarla sin vigilancia.

Allá estaba el hombre. Sentado encima de un olivo centenario de tronco grueso. Colocó un dardo en el tubo de la palmera y se acercó a una distancia que lo alcanzara.

El muchacho, delgado oscuro y vestido con ropa negra, no debería tener más que unos veinte años. A Manuel Alfonso le dio pena tener que dispararle, pero no tenía elección. Esculpía alguna cosa en un tronco de naranjo utilizando una navaja. Un arma que los gitanos manejaban con maestría. Tirada con puntería era muerte segura si acertara el corazón. El

ruido de la lámina sacando pedazos de madera, se oía en el silencio que había allí.

El pecho del muchacho era visible por el escote de la camisa y levantando el tubo, apuntó al espacio abierto, soplando con fuerza. El minúsculo dardo voló hasta el destino. No solía fallar.

Sintiendo una picadura el gitano reaccionó.

- ¡Que mierda es esta! Gran abeja que me picó...

Tambaleó e intentó equilibrarse pero no lo logró. El veneno actúa con rapidez. Cayó de una altura de dos metros estrellándose en el suelo. Manuel Alfonso observaba paciente. El hombre todavía intentó levantarse pero la somnolencia hizo que tomara de lado. Uno menos pensó el Conde.

Con cautela, miró alrededor e intentó localizar a alguien más y por precaución emitió el canto del búho – señal de alerta de los gitanos que ya conocía – esperando el retorno. Silencio. El área estaba libre y no había tiempo que perder. Tenía que actuar antes que Juan volviera. Se acercó a la puerta vieja de madera, gruesa y suficientemente fuerte para prender allí a una persona y escuchó en la puerta. No había ningún ruido. Giró el picaporte. Un chillido de óxido se hizo oír. Forzó la puerta abriéndola y lo que vio lo dejó consternado. En el rincón, una figura quebrada y desgredada tenía el terror en los ojos. Una rabia sorda se apoderó de él. Una promesa de venganza le resonó en la mente. No iría a dejar las cosas como estaban y en caso de que hubiera sucedido lo que más temía, maldeciría su vida para siempre, pero el gitano no iría a reír de esta vez.

CAPÍTULO 15

El ser que reposaba en la cama parecía una sombra del esplendor y la gracia que le conocía. Aterrorizada, herida en la cara por la violencia de los golpes infligidos y con el cabello dorado más pareciendo una bola de cuerdas enredadas, parecía agonizar en el último suspiro. No lo reconoció cuando la rescató en la casa del pastor. El terror le hizo estar fuera de la realidad. Cuando lo vio aproximarse luchó, gritó y cuando le puso las manos en vuelta del cuerpo para llevarla en los brazos, le incó los dientes en la mano derecha hasta enterrárselos profundamente en la carne. Era la segunda vez que lo mordía. Manuel Alfonso aguantó el dolor estoicamente y la levantó en sus brazos, llevándola hasta el caballo. Montó atrás de ella y la enlazó con el brazo para mantenerla firme encima del caballo. Trató de salir de allí la trote, no fuera que apareciera alguien y y tuviera que pelear. En aquellas circunstancias no conseguiría protegerla y enfrentar a los gitanos.

El camino para casa pareció demorar una eternidad. Al entrar por los portones del Solar de Santa María ella estaba inconsciente. La cargó por la escalera y la dejó en cima de la cama. Se dirigió a la criada y le dijo:

- María quédese aquí con la señorita. – Le dijo a la criada. – Y cuando se despierte ayúdela. Voy a tratar de unos asuntos y ya vuelvo.

Bajó las escaleras de dos en dos y en cuanto llegó al descanso, el mayordomo ya estaba con una bandeja extendida en su dirección.

- Vuestra Señoría – hizo una reverencia- han dejado esta carta para usted.

Extendió la mano nerviosa y tomó el sobre de papel tosco quebrando el sello simple, desconociendo el origen de la misiva. Unas líneas garabateadas con letra torcida rellenaban el interior.

Estimado Conde.

Tengo algo que le pertenece y que creo que quiere más que su propia vida. Hasta el final del día deje en la encruzilhada de la Azinhaga, junto a la piedra grande, una bolsa con treinta contos de réis a cambio de la señorita de Mayorazgo. Tendré un inmenso placer en disfrutar de los placeres que ella ofrece en caso de que mi pedido no sea satisfecho. No se haga el héroe o algo le puede suceder.

Sin firma. Sabía de quién era la carta. Reconoció cuan astuto era el gitano. Con lo que no contaba era que la astucia no le fuera sólo distribuida a él. Seguramente le pagara a alguien para que escribiera la carta. dudaba que supiera escribir, sobre todo con un lenguaje tan cuidado.

Isabel reposaba arriba, en la habitación antigua cuidada por la criada y era un alivio tenerla en casa. No corría más riesgos. Después le daría al gitano la respuesta que merecía. Otros quehaceres lo esperaban.

Subió la larga escalera hasta la torre, calmamente, pisando con fuerza la gruesa alfombra azul que silenciaba los pasos de las botas de montar – todavía con las espuelas colocadas – y entró a la habitación sin golpear la puerta.

Su Señoría Doña Amelia Barbosa estaba de pie junto a la cama, acompañada por el cirujano que en ese interín fue llamado al Solar de Santa María.

- No morirá por esto. Pueden quedarse tranquilos. Va a tener dolores pero es fuerte. Ya no sangra. Mañana paso por acá. – Dijo el médico mirando al Conde.

– Su Señoría debería llamar a la policía de la Alcaldía de Évora. Andam criminales sueltos. Quienes hicieron esto deben ser asaltantes. – Y tomando el maletín donde guardaba los instrumentos cirúrgicos salió de la habitación sin la respuesta que quería.

El Señor de Mayorazgo parecía muerto y la única señal que denunciaba la vida que todavía soplaba en él, era el pecho jadeando. Seguramente el médico le había dado una dosis de láudano muy fuerte para mantenerlo adormecido.

- Tía. Me gustaría conversar con usted a solas en la oficina.

La anciana señora aristocrata asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Manuel giró y como un perfecto caballero le dió pasaje a la tía, ofreciéndole el brazo para bajar hasta la planta baja.

Manuel indicó un sillón a la tía y fue a certificarse que nadie escuchaba atrás de la puerta. El viejo mayordomo apareció de inmediato cuando vió al Conde en el pasillo y preguntó:

- ¿Vuestra Señoría precisa de algo?

- Sí Miguel. Consiga a alguien discreto para cuidar y vigilar al Señor de Mayorazgo. No quiero que se sepa que él está aquí, ni que la señorita Isabel sospeche.

- Enseguida Vuestra Señoría.

- Y asegúrese también de que ninguno de los criados pueda escuchar por esta puerta, mientras hablo con mi tía.

- Perfectamente. – Y cerró la puerta por la cual el Conde había entrado.

Amelia no lo dejó comenzar. Conocía al sobrino y el dilema que había atravesado a lo largo de su vida de hombre adulto: la confianza en las mujeres.

- ¿Dónde está Isabel? Te veo más calmo, por eso ya la encontraste. – Afirmó.

Manuel dejó escapar una mueca que pretendía ser una sonrisa.

- Está allá encima en su habitación.

- Pero, ¿por qué no estás más tranquilo? – preguntó notando que algo lo preocupaba.

Bajó la cabeza y no lloró por vergüenza. No soportaba la idea de que el gitano siquiera se hubiera acercado a ella. No quería revelar lo que le preocupaba y el asunto, era demasiado íntimo para revelarlo. Si el honor de Isabel estuviera manchado...

- Te gusta mucho esa muchacha. – Afirmó la zorra vieja. – Nunca te vi así por otra mujer desde que Flor...

Su mirada verde se oscureció y una nube negra surgió sobre él de repente. Se levantó inquieto y con las manos cerradas en el fondo de los bolsillos de los pantalones se dirigió a la ventana. Allá estaba el árbol con el banco. La escena íntima de la otra noche le vino a la mente y el sabor de los labios de ella se encendió en los suyos.

- No quiero hablar de eso, tía. – Dijo con aspereza. – Perdóneme la insolencia, pero como debe imaginar ese asunto está terminado. Estoy preocupado con Isabel. Justo ahora que voy a partir, surgieron tantos problemas.

- Si tienes que ir ve. Puedo quedarme con ella aquí. Pero dejar escapar un amor es una gran tontería.

Manuel suspiró y mirando el vacío, se sintió triste. No sabía qué hacer. ¿Y si ella estuviera manchada por el gitano?

- Vaya a ver como está tía. Son cosas de mujeres. Por favor.

- Claro que voy, pero si estás preocupado con su reputación, no la deberías haber traído para acá. Has estado aquí solo con ella y con los criados solamente. Una señorita de sociedad no debe estar sola con un caballero en la misma casa. ¿Ya fue presentada a la sociedad?

- ¡Tía! – dijo exasperado. – Isabel estaba confinada en el convento.

Aquel basura de su padre, no le quiso dar un dote. ¿Ya imaginó si el gitano la deshonró?

- Ya entendí. Tu duda es si consigues quedarte con una mujer que ya fue usada por otro, ¿verdad?

- Sí. – Confesó. – Ya he bebido de esa agua.

Bajó la cabeza con el peso de la desgracia que cayó encima de él por segunda vez.

- Voy a cuidarla. – Dijo la Condesa. – En este momento su reputación anda por las calles de la amargura en la boca de la familia Travassos. Beatriz tenía la esperanza de que pidieras su mano en casamiento.

- Prefiero quedarme soltero por el resto de mi vida. Puede ser una buena muchacha pero es demasiado fútil para mí.

Le dió un beso a la tía y salió al pasillo donde el fiel mayordomo vigilaba la puerta de la oficina.

- Señor, la puerta de la habitación de la torre está vigilada por un hombre armado y una criada para cuidar al Señor de Mayorazgo ya se encuentra en la torre.

- Ojos abiertos Miguel, los gitanos son capaces de volver. Quiero todas las ventanas y puertas cerradas por dentro.

- No se preocupe.

Doña Amelia velaba en la cabecera de la cama de la joven y admiraba la belleza plácida que poseía. Tenía fibra y cualidades que una mujer vulgar de aquella época no imaginaba siquiera que existieran. La mujer perfecta para el sobrino. Un gemido la retiró de sus pensamientos y le desvió la atención hacia el rostro de ella.

Pálido, pero bello. Pestañas largas y unos labios gruesos medio desmayados indicaban un estado febril. Isabel se retorció y susurró alguna cosa inteligible que más parecía un lamento.

- Calma querida. Estás protegida.

Y le acarició el rostro, desviándole los cabellos dorados de la cara. Parecía querer volver a sí. El médico ya la había examinado y la recomendación fue apenas reposo y compañía que le diera contención, «precisa de calor humano» dijo en recomendación a Manuel, como se adivinara la importancia que ella tenía en su vida. Pero una pregunta dejó en el aire.

- ¡Ustedes tienen muchos asaltantes por aquí! Dos personas heridas en el mismo día es mucha coincidencia.

Abrió levemente los ojos, cerrándolos de inmediato ofuscada por la luz y agarró la primera cosa que encontró: la mano de la vieja señora que ya había dado órdenes a la criada María para preparar un baño caliente.

- Está todo bien mi querida...

Isabel abrió los ojos nuevamente y notó que estaba en casa. Las lágrimas corrieron libres en silencio y apretó la mano de la mujer.

- Fue él... - susurró.

- Ya sabemos. Está a salvo, no se preocupe.

- Y... - recorrió la habitación con la mirada cubriendo toda el área, como se estuviera en busca de alguien. La Condesa sabía a quién ella buscaba.

- Su Señoría mi sobrino está bien. Fue él quien la tajo.

No pudiendo contener la curiosidad de saber lo que había sucedido preguntó:

- ¿Qué sucedió Isabel? ¿Qué es que lo gitano le hizo?

Ella bajó los ojos hacia el pliegue de la sábana y otra lágrima se deslizó por la cara ya más roja. Notó lo que la señora quería decir. No tenía experiencia pero no era tonta.

- No hizo nada de lo que me pueda avergonzar... Vuestra Señoría.

- Tía Amelia. – La corrigió. – Puedes tratarme de tía Amelia. Tendría todo el gusto en tenerte como sobrina.

Isabel quedó avergonzada y sin gracia continuó describiendo lo que le habían hecho en la casa del pastor. La señora quedó horrorizada con la brutalidad del gitano, pero no se sorprendió.

- Gracias por el cariño. Pero creo que no será posible.

- Mi sobrino es un hueso duro de roer, pero por detrás de aquella armadura hay un hombre sensible y cariñoso con mucho amor para dar y mucho miedo de ser rechazado.

Isabel sabía todo eso, pero las diferencias no los unían y sentía que el abismo entre ellos era intransponible. Tenía que pensar en salir de allí lo más rápido posible.

- De cualquier forma, cuando me sienta capaz me voy. Tal vez consiga encontrar otro empleo de maestra en la casa de algún noble.

- Si fuera tú no pensaría en eso todavía.

Amelia estaba dispuesta a no dejar escapar a la muchacha y tenía esperanzas de que Manuel viera la estupidez de su acto, si insistiera en partir sin ella.

- Vamos a ponerte presentable. María preparó un baño caliente para ti.

La ayudó a levantarse de la cama. Todavía se sentía un poco zozca y perdió la noción del tiempo. Un baño le haría bien.

Manuel Alfonso, no paró un segundo mientras se preparaba para la noche que adivinaba ser complicada.

Golpeó la puerta y al oír «entre» forzó la madera pesada y entró en el habitación. Isabel estaba sentada junto al banco de la ventana y su mirada se desvió del jardín cuando él entró. Sintió el corazón disparar, pero no quiso demostrar lo que sentía. Tenía consciencia que faltaban algunos días para que él partiera y no quería involucrarse más.

Era una auténtica blasfemia lo lindo que estaba. Vestía una sobrechaqueta castaña y pantalones en el mismo ton. La camisa blanca realzaba la tez morena. El Conde emanaba una intensa aura de virilidad. Los ojos verdes se clavaron en los de ella y aquel breve instante fue mágico. Una mirada puede decir todo.

Cuando mi mirada encuentra a la tuya nada más importa. Estoy en casa. Encontré mi puerto seguro. No obstante, sabía que este pensamiento terminaba allí mismo. El destino iría a separarlos. O tal vez no fuera el destino, fuera su voluntad. No creía en las reglas del destino, cuando la voluntad estaba presente. Creía en decisiones. Y él había decidido separarse de ella.

Se levantó y se quedó de pie junto a las puertas de la ventana, consciente de que aquel pedazo de mal camino en el que ansiaba perderse, se acercaba.

- Me alegro de verla a salvo y más recompuesta. Nos dio un inmenso trabajo. – Bromeó, mientras se sentaba en el banco de piedra en frente a ella y le tomaba las manos temblorosas.

- Lamento haberle dado tanto trabajo Vuestra Señoría. Quien me diera nunca haber pasado por todo lo que pasé en los últimos tiempos. No era mi intención molestarlo.

Isabel se crispó. No fue tanto lo que dijo, sino sus pensamientos en el momento en que él entró. Estaba saturada de ser un obstáculo para los otros. Primero para el padre y después para Manuel Alfonso.

Notó su inquietud e intentó amenizar el ambiente.

- Creo que me interpretó mal Isabel, lo que yo quería decir es que temí por usted. Temía que aquel gitano perverso la violara. Y ya que hablamos de eso quiero saber lo que él le hizo.

- Puede quedarse tranquilo que no hizo nada más que estos moretones negros en mi cara. Ya le respondí lo mismo a la Condesa su tía.

- Me alivia saberlo, pero su acto no tiene disculpa. Isabel...

Y se acercó tomándole el rostro entre sus manos, al mismo tiempo que acercaba la boca a la de ella.

- Si supiera como temí no encontrarla con vida... - y la acercó a su cuerpo.

Intentó resistir esquivándose de su abrazo, pero no fue suficientemente contundente al punto de evitarlo. Sintió su cuerpo contraído y levantando una ceja dijo:

- ¿Está enfadada conmigo? – Y apoyó su cabeza en el pecho acariciándole la melena dorada que le caía en la frente todavía húmeda.

- No Vuestra Señoría. Estoy enfadada conmigo. Fui incauta. Si no hubiera ido a pasear a caballo nada de esto habría sucedido.

- No es así, señorita de Mayorazgo. Nada que usted hiciera, calmaría la ganancia de los hombres.

Metió la nariz en sus cabellos y aspiró el perfume a lavanda. Dejó escapar un gemido mientras se fundía con ella.

- Cómo sentí su falta.

Incrédula por lo que oía, se dejó estar en sus brazos sin responderle. Aquel hombre era atractivo como el pecado. Cualquiera mujer haría locuras para estar con él. Entendía ahora muy bien la rabia de Beatriz Travassos cuando la miraba hacía algunas noches atrás. No sabía cuántas, haber sido rehén del gitano la desorientó.

- Yo también... - dijo muy bajito para que él no la oyera. Pero él la oyó. Una sonrisa juvenil le apareció en el rostro e intensificó el abrazo. El calor de los dos los reconfortó.

- Venga, vamos a cenar. – Y le dió el brazo para ayudarla a bajar hasta el comedor.

Las miradas se dirigieron a la puerta en cuanto entraron. La pareja Andrade y la Baronesa jugaban con la niña contándole historias. Se levantaron los tres por una cuestión de protocolo, pero Teresa lo quebró de inmediato. Cuando vió a la maestra – por quien nutría un afecto profundo – corrió hacia ella y le lanzó los brazos al cuello abrazándola. Isabel la levantó en el aire y todos quedaron enternecidos por el reencuentro de las dos. Una de las cualidades que le agradaba al Conde era que le gustaban los niños. Le fascinaba verlas de lejos, horas seguidas cuando no tenía negocios para tratar.

Isabel alojó a la niña a su lado y Manuel le acomodó la silla para que se

sentara. Enseguida, tomó su lugar a la cabecera, teniendo a la tía en la otra punta y dió la señal a los criados de la mesa para que sirvieran la comida. La pareja sentada de frente para Isabel y Teresa intercambió una mirada cómplice. Ambos estaban de acuerdo con que Manuel e Isabel estaban locamente enamorados. Era notorio el sufrimiento cuando ella estuvo desaparecida, aunque lo hubiera disimulado muy bien. Los vasos se llenaron de vino tinto acompañando el pato asado con papitas y arroz y Manuel propuso un brindis.

- A nuestra querida Isabel y al amor. – Propuso.

Sonrisas intrigadas surgieron e Isabel bajó los ojos para el bonito plato de porcelana Compañía de las Índias, ya muy roja.

Doña Amelia que no perdía una oportunidad de hacerle notar al sobrino que era un asno si la perdiera, dijo en voz alta y segura.

- Y a los que la encontraron.

Manuel levantó el vaso en dirección a Isabel y sin importarse con la presencia de los otros, la miró profundamente. Para los invitados a la mesa, esta fue la más bonita confesión de amor que él le podía haber hecho. Silenciosa y cómplice.

El hidalgo Francisco Andrade tenía miedo de que Manuel hiciera una locura y contradijera sus sentimientos. Faltaba menos de una semana para el embarque y todavía no lo había oído decir que había cambiado sus planes. La conversación a la mesa no pasó de trivialidades por causa de la presencia de la niña. El asunto del momento no fue abordado y todos notaron que el Conde escondía alguna preocupación. Sólo Francisco sabía de las medidas que habían sido tomadas para la protección de todos.

En la cocina, Genoveva la cocinera, daba órdenes a las criadas - uniformizadas con falda negra, blusa blanca y un delantal blanco muy almidonado – para que el servicio a la mesa fuera eficiente. Con visitas la comida era mejorada. Angelina cumplía todo lo que le decía y hoy estaba especialmente callada. Vigilando a la criada, la anciana Genoveva no bajaba la guardia, sabía que planeaba alguna cosa y estaba preparada para seguir todos sus pasos. Aquella era una serpiente venenosa esperando el momento de morder. Tenía tanto de bonita como de venenosa y codiciosa.

Isabel pidió permiso y se recogió a la habitación en cuanto terminó la cena. Se sentía cansada de las noches que pasó acostada en el suelo duro de paja, sin dormir y del susto que había llevado. La conmoción todavía la afectaba mucho y se sorprendía llorando cuando recordaba su vida y de las

vueltas que había dado.

Hacía tiempo que había anochecido y Juan se acercaba al Solar de Santa María furtivamente. Dejó el caballo en un sitio escondido y se preparó para la gran incursión de la noche. El odio que sintió cuando llegó al brezal y vio a Pepe extendido en el suelo inanimado fue indescriptible. No fue necesario entrar para saber que ella no estaba más allá. Ya había afilado los dientes para saltarle encima y devolverla al Conde como mercadería de segunda mano. La mayor venganza con aquella familia era esa: poseer a una de las mujeres de la familia y después dejarla tirada. Viendo todo huírle de las manos sólo le restaba que Angelina cumpliera la promesa. Ya ni le interesaba el dinero que pudiera lucrar. Había muchos nobles estúpidos a quien robarles. Ahora sólo le interesaba vengarse. Del Solar de Santa María sólo sobrarían las cenizas.

CAPÍTULO 16

La cara de tonta de la muchacha nunca la engañó y siempre hizo que la vigilaran de cerca. Robaba comida desde el primer día en que entró a aquella casa y se acostó con Manuel Alfonso dos semanas después. Habían pasado muchos años desde esos tiempos pero sus cualidades de envidiosa se refinaron. El salvaje y el imbécil viven en estado de permanente envidia y Angelina era un buen – si no el mejor – ejemplo de ese tipo de gente. Había nacido para ser de la realeza – decía - pero la mala suerte le dió sólo un cuna de paja, una madre meretriz y un padrastro abusador. Genoveva solía decirle que «más valía paja que estiércol» y que ella aspirava a cosas que nunca tendría. Embustera y llena de maldad intentó de todas las formas quedar embarazada de Manuel Alfonso durante los años en que se acostó con él en todos lados. Nunca dijo nada, pero estaba casi segura de que el viejo Conde Alfonso la usaba con la misma ligereza con que bebía un vaso de vino. Angelina era poco más que una meretriz, apenas el estatuto de criada en el Solar de Santa María de los Barbosa la salvaba de la calle y de los burdeles apestando a sudor y a semilla masculina. La anciana cocinera mandó salir a las otras criadas de la cocina, con el pretexto de ya no aguantar sus chismes y se quedó sola con Angelina que guardaba la vajilla de porcelana delicada en los altos armarios de forma lenta. Parecía hacer tiempo para que algo sucediera. Notaba el nerviosismo de la muchacha y esperaba que a cualquier momento quebrara una pieza de vajilla. No fue preciso esperar mucho. Un fino vaso de cristal se estrelló en el suelo de granito. Angelina era así. Cuando estaba a punto de hacer alguna estupidez se ponía nerviosa y quebraba la vajilla. Para provocarla más Genoveva dijo:

- ¿Ya cerraste las ventanas de este piso con el cerrojo?

A lo que la criada se apresuró a responder que sí y que no precisaba verificar, ella misma se había encargado de eso.

- Su Señoría dió órdenes para que cerráramos todo. – Aclaró Angelina.

La cocinera casi dejó caer la pesada olla de hierro que estaba fregando. ¿Dónde es que la serpiente venenosa se había inmiscuido para saber algo que era supuestamente secreto?

- Puedes ir muchacha. – Y le indicó que saliera. – Es hora de que te recojas. Mañana te quiero aquí bien temprano.

Más tarde, cuando terminara el trabajo iría a verificar ella misma las

ventanas.

Golpeó dos veces y como no obtuvo ninguna respuesta entró. Estaba sentada frente al tocador y pasaba el cepillo de crin en el largo cabello dorado. Se acercó y su figura apareció reflejada en el espejo del tocador donde las miradas se cruzaron. En silencio, arrastró una silla a su lado y se sentó. Le tomó las manos, las besó y la sintió estremecerse. Pensar que la podía haber perdido era enloquecedor, pero pensar en asumir el amor que le devotaba dolía. No quería pasar otra vez por el rechazo y ser sustituido por otro hombre. Sería una cuestión de tiempo hasta que ella se dejara seducir por alguien.

- Señor...

- Trátame por el nombre por favor. – Le pidió.

- Quiero agradecerte por haberme salvado de las garras de aquel infeliz.

– Dijo con los ojos muy tiernos y recatados. Isabel parecía haber perdido el aire provocador, la faceta que más apreciaba en ella.

Las manos posadas en el regazo encima de la bata azul de seda, que le realizaba la blancura de la piel, le daban un aire de diosa griega. El deseo de besar aquel cuello de cisne casi le dolía en el alma. La amaba. Pero no podía. La su suerte con las mujeres nunca duró mucho. Las conquistaba fácilmente, pero pasado poco tiempo descubría otros hombres en sus vidas. La miró profundamente y se asustó con una pequeña sombra que vio surgir.

- Podría agradecerme con un beso. – Dijo atrevido.

- Pues podría Manuel, pero no ayudaría a mi felicidad.

- Tal vez no, pero a mí me gustaría.

- A mí también. Pero, después de lo que pasé quiero más de la vida y de un hombre. Quiero alguien que me ame y que yo pueda amar. Vuestra Señoría apenas quiere pasar un buen momento y satisfacer sus instintos.

- ¿Es eso lo que piensas de mí? – Preguntó ofendido.

- Y. ¿No estoy en lo cierto?

No, no lo estás. ¡Si supieras como yo te quiero! ¡Si supieras el miedo que tengo de que tu me abandones! Voy enloquecer sin ti.

- Estás en lo cierto sí, mi querida. No soy hombre para compromisos.

Vió la sombra de sus ojos oscurecer y caer sobre sus hombros. Detestaba verla sufrir pero en breve se olvidarían uno del otro.

- Tengo una cosa a decirte... voy a partir dentro de cinco días. Me quedo unos días en mi casa de Lisboa y después embarco con Teresa.

- ¿Era sólo eso? – Intentó no mostrar interés.

- Sí.

Tenía la esperanza de que suplicara para que no partiera. Pero ella no lo hizo. Se mantuvo inmóvil con el cepillo en la mano, mostrando la tristeza frente al comunicado pero el orgullo era mayor que todo.

Podría preguntar «y cuando vuelve» o «piensa volver», pero jamás lo haría.

- Entonces hasta mañana. – Y continuó peinándose el cabello con gestos mecánicos para evitar que las lágrimas cayeran. Delante de él jamás iba a llorar.

Manuel se levantó de la silla con brusquedad y salió de la habitación golpeando la puerta.

Cuando él salió corrió a meterse en la cama y dejó las lágrimas deslizarse libremente. Lloraba a los sopetones intentando targar la tristeza. Estaba sola en la vida. No le quedaba nadie más después de que Manuel partiera. Recordó los momentos de amor que habían pasado juntos y el dolor aumentó. Metió la cabeza debajo de la almohada e intentó sofocar el sonido del llanto. No quería ser oída, pero finalmente estaba descontrolada. El choque había pasado y el sufrimiento fluyó de forma natural.

Le pareció oír un llanto. Acercó el oído en dirección al sonido e identificó su fuente. Venía de la habitación de la señorita de Mayorazgo. Se condolió de la muchacha. Estaba estampada en sus ojos la pasión que nutría por el Conde, pero un hombre herido es peor que un vientre empedernido: no sale de allí nada que sirva con facilidad.

Giró el picaporte de porcelana azul y blanca y entró en la habitación medio oscurecida. Apenas una vela ardía encima del parapeto de la chimenea apagada. Se sentó en la cama al lado de ella y le pasó la mano por los cabellos.

- Pobre niña. Ven aquí mi querida, cuéntale a la tía Amelia qué es lo que te entristece. – E intentó llevarla a su pecho.

Isabel se levantó y con vergüenza intentó secar las lágrimas. La última cosa que deseaba era despertar la piedad de los otros.

- Gracias... mi señora... estoy apenas cansada. - Respondió a los sollozos.

- Estás cansada de mostrarle al tonto del mi sobrino que lo va perder, ¿verdad?

Atónita con la sagacidad de la Baronesa asintió con la cabeza, avergonzada.

- No hay vergüenza en amar a un hombre mi querida. Manuel es un bello espécimen masculino, pero muy herido. ¿Qué sabes de su vida?

- Nada mi señora. Quiere decir, sé que fue para Brasil en la juventud y sólo regresó pasados algunos años. Pero eso poco importa... él va a seguir su vida y yo la mía. Fue apenas una coincidencia nuestro encuentro.

- ¿Le llamas coincidencia? ¡Mi querida niña! Fue una suerte, eso sí. ¿Qué sabes acerca de los hombres?

Perdida con la pregunta disparada a quemarropa, se puso roja hasta la raíz de los cabellos. A la mente le vinieron las caricias de él. Era todo lo que sabía y creía que no era poco.

- Nada. – Confesó, mintiendo.

- ¿Tu madre no te enseñó como comportarte con un hombre?

- ¡Jesús Vuestra Señoría! Jamás mi madre haría semejante cosa. Estuve enterrada en un convento desde mis dieciséis años.

- ¡Pobre querida! ¡Tu padre es un viejo avaro y tonto! – Se descuidó al decirlo.

Al hablar así parecía que lo conocía.

- ¿Usted lo conoce?

La Baronesa fue atrapada en su propia trampa. No podía responder.

- Mira, vamos a cambiar de asunto. Voy a enseñarte a conquistar un hombre, en este caso mi sobrino. Puedes creer que él precisa tanto de amor como tú. Es un pájaro herido.

Se quedaría tranquila cuando verificara todas las ventanas. El silencio imperaba en el enorme Solar de Santa María y sólo algunos candelabros quedaron encendidos para evitar la oscuridad del campo, aunque allá afuera, en la entrada quedaron antorchas de aceite encendidas durante casi toda la noche. La luna llena había partido con el mes de Agosto y el frío ya se hacía sentir. Genoveva colocó el fino chal en los hombros y recorrió las habitaciones de la casa una a una. Todas las ventanas estaban con el cerrojo puesto por dentro. Nadie entraba allí con una protección como aquella. Colocó el pie en el primer escalón de la escalera de trabajo cuando le vino a la mente que la despensa al lado de la cocina tenía una pequeña ventana sin cerrojo capaz de dejar pasar a un hombre robusto. Volvió atrás y se chocó con el anciano mayordomo.

- ¡Jesús señor! ¡Casi me derriba!

Genoveva y Miguel viven a los golpes desde siempre. Los dos reivindicaban poderes de decisión dentro de aquella casa. Ambos sirven a los Barbosa hace por lo menos tres generaciones, allí era su casa y en los largos años en que la familia estuvo en Brasil se quedaron cuidando el solar sobre las órdenes del administrador.

- ¿Qué anda haciendo usted a oscuras? – Preguntó malhumorado como siempre.

- ¿Por acaso está ciego señor? ¡Sé que está viejo, pero no lo sabía ciego! Hay tres candelabros encendidos en este pasillo. Pero ya que pregunta, voy a ver la ventana de la despensa.

- Voy con usted. No dejó de ser insolente. Si yo fuera más joven...

- No haría nada señor.

El anciano se calló. Mal conseguía arrastrar los pies y Genoveva tenía por lo menos veinte años menos que él.

Avanzaron unos diez pasos hasta a la división junto a la cocina y entraron con una vela en la mano. Para espanto de los dos la ventana estaba abierta.

- Yo mismo cerré esa ventana antes de servir la cena a sus Señorías. Alguien la abrió. – Constató Miguel.

- Yo sé quién fue. – Dijo Genoveva.

- Si sabe debe informarme. Debo explicaciones a su Señoría el Conde Manuel.

- Usted también sabe que tenemos una serpiente venenosa aquí dentro hace años. Deje que ella muera con su propio veneno.

Miguel volvió a cerrar la ventana y cerró las puertas de madera. Por allí nadie pasaría.

Se acostó encima de la cama, vestido. La noche iba a ser larga y estaba alerta para lo que viniera por ahí. Antes de recogerse a su habitación fue a verificar cómo estaba el Señor de Mayorazgo y le dieron ganas de abofetear al viejo. Insistía en un pago por el honor de su hija y lo irritó hasta no conseguir dejar de responderle:

- Usted Señor de Mayorazgo debía estar agradecido de haberle salvado la vida. La avaricia que demuestra explica porqué encontré a su hija en un convento, cuando debería estar cuidando de un marido y de un puñado de hijos. Está en mi casa y sólo lo recibí en consideración a ella, pero le digo,

usted Señor de Mayorazgo, es la mayor basura que conozco después de aquel gitano que le cortó la pierna.

- Tengo todos los derechos sobre mi hija, ¡Señor Conde! – Levantó la voz.

- ¡Aquí usted tiene el derecho de quedarse callado! – Gritó también perdiendo la paciencia.

- Ella va a volver al convento, puede estar seguro de eso y sale de aquí conmigo en cuanto pueda caminar.

- Ni una cosa ni otra, Señor de Mayorazgo. ¿Usted no sabe que la corona prohibió la entrada de novicias y novicios en los conventos a principio de este año de 1790? – Le informó con una sonrisa jocosa. – Pues sepa que se acabó ese tipo de actitud. Padres como usted están en vías de extinción. No quiere pagarle un dote a su hija, pero también no la puede poner en la calle.

Se acordó de su propio padre que casó a su hija con un negrero apenas por dinero.

- Que la pase bien Señor de Mayorazgo. – Y fue directo a la puerta. – ¡Ah! Ya me olvidaba. Isabel no sale de aquí. No hay mayor desonra que tener un padre vil y avaro como usted. No me vuelva a hablar de dinero que lo entrego a los lobos. Y salió golpeando la puerta. Que hombre horrible. Parecido con el Conde Alfonso, su padre. Tal vez por eso reaccionaba de forma intempestiva siempre que estaba en la presencia del Señor de Mayorazgo. Pobre Isabel.

La caña larga de palmera estaba apoyada en la ventana. Se habituó a usarla como arma de defensa. Rápido a cortas distancias y sin emitir ningún sonido era muy eficaz e higiénica.

Allá afuera una veintena de hombres – todos sus arrendatarios - estaban de guardia en el Solar. Cualquier extraño que pasara los muros del jardín sería marcado según había sido combinado. Estaba cansado de aquella situación. Las ganas eran de desistir de ir a Brasil y quedarse con Isabel. Sólo el orgullo y la inseguridad lo impeleían a alejarse de ella. Quería poder abrazarlala ahora y besarlala empezando en la boca y acabando...

Los ojos le pesaron y tuvo la sensación de haber dormido y despertado enseguida con un choque. Se sintió desvanecer y abrió los ojos con dificultad. Las noches sin dormir lo llevaron a la extenuación.

- ¡Despierta Manuel! Tenemos gente allá afuera.

Era Francisco haciendo un esfuerzo para que despertara.

- ¿Isabel?

- Duerme como un angel. Doña Amelia está con ella. ¡Estás realmente enamorado hombre! Es de ésta vez que te veo casado. – Bromeó con el amigo.

Medio aturdido y con sueño Manuel no se dió el trabajo de responderle negándolo. Se rió y se levantó de la cama fregando la gran cabellera negra despeinada.

- ¿Qué pasó? – Preguntó más despierto. – Me desmayé de cansancio.

- Cansancio y preocupación amigo. – Dijo el hidalgo. – Hay un intruso en el jardín. Parece ser el gitano, pero cambió de ropa. Viste todo de negro. Fue visto yendo directamente a una ventana de la planta baja, pero volvió para atrás. Deambula por el jardín, parece esperar alguna cosa o a alguien.

- Tiene una cómplice acá dentro. – Afirmó. - Esa es mi última tarea. ¡Acabo con esa puta!

- ¿Qué puta hombre? ¿De quién hablas?

- No lo vas a creer. De Angelina.

- Aquella criada que...

- Esa misma. Una serpiente mortal. Vamos. Voy a sacar a Isabel de su habitación.

La Condesa durmió en una chaise longue junto a la cama de la señorita de Mayorazgo y roncaba a sueño suelto. Isabel dormía un sueño plácido. Mientras Francisco intentaba despertar a la señora y llevarla para fuera de la habitación de Isabel, Manuel Alfonso pasó un brazo por debajo de las piernas de Isabel y otro por la espalda y la levantó con delicadeza. La cargó como si fuera una niña y ella sintiéndose en sus brazos, apoyó la cabeza en el pecho cabelludo y fingió dormir. Aquel abrazo le sabía a puerto seguro. Podía cargarla hasta donde él quisiera, hasta el fin de la vida de los dos. Confiaba ciegamente en él, sin pensar.

Subió las escaleras hasta la torre y la acostó en una habitación vacía. La tapó con una colcha fina y salió cerrando la puerta. Un criado armado estaba en el tope de las escaleras. Cualquier hombre que intentara pasar por allí difícilmente sobreviviría. Preocupado bajó las escaleras preparado para todo. No sabía si estaría vivo después de la confrontación. Era matar o morir. Nunca fue un hombre de extremos, pero hoy estaba dispuesto a todo.

CAPÍTULO 17

La sombra negra trepando por la pared agarrada a la enredadera de hera inglesa se confundía con la oscuridad de la noche. A menos de dos brazos del balcón de la habitación el bulto se agarró a las rejas de hierro y saltó hacia el interior afirmando los dos pies en el suelo de ladrillo con un golpe sordo.

En el extremo opuesto, los dos hombres esperan la marcha de los acontecimientos agachados en el balcón de la habitación de Manuel. Cuando la sombra de negro se preparaba para partir un vidrio y penetrar en el interior de la habitación, el Conde llevó el tubo a la boca, llenó el pecho de aire, apuntó para el cuello de la figura y sopló con fuerza esperando no falhar. La distancia era razonable y la hipótesis de no lograrlo era real.

Del otro lado se oyó un gruñido de molestia y una serie de maldiciones.

La figura que más parecía el diablo en persona comenzó la tambalearse apoyándose en las paredes.

- ¿Estás seguro que no lo mata? – Preguntó el hidalgo, todavía con dudas.

- No, no estoy seguro, pero creo que la dosis es tan pequeña que va a quedar adormecido por unas horas, pero no se perdería nada si la bestia muriera.

- Deven ser fantásticos, esos negros de la tierra... Um día voy contigo a Brasil, quiero conocer a ese pueblo...

Más preocupado con lo que pasaba del otro lado, Manuel ni le prestó mucha atención. Lo tomó por la manga de la camisa azul oscura y lo llevó al interior de la habitación.

- Vamos a ver al malviviente. Todavía debe estar despierto, aunque ya no pueda moverse.

En segundos los dos hombres llegaron a la habitación que la señorita de Mayorazgo ocupa desde que vive en el Solar de Santa María y Manuel abrió las puertas saliendo para el exterior con la pistola en la mano. Quiso aproximarse al hombre con la certeza que él no iba a herir a nadie. Si tuviera que matarlo no vacilaría.

Extendido en el suelo y con la cara retorcida por la paralización leve de los músculos, el gitano intentó empuñar la pistola que cargaba en la funda de la cintura, pero las manos no le obedecieron. Una risa tonta y casi silenciosa le salió de la boca carnuda y con odio miró a los dos hombres parados en su frente.

El Conde y el hidalgo permanecían estáticos mirando a la maléfica figura, que ya no ofrecía peligro.

Pensando que iba a morir, el gitano quiso vengarse de la única manera que creía que podía causar daño. Miró a Manuel, iluminado por la luz del candelabro encendido en el interior y dejó escapar el secreto de su vida.

- Querido hermano... - dijo bajo y con rencor. – Quien diría que serías tú quien mataría al bastardo.

¿Hermano? ¿El hombre deliraba!

Frente a la estupefacción de Manuel el hombre prosiguió cada vez con la voz más arrastrada.

- ¿Qué es lo que el viejo Conde nuestro padre... - luchaba para no cerrar los ojos – dirá cuando sepa que fuiste tú el que me mató? El cobarde huyó para Brr...

Manuel comenzó a notar lo que él decía. El viejo Conde estaba lleno de bastardos mulatos, no lo espantaba que también tuviera un gitano. Sintió pena del hombre.

- No mueres, quédate tranquilo. Pero nunca más te quiero aquí. La policía debe estar llegando... y hasta que llegue vas a quedar atado. Voy a entregarte a las autoridades. Si pretendías acercarte, hiciste todo al revés hombre...

- ¿No será mejor dejarlo ir? – Preguntó el hidalgo.

- No. – Respondió con dureza. – Isabel fue bastante maltratada por él. Ella no tiene la culpa de los errores de mi padre ni de los de su padre. No puedo dejarlo ir. Mi padre que venga a interceder por él si quiere, está en su derecho y a evaluar por la novedad, no hacía más que su obligación...

Con más tristeza en los hombros, penetró en el interior de la casa con la intención de llamar a los lacayos para que llevaran al hombre y lo ataran.

- Sabías que tu padre...

- No. – Dijo triste. – Pero no me sorprende. Este gitano siempre me intrigó. Me acuerdo de él merodeando por la casa cuando era pequeño... pobre... debía estar con rabia de mi padre pero no conmigo... me da pena.

La puerta se abrió y Miguel entró en el salón con su aire solemne.

- Señor, el carruaje de la policía llegó para llevar al maleante. – El mayordomo era siempre muy cerimonioso y usaba palabras caras.

- Manda entrar al intendente. Hablaré con él personalmente.

- Perfectamente señor. – Y salió cerrando la pesada puerta.

Afuera el día amanecía. El cansancio se apoderó de los dos hombres que intentaban mantenerse de pie despiertos. Las últimas noches, desde que Juan de Morel raptó a Isabel, fueron casi pasadas en claro. Manuel presentaba un aire cansado, barba crecida y una tristeza en la mirada. Disimuló un bostezo.

La puerta se abrió una vez más y el mayordomo hizo entrar a un hombre con un bigote fornido y enrollado en las puntas, usando un tricornio plumado en la cabeza – que retiró de inmediato - y vistiendo un uniforme de chaqueta azul y pantalones blancos. El problema inmediato estaba resuelto y dentro de poco tiempo el criminal sería llevado a la prisión de Évora. Manuel sólo quería asegurarse de que lo tratarían de forma civilizada. Dentro de algunos meses resolvería ese asunto con su padre. El desprecio que sentía por el viejo Conde aumentaba a cada día que pasaba. Lo trató con crueldad de niño, obligó a su hermana a casarse con un hombre execrable, engañó a su madre con todas las mujeres que le pasaban por delante, tuvo más bastardos que los

dedos de las manos y de los pies podían soportar y le robó a la única mujer que había amado hasta conocer a Isabel. Sintió pena del gitano. Víctima de la ganancia y la lujuria de un hombre que tuvo mucho poder en la región y que se excedió como cualquier señor feudal: con desprecio y mano de hierro. Y cuando el Alentejo se tornó pequeño para ejercer su despotismo fue para Brasil a masacrar a los esclavos y llenarse de dinero con el oro minero.

Teresa apareció de la mano de Benta, sonriente y con un vestido con volantes de muselina rosa. Los rizos castaño claros atados en lo alto de la cabeza y las mejillas rosadas le daban un aire de muñeca.

A la mesa, Isabel y la Baronesa conversaban en voz baja. La entrada de la hidalga trajo silencio. Teresa corrió hacia los brazos de Isabel y se acomodó en su pecho. Una lágrima furtiva escapó de los ojos de la maestra. Se apresuró a limpiarla y cuando le daba un beso en la cara a la niña y la sentaba a su lado, Manuel Alfonso y Francisco entraron en el suntuoso comedor decorado en tonos de dorado.

La señorita de Mayorazgo levantó los ojos y encontró dos esmeraldas verde jade, clavadas en ella. Tristeza y mucho cansancio fue lo que vio.

Dos tristes. Somos dos personas tristes.

Manuel dió los buenos días a todos y no añadió palabra. Menos Francisco, los presentes ignoraban la tragedia de la noche y la presencia de Angelina sirviendo el desayuno era motivo para permanecer sin hablar de lo ocurrido. Cuando la criada entró al comedor con el carrito de trabajo, quedó espantada al ver a la señorita de Mayorazgo sentada a la mesa. No dijo una única palabra y quedó de pie al lado del carrito, a la espera de órdenes.

Manuel la miró de reojo y se rascó la cabeza. Sólo Francisco que observaba al amigo con preocupación notó su irritación. Otro asunto que todavía no había sido resuelto.

La niña charlaba alegremente con todos los presentes que dirigieron las atenciones hacia ella.

- Faltan cinco días para ir a ver a mamá. – Dijo contenta y mostrando sus habilidades de contar.

- Sí, querida, pero el viaje demora más tiempo. Cuarenta y cinco días. – Respondió el tío un poco incómodo.

Todos notaron la tristeza en su voz. El silencio se hizo sentir y apenas el tenue ruido del masticar y del sorber los líquidos presentes en las tazas de porcelana fina era audible.

Aunque quisiera, no podría cancelar el viaje. La niña estaba ansiosa por estar con su madre. Si fuera hoy no habría aceptado la propuesta descabellada del Señor su padre, de traer a la nieta para el continente. También lo había hecho por sí mismo, para librarse de su presencia y de la presión para que se casara. Por respeto nunca le había hablado de Flor, pero empezaba a dudar si él no se hubiera inmiscuido de propósito para terminar el amor de los dos. Depravado y preconceptuoso pregonaba moral y buenas costumbres al viento. Pero eso no disculpaba a Flor que parecía muy interesada en lo que hacía en aquella maldita tarde. De la cabecera de la mesa – mientras masticaba lentamente el pan fresco con dulce de membrillo – observó a Isabel.

Las miradas se cruzaron y todos los allí presentes habían tenido una noción de la tensión existente entre los dos.

¡Cómo te amo! Pero no puedo correr el riesgo de que el viejo Conde te ponga los ojos encima.

Terminada la comida Manuel pidió permiso para retirarse pero la tía le pidió que se quedara un poco. Tenía algo que decir.

- Han sido unos días difíciles para todos nosotros. Precisamos distraernos. Doña Benta me comunicó anoche que están pensando dar un baile en su casa en Évora mañana por la noche para presentar a Isabel a la sociedad.

Manuel frunció el ceño. ¿Qué es lo que la vieja zorra estaba tramando? Pero, ¿no deberían ir al campo en Aviz? Hubo cambios que Francisco no le informó. Todo muy extraño.

- Tía... - iba a decir que no era el momento, pero la tía no lo dejó continuar.

- Querido. Tú estás de partida. Isabel va a quedarse en mi casa y necesita conocer a los jóvenes de su edad. Yo misma le doy un dote.

Isabel iba a protestar pero el semblante duro de la señora le hizo bajar los ojos y dejar la conversación proseguir.

La pareja observaba la escena, divertidos. Doña Benta todavía dejó escapar una risa nerviosa, dejando a Manuel furioso, que se notaba por el ceño fruncido.

- Usted se olvida de que Isabel tiene un padre. Que por acaso... – hizo una pausa - ¿y no es un poco tarde para presentarla a la sociedad? Que yo sepa eso se hace a los quince años. - Y se calló de repente irritado.

- Isabel... quiero hablar contigo ahora, en el salón pequeño. – Dijo el

Conde mirándola de reojo.

- Querido sobrino, tú sabes mejor que yo, porqué es que la señorita Isabel está aquí... no vamos a hablar de eso ahora. Pero tal vez tú mismo quieras darle el dote a la muchacha y ayudarla a escoger algún pretendiente.

Manuel disimuló un rayo de ira. Escondió los labios en la taza mientras bebía un poco más de café y salió del salón esperando que Isabel lo siguiera. ¿Qué es lo que la tía quería? ¿Irritarlo? Ya lo había conseguido.

La Baronesa le sonrió a Benta. El plan de las dos parecía estar resultando.

- Querida, te espero en la habitación de mi sobrina Leonor, después que Manuel te libere del asunto que te quiere hablar. Vamos a dar uso a los vestidos maravillosos que ella dejó. Tienes que estar deslumbrante para el baile de mañana.

Sin saber bien lo que el Conde quería decirle Sebastián Rebelo estuvo de acuerdo en salir de la habitación para tener una conversación definitiva con Manuel Alfonso. Dos criados lo cargaron hasta la sala azul y lo acomodaron en un sillón. Nervioso el hombre comenzó a torcer las manos y apesar del fresco de la mañana, gotas de sudor deslizaban por la pelada. Vestía unos pantalones prestados, de Manuel, que dió órdenes para esconder la herida de las miradas de los otros, inclusive de Isabel.

Entró en el salón sin darle los buenos días – chispeando rabia por los ojos – y se sentó en el borde del sofá inglés. El malestar sentido, por la presencia de tan abyecta persona, era evidente en la forma como encaró al Señor de Mayorazgo.

- No puedo esconder de Isabel que usted ha estado aquí. Llámela para darle la noticia. Y enseguida va a regresar a su casa. Uno de mis criados lo acompañará en su coche.

- Mi hija tiene que ser resarcida por los daños que usted le causó. – Insistió.

La nariz levantada y rechonchuda estaba realmente pidiendo una puñetada. Se contuvo, cerrando los dientes, para no golpear a la vil creatura.

- Sí... tiene que ser resarcida.- Dijo con ironía. - Pero por los daños que usted como padre, le causó todos estos años. Déjeme que le diga estimado Señor de Mayorazgo – hizo una pausa y respiró fondo - es un padre despreciable.

El hombre quedó rojo de rabia e intentó levantarse para pegarle a Manuel

pero el dolor de la pierna se lo impidió.

- ¡Ah! Le aconsejo quedarse quieto y callado. No me cuesta nada hablar con la reina sobre su Mayorazgo. – Lo amenazó. – En un momento de transformaciones, ¡cuídese señor!

Casi explotando de odio el Señor de Mayorazgo se calló.

Un suave golpe en la puerta sonó e Isabel entró a la sala. Linda. El vestido de muselina beige adornado con rendas le acentuaba la belleza. Los labios carnudos y los ojos azules tristes sobresalían en el conjunto.

- Usted me llamó...

Los ojos encontraron a la figura enfrente de Manuel. Un escalofrío la atravesó y un mar de pensamientos desagradables le pasó por la mente: volver a casa, ser golpeada, ser expulsada...

Manuel notó su aflicción y se levantó de inmediato, la acercó a sí y le colocó el brazo en los hombros en señal de protección.

- No tiene que temer nada Isabel. Su padre pasó por aquí para saber como está usted. ¿No es así Señor de Mayorazgo?

- Sí, hija mía.

Aquello sonó mal y falso.

- Y ahora que ya la vió va a regresar a casa.

Isabel quería saber de su madre. No perdió la oportunidad.

- ¿Quiero saber como está mi madre? Presumo que usted nunca la dejó visitarme... en el convento. Ni le dijo que yo ya no estaba más allá, ¿verdad? – El dolor y la desilusión eran evidentes en su voz entrecortada por la emoción. Pero al sentir la espalda caliente con la protección del Conde no podía dejar de hacer la pregunta.

Tomado de sorpresa el Señor de Mayorazgo - bajo la mirada felina del Conde – se apresuró a reparar las cosas.

- Su madre se cansa con facilidad... quise protegerla de un viaje. – Mintió.

- Imagino... siempre tan cuidadoso, mi padre. – Ironizó más tranquila. Estaba perdiendo el miedo de confrontarlo. No tenía nada que perder. Todo lo que podía perder que la afectara ya lo había perdido: La seguridad de la casa paterna, la madre y ahora el hombre que amaba. El único que amó hasta ahora. Tal vez nunca más amaría a alguien.

- Su esposa está invitada a pasar una temporada con nosotros aquí en mi casa. – Dijo el Conde.

A Isabel le pareció extraña el invitación. Para quien iba a partir dentro de

dos días, parecía haber cambiado de planes. Una centella de esperanza le calentó el corazón.

- Gracias, Vuestra Señoría. – Agradeció haciendo una leve reverencia.

- Tu padre, está de partida. Espero que la estadía por mis tierras haya sido provechosa para usted. Despídete Isabel. – La apresuró.

Pidió la bendición a su padre que a mucho costo la bendijo y salió del salón con Manuel. Entraron de inmediato, Miguel – que esperaba a la puerta – y dos criados para cargar al Señor de Mayorazgo hasta el coche.

Isabel subió la enorme escalera de mármol y Manuel corrió para alcanzarla. Le tomó la mano y zambulléndose en el profundo azul de su mirada dijo con pasión.

- ¿Quieres realmente ir al baile?

Pensó que diría algo diferente y quedó desilusionada.

Prefería que dijeras que me amabas. Pero como estaba instruida por la Baronesa respondió en tono afirmativo.

- Claro. No iría a perder una oportunidad de esas. Señoritas de Mayorazgo no suelen ser invitadas a bailes de la nobleza.

Manuel rió.

- En ese caso deseo acompañarla y quien va a dar un baile soy yo. Voy a dar instrucciones a Miguel y Genoveva para que partan hacia mi casa en Évora para prepararlo. Quiero certificarme de que... - pero no concluyó la frase.

Que ningún otro hombre se aproxime de mí.

- Tendré todo el gusto Vuestra Señoría... Manuel. – Se corrigió.

El Conde se inclinó y le besó la punta de los dedos incendiándole la piel. Isabel los retiró, avergonzada y los escondió entre la muselina del vestido.

Bajo la protección de la noche se tornaba una seductora, durante el día era la creatura más tímida que conocía.

- Tengo asuntos para resolver. Nos vemos en la cena. – Y comenzó a bajar por la escalera. Algunos escalones abajo, dijo:

- ¡Ah! No se olvide de escoger un vestido muy bonito. Quiero que brille.

A tu lado. Pensó. Tal vez el plan de la tía diera frutos. Empezaba a creer que los hombres eran unos tontos fáciles de engañar. Manuel iría a pasar un mal momento en el baile. Estaba apostando en darle celos, ya que de otra forma no había conseguido cambiar su decisión. Contaba para eso con el apoyo de la tía.

CAPÍTULO 18

El carruaje negro ostentando el escudo de la casa Barbosa, tirada por cuatro caballos, paró delante de la puerta. La casa Señorial de cuatro pisos emanaba luz de casi todas las ventanas. Un criado de librea se apuró a bajar los escalones del carruaje para que las señoras bajaran. Manuel Alfonso salió y le extendió la mano a la tía colocándola en seguridad en la vereda, a salvo del polvo de la calle. Una veintena de muchachas de la sociedad eboreense, ostentando una gama de colores vivos y volantes en los vestidos que vestían esperaban en la entrada de la casa la llegada del anfitrión y de su dama. Manuel decidió abrir la casa de Évora por un día, evitando así, perder el control de Isabel. Un baile en la casa de Francisco equivalía a sujetarse a los invitados y exponer a Isabel a todos los hombres libres de la sociedad eboreense.

Ayudó a la señorita de Mayorazgo a salir del carruaje y le ofreció el brazo para acompañarla. De dentro de la casa ya salían acordes de un vals inglés.

Manuel subió las escaleras ostentando orgullosamente la belleza de ella apoyada en él, arrancando murmullos de admiración por donde pasaban. Manuel Alfonso era un misterio para la sociedad. Joven, bonito, soltero y rico no se dejaba atrapar por ninguna dama. Una fila de hermosos caballeros hacían fila en la entrada del salón para admirar a la beldad anunciada. A Évora le encantaban los cotilleos y la novedad tomó la ciudad diseminándose por la sociedad. Saber que el Conde de Évora-Monte tenía una supuesta novia era motivo para todos querer ser invitados para el baile. La Baronesa no dejaba a manos ajenas las invitaciones del baile y le prohibió al sobrino inmiscuirse en el asunto. Invitó a todos los hombres solteros de la sociedad desde Señores de Mayorazgo a Duques.

- Pero tía, la casa es mía, me gustaría ser yo quien invite a las personas.
– Reclamó.

- Es verdad hijo mío, pero sólo te cabe firmar las invitaciones, con tanto trabajo que tienes, te alivio de por lo menos uno.

Mañosa y queriendo suscitarle un ataque de celos del cual él no se olvidaría mientras viviera – aunque fuera con una buena carcajada - invitó a

todos los jóvenes casaderos de la ciudad que tuvieran algún título de nobleza. Tenía que reconocer que la tía lo había colocado en una trampa.

Las ganas que tenía, era de expulsar a todos del baile y quedarse solo con ella.

El salón de baile estaba repleto de personas. Hombres y mujeres hablaban educadamente mientras la orquesta del baile ensayaba los últimos acordes. Isabel estaba deslumbrada. No moriría sin saber cómo eran las fiestas de la nobleza y le agradecía a Manuel, o mejor, le agradecía a Doña Amelia. Estaba adorando ser el centro de las atenciones. Cabezas giraban cuando pasaba y susurraban con la persona al lado. Lo que decían no le importaba. Hoy era la reina de la fiesta. Al menos tendría su día de gloria aunque mañana fuera una simple señorita de Mayorazgo.

Manuel se dirigió al salón de brazo dado con ella, la dejó con Doña Benta y su tía, para que efectuaran las presentaciones y pidió permiso para ir a saludar a los ilustres invitados que su tía había hecho el favor de honrar. Entre los cinco o seis nobles de la zona ni uno estaba presente. Comenzó a extrañarle ver sólo a jóvenes, hijos de nobles y todos de la edad de Isabel. Parecía un té baile de señoritas de la nobleza de Lisboa. Las mujeres mayores que estaban en la fiesta - constató después de recorrer el salón - eran la tía y la hidalga y los hombres, sólo él y Francisco. Todos los otros eran muchachos de la edad de Isabel. ¿Qué es lo que la tía estaba tramando?

Miguel estaba al fondo del pasillo, en sus funciones de mayordomo y daba órdenes a los criados que distribuían copas de champán y canapés coloridos en bandejas de plata. Se acercó a la criada que le hizo una leve reverencia.

- Miguel, ¿Por qué la Baronesa no invitó a los Condes de Ficalho, de Arraiolos y también a su gracia el Duque. ¿Por acaso el palacio de Cadaval cerró las puertas a las invitaciones?

- Vuestra Señoría... no sé responderle. A la Baronesa le pareció bien hacer un baile... diferente... fueron esas sus palabras. – Explicó el mayordomo.

- ¿Y por acaso la Baronesa no pensó que voy a quedar mal visto en la sociedad eborense? ¿Dónde se ha visto hacer un baile y no invitar a los nobles de la región! – Refunfuñó bajito.

- Fueron esas mis palabras a la Baronesa, acerca del asunto. – Se justificó.

- ¡Ah sí! No esperaba otra cosa de usted Miguel. Tantos años de trabajo

en mi familia.

- Desde el tiempo del su abuelo, el Conde Francisco, era yo todavía un niño. Dios tenga su alma en descanso. – E hizo la señal de la cruz.

Manuel rió. El abuelo no era una buena res. Había emigrado para Brasil junto con todos los desclasificados que el reino producía, en busca de oro. Si ya era rico, se hizo más rico todavía y se hizo dueño de ingenios azucareros. Tomó el gusto por la libertad de no tener mujer presente y sólo regresó para morir. Si no fuera el espíritu pionero de Don Francisco Barbosa – siempre en busca de aventuras – tal vez, no hubiera conocido la tierra roja. Tierra bendita. Lo siguió el Conde su padre – que fue a cuidar de las tierras del abuelo - pero por otros motivos menos nobles, desconfiaba ahora.

- ¿Y cuál fue la respuesta de la señora mi tía?

Miguel carraspeó intentando aclarar la voz. No quería ver al joven Conde furioso con él y le pareció providencial decir.

- Que usted va a partir para Brasil pasado mañana y puede muy bien pasar por el incómodo de ser referenciado como un vecino estirado y que quebró las reglas de la buena convivencia entre la nobleza.

- Pero, ¿mi tía desconoce la etiqueta? – Bufó.

- En realidad pienso que no, Vuestra Señoría. – Dijo con ganas de reír pero manteniéndose muy serio. – Deme permiso, preciso dar órdenes a los criados. Y se retiró para reírse con ganas. Desde la cocinera a la Baronesa todos estaban involucrados en la tentativa de hacer que Manuel cediera y declarara su amor por Isabel.

El Conde, visiblemente irritado miró alrededor y por la puerta entreabierta del salón, vió a Isabel rodeada de caballeros jóvenes, muy interesados en todo lo que ella decía. ¡Y como ella reía! ¿De qué se reía?

Doña Amelia, viendo la trompa que el sobrino demostraba – al punto de quedarse en el pasillo digiriendo los celos - fue a su encuentro. Esperaba que el obstinado oyera al corazón y diera una oportunidad a los dos.

- ¿No está encantadora? En los próximos días vamos a quedarnos en Évora. Va a tener un séquito de admiradores para cortejarla a partir de hoy. Tenemos que abrir las puertas de la casa para recibir a los jóvenes. El niño puede partir cuando quiera. – Lo desafió.

- Tía, ¿no le parece que Isabel está un poco mayor para ser presentada a la sociedad? ¡Me parece que ya no tiene quince años!

Dejó escapar con acritud.

- ¿No entiendo por qué mi sobrino se preocupa con la edad de la señorita

de Mayorazgo? Por acaso estaré viendo una puntita de pesar?

- ¡No me provoque tía! Vamos a tener que pedir disculpas a los nobles de la ciudad. No fue correcto no haberlos invitado.

- Para quien detestaba a los pavos reales de la nobleza, estás muy defensor de la clase. Es hora de comenzar el baile. ¿Quieres que le pida a Francisco que abra el baile?

- No tía. Haré los honores de la casa. Voy a abrir el baile.

Le hizo una señal a los músicos para que comenzaran un vals inglés – moda en los salones de Europa – Y se dirigió a Isabel.

Con los primeros acordes en compás ternario los cerca de doscientos invitados se dieron vuelta hacia el centro del salón. La expectativa de saber quién sería el sortudo que iría a abrir el baile con la señorita de Mayorazgo estaba presente en todos los rostros.

Listo como un jaguar le pasó un brazo por la cintura, acercándola a él y dijo:

- Deseo abrir el baile contigo. Debes estar muerta de miedo.

Isabel asintió.

- ¿Sabes bailar el vals?

- ¿Y si no lo sé? No debería hacerle preguntas vergonzosas a una doncella.

- Hay otras preguntas mucho más vergonzosas... - insinuó ciñiéndola a sí.

Sin entenderlo muy bien, Isabel colocó la mano en la de él y se dejó conducir hasta el centro del salón, rodando y hasta atreviéndose a dejarlo hacer algunos pasos más osados.

- ¿Dónde has aprendido a bailar así? – Le preguntó.

- En el convento.

Manuel dió una carcajada pequeña.

- ¿Y que más has aprendido? Veo que no fue así tan malo el tiempo allá. – Constató. – Ha hecho de ti una muchacha muy hacendoza. – Dijo con ironía.

La apretó con más fuerza por la cintura obligándola a una proximidad embriagante y dijo en voz baja:

- ¿Ya te he dicho que hoy estás especialmente bella? La tía Amelia ha hecho un excelente trabajo con ese vestido.

Estaba linda envuelta en una túnica suelta. El vestido de seda adamascada azul safiro le realzaba el dorado de los cabellos y condecía con

los ojos. El cabello, atado en lo alto de la cabeza, en una massa de espesos rizos sujetados con una vincha de diamantes – perteneciente a la Baronesa - hacían de ella una reina. La reina del salón en aquella noche.

- Vuestra Señoría está muy bien. El azul oscuro le queda muy bien.

Manuel hizo una señal a los presentes que podían bailar y rápidamente el salón se llenó de parejas bailando.

- ¿Tiene noción, cuando la deje libre va a tener su cuadernito de danza completamente lleno de nombres de caballeros? – Preguntó.

En realidad estaba controlándose para dejarla tener la experiencia de disfrutar la noche. Era su noche.

- No estoy ni un poco interesada en cualquiera de los caballeros presentes. – Respondió sincera. – A pesar de ser muy grata a la señora su tía, sé que mañana nada de esto va a existir. Sé bien mi lugar. Hoy voy a fingir que esto va a ser para siempre.

- ¿Ésto qué Isabel?- La provocó.

- Usted y yo. Puede fingir el resto de su vida. Puedo estar temblando de miedo, miedo de perderlo, pero en verdad creo que usted también. Las maquinaciones de Doña Amelia también lo afectaron. No era necesario haberse comprometido frente a las otras personas al bailar conmigo. Si distancia es lo que quiere de mí, no debería haberse dado el trabajo de hacer el baile en su casa. – Respondió ríspida.

No aguantaba más su ambigüedad. Fue dicho. Que hiciera lo que quisiera con su confesión. Se sintió aliviada.

Quedó serio de repente y fue como si hubiera tomado un puñetazo en el estomago. Reaccionó. No quería que ella pensara que quería distancia de ella.

- ¿Es eso lo que piensas de mí? No puedes estar más engañada.

- Vuestra Señoría en los últimos días no me dió motivos para pensar lo contrario.

La música paró e Isabel aprovechó para alejarse de él. Con una reverencia le agradeció la danza y se dirigió donde había un grupo de muchachas que le habían sido presentadas. Risas y abanicos agitándose fue todo lo que Manuel consiguió ver. Se alejó para el pasillo y encendió la pipa, chupando grandes tragadas de humo que le aliviaron la tensión de los músculos. Estaba realmente perdido, no sabía qué hacer. La cabeza estaba llena de fantasmas que no conseguía exorcizar.

Una de las jóvenes presentes, lindísima en su vestido rojo vino, se atrevió a provocar a Isabel. Todas estaban curiosas para saber que era lo unía

a los dos.

- Felicitaciones. Consiguió atrapar al hombre más bonito y caballero de la región. – Y todas se rieron suavemente.

Le parecieron todas tontas y fútiles. Comparadas con las amigas del convento, poco tenían en la cabeza. Pero, no quiso ser arrogante y se esforzó por mantener la conversación en un nivel aceptable.

- Creo que está engañada señorita...

- Catarina. Catarina Sanches. ¿Y usted?

- Isabel Rebelo.

- ¿De qué familia noble proviene?

- De ninguna, mi padre es Señor de Mayorazgo.

Todas sin excepción intentaron disimular el horror que sintieron de Manuel interesarse por alguien distante de la su clase social. Todos sabían que Señor de Mayorazgo era un título menor.

Lo que ellas no sabían es que el gran amor de la vida del Conde había sido una mulata. El único factor que hacía Manuel alejarse de Brasil era la convivencia con su padre. Las reglas y costumbres eran mucho más blandas y sin la mitad de los hipócritas que pululaban en el continente pues, era la población portuguesa en Brasil, en su mayoría constituida por la sobra de la patria: condenados, gitanos, rameras y hombres sedientos de aventuras.

- ¡Ah! Claro... - dijo la doncella Catarina.

Lo que restó de la noche Isabel la pasó de mano en mano bailando, valsos, polcas, minuetos y cuadrillas. Apoyado en una columna que sustentaba el techo del salón, Manuel, no despegó los ojos de ella. Teniendo como compañía un buen vaso de whisky escocés suprimió la ganas de cargarla por la escalera, acostarla en su cama y amarla hasta que los dos se cansaran.

Uno después del otro los jóvenes caballeros iban desfilando junto a ella y haciéndole invitaciones para té, eventos de música, bailes y paseos en el jardín y todos ellos habían hecho alarde de los predicados y de los títulos que todavía no habían heredado. Oía pacientemente, agradecía, pero siempre dejaba su negativa diciendo que en el día siguiente viajaría para el campo. No veía la hora de terminar la noche y recogerse a su habitación. Si convivir con la sociedad y en los salones dorados de la nobleza era aquello, entonces prefería ser campesina el resto de la vida.

La criada de habitación la ayudó a sacarse el vestido. Fue con alivio que

se quedó sola y pudo finalmente acostarse en la cama. Deseó que Manuel la invitara a bailar algunas veces más, pero él se limitó a mirarla como si la despreciara. Ya no lo censuraba. Las libertades que le permitió en el inicio lo llevaron a pensar que era una mujer fácil. Si el arrepentimiento matara, seguramente habría muerto en los últimos días. Percibió la rica decoración de la habitación donde María la había dejado. Paredes forradas de seda azul adamascada, haciendo relieves en cornucopias, reposteros beige y una cama de dosel donde cabía sólo una persona. De a poco el cansancio se apoderó de ella y no consiguió resistir a mantener los ojos abiertos.

Parecía haber pasado una eternidad cuando despertó con voces altas. Asustada, se levantó sobre los antebrazos. Sonidos desconocidos y el olor familiar a vela quemada que iluminaba levemente la habitación le llegaron a los sentidos. Voces alteradas continuaban en lo que parecía ser la habitación contigua. Salió de la cama descalza y vistiendo solamente la camisa de dormir. Pisó el suelo de madera con delicadeza, para no denunciar su presencia y se acercó a la puerta que daba a la otra habitación. Le pareció oír la voz del Conde. Las piernas se le aflojaron. La perspectiva de estar cerca de él la dejaba cada vez más ansiosa. Era difícil soportar el rechazo que había sentido el resto de la noche de su presentación a la sociedad, que al final, no pasó de un baile de jóvenes con la finalidad de que el Conde se pusiera loco de celos.

La voz masculina sonó otra vez, ahora más firme.

- Sabes Angelina... no sé si alguna vez entenderé tu traición. No creo en tus explicaciones. Voy a ser clemente y despedirte, debería haberle dicho a la policía lo que hiciste.

- Por favor... - oyó una voz femenina. – En nombre del pasado.

- ¿En nombre del pasado? – Se rió. – En nombre del pasado voy a darte una buena cantidad de dinero y no te quiero cerca de mí ni de mi casa nunca más. ¿Diez *contos de réis* son suficientes?

- Es muy generoso señor.

A esa altura ya había identificado a los dos ocupantes de la habitación al lado. Se preguntó si Manuel sabría de su presencia allí.

- Toma. Cuenta. No vas a volver con los otros criados al Solar de Santa María. Hoy mismo sales de aquí. Ve a buscar una posada y mañana ve a tu vida.

- Gracias señor.

- No me agradezcas. No sé donde tengo la cabeza para darte dinero.

- Es el pago de lo tanto que le enseñé. – Y se rió.

- Eres Angelina. – Constató. – Eres bella. Todavía eres una bella mujer. Pero completamente amoral, codiciosa y muy venenosa. ¡Vete! Desaparece de aquí. ¡Me das asco!

Oyó la puerta que da al pasillo abrirse y cerrarse. La criada había finalmente salido. Pero, ¿qué es lo que habría pasado antes? Cuando despertó las voces ya sonaban alteradas. ¿Será que él había estado con la criada como un hombre está con una mujer?

CAPÍTULO 19

- Isabel... ¿mañana vamos a Lisboa? – Preguntó la niña demostrando ansiedad. - El tío dice que vamos en el barco grande. ¿Vas también?

- No querida. – Respondió con un aire triste.

Le costaba responder a las preguntas de la niña sin demostrar conmoción.

- Pero tu prometiste entregarme a mi madre. – Protestó mientras se anidaba en su regazo.

- Tu tío lo hará muy bien. – La tranquilizó.

- ¡Oh! ¡Pero yo quiero! ¿Prometes que no te separas de mí?

Le costaba prometer algo que sabía que no podía cumplir, pero a un día de la partida no ayudaba decir la verdad. No quería provocarle más angustia.

- Sí querida. – Y le besó la frente.

Los dos galgos afganos aparecieron y Teresa salió por el jardín a correr atrás de ellos con María detrás de ella para evitar que se caiga y se lastime. Isabel aprovechó ese momento de descanso y subió a la habitación para guardar todas sus pertenencias en una bolsa de paño

La tranquilidad había vuelto al Solar de Santa María. Angelina partió definitivamente y el gitano estaba preso y en breve sería expatriado para Brasil a pedido de Manuel Alfonso y entregado a su padre para que reparara otro error.

La Baronesa quiso permanecer una semana más en el Solar, con la disculpa de darle apoyo a Isabel después de la partida del sobrino. Le había hecho la invitación de protegerla en su casa, por la mañana.

- Parece que mi sobrino es obstinado al punto de no dar el brazo a torcer. Tiene muchas heridas en el corazón.

- ¿Heridas? No sé nada sobre eso.

- Sí querida. Heridas profundas. Manuel amó mucho a una mulata hija de un hacendado. Pensaba casarse con ella. Un día la descubrió con mi hermano, el padre de Manuel. Él piensa que yo no sé todos los pormenores, pero tengo una amiga en la casa de ellos que me informa de todo lo que pasa por allá. Mi hermano es un hombre devaso. Siempre lo fue.

Isabel llevó las manos a la boca asqueada.

- ¡Dios mío! Eso explica sus cambios de humor con relación a mí.

- Tienes que tener paciencia. Él volverá. Estoy segura de que en cuanto

deje a Teresa con la madre toma el próximo barco que salga del Rio de Janeiro. Por eso quiero hacerte una propuesta. Quédate conmigo hasta que él vuelva. Me haces compañía. Piensa en eso con cariño, mi querida. ¿O piensas volver a la casa de tus padres?

Isabel se rió sin ganas.

- No puedo. Quiero visitar a mi madre, pero en aquella casa no hay lugar para mí. Soy la segunda hija. Sólo doy gastos.

- Muy tonto ese tu padre. ¡Oh raza de hombre! ¿Entonces te quedas?

- No sé Doña Amelia. No me sentiría bien. Es abusar de su bondad. Tal vez vaya a buscar trabajo en la ciudad. Hay tantas niñas de la nobleza para educar.

- Es verdad. Pero hay cosas mejores en la vida.

Sí. Debería haber cosas mejores en la vida. Pero ya se sentía grata por los meses que pasó con él. Lo llevaría con ella – en el corazón - para donde quiera que fuera. Manuel sería siempre el amor de su vida. Comprendía que un hombre traicionado por la mujer que amaba y por su propio padre debería quedar desconfiado de todas las mujeres para siempre. Pero las mujeres no son todas iguales y no debería ser castigada por los errores de la mulata. No iría a permitir eso. También tenía orgullo y si alguien perdía era él.

Colocó los dos vestidos doblados en el fondo de la bolsa de paño y el dinero que Manuel le había pagado durante los meses en los que permaneció en el Solar de Santa María. Debería ser suficiente para sustentarse por algún tiempo hasta encontrar trabajo en alguna casa noble. Iba a pedirle una carta de recomendación a Doña Amelia. Por la mañana sólo tenía que vestirse y partir antes de que lo notaran.

Todavía tenía que cenar con la familia. Desde la mañana que no veía a Manuel. Salió para hacerles una última visita a los arrendatarios antes de partir y dejar instrucciones hasta su regreso. Bajó las escaleras con el corazón palpitando y se asomó a la puerta del comedor. Manuel estaba de pie, de frente a la ventana, y en la mano tenía una copa de vino.

Se dio vuelta cuando oyó sus pasos y la miró profundamente. Se sintió desnuda. El aura de virilidad que él emanaba le dejaba las piernas temblando. Lujuria. Fue lo que vió en sus ojos. La lepra del libidinoso, como decía una de las monjas cuando hablaba con ellas acerca “de aquello”. Sólo los prevaricadores usaban el sexo. Los otros, los santos, rezaban a Dios. La hermana Agnes no debería saber que era preferible prevaricar una única vez que ser santo la vida entera.

Manuel le acomodó la silla para que se sentara y hizo lo mismo con Doña Amelia que entró con la sobrina nieta de la mano.

Se sentó en la cabecera y le hizo una señal a la criada para que sirviera la comida. Isabel se atrevió a mirarlo. La chaqueta verde oscura de terciopelo le quedaba bien y le realzaba el negro de los cabellos y el verde de los ojos. Atento, le clavó los ojos encima cuando notó que ella lo observaba. La Baronesa atenta a los movimientos de los dos empezaba a irritarse con el sobrino. Ya le había hecho ver que Isabel era diferente. Le mostró las cualidades de la muchacha pero la única cosa que le arrancó fue:

- A su tiempo resuelvo esa cuestión tía. Tengo tiempo.

- Pero, ¿tiempo para qué sobrino? ¿Por acaso piensas que la muchacha te va a esperar la vida entera?

- No sé tía. Para decirle la verdad no sé. Ahora no puedo hacer nada. – Se defendió.

- Querido. Es tiempo de cerrar las heridas. La vida continúa.

- Lo sé tía. Ahora, si me da permiso voy a visitar a mis arrendatarios.

La tía era la única persona que opinaba sobre su vida, la única no, porque Genoveva también lo hacía.

La cena transcurría en el más profundo silencio. Sólo Doña Amelia y Teresa se oían. Consciente de la vergüenza de los dos, la anciana señora tomó a Teresa a su cargo por esa noche y ayudaba a la niña a alimentarse.

¿Por qué que estás haciendo esto? Gritó la mente destrozada de Isabel. ¡Si al menos me amaras la mitad de lo que yo te amo! ¿Por qué no dejaste al gitano acabar conmigo?

Pareciendo notar lo que le iba en la mente, Manuel no le sacaba los ojos de encima.

¡Si estuviera seguro de que no me cambiarías por otro! ¡Cómo te amo mi querida! No puedo llevarte conmigo y vivir con la duda siempre presente.

La pareja estaba tan absorta en sus pensamientos que masticaban la comida sin siquiera saborear el guisado de Genoveva. Para probar el grado de distracción de los dos, Doña Amelia dijo alto:

- No hay mayor tonto que aquel que deja pasar el amor en su frente y no le extiende la mano.

- ¿El amor también se atrapa tía? – Preguntó la niña.

- Sí querida. Pero hay personas muy distraídas.

Ajena a la conversación de la Baronesa y de la niña el pensamiento de Isabel estaba en la fuga de allí.

Si no fuera casi de noche, partiría hoy mismo. No soporto más quedarme en la misma casa que tú. Que rayo de suerte la mía que encuentro el amor y enseguida lo pierdo por causa de una mulata sinvergüenza. ¿Qué culpa tengo yo de las infidelidades de la otra? Manuel Alfonso eres un tonto si juzgas que las mujeres son todas iguales.

*

La vergüenza era de tal orden que ni la Baronesa se atrevía a proferir alguna palabra fuera del contexto de la broma con la niña. Isabel pidió permiso y subió a su habitación cuando la cena terminó. Le dolían las despedidas. No quería tener que despedirse de la niña ni de nadie más.

Se lavó y se metió en la cama para pasar la última noche en aquella casa.

En la sala azul Manuel, la tía y Teresa hablaban de los pormenores del viaje y se deleitaban con las expectativas de la niña en regresar a su madre después de casi cinco meses sin verla.

María, la criada de habitación vino a buscar a la niña para una noche más de sueño y Doña Amelia aprovechó para tener una última palabra con el sobrino.

- Espero que ponderes sobrino. El amor verdadero surge una vez en la vida. Agárralo. – Y le extendió la mano para que la besara.

- Con su bendición tía. Hasta mañana. Parto temprano, pero dentro noventa días estoy de vuelta, es sólo el tiempo para dejar a Teresa.

Subió las escaleras con pasos lentos y pesados. A medida que subía los escalones el peso de la indecisión le pesaba más. La tía debería tener razón. Pero no sabía como luchar contra el miedo. No soportaría una traición más. Casi en la puerta de la habitación paró. Las ganas de seguir hasta la de ella se sobrepuso al deber de no molestarla con su presencia. Avanzó unos pasos hasta la puerta y golpeó levemente con los nudillos de los dedos. La respuesta no surgió. Giró el picaporte de porcelana azul y abrió levemente la puerta. Isabel estaba sentada en la cama. La luz de la vela le daba un aire de misterio.

- ¿Puedo entrar un poco? – Preguntó.

- Ya entró. – Dijo seca.

Manuel se acercó a la cama y se sentó en el borde. Le tomó las manos blancas y temblorosas y le besó las palmas alternadamente.

Ella recogió las manos de forma brusca y preguntó:

- ¿Viniste aquí para torturarme?

Él bajó la cabeza avergonzado. Ella no merecía que se comportara así.

- Manuel... creo que no sabes lo que quieres. Dijiste varias veces que te

encantaba, pero pienso que no pasó de un devaneo. ¿Es mi condición inferior? ¿Es porque no tengo dote?

- Sé exactamente lo que quiero – La contradijo abriéndole los brazos. – Si vienes aquí, te muestro...

Hipnotizada por la invitación seductora de aquellos ojos verdes y por la aterciopelada aspereza de su voz profunda, Isabel deslizó en la cama hacia él y se vió envuelta en un abrazo abrumador. La boca de él se abrió sobre la de ella moviéndose de un lado para el otro en un beso loco y excitante que puso el fuego a correr por las venas.

Como te extraño. Pensó con el corazón. Mi querida.

Sintió la presión creciente del cuerpo de Manuel contra el suyo mientras sus manos lo ayudaban a sacarse la ropa. Manuel estaba finalmente casi desnudo en su cama. Sus manos posesivas le acariciaban la espalda, los senos, calmándole el miedo del rechazo y encendiendo llamas de necesidad donde quiera que se tocasen.

- Isabel.- Murmuró él, en un jadeo ronco, haciendo deslizar los labios por su cuello provocando temblores de placer que le bajaron por la espina y humedecieron sus partes íntimas.

- Isabel.- Repitió y volvió a apoderarse de su boca, mezclando las lenguas sedientas. – Yo vuelvo para buscarte querida. Noventa días y estoy de vuelta. Espera por mí aquí.

Embriagada no respondió y él tomó la ausencia de respuesta por una afirmativa.

Volvió a besarla de forma embriagante y deslizó las manos a lo largo de su cuerpo, le agarró las nalgas y la apretó con fuerza contra su rígida erección, arrancándole un gemido de puro y primitivo deseo.

- Vamos a librate de los calzones.

Le levantó las piernas y le sacó la ropa interior. Zambulló la boca en su cuello y murmuró:

- Adoro la forma como llenas esa camisa de noche. – Y se alejó levemente para la mirarla a los ojos.

- ¿Sabes lo que pasé cuando el gitano te raptó? Pensé que iba a enloquecer. No quiero imaginar lo que haría si él te hubiera tocado.

Le agarró con las dos manos los senos lechosos y le lamió los mamilos con ansiedad. Ella dió un gritito de placer y él se rió.

- Querida. Voy a arrancarte más gemidos de esos.

- Sí... tienes mi permiso para eso... - respondió en éxtasis.

Deslizó la mano hasta el vientre macio y de ahí hasta el triângulo mágico donde encontró carne y pulsión de deseo. Rápidamente se deshizo del resto de su ropa y quedó de rodillas en su frente. Le abrió las piernas y se inclinó hasta su vientre. La besó allí con ardor y se concentró más abajo.

Cuando Isabel notó lo que él iba a hacer intentó esquivarse. Desconocía tal cosa. Pero él le agarró las caderas e introdujo un dedo y después otro y finalmente la lengua paseó por el punto del placer. La sintió gemir y retorcerse.

- Quiero darte todo el placer del mundo hoy.

Y un hijo si puedo. Cuando vuelva quiero que tengas mi semilla en ti, amor. Con mi semilla no me huyes.

La historia se repite siempre. Todo lo que criticaba de su padre lo hacía él ahora. No notó que podría estar renegando un hijo suyo al dejarla en Portugal.

Isabel gemía de ojos cerrados. No se atrevía a abrirlos. La vergüenza de las cosas que él le hacía allí todavía la chocaban un poco, pero el placer era divino.

- Princesa. - Dijo bajito. – Abre los ojos. No voy a atacarte. Si quieres paro.

- No por favor no... continua... - y se retorció de placer.

Manuel se rió.

Lentamente abrió los ojos, desconfiada de que él se podría estar riendo de ella. La inexperiencia era tanta como la osadía de se despedir a la luz de la luna y provocarlo. Al notar que sólo una vela estaba encendida y que el ambiente estaba escurecido, sintió menos vergüenza. La visión del cuerpo de él, desnudo, era asustadora y también una tentación. Le colocó las manos en el pecho y los dedos en los mamilos, repitiendo lo que él le había hecho. Quería aprender. Manuel gemió y cerró los ojos. Mientras ella exploraba finalmente su cuerpo, sin miedo, continuaba a introducirle un dedo en la intimidad y a arrancarle gemidos de placer.

- Espero no lastimarte mucho. Pero es sólo una vez. – Intentó tranquilizarla. – Es necesario, después nunca más sientes dolor.

La obligó a recostarse en la cama y se sentó sobre sus piernas, con una erección enorme pidiendo para ser saciada y con ternura y un beso húmedo, le abrió las piernas con delicadeza.

Manuel vió el miedo en sus ojos azules y se apoyó en un codo, usando la mano libre para acariciarle los rizos rubios mientras le introducía la lengua en

los labios entreabiertos. Nunca un hombre la había tocado sólo él, pensó lleno de respeto por ella. Ese pensamiento lo llenó de orgullo. Aquella bella joven, corajosa, culta y linda, intocada, estaba por entregarse a él y sólo a él.

Besándola con ansiedad le murmuró al oído.

- Como te amo mi amor, mi princesa de la luna...

También te amo Manuel.

Se acomodó entre las piernas de ella y presionando su virilidad contra el vientre liso buscó el camino hacía tanto tiempo esperado. Al sentir el miembro duro buscando la entrada se retrajo un poco. Experimentado, Manuel buscó un mamilo endurecido y lo colocó en la boca chupándolo. La sintió relajar y lentamente forzó la barrera entre los dos. Isabel dió un grito de dolor y Manuel le acarició el cabello.

- Ya está mi querida. No te voy a lastimar más.

- No me lastimaste. – Se rió. – ¿Es sólo eso? – preguntó aliviada.

- Sí... ¿qué esperabas? – Y los dos se rieron.

Manuel la besó con un hambre crudo y arrebatador, continuaba llenándola con su virilidad.

- Sí... - murmuró, fregando sus labios contra los de ella. – Oh sí...

Tocó suavemente en el triangulo entre las piernas de ella y sintió la humedad. Inició un movimiento lento y rítmico y perdió el control. Al contrario de lo que esperaba, ella correspondió levantando las caderas y presionándose contra él. Quedó espantado con el fuego que había allí. La sintió contraerse y gemir de placer. Finalmente soltó el deseo retenido que ardía en él, derramando la semilla de la vida en su interior.

La llevó a su pecho y la abrazó tiernamente, besándola.

- Gracias por ser gentil conmigo. – Agradeció.

Aquello, como decían las novicias que ya habían probado, iba más allá de lo que ellas contaban. Ahora entendía el ardor de la criada y del gitano en las noches de luna llena.

- Te amo. – Le dijo él al oído.

Isabel sonrió, se apretó contra su pecho y se dejó adormecer de cansancio. Estaba donde quería estar. En el Olimpo, en los brazos de Eros.

*

- Buen día, señorita. – Dijo María con una sonrisa.

- Buen día. ¿Qué hora es?

- Las diez. ¿Desea que le traiga algo para comer?. El Señor antes de partir dió órdenes para que no la despertáramos.

Un puñal se le clavó en el pecho. Partió. Después de haberle declarado su amor, partió después de todo. Se sintió abandonada y traicionada. ¿Cómo pudo hacerle eso? ¿Por acaso pensaría que ella se quedaría allí, sin ninguna legitimidad para hacerlo?

- ¿Se siente bien señorita? Está pálida. – Preguntó la criada seriamente preocupada con ella.

Isabel no respondió y taciturna comenzó a vestirse. Una mancha color rosa pintaba el medio de la cama. María sonrió. No se le escapó a nadie – criados y tía – que el Señor había dormido con la señorita. No esperaban que partiera sin ella. La Baronesa todavía intentó convencerlo pero Manuel fue irreductible. Entró en el carruaje negro con Teresa y dió la orden al cochero para que avanzara.

- Está asustado Miguel. – Le dijo al mayordomo.

- Sin duda su Señoría. Hay hombres así. – Constató la sabiduría del viejo mayordomo.

Confusa y abandonada dejó una lágrima caer. La limpió con destreza para que María no la notara y terminó de vestir uno de los vestidos que había traído del convento. Se ató el cabello en un rodete y le pidió a la criada que le trajera un pequeño almuerzo reforzado a la habitación. Quería evitar encontrarse con la Baronesa.

- ¿A que hora partió su Señoría, María?

- Hace poco señorita Isabel.

- En ese caso, no precisa traerme nada. Voy a tomar la comida en la sala.

En cuanto la criada salió tomó la bolsa de paño que contenía las pocas pertenencias que había traído para el Solar de Santa María, la colocó al hombro, tomó la capa de tejido grueso – la única que poseía - y salió por las escaleras de trabajo, evitando así ser vista.

Corriendo, atravesó el patio del frente de la casa y salió por el enorme portón de hierro forjado. Caminó apresuradamente por la calle de tierra antes de que alguien la viera y se alejó de la casa de a poco.

Si Manuel no era hombre suficiente para quedarse con ella, o llevarla, entonces no la merecía. No iba a llorar. Tenía manos, cultura y ganas de trabajar, no iba a morir de hambre.

A cerca de tres millas el carruaje estaba casi entrando en la ruta principal hacia Lisboa. Manuel permanecía callado y la niña notó la tristeza del tío.

- Tío, ¿que es lo que quiere decir obstinado?

Tomado de sorpresa miró a la niña.

- La tía Amelia dijo que tú eres obstinado. ¿Por qué no quieres traer a Isabel? ¿No te gusta?

- Me gusta mucho. – Admitió.

Una lágrima cayó por su rostro de hombre adulto.

Astuta, Teresa no dejó pasar lo que vió.

- ¿Tío. Estás llorando?

- No querida.

Golpeó el techo del carruaje y el cochero paró.

- Elías... vamos a volver.

- Vuestra Señoría manda.

No podía ser tan tonto y miedoso al punto de abandonarla. Golpeó con fuerza el tejadito para apresurar al cochero y se recostó.

- ¿Adónde vamos tío? – Preguntó la niña curiosa.

- Vamos a buscar a Isabel.

- ¡Que bien! – Exclamó agarrándose al cuello del tío.

Todo pesaba. Las botas, el vestido, la capa, la bolsa. Pero no iba a parar ahora. Si llegara a Arraiolos pagaría un carruaje para dejarla en la ciudad o quien sabe, conseguiría trabajo en la villa y se quedaría por allí mismo.

Oyó cascabeles y pasos de caballos a lo lejos. Un carruaje se acercaba. Sólo la curva de la ruta impedía la visibilidad. Se desvió para el bordillo, para evitar el polvo levantado por la cuadrilla de caballos y se preparó para cruzarse con quien viniera.

Cuatro caballos blancos y un carruaje negro. No quería creerlo. A pesar de la nube de polvo no tuvo dudas. Era el carruaje de él.

Se quedó quieta en la expectativa de notar qué había sucedido que los llevara a tan repentina vuelta. ¿Se habrían olvidado de algo? ¿Alguna indisposición repentina?

A un corto espacio de cruzarse con ella los caballos pararon al sonido de la orden del cochero.

La puerta se abrió y él dió un salto para el suelo sin bajar los escalones. Boquiabierta Isabel quedó petrificada en el suelo. En un segundo se sintió apertada por unos brazos fuertes y vigorosos. Al oído le murmuró.

- Disculpa mi amor. Soy un tonto. Anda, vamos a casa a recoger tus pertenencias.

Sin creer todavía en lo que oía, Isabel se lanzó a su cuello y se fundió en

aquel cuerpo caliente y protector. - Mi señor, si vuelve a dejarme, me enojo con usted.

- Merecido y justo.

En la ventana del carruaje la niña sonreía feliz. Las personas que más quería estaban juntas para llevarla de vuelta a su madre.

CAPÍTULO 20

- Podría morir ahora... moriría feliz. Finalmente tomó juicio mi sobrino.
– Dijo la anciana baronesa.

Haciendo un ligero ruido al sorber una gota de la nariz y limpiando una lágrima del ojo demostraba su aprecio por el cambio de actitud del Conde.

- Tía... Me alegra verla feliz. Pero soy yo el que se regocija más con mi actitud.

Llegó a Isabel con una urgencia silenciosa en amarla y en una onda de poder sobre ella.

El corazón latía en el pecho tan acelerado que pensó que él podría oírlo.

Alguna cosa cambió en los ojos de él. La Baronesa lo notó.

- Querido, pienso que debes tener algunos quehaceres... me gustaría quedarme unos momentos con nuestra futura Condesa.

Viendo que lo estaban echando y que la tía debería tener algún triunfo guardado en la manga – siempre fue una excelente jugadora, y no sólo de cartas – sonrió, besó la mano de la señora y dijo:

- No ahuyente a mi Condesa.

- ¡Cosa que tú casi hiciste! Hazme el favor Manuel, ve a hacer alguna cosa útil para un hombre en tu posición. – Lo retó queriendo parecer seria.

Manuel salió riendo y cerró la puerta de la biblioteca.

- Fue aquí que mi hermano y yo crecimos... los recuerdos que yo tengo de esta biblioteca... - dijo con nostalgia, olvidándose de que Isabel estaba allí, podría dar alas al pensamiento.

- Imagino...

- No imagina nada mi querida. Acá entre nosotras, yo era complicada... un día, en uno de los bailes que nuestros padres daban para la sociedad de la región me escondí aquí con un muchacho del establo, lindo... y por poco casi fui descubierta... besaba lindamente...

Isabel no contuvo la risa y dejó escapar una carcajada. Imaginó la escena, hace más de cincuenta años en una sociedad hipócrita y conservadora.

- ¿Y si fuera descubierta Doña Amelia? – Se atrevió a preguntar.

- Ni quiero pensar en eso... ¡pobre del muchacho! Seguramente me esperarían el convento o un casamiento arreglado a las prisas. El pobre sería como mínimo azotado... bueno, pero no fue para hablar de mí que mandé que el Conde se fuera.

- Imagino que no señora...

- Mi querida... como sabes no tengo hijos, quiso el destino que mi marido y yo no los generáramos ¡y mira que hicimos mucho para eso! Mis herederos son mis sobrinos, Manuel y Leonor. Sí, Leonor va a heredar... Pero mi fortuna es inmensa y ellos no van a precisar de todo. Lo que yo le quiero decir, es que le concedo un dote generoso, que incluye una pequeña hacienda – hizo una pausa - ... si un día por una eventualidad sucede alguna cosa, estarás protegida. Nunca más vas a precisar de la caridad ajena.

Emocionada y sorprendida dejó las lágrimas deslizar de los ojos.

- ¡No lo puedo aceptar mi señora! No sería correcto...

- Nutro un cariño muy grande por ti... déjame hacer eso. Ya llamé a mi escrivano que va traer los documentos para que ambas firmemos. No se habla más del tema. Hasta el final del día estará todo resuelto. ¡Ah! Mi sobrino no precisa saberlo, por lo menos por ahora. No creo que se oponga pero él no tiene que controlar todo. Y ahora ven, vamos a pasear un poco por el jardín... quiero explicarle unos secretos de alcova... y del trato de una Condesa.

Las dos últimas palabras de Manuel, pronunciadas con la pasión que lo caracterizaba, perturbaron a Isabel hasta la esencia de su ser.

- ¿Qué es lo que me estás diciendo?

- Estoy diciendo que me gustas mucho, más de lo que alguna vez gusté de mi última... hace muchos años... me gustas más tú, de lo que me gustaba...

La alusión a la otra mujer la irritó. No que le fuera desconocido el tema, pero saberlo de su boca dolía un poco. Una centella de inseguridad pasó por ella. Muchos rechazos y abandonos dejaban marcas.

La tarde fue especialmente agradable. Habló con Doña Amelia por horas mientras las criadas le preparaban un baúl con ropas, algunas de Leonor, que había usado en los últimos tiempos.

Aunque no fuera una hidalga noble de alto linaje, era señorita de Mayorazgo y había tenido la educación – a la sombra de lo que consiguió usufructuar de las lecciones del hermano – de una muchacha de la nobleza: sabía ler, escribir muy bien, tocar piano, cantar y en el arte de bordar era excelente. Pero el destino le reservaba cosas mejores que esas, esperaba. Fue con ansiedad que absorvió las enseñanzas de la Baronesa, mujer astuta y muy osada para su época.

- ¿De que gustaba de quién señor?

- Manuel... mi nombre es... dilo. ¿Por acaso estaré notando una cierta irritación conmigo? ¿Qué fue lo que te hice, Isabel?

- No hizo nada señor... pero a ninguna mujer le gusta oír hablar de otra, mucho menos de ser comparada... me parece... o por lo menos a mí no me gusta a pesar de mi experiencia ser casi nula en asuntos de ...- Enrojeció.

- De hombres... - completó él riéndose. – Y no se imagina como me quedo tranquilo con eso. Isabel... hay una cosa que tengo que contarte... después nunca menciono el asunto. Pero quiero ser yo quién te lo cuente.

Al contrario de lo esperaba, se sentía calmo y por primera vez el asunto ya no lo molestaba, pero antes de que alguien le contara a Isabel lo que había pasado y ya que iban a Brasil, tenía que aclarar el asunto... o mejor, los asuntos.

- ¿Por acaso va a hablarme de Angelina? – Disparó antes que él trajera el asunto.

- ¿Cómo sabes de Angelina? Ese asunto fue terminado aún en mi juventud. – Remató.

- Sí, pero hace unos días usted estuvo con ella en su habitación... el día del baile... yo estaba...

- ¿En la habitación al lado? Sospechaba que mi tía había dado órdenes para eso, pero después me pareció que no lo haría... ¿sabe que esa habitación tiene una ligación con la mía? – Preguntó.

- Tal vez tuviera la esperanza de que yo durmiera con usted. Bueno... ya que nos oíste, debes haber notado que la despedí del trabajo, de la casa y la eché a la calle... Isabel, Angelina fue una locura de la juventud... era un muchachito... no quiero hablar de eso, sólo lamento que la pasó mal por causa de la alianza de ella con el...

- Su hermano... el gitano es su hermano, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

- Infelizmente... eres muy perspicaz. El señor, mi padre, fue siempre un mujeriego ni la gitana se le escapó a lo que parece. Supiste los pormenores por mi tía y por Genoveva.

- Sabe... señor Conde, espero que no sea como él, en caso contrario no me quedaré con usted, no soportaría dividirlo con otras mujeres.

- A ese respecto, mi querida, puedes quedarte tranquila. Mi problema era precisamente ese: confiar en una mujer. Fue eso lo que me hizo negar el amor por ti, es más, lo que me hizo querer huir de ti. Sabes... yo...

- Amó a una mulata... Flor...

- ¿Cómo sabes? ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Doña Amelia! Sí la amé, nadie sospecharía que ella tenía sangre negra si no lo supiera. Era tan blanca como tú. El problema es que ella era una ramera... disculpa el término... y el viejo Conde, nunca supo cerrar el cierre de los pantalones.

- Durante mucho tiempo tuve miedo de que me considerara una... mujer fácil... - dijo con miedo. – Sobre todo cuando descubri que usted me observaba en las noches de luna llena...

La acercó a su pecho, la apretó y le dijo:

- Serás siempre mi hechicera de la luna. ¿Prometes que en el próximo año tomas más baños de luna, aquí, sólo para mí? – Y apuntó hacia la ventana de la habitación.

- No sé si soy capaz... pero prometo sólo desnudarme para ti.

- Puedes comenzar... ya.

Sus ojos estaban incendiados por el deseo. La giró y comenzó a desabrocharle los botones del vestido. Uno a uno.

Sólo restaban los calzones y la empujó sobre la cama haciéndola acostar de espalda. Se sacó los sapatitos delicados, las medias y finalmente los calzones. Manuel se sacó los pantalones. Dejándolos caer en el suelo y en seguida la camisa blanca. Se acostó a su lado apoyado en los codos y llevó la boca a los mamilos rosas. Chupó, lamió y volvió a chuparlos con fuerza. Isabel se retorció y gemía de placer. Mantuvo los ojos cerrados, todavía tenía vergüenza de verlo desnudo; pero la curiosidad la llevó a abrir un poco los párpados porque él había apagado las velas. Apenas el tacto los orientaba. Él le tomó la mano y mientras zambullía la boca una vez más en la de ella, y con el pulgar le masajeaba el mamilo, apertándolo suavemente, le colocó la mano en el miembro duro. El toque suave, casi de seda fue agradable y osó iniciar un movimiento de vaivén a lo largo del falo. Manuel se acostó para atrás, cerró los ojos y gemió con placer.

- Más... más... - dijo él con la voz ronca. – No pares mi querida.

Era la segunda noche que pasaban juntos y con la luz apagada, no había motivo para tener vergüenza. No que tuviera miedo que él no apreciara sus formas más redondas – no era propiamente una muchacha esquelética – pero, el ímpetu de la desnudez de él y la voracidad que le veía en los ojos todavía la asustaba.

- ¿Puedo? – Preguntó.

- ¿Puedes qué mi querida?

- Todo...

- Todo lo que quieras...sé osada ...minha querida sé osada...

Isabel se acostó encima del cuerpo duro y sintió el miembro erecto sobre su vientre. La ganas de probar sentarse sobre él fueron más fuertes que la vergüenza y dió señales de que lo iba a hacer. En un ápice, Manuel la giró sobre él y quedó por encima de ella. Se arrodilló y buscó la suavidad de su intimidad.

- No tenga prisa...

Introdujo un dedo, masajeó... y después otro, los dos juntos... y la sintió retorcerse de placer.

- ¡Oh! Por favor, no pare...

Sin poder contenerse... gemió alto. Manuel rió.

- Vamos a aprovechar mientras estamos en tierra... después durante casi cincuenta días, no la puedo tocar... pero esta noche vamos a repetirlo muchas veces...

- ¡Oh! Sí...

Manuel retiró los dedos y bajó la boca sobre aquella parte. Con la lengua buscó el punto arriba y volvió a introducir los dedos. Isabel dió un grito de placer y ni se molestó si alguien la escuchaba. Y... iría a gritar más, si él no la callara con su boca. Un gusto salado se mezcló con la saliva de los dos. Con cuidado se acostó sobre ella.

- Toma. – Dijo colocándole un pequeño limón en la mano.

- ¿Para que es esto?

- Para evitar hijos. ¿Quieres usarlo? La decisión es tuya.

Era lo que menos quería. Colocó el pequeño fruto sobre la mesita de noche y dijo:

- Un día, cuando tengamos unos cuantos hijos, me explica como se usa. Ahora continúe lo que estaba haciendo... Señor Conde.

Manuel dió una carcajada. Era su mujer. Perfecta para él. Con respuestas en la punta de la lengua. Sarcástica a veces y burlona en la cama con él. Sí, era perfecta.

Se metió entre sus piernas y con un dedo abrió camino para el miembro que ansiaba por satisfacción.

Isabel se sintió llena. No había notado el tamaño la primera vez y el dolor la molestó un poco. Pero ahora quería más y más. Manuel inició un movimiento de entrar y salir de ella y en un frenesí, Isabel le pasó las piernas alrededor de la cintura y se enterró más en él.

La explosión que se siguió debería haber sido oída en el Solar de Santa

María hasta a la torre donde pernoctaba la Baronesa y la niña, por orden del sobrino. Quería tener privacidad y nada mejor que no tener a nadie en aquella zona.

- Querida...

- ¿Sí?

- Gracias.

- No es gracias es... quiero más. – Y dió una carcajada.

- Niña insaciable...

- Ahora que conozco, quiero aprovechar... Señor.

Manuel se enroscó en ella y se preparó para dormir.

- ¡Oh! ni lo piense...

- Torturadora.

Manuel cayó en un sueño profundo. Una novedad para Isabel. Al final los hombres eran vencidos por la extenuación. Con un sonrisa en los labios cerró los ojos y se dejó llevar por el cansancio. El día había sido lleno de muchas emociones. Sería bueno adormecer. Ya no tenía miedo de las pesadillas. Se sentía con coraje para enfrentar todo.

EPÍLOGO

- ¿Dormiste bien querida? – Preguntó.

Manuel Alfonso le dió un beso casto en la frente. La miró y se sintió explotando de orgullo. ¡Cómo la amaba!

- Dormí bien señor. Esta casa es linda y confortable. Nunca imaginé que un día vendría a Lisboa. – Dijo con un sonrisa de felicidad. – No imagino siquiera...

- No imaginó siquiera ir a Brasil... - Y acarició el rostro lindo y descansado. – Isabel... está consciente de que vas a ser mi esposa por el resto de la vida.

- No esperaba otra cosa señor. No acepto menos. Soy cara. Muy cara. Va a ver cuanto le voy costar.

Se levantó de la silla, miró alrededor, no fuera que algún criado estuviera por allí y le saltó a los brazos, pegando la boca a la de él.

- Hummm... No esperaba tan deliciosa manifestación... mira que te cargo otra vez para la habitación. – Amenazó riéndose. – Pórtate con decencia, como una Condesa. – Dijo con aire serio y voz gruesa pero aguantando la risa.

- Bueno... Si tengo que ser castigada, no titubee... puede castigarme por el resto de la vida. – Respondió lo más coqueta que pudo.

Se oyó un carraspeo y avergonzada se levantó y regresó a su lugar. El pequeño almuerzo iba a ser servido y la governanta anunció su presencia con una sonrisa en la comisura de los labios. Le gustaba de ver al Conde feliz.

- Tengo unos negocios que terminar hoy y le encargué a Helena acompañarte a la modista. Quiero que lleves vestidos leves y frescos y que sean dignos de una joven Condesa.

Se puso radiante con la posibilidad de poder hacer compras. La felicidad estaba estampada en su rostro. Hacía muchos años desde que no compraba alguna cosa para ella, comprar vestidos era un sueño.

- No se preocupe Vuestra Señoría, sé exactamente lo que pretende. – Respondió la mujer de media edad, con un porte serio y altivo.

- El barco parte dentro de cuatro días. Es el tiempo que la modista tiene para hacerle un guardarropa completo. No se fije en los gastos y que ella contrate más personas si es necesario.

- Manuel, ¿no será un desperdicio de dinero? Si Vuestra Merced dice que

el calor es así tanto... Deberíamos ahorrar en el paño también...

- No quiero ahorrar contigo. Haga lo que le digo Helena.

La mujer asintió con la cabeza.

- ¡Ah! y no se olviden de escoger una buena prenda de seda blanca para un vestido de novia. Vamos a casarnos en el Rio de Janeiro.

- ¿En serio? – Preguntó curiosa y feliz. – ¿Eso es un pedido?

- No, no lo es. Te estoy comunicando. Pero no te adelantes, todavía tenemos tempo... vamos a demorar en llegar.

La governanta salió. Hacía mucho tiempo que una pregunta le hervía en la mente. Hasta hoy no entendía por que razón Manuel Alfonso había obedecido a su padre y traído a la sobrina para el continente.

Aclaró la garganta y se preparó para disparar el asunto.

- ¡Dime!

Miró sorprendida. ¿Cómo adivinó que quería preguntar algo?

- Ya te estoy conociendo. Te pica la garganta. Dime. O mejor pregunta.

- Entonces... todavía no he entendido la razón de haber traído a la niña para acá. Sé que encontrarían una maestra a la altura en Rio de Janeiro.

Manuel se rascó la cabeza. Una sonrisa apareció en sus labios gruesos y bien delineados.

- En verdad fueron varias las razones. Ya no tengo edad, ni posición, para obedecer a mi padre...

- Entiendo...

- Pero estás intrigada, ¿no es verdad? Sospechas que las razones no son sólo las que conoces, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

- Fueron varias razones, mi querida... Como sabes – rió – Mi hermana tiene un novela con el capataz de la hacienda... Y no te hagas la sorprendida que oí bien a la charlatana Teresa contándote...

- Es verdad... pero es muy feo escuchar atrás de las puertas, no quiero ejemplos de esos para mis hijos.

- Fue por un buen motivo...

- Vuestra Señoría es incorregible.

- Pues sí y tú eres una tentación del diablo.

Isabel dejó escapar una carcajada que se apresuró a contener. Una señora no reiría de aquella forma – Le diría su madre.

- Bueno... Antonio es un buen hombre. Tiene sangre noble y sangre de esclavo, pero no es eso lo que lo define. Tiene carácter, es honesto y leal y lo

más importante de todo... ama a mi hermana desde el día en que la vió por primera vez.

- Que lindo... - suspiró.

Manuel Alfonso se rió y continuó.

- Fue una suerte que el negrero haya muerto... presumo que de prisa se daría una tragedia en el ingenio. No creo que Antonio y Leonor se mantuvieran alejados durante más tiempo.

La miró en el profundo azul de sus ojos, un azul realzado por el mar.

- Pero hay más motivos. Dejar a mi hermana sola con el amante, sin la presencia de Teresa. Quería que Leonor estuviera segura de su elección. Y por otro lado, ya no aguantaba las maldades de mi padre. Espero que haya mejorado en este tiempo .

- ¿Sólo eso?

- ¿Te parece poco? Cuando llegemos vas a poder confirmar todo, mi querida y vas a entender mis razones.

Isabel entendió que él nunca iría a decirle que el padre lo había traicionado de la forma más vil, robándole la mujer que había escogido. Por más desentendimientos que tuviera con el viejo Conde, no denigraría su imagen. Admiraba a aquel hombre que ya consideraba su marido y señor. Era un hombre fuera de su tiempo, creativo, inconformista y que luchaba por las cosas que creía correctas. Tenía miedo de perderlo por causas más nobles que lo llevaran a luchar por la nación o en defensa de los oprimidos.

Lisboa fue un descubrimiento agradable. Parecía una niña intentando ver todas las novedades y memorizar todo a su alrededor. Había pasado el día escogiendo tejidos, sacando medidas y haciendo pruebas de los vestidos. Unas cinco costureras habían estado a su disposición y al final del día había escogido un guardarropa nuevo. Cinco vestidos de fiesta, cinco vestidos de usar en casa, calzones, camisas de noche, sombreros y capas y una prenda de tejido blanco, - seda de las indias con relieves, brocada – destinada a su vestido de novia.

Todavía tenía dificultad en creer en el cambio repentino de Manuel Alfonso. Hacía hoy dos días que estaba caminando por la calle con destino a la villa de Arraiolos, con la perspectiva de quedarse sola. Cuando vió surgir el carruaje nunca imaginó lo que pasaría después.

Nada la haría separarse de él y la única tristeza que todavía cargaba era no poder visitar a su madre con la brevedad que quería. Casi no se acordaba

de su rostro, hacía más de cinco años que había partido de casa y si no fueran las visitas esporádicas de su padre – para certificarse de que ella todavía estaba allí – no recibió ninguna más.

- Tío. ¡Sabes que Isabel compró una montaña de vestidos lindos! Parece una verdadera Condesa.

La niña no se aguantaba de contenta.

- Y va a ser una verdadera Condesa. Una como el condado no ve hace mucho tiempo, la única capaz de destronar a la tía Baronesa en belleza y bondad.

- No me avergüence, señor. Sabe que no le doy importancia a títulos, tal como vuestra Señoría. Siento siempre ganas de esconderme, ¡sabe que me da vergüenza!

- Pues que no te dé. Eres bella. Nunca me cansaré de decírtelo. – Y le besó el rostro

- Un día voy a ser muy viejita... - Lo provocó.

- Sí... Pero linda igual.

- ¡Tío! ¡Tío! ¿Dónde voy a dormir en el barco?

Tomado de sorpresa, Manuel ni pensó en ese pormenor. Iban a viajar sin criados, por lo que tendrían que dormir los tres en el mismo camarote para cuidar a la niña. Allí se iba su fantasía de pasar el viaje disfrutando de Isabel lejos de las miradas de los otros.

Las velas empujaban el barco rumbo al delta del río. La ciudad iba quedando cada vez más pequeña y distante. Apoyada a la amura de la popa, Isabel miraba la ciudad desapareciendo recibiendo en la cara la brisa salada que le dejaba en la boca un sabor a sal. A su lado, la niña jugaba con el perrito del comandante del navío. «Para cazar los ratones» decía él, justificando la presencia del animal a bordo. A Isabel le pareció que era la compañía del hombre. El perro era fiel como todos los perros. Un hombre del mar debe ser solitario.

Sintió unos brazos familiares envolviéndola y un cuerpo caliente apoyado en ella.

- ¿Triste? ¿Arrepentida? – Le preguntó.

- No, nunca. Con un poco de miedo del viaje. El mar me asusta, es mi primera vez...

- Y no será el último, querida. Vamos a hacer este viaje, una a dos veces por año, pero quédate tranquila, será siempre fuera de la época de las

tempestades.

- ¿Le escribiste la carta a tu madre?

- Sí. La dejé con Helena.

- No te preocupes, Miguel se encargará de entregársela a tu madre. Dentro de algunos meses volvemos los dos... o los tres...

- ¿Y si me gusta Brasil? – Preguntó con miedo de la respuesta sin responder directamente a su insinuación de que podrían traer un hijo cuando regresaran. Había muchas cosas que todavía no conocía sobre Manuel, pero estaba dispuesta a ser paciente con él. Quería que confiara en ella y la amara por toda la vida como sentía que la amaba hoy.

- Volvemos para casa, querida.

- Para casa... curioso... el Solar de Santa María va a ser siempre nuestra casa.

Él dió una carcajada y dijo:

- Eso es porque todavía no has conocido el ingenio azucarero. Allí, no existen ni la mitad de las facilidades del continente. Pero si no le gusta volvemos. Creo que la esclavitud está llegando al fin y cuando eso suceda los ingenios acabarán. Estoy pensando en anticiparme a la ley que terminará con ese flagelo del pueblo africano... pero no pasan de ideas.

La brisa marítima se intensificó y un viento frío azotó al navío haciéndola estremecerse. El barco entró en el mar dejando atrás el abrigo del delta del río. Lisboa había quedado para atrás. La embarcación avanzaba llevando con ella a un hombre moderno y destemido que daría qué hablar a las bocas del mundo. Los visionarios son siempre controvertidos.

Manuel le tomó la mano y la condujo para el interior del camarote, juntamente con la niña. Llevaba consigo la carga más preciosa de su vida. Las dos personas que más amaba y creía firmemente que Isabel ya cargaba un hijo de los dos en el vientre. Todos los días, a partir de hoy, iría a agradecerle a la madre superiora haber puesto en su camino a la mujer de su vida.

Fin... o casi...

LA AUTORA

Lídia Craveiro vive en Portugal. Es licenciada en Psicología Clínica por la Universidade de Évora, autora de artículos científicos y un libro sobre el desarrollo emocional infantil dirigido a padres primerizos, y de nueve novelas, como autora independiente.

Los libros de la autora están todos publicados en Amazon. Adora viajar como mochilera y lo hace frecuentemente en familia. Ya ha visitado países de Asia, América, África, Europa y Oriente Medio.

Vive con el marido y dos hijos en una casa que debe tener cerca de 400 años y que pertenció a un hidalgo del siglo XVII, casa ésta que mucho ha suscitado la curiosidad y las fantasías en las bromas de la familia. La autora divide su tiempo entre el consultorio y la escritura creativa.

NOTA de la AUTORA

La historia de Portugal, está plagada de hechos descritos en el libro – aunque sean sólo alusiones - como la repatriación de condenados, gitanos, prostitutas; la mezcla entre blancos y negros derivada de la emigración hacia Brasil en la época de la esclavitud y que todavía hoy es visible en los rasgos negroides que algunos miembros de familias propietarias de latifundios del Alentejo esconden con vergüenza; las mujeres habían tenido durante siglos un tratamiento de segunda en el seno familiar portugués y sólo alcanzaron el derecho de vivir en condiciones dignas a partir de 1974.

Hasta el fin del siglo XIX el derecho sucesorio contemplaba al primer hijo varón y cuando el padre no quería gastar con el dote para la hija, era encarcelada en el convento. Hasta que, en 1790 una ley real prohibió la entrada de novicias y novicios en la vida monástica alegando la necesidad de nacer gente nueva. La población envejecida a fines de ese siglo tenía como base la obligación de que los segundos hijos (hombres y mujeres) abrazaran la vida monástica para que los bienes quedaran concentrados sólo en el primer hijo hombre. El Conde de Évora Monte existió, el título pertenecía a un noble español del fin del siglo XVIII y actualmente no tiene sucesor, motivo por el cual he escogido este título, no hiriendo, de esta forma, las susceptibilidades de nadie; ya la personalidad revolucionaria del Conde fue inspirada en el Marqués de Frontera - fallecido recientemente - y apodado de Marqués rojo por el régimen de Salazar. El Señor de Mayorazgo de S. Gens también existió y no tiene sucesor, el título ha sido extinguido. El solar de Santa María fue inspirado en la “Quinta da Amoreira da Torre” un antiguo solar señorial en las inmediaciones de Montemor-o-Novo. Como el nombre lo indica tiene una torre cuadrada en el conjunto de la construcción, asemejándose a la muralla un castillo. El libro es sólo un ensayo literario, despretensioso y no pretende ser clasificado como obra histórica.

